AÑO FELIZ

O

SANTIFICADO POR LA MEDITACIÓN DE SENTENCIAS Y EJEMPLOS DE SANTOS.

Para todos los días del año.

Obra muy útil no solamente para los que desean santificarse, sino también para los que están encargados de la dirección de las almas.

Por el abate Lasausse.

Traducida al castellano

Por don Pedro Orcajo.

Con la aprobación del ordinario.

Al Exmo. e Illmo. Señor B. Fr. Cirilo Alameda y Brea por la gracia de Dios y la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Burgos, Consejero de Estado, Caballero gran Cruz de la Real Orden Española de Carlos III, Senador del Reino, Prelado asistente al Sacro Solio Pontificio, etc. etc. etc.

Exmo. e Illmo. Sr.

Pongo en manos de V. E. la traducción del Año Feliz o Santificado por la mediación de sentencias y ejemplos de santos para todos los días del año; obra muy útil, no solamente para los que desean santificarse, sino también para los que están encargados de la dirección de las almas.

Espero que V. E. a quien, tengo el honor de dedicar este libro tan interesante por su contenido, se dignará recibir con benignidad los buenos deseos de que mi trabajo contribuya al bien de las almas en el camino de la perfección.

B. L. M. de V. E. Ilustrísima, su atento y humilde servidor y Capellán, Fr. Pedro Orcajo.

AL LECTOR

En la descripción que el Apóstol y Evangelista san Juan hace en su Apocalipsis de la celestial Jerusalén dice así: «Mostrome el ángel un rio de agua viva, claro así como un cristal, el cual salía de la silla de Dios y, del Cordero, y en medio de la plaza, y de la una ribera del río, y de la otra estaba plantado el árbol de la vida que llevaba doce frutos al año, cada mes el suyo; y las hojas de este árbol eran para salud de las gentes». (Apoc. 22.)

Recibe, caro Lector, la doctrina contenida en este libro y dale cabida en el fondo de tu corazón como en tierra feraz, para que regada con la divina gracia y vivificada por el sol divino, o amor del Espíritu Santo, como árbol de vida, te dé, cultivándola, sazonados y dulcísimos frutos por el ejercicio de la virtud y asunto que en cada mes te presento.

Ayúdante a ello tantas sentencias y ejemplos como en él verás, de los santos Padres, Doctores insignes, Mártires ilustres, Pontífices y Obispos eminentes en santidad. Misioneros llenos de celo, Anacoretas víctimas de la penitencia, Predicadores apostólicos, Vírgenes, portentos de virtud y de sabiduría celestial, Viudas llenas del espíritu de Dios, Reyes y Reinas, Príncipes y Princesas, Nobles y Plebeyos y de toda clase, condición y estado, que te recuerdan tu deber para con Dios, para contigo mismo y para con tus semejantes. Medítalas detenidamente y practica en cuanto puedas, ayudado de la divina gracia, las virtudes que te enseñan, pues este es el verdadero camino que te conducirá a tu santificación en este valle de lágrimas hasta poseer la felicidad eterna.

P. O.

A LA AUGUSTA MADRE DE DIOS

¡Oh, Virgen bendita entre todas las mujeres! Vos sois la honra del género humano y la salud de vuestro pueblo. Vos tenéis un mérito que no se puede concebir y un poder inmenso sobre todas las criaturas. Vos sois la madre de Dios, la Señora del mundo, la Reina del cielo, la dispensadora de las gracias, la hermosura de la Iglesia, el modelo de los justos, el consuelo de los santos, el origen de nuestra esperanza, la alegría del paraíso, la puerta del cielo y la gloria del Señor. Nada omitiré a fin de inspirar una grande confianza en Vos y ganar para Vos los corazones. Os suplico admitáis benigna mi homenaje. Dispensad vuestra especial protección a los que lean este libro para que se muevan a piedad y adelanten en el camino de la virtud. Deseo ardientemente hacer que Dios sea conocido y amado, y aumentar el número de los verdaderos discípulos de Jesucristo.

ANO FELIZ O SANTIFICADO

Por la meditación de las sentencias y ejemplos de santos.

Cómo hacer la meditación.

Antes del punto de la meditación se practicará lo siguiente:

Arrodillado delante de alguna imagen de Jesús crucificado, con profunda Humildad y reverencia, y avivando la fe de que está Dios presente dirá:

La gracia del Espíritu Santo ilumine nuestros sentidos y corazones. Amen.

Por la señal etc.

Acto de contrición.

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, por ser Vos quien sois, bondad infinita, me pesa de haberos ofendido, y propongo con vuestra gracia no pecar más, la que espero me concederéis por vuestra pasión y muerte, para perseverar en vuestro santo servicio hasta alabaros en el cielo. Amen.

Antífona.

Espíritu divino, venid a mí, llenad mi corazón con vuestra gracia y abrasadle con el fuego de vuestro divino amor.
V: Enviad sobre mi vuestro espíritu.
R: Y bien pronto seré todo renovado.

Oración.

¡Oh, Dios!, que con las luces del Espíritu Santo instruís los corazones de los fieles, haced que ese mismo divino Espíritu ilumine mi alma y la haga por siempre participante de los consuelos celestiales por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

ENERO

Amor a Jesucristo

Si alguno no ama a nuestro

Señor Jesucristo, sea excomulgado.

Si quis non amat Dominum nostrum

Jesum Christum sit anathema.

(1. Cor. 16.)

1 de enero | Amor a Jesucristo

«¿Qué buscas que no halles en Jesucristo?», dice S. Bernardo. «¿Estás enfermo? Él es el médico. ¿Estás desterrado? Él es tu guía. ¿Te hayas en la aflicción? Él es tu Rey. ¿Eres acometido o insultado? Él es tu defensor. ¿Te hayas en tinieblas? Él es la luz. ¿Te has quedado huérfano? Él es tu Padre, él es tu esposo, tu amigo, tu hermano; nuestro Señor Jesucristo es todo lo que queramos apetecer que Él sea».

San Francisco de Asís se saboreaba horas enteras con estas palabras: «Mi Dios y mi todo».

¿No diremos nosotros con San Agustín? «¡Oh, mi Dios!, infeliz el hombre que teniendo conocimiento de todas las cosas que hay fuera de Vos no os conoce; pero el que os conoce aun cuando no conozca otra cosa, es dichoso si os ama. Pues haced, Señor, que yo os conozca y que os ame».

Una Santa religiosa, decía a sus compañeras para excitarlas al amor de Jesucristo: «Nosotras hemos sido creadas para amar a Dios, ¡y no le amaremos! ¡No amaremos a un Dios que es nuestro Dios! ¡No amaremos sin interrupción a un Dios que desde la eternidad no ha dejado de amarnos! ¡No amaremos por sí mismo a un Dios infinitamente perfecto, que nos ha amado con un amor de padre y de madre! ¡No amaremos con amor generoso a un Dios que nos ha amado con un amor por el cual se entregó a los oprobios, a los dolores y a la muerte! ¡No amaremos con todo el amor de que somos capaces con la gracia, a un Dios Salvador que nos ha amado con tan prodigioso exceso!»

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Perdonadme, oh, Salvador mío, lo mucho que os he ofendido todos los días y de tantas maneras. Yo suspiro por vos. No deseo sino a vos. Dadme vuestro amor. Haced que os ame del modo que os sea más agradable.

2 de enero | Amor a Jesucristo

«El conocimiento de Jesucristo, es decir, de su persona, de sus perfecciones, de su amor, de sus beneficios, es la causa y el origen de la vida eterna», dice San Cirilo.

Santa Teresa decía: «Desde que he tenido la dicha de conocer a Jesucristo, y ver algún rasgo de su maravillosa belleza ninguna cosa creada ha podido introducirse en mi corazón; todo me es desagradable sobre la tierra».

¿Qué no obró el conocimiento de Jesucristo en un san Pablo? Se puede decir que su corazón era semejante al corazón de Jesucristo. ¿En un san Ignacio Mártir? Estaba tan penetrado de su amor, que se le halló el nombre de Jesús después de su muerte grabado sobre su pecho con letras de oro. ¿En un san Jerónimo? Quiso acabar sus días junto al pesebre del Salvador. ¿En un san Agustín? Su corazón estaba enteramente consagrado a Jesucristo. ¿En un san Francisco de Asís? Se retiraba a cada hora, a las llagas del Salvador. ¿En un san Antonio de Padua? Se ocupaba continuamente con el niño Jesús. ¿En san Bernardo? Con qué confianza hablaba de Jesucristo. ¿En un san Carlos Borromeo? No cesaba de meditar la pasión. ¿En un san Francisco de Sales, un san Ignacio de Loyola, un san Felipe de Neri? Si se hicieron célebres fue por el amor ardiente a Jesucristo.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, amabilísimo Jesús!, estoy vivamente afligido de que os hayan ofendido tanto y de que no seáis amado, vos que sois el mismo amor. Dueño de los corazones, tomad posesión del mío. Haced Señor, que yo piense siempre en vos, que os agrade, que en todo busque vuestra gloria, que emplee mis fuerzas en amaros y en hacer que os amen.

3 de enero | Amor a Jesucristo

«Sólo en Jesucristo se puede hallar la sabiduría», dice santo Tomas.

San Paulino escribiendo a Aper, hombre sabio, que había renunciado sus empleos y las ciencias profanas para consagrarse al Señor en el estado religioso le dice: «Que los oradores se ejerciten en el arte de bien decir; que los filósofos

cultiven las ciencias; que los ricos guarden sus riquezas; nuestro reino es Jesucristo».

El mismo santo escribió a un tal Jovio, a quien el deseo de adquirir vanos conocimientos le hacía despreciar su salvación: «¿Con que tienes tiempo para leer los poetas, los oradores y para aplicarte al estudio de la filosofía, y no le tienes para ser cristiano? Pues sed filósofo de Dios, estudiad a Jesucristo en su escuela». ¿Y no seguiremos nosotros el consejo de este Santo?

Un cristiano celoso, impuso silencio a ciertas personas a quienes las pasiones y la lectura de los malos libros hacían hablar como incrédulos, diciéndoles: «Si Jesucristo no es Dios, ¿cómo es que todas las profecías que hablan del Mesías se han verificado perfectamente en Él? ¿Cómo se ha podido inventar, persuadir y entender una doctrina tan sublime que hace, que los hombres conozcan a Dios, y también su fin y sus obligaciones? ¿Cómo se han hecho tantos y tan esclarecidos milagros según lo confiesan los mismos judíos y paganos? ¿Cómo sus discípulos han podido obrarlos tan sorprendentes en su nombre? ¿Cómo todo el Universo ha abrazado en tan poco tiempo el cristianismo? ¿Cómo a pesar de todos los esfuerzos de la impiedad, no han podido extinguirle? ¿No son los verdaderos cristianos los hombres más virtuosos y felices? Los cristianos que viven según la moral del Evangelio y obedecen a la iglesia católica, que es la sola iglesia de Jesucristo.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh Jesús! Vos sois mi Señor y mi Dios. Si no fueseis Dios, oh, Salvador mío, Dios mismo nos hubiera engañado. ¡Oh, Jesús!, tened piedad de aquellos a quienes los sofismas y las blasfemias de los impíos han hecho perder el don precioso de la fe. Dignaos iluminar a los que están en tinieblas. Creo en vos, y os amo: haced que viva de la fe y no cese jamás de crecer en vuestro amor.

4 de enero | Amor a Jesucristo

«Si Dios es la sabiduría, el verdadero filósofo es aquel que ama a Dios», este argumento es de san Agustín.

«Es necesario que todo hombre estudie la filosofía», dice san Justino; es decir, según la explicación que hace de ella: que cada uno ponga cuidado en conocer y amar a Jesucristo, que es la verdadera sabiduría.

San Lorenzo Justiniano refiere que siendo de edad de diez y nueve años, se le apareció la sabiduría bajo la forma de una virgen llena de majestad y le dijo: «¿Por qué buscas el gusto o contentamiento entre las criaturas? Yo; sola poseo lo que tú buscas y lo hallarás en mi si me tomas por esposa». Y desde entonces experimentó lo que jamás había adquirido; y se entregó a ella, y no cesó de amarla; y la amó siempre con un amor tierno, fuerte y eficaz; pues así debemos nosotros portarnos a la vista de Jesucristo.

«Cuanto más améis á Dios, tanto más tendréis de la verdadera sabiduría. Si se diferencian delante de Dios las personas de un mismo estado que hacen las mismas acciones exteriores y los mismos ejercicios de piedad, es porque su interior es diferente, esto es, porque el amor de Dios no es el mismo en ellas», decía san Agustín.

Concluido de meditar el punto se dirá esta oración:

Os pido perdón, oh, amable Salvador, por haber herido tan indignamente vuestro Corazón con tantos pecados. Yo me arrepiento de ellos. Tened misericordia de mí. Dadme la Sabiduría, que ésta alumbre mi alma y hiera mi corazón con los dardos de vuestro amor.

5 de enero | Amor a Jesucristo

«La plenitud de la divinidad habita realmente en Jesucristo. Él es Dios, y vuestro Dios; ¡oh, hombres!, ¿cómo andáis errantes por todas partes buscando fuera de Él los bienes del cuerpo y del alma? Amad al que es la hermosura misma; amad un bien en quien están todos los bienes: desead al que es todo bien, esto es bastante y se llenaran todos vuestros deseos». (San Anselmo).

San Agustín movido de las perfecciones de Dios, decía: «Os he amado tarde hermosura tan antigua como nueva, os he amado tarde». Amemos esta soberana hermosura; nosotros seremos hermosos amando al que es siempre

hermoso: la hermosura crece a proporción que el amor se aumenta, porque la caridad es la hermosura del alma.

Santa Gertrudis invita a las almas piadosas en su libro titulado *Ejercicio del divino amor*, a excitarse vivamente en el amor tres veces al día, por la mañana, al mediodía y al anochecer, con el fin, dice ella, de reparar un poco la falta de no haber amado al Señor, su Dios, de todo corazón. En el mismo libro llama a Jesucristo su *Soberano* y *único bien* y la *fe de su corazón*. Le pide por su amor le conceda la gracia de referir a Él todo lo que sea Él.

La misma Santa consagra un día de cada semana al amor divino y llama a este día *el día del amor*. En el mismo día pedía a Dios siete veces que ejerciese con ella el oficio de maestro y que le enseñase el arte de amarle.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Dios mío!, haced que vuestra gracia abunde en aquellos en quienes ha abundado la iniquidad. Haced que vuestro amor reine en los corazones en que ha reinado el amor mundano. Yo os amo, y el motivo de que os ame es vuestra hermosura, nada quiero amar sino a Vos y por Vos mismo.

6 de enero | Amor a Jesucristo

«Si yo me entrego todo a Dios porque fue mi Creador, ¿qué me resta darle por haberme rescatado de un modo tan excelente?», dice san Bernardo. Cristianos, pensad en esto: Vosotros habéis sido enriquecidos por un efecto del amor de Jesucristo de todo lo que es necesario para vuestra salvación. Dios ha derramado sobre vosotros todo género de bendiciones celestiales, por los méritos de su Hijo y en consideración del amor que ha tenido por vosotros.

San Ambrosio se animaba al agradecimiento, pensando en el que manifiestan ciertos animales domésticos: «¿Quién no se avergonzará sino se muestra agradecido a Jesucristo, viendo que las bestias se muestran agradecidas? ¿Ha olvidado el perro al amo que le da de comer?».

Cese nuestra ingratitud, seamos agradecidos para con Jesucristo que nos ha rescatado de la tiranía del demonio, y merecido por los tormentos la salvación eterna.

Le parecía a santa Gertrudis que Jesucristo, el bienquerido de su alma le decía al despertar por la mañana: «Levántate, ¿hasta cuando te has de entregar al sueño? El Rey del cielo es tu esposo y está abrasado por ti en un ardiente amor, te ha lavado con su sangre y libertado por su muerte, porque te ha amado. ¿Dudabas corresponder a su amor por el amor que te profesa? ¿Podría comprar tu amor a precio más grande? Él te ama más que a su cuerpo, pues que no le ha perdonado por ti. El amor pide el amar».

Un ministro de Jesucristo lleno de celo, decía muchas veces a las personas que dirigía: «Todo vuestro cuerpo es de aquel que alimenta vuestra alma con su cuerpo. Toda vuestra sangre es de aquel que ha derramado la suya por vosotros. Toda vuestra vida es de aquel que ha dado por vosotros la suya».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Salvador mío!, os doy una pública satisfacción por la ingratitud con que ha correspondido a vuestra bondad la mayor parte de los hombres. Pero ay, yo mismo he sido un monstruo de ingratitud. Y sino os doy sangre por sangre, os daré amor por amor.

7 de enero | Amor a Jesucristo

«Una de las mayores razones porque Jesucristo vino a la tierra y se nos ha dado a nosotros, ha sido para que el hombre conozca hasta que punto Dios le ama, y que este conocimiento le haga abrasar en amor por aquel que le amó primero tan excesivamente», dice san Agustín.

San Francisco de Paula vivamente herido del amor infinito que Dios nos ha manifestado, decía muchas veces: «¡Oh, Dios caridad!, ¡oh, Dios caridad! ¡Qué excesiva es la caridad que Vos nos habéis mostrado! El amor que nos habéis tenido merece bien que nos abrasemos en amor vuestro».

¿Y no nos penetraremos de estos sentimientos?

Un siervo de Dios, dirigiéndose hacia el amor divino le decía: «Divino amor, sed mi Madre, haced por mi lo que una tierna madre hace por su hijo. Sed mi guía, acompañadme y conducidme a cualquiera parte que vaya. Sed mi maestro, enseñadme el arte de amar a mi Dios con un amor puro, tierno, ardiente, generoso, constante y penitente. Sed mi vida, sed el alma de mi alma, animadme. Vos solo seáis el que piense, hable, y obre en mí. Que mi amor se abrase por el celo de inflamar todos los corazones en vuestro fuego divino».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, mi Dios, os pido perdón porque la mayor parte de los hombres sacrifican a sus pasiones no buscando sino el satisfacerlas. ¡Ah! ¿Cuantas veces les habré servido de guía? Haced Señor que yo no obre sino por Vos, y movido por vuestro amor.

8 de enero | Amor a Jesucristo

«El misterio de la Encarnación es el milagro de los milagros», dice san Bernardo. Cuanto más se humilla el Verbo Divino haciéndose hombre, manifiesta más a los hombres su bondad. Nosotros podemos decir después de la Encarnación del Hijo de Dios: he aquí que este mismo Dios se ha hecho como uno de nosotros.

San Pedro Alcántara habiendo oído cantar el día de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo el evangelio: *In principio erat Verbum*... fue inflamado con tan ardiente amor, que no pudo contener dentro de sí mismo los trasportes de su admiración.

San Agustín dice en sus confesiones que no se saciaba de considerar la bondad de Dios en la obra admirable de la redención humana.

Se hallaron grabadas en el corazón de santa María Magdalena de Pazzi estas palabras: «Y el Verbo se hizo carne».

Dice san Bernardo: «No olvidemos que Dios nos ama con el fin de que nosotros le amemos. No olvidemos el desinterés, la ternura, la fuerza y la generosidad del amor que Jesús nos ha tenido desde *ab aeterno*. Él nos ha amado aunque somos miserables y desgraciados pecadores».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Yo me aflijo, oh, Salvador mío, que habiendo venido para todos, haya tan pocos que os reciban y que muchos cristianos después de haberos recibido al momento os han desechado. Soy culpable de esta horrible perfidia, perdonadme, Señor, perdonadme. ¡Venid, oh, buen Jesús! Venid a mi corazón, encended en él el fuego de vuestro amor y no permitáis que jamás se apague.

9 de enero | Amor a Jesucristo

«Un infante nos ha nacido; este es el Hijo de Dios que se ha hecho Niño, para que os pudieseis hacer un hombre perfecto. Se halla fajado en mantillas para librarnos de los lazos de la muerte: está sobre la tierra, para que nosotros podamos habitar en el cielo». (San Ambrosio).

San Francisco abrasado de amor por Jesús infante, exclamaba: «Amemos al Niño de Belén, que por ganar nuestros corazones ha dado grandes pruebas de su amor, ¿y no le amaremos nosotros? Amor por amor; amor sin límites por el amor infinito que él ha tenido por nosotros».

Deseemos amar al Niño Jesús con el amor que tuvo san Juan, santificado por el mismo Jesús, cuando uno y otro estaban aún en el seno de sus madres; con el amor que le tuvieron los ángeles que anunciaron por los aires su nacimiento; los pastores que se apresuraron para ir a Belén a visitarle; los Magos, que fueron del Oriente para adorarle y ofrecerle sus dones; el santo viejo Simeón que le tuvo en sus brazos y le apretó contra su pecho; y con el amor que le tuvieron María y José cuando le consideraban con la mayor complacencia y estaban como enajenados de lo que se decía en aquella ocasión. Pidamos a María Santísima que nos presente a su hijo adorable y nos permita darle pruebas de nuestro profundo respeto y tierno amor. Ofrezcamos a Dios Padre todos

nuestros homenajes por medio de este Dios Niño. No dejemos de decir a nuestro querido salvador Jesús: sed mi Jesús.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Amable Jesús, ¿cómo no os podré amar? ¿Cómo los que han creído en Vos os han podido ofender tanto? Misericordia Jesús mío, misericordia. Os pido misericordia para mí y para mis prójimos. Cuanto más os abatís por mí, tanto más amable y querido de mí corazón me parecéis.

10 de enero | Amor a Jesucristo

. «El Maestro, el Señor y el que es Señor de todos, en todo ha tomado la forma de siervo para que el hombre esclavo recobre la libertad y llegue a ser maestro, dice san Ambrosio».

¡Oh, inestimable caridad! ¡Oh, Dios mío, haber entregado a vuestro Hijo por rescatar a un esclavo! Y ¿no exclamaremos nosotros con un santo? «Oh, Salvador mío, yo soy vuestro servidor, yo soy vuestro esclavo; no permitáis que yo jamás me separe de Vos. Yo soy vuestro; salvadme».

Santa Catalina de Génova después de haberse convertido, decía muchas veces: «¡Oh, Dios mío!, cuanto mayor fue el pecado, más puro debe ser vuestro amor. Dignaos grabar en mi corazón la ley de vuestro amor con los sagrados caracteres del Espíritu Santo».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, que perversos e insensatos son los pecadores que consienten ser esclavos del mundo, de sus pasiones y del demonio, antes que servir a vos, oh, Jesús mío, Rey de Reyes. Soy culpable por haberos ofendido: perdonadme. Yo no soy mío, sino todo vuestro. Os amo, y os amaré siempre. Concededme la gracia de que al tiempo de morir pueda deciros de lo íntimo de mi corazón: «Yo os amo».

11 de enero | Amor a Jesucristo

«El amor que Dios tiene al hombre le ha humillado, y si me es permitido hablar así, le ha hecho ser pródigo de sí mismo. ¿No es ser pródigo de sí mismo en favor de los hombres el dar por ellos no solamente todo lo que tiene, sino aun todo lo que es?». (Abad Gueric)

Le parecía a san Agustín, que el sol, la luna, las estrellas, los mares, los ríos, las montañas, las campiñas, en una palabra, todo lo que él veía le hablaban y decían: «Agustín, ¿amas a Dios?», pues Él nos ha creado para ti, para que tú le ames».

«Y si nosotros los hombres debemos amar al Hijo de Dios porque nos ha dado el ser que tenemos, ¿qué le daremos por habérsenos dado a nosotros mismos?», dice san Bernardo.

Se nos ha dado enteramente a nosotros y por un efecto de su amor se presta a nuestros servicios.

«Dios ha hecho a los hombres dos beneficios admirables: les ha dado su Verbo divino y su amor, que son todo el bien de Dios y del Espíritu Santo, he aquí nuestro sumo bien. Por adquirir estos dos dones, hemos de vender todo lo que poseamos y renunciarlo como una cosa inútil, y desde entonces tendremos en nosotros el reino de Dios y toda la plenitud de Dios». Estas reflexiones tan admirables son del P. Surin.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, que locura el haber yo renunciado por el pecado a mi sumo bien que es Dios y el haberle renunciado por lo que no es más que vanidad y que conduce a la mayor desgracia. ¡Os pido perdón, oh Dios mío, de todos mis pecados!, quisiera poder satisfaceros por todos los delitos que se han cometido. Padre eterno, sois mi padre, no os pido sino vuestro Hijo y al Espíritu Santo. ¿Y lo que es suficiente a Vos, no lo seré también para mí?

12 de enero | Amor a Jesucristo

«El Hijo de Dios pudo llamarse el Varón de dolores desde el instante de su Encarnación hasta el de su muerte. La Cruz sobre la cual debía morir, tuvo siempre presente a sus ojos y grabada en su corazón. Señor, en cualquier lugar que os busque, yo no os hallaré jamás sino sobre la Cruz», decía un siervo de Dios.

Meditando lo que había padecido Jesucristo; se preguntaba san Bernardo: «¿Quién ha podido hacer sufrir así al amable Jesús? *Quis fecit*?». Y le parecía oír al punto esta respuesta: «Es la caridad la que ha obrado este gran prodigio. *Fecit charitas*».

¿No diremos nosotros con santa Isabel, reina de Hungría?: «Mi única herencia será de aquí adelante Jesucristo crucificado».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Jesús crucificado!, mis pecados y los de los demás hombres son los que os han puesto en la Cruz. El que comete un pecado mortal os crucifica de nuevo espiritualmente en su corazón. ¡Qué no haya muerto yo un instante antes de pecar! La muerte, mil muertes, antes que pecar. Que no reine más en mí el pecado; que sean Jesús y el Espíritu Santo los que reinen en mí, soberana, perfecta y eternamente.

13 de enero | Amor a Jesucristo

«El más mínimo sufrimiento y la más mínima humillación de Jesucristo, hubiera sido suficiente para la redención del género humano por razón de la dignidad infinita de su persona», dice santo Tomás; «pero lo que bastaba para la redención, no fue bastante para su amor», según la advertencia de san Juan Crisóstomo.

Jesucristo ha querido padecer hasta el extremo por rescatarnos habiéndonos podido rescatar sin padecer; esta reflexión encendió en amor de la cruz a una santa Teresa que decía: «O padecer, o morir». Y a una santa Magdalena de Pazzi. «No morir, sino padecer». Un san Juan de la Cruz, decía a Dios, «padecer y ser despreciado por Vos».

¿No pediremos nosotros a Jesucristo crucificado el amor de la cruz diciendo con san Bernardo?: «Mi corazón en la cruz y la cruz en mi corazón».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

«Vos oh, mi Dios, permitís que sea atribulado y lo hacéis por mi bien; adoro vuestros designios, me someto a ellos, dadme la paciencia y la fortaleza necesarias; yo os ofrezco todas las cruces que Vos os dignéis enviarme en satisfacción de mis pecados y de los de mis hermanos. Os ruego que las aceptéis de las manos de nuestro Señor Jesucristo por las cuales todo lo que se os ofrece os es agradable.

14 de enero | Amor a Jesucristo

. No hay cosa más saludable según san Agustín que meditar cada día el exceso de tormentos que un Hombre-Dios ha sufrido por nosotros. «Las llagas de Jesucristo hieren los corazones más duros e inflaman los corazones más helados», dice san Buenaventura.

Santa María Magdalena de Pazzi, habiendo meditado sobre los tormentos del Salvador, y teniendo en la mano un crucifijo, se sintió trasportada de un amor tan ardiente hacia Jesucristo, que no podía menos de exclamar: «¡Oh, amor!, ¡oh, amor!, ¡oh, amor! No, divino Jesús, mi corazón no cesará jamás de deciros, que Vos sois su querido amor». Digamos continuamente con esta santa y con San Felipe de Neri: «Jesús, mi amor».

Un cristiano fervoroso que no sabía leer, dejaba admiradas a las personas piadosas cuando les hablaba de las adorables perfecciones de Dios y del amor admirable de nuestro Señor Jesucristo. Una de estas personas se ofreció enseñarle a leer, a fin decía ella, de que pudiese tener la ventaja de leer los libros de devoción. Le dio las gracias y le dijo que antes de aceptar su proposición lo consultaría con su divino maestro Jesús crucificado. Lo hizo y después dijo a esta persona: «He aquí la respuesta que he recibido: “¿Qué libros pondrá en tus manos? ¿Qué te harán leer? Yo soy tu libro, considerándome puedes siempre

leer el grande amor que te ha tenido tu Dios padeciendo y muriendo por tu amor, nada tienes más de que ocuparte durante la vida y en toda la eternidad"».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh mi adorable Salvador! Todas vuestras llagas son otras tantas bocas que me dicen cuan culpable soy, cuanto me habéis amado y cuan agradecido debo serte. Yo os amo, ¿qué haré para manifestaros el dolor que tengo de mis pecados y de los de mis prójimos? ¿Qué haré para corresponder a vuestro amor?

15 de enero | Amor a Jesucristo

«¡Oh, si conocieses el misterio de la Cruz!», decía san Andrés al tirano que quería obligarle a renegar de Jesucristo, porque había sido crucificado como malhechor.

«La Cruz no ha sido solamente un instrumento en donde Jesucristo ha padecido, sino que también es la cátedra desde la cual nuestro divino Maestro ha dado a sus discípulos lecciones saludables», según la reflexión de san Agustín.

«De cualquiera tentación que uno sea combatido, si se considera piadosamente un crucifijo, se advierte lo que es necesario hacer», dice Santo Tomas.

San Felipe Benicio, estando próximo a la muerte, pidió que se le diese su libro; los que le asistían ignoraban cual era el libro que les pedía; cuando uno de sus discípulos, conociendo su pensamiento, le presentó el Santo Cristo, y entonces dijo el Santo: «Este es mi libro». Le toma en sus manos, y habiendo besado amorosamente las sagradas llagas, murió. Este pues sea nuestro libro, leamos en él el grande amor que Jesús nos tiene.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Dios mío! ¿No debería consentir el ser crucificado antes que pecar? ¡Sea yo dichoso en padecer con tal que pueda por este medio borrar mis pecados y los de mis prójimos, satisfacer a vuestra justicia y agradaros!

16 de enero | Amor a Jesucristo

.«Jesucristo ha querido sufrir tantos dolores cuantos hubiera merecido padecer si hubiese sido culpable de todos los pecados, que se han cometido, y de todos los que se cometerán», dice san Buenaventura. Pecadores, si queréis conocer el mal tan grande que habéis hecho pecando, medid vuestros pecados con la gravedad de los dolores de Jesús.

Santa Catalina de Génova, considerando que el amor había puesto a Jesucristo en la Cruz para la expiación de nuestras culpas, exclamaba: «¡Oh, amor!, ¡oh, amor!, no más pecados, no más pecados».

¿Y no usaremos nosotros del mismo lenguaje?

Santa María Magdalena de Florencia, se ofrecía continuamente en holocausto a Dios; y le ofrecía todos sus pensamientos, palabras y acciones, protestaba que nada quería hacer, sino en las llagas de Jesucristo. Levantaba de cuando en cuando los ojos al cielo, y decía entonces: «Señor, Vos sabéis bien que desde mi infancia hasta este momento he deseado ardientemente agradaros».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Jesús, mi amor! Cuando pienso lo mucho que habéis sido ofendido en todas partes y cuántas veces he hecho yo lo mismo, quisiera morir de amor por Vos. Yo os amo y siempre os amaré.

17 de enero | Amor a Jesucristo

«El Calvario es el monte de Jesucristo; el amor que no nace de su pasión es débil», dice san Francisco de Sales. «Consideremos a nuestro divino

Salvador, tendido sobre la Cruz, como en un altar de amor, en donde muere de amor por nosotros. ¡Ah! ¿Y por qué no nos arrojaremos en espíritu sobre él, para morir en la Cruz con el que ha querido morir por nuestro amor?», continúa el mismo Santo.

San Marco y san Marcelino, teniendo los pies y manos clavadas, decían al tirano que les había puesto así: «Nosotros jamás hemos gustado mayores delicias, que después que estamos aquí por el amor a Jesucristo».

Viva la Cruz de Jesucristo en nuestros corazones, y las cruces más pesadas nos parecerán ligeras.

San Francisco de Asís padeciendo mucho decía: «Dios mío, Señor mío, os doy gracias por todo lo que me hacéis padecer. Haced que padezca cien veces más, si es de vuestro agrado. A mí me será del mayor gusto el que Vos no me libréis de los trabajos en este mundo, si así lo queréis y el cumplimiento de vuestra divina voluntad es para mí un origen abundante de consuelos».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Señor, he pecado, yo merezco padecer y morir. No tengo más que un cuerpo, os le ofrezco, todo él es vuestro. Herid, cortad, abrasad esta víctima. Haced que haga penitencia de mis pecados y de los de mis prójimos. Pero haciéndome padecer, concededme la gracia de sufrir con paciencia.

18 de enero | Amor a Jesucristo

Dice san Buenaventura que «el que quiera vivir constantemente unido con Dios, ha de tener presente en su corazón a Jesucristo muriendo sobre la cruz, de cuyas llagas se saca la fuerza necesaria para sufrir no solamente con paciencia, sino también con gusto».

San Ignacio Obispo de Antioquia habiendo sido condenado a las bestias, escribió a los de Roma antes de llegar al lugar de su martirio. Su carta no respira otra cosa, sino un vivo desee de padecer: «Permitid, hijos míos les dice, que yo sea molido por los dientes de las bestias, para poder ser ofrecido como pan puro

a Jesucristo. Yo no busco otra cosa que aquel que ha muerto por mí. El único objeto de mi amor, es aquel que ha sido crucificado por mí, y el amor que yo le puedo manifestar es desear ser crucificado por Él».

Santa Gertrudis decía a Jesucristo: «¡Oh, Salvador mio!, que me habéis amado hasta padecer por mí, ofrezco a gloria vuestra, porque os amo, todo lo que he padecido, lo que padezco y todo lo que padeceré. Atended al motivo que me anima para amaros, vuestro divino amor hace que tenga el gusto de padecer. Deseo padecer porque Vos habéis padecido, y queréis que yo padezca y que os ame más que a mí misma.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Salvador mío! Imprimid profundamente en mi memoria, en mi alma, en mi corazón y sobre mi carne vuestra santa dolorosa pasión. Haced que no olvide jamás lo que habéis padecido por mí, que lea continuamente en vuestras llagas lo malo que es el pecado y cuán grande es vuestro amor. Que pensando en vuestros trabajos, mi corazón se penetre de dolor por mis pecados y de amor por Vos, y que me mortifique frecuentemente a fin de tener alguna conformidad con Vos.

19 de Enero | Amor a Jesucristo

«Nada produce en el alma una santificación universal como la meditación de la pasión de Jesucristo», dice san Buenaventura.

El P. Baltasar Álvarez, exhortaba muchas veces a los que dirigía: «No os persuadáis haber hecho algún progreso en las virtudes, sino habéis llegado a tener siempre fijo en vuestro corazón a Jesús crucificado».

De aquí fue el que considerando a Jesucristo crucificado, llegase san Francisco a una caridad tan ardiente, que mereció el título de seráfico; y lloraba con tanta abundancia de lágrimas meditando sobre la pasión del Salvador, que casi perdió la vista. ¿Y olvidaremos nosotros a Jesucristo crucificado?

Un siervo de Dios mirando atentamente a un crucifijo, decía para preservarse del pecado, animarse a la paciencia y excitarse al amor de Jesucristo: «¿Ves a tu Dios en la cruz y osarás pecar? ¿Ves a tu Dios en la cruz, y te quejas de tus trabajos? ¿Ves a tu Dios en la cruz? Digno es de tu amor».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Adorable Jesús, os habéis hecho por nuestros pecados el varón de dolores, no rehuiré ninguna de las cruces que me presentéis, ni os pido recompensa alguna por la paciencia con que deseo llevarlas. Bastante es para mí el haber tenido algún acto de conformidad en cumplir vuestra voluntad y en agradaros, oh, Jesús, que sois el bienamado de mi alma y Dios de mi corazón.

20 de enero | Amor a Jesucristo

«Una sola lágrima que la memoria de la pasión de Jesucristo haga derramar, vale más que una peregrinación a Jerusalén, y que un año de ayunos a pan y agua», dice san Agustín.

Un día que vieron a san Francisco de Asís lamentarse, le preguntaron cuál era el motivo de las lágrimas que derramaba, y lamentaciones que hacia; y contestó: «Lloro las afrentas y dolores que han causado a mi Salvador; y lo que más aumenta mi pena, añadió, es ver a los hombres ingratos que no le aman, ni aun piensan en Él». Cada vez que este santo, oía balar a algún cordero, traía a la memoria al cordero sin mancha, que murió en la Cruz por los pecados del mundo, y esto era lo que le movía a la mayor compasión; y así siempre exhortaba a los hermanos religiosos tuviesen presente la pasión de Jesucristo.

No seamos nosotros ingratos para con Dios que nos ha amado tan excesivamente.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Salvador mío tened misericordia de mí y de mis prójimos por vuestra dolorosa pasión! Estoy dispuesto a morir antes que renovarla con mis pecados.

21 de enero | Amor a Jesucristo

«Todo lo que hay en la pasión de Jesucristo nos enseña que Él nos amó: la cruz en que fue clavado, los dolores que padeció y la muerte que sufrió», dice santo Tomas de Villanueva.

«Jesucristo crucificado es nuestro modelo, Él nos amonesta por todas sus heridas: los sentimientos de que debemos estar animados, lo que debemos ser, y lo que debemos hacer», dice san Bernardo.

Santo Tomas de Aquino en una visita que hizo a san Buenaventura, le preguntó en qué libro había aprendido la erudición y unción que admiraba en sus escritos y le dijo, mostrándole su crucifijo: «He aquí mi libro, de aquí es de donde he tomado todo lo que he escrito, este es el que me ha enseñado lo poco que sé».

Apliquemos muchas veces con respeto nuestros labios a la imagen de Jesús crucificado, rogándole que nos instruya para ser abrasados en su amor. Supliquémosle, conceda a los pecadores la gracia de conversión, y hagámosle y démosle una pública satisfacción por los pecados que nosotros hemos cometido.

Santa Gertrudis consideraba con amor su crucifijo. A la vista de su divino Salvador crucificado en la cruz le pedía el amor a los padecimientos, le rogaba y ofrecía poner su corazón en disposición de padecer mucho por Él con reconocimiento y con amor, y le decía: «Ofrezco a vuestro divino amor todo lo que os sea del mayor agrado en hacerme padecer, sea en el cuerpo, sea en el alma. Oh, Jesús mío, yo os quiero imitar, porque me habéis amado hasta consentir en ser crucificado por mí. Sea castigado este cuerpo que es un esclavo rebelde. Sea mortificada mi voluntad continuamente, porque se ha opuesto a la vuestra infinitas veces. ¡Oh, Salvador mío, no quiero seguir más mis deseos, los pondré en vuestras manos, disponed de ellos a vuestra voluntad!».

San Agustín decía: «Todas las veces que soy tentado recurro a las llagas de Jesucristo y me refugio en las entrañas de la misericordia de mi Señor. Murió

por mí, este pensamiento me consuela en los mayores trabajos. Toda mi esperanza pongo en la muerte de Jesucristo. Ella es mi mérito, mi refugio, mi salvación, mi vida y resurrección. Deseo vivir y morir en los brazos de mi Salvador».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, Jesús, oh, Dios de mi corazón, tened piedad de todos los que habéis rescatado con vuestra preciosa sangre, por las cinco llagas que vuestro amor para con nosotros os abrió sobre el árbol de la cruz. Os hago una retractación pública de todos mis pecados y de los de mis prójimos. No quiero renovar vuestra pasión con nuevos pecados, ni crucificaros dentro de mí mismo, ni pisar vuestra sangre adorable.

22 de enero | Amor a Jesucristo

La Cruz de Jesucristo tiene una virtud maravillosa: su sola memoria pone en fuga las legiones de nuestros enemigos invisibles, nos sostiene contra sus esfuerzos, y nos preserva de los lazos que nos arman por todas partes.

Imitemos en las tentaciones al bienaventurado Cesar de Butz; este oponía a todas las sugestiones del demonio la Cruz que llevaba al pecho, y aplicando al punto la mano sobre la preciosa armadura, que le daba fuerzas y esperanzas, decía: «Huid enemigos de mi salvación y de mi Dios, huid demonios, he aquí la Cruz del Señor; este es el instrumento que ha quebrantado las puertas del infierno».

¡Oh, Salvador mío!, por los méritos de vuestra Cruz libradme de mis enemigos.

Veamos como se disponía un gran siervo de Dios que hacia la oración siguiente: «¡Dios mío, tened piedad de mí por consideración a Jesucristo vuestro Hijo! Nada he de hacer sino en unión con Él. Uno mis sentidos con los suyos, mi alma con la suya, mi corazón con el suyo, mis sentimientos con los suyos, quisiera aborrecer mis pecados como Él los ha aborrecido, quisiera amarle con

el mismo amor con que Él se ha abrasado por nosotros y quisiera que estos fuesen los sentimientos de todos los que tienen un corazón capaz de amaros».

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, Jesús crucificado, dadme el amor a vuestra cruz y convertid a los que son enemigos de ella.

23 de enero | Amor a Jesucristo

Las cuatro extremidades de la Cruz están, según san Bernardo, adornadas de cuatro perlas preciosas. La humildad se halla colocada al pie de la Cruz, la obediencia ocupa la derecha; la paciencia la izquierda; en fin la caridad como la primera y reina de las virtudes, brilla en caracteres de oro en lo alto de la Cruz: Estas cuatro virtudes, resplandecen de un modo más patente en la pasión de Jesucristo; y estos son los cuatro principales frutos que es necesario sacar de la meditación de Jesús crucificado.

Una persona que se había propuesto servir a Dios suplicó al P. Lefebre uno de los primeros compañeros de san Ignacio, le enseñase algunos ejercicios de virtud y le recomendó que se postrase muchas veces al día delante de un crucifijo, y le dijese a Jesucristo: «¡Oh, Divino Maestro que debéis ser mi modelo!, ¡Vos os humillasteis hasta el anonadamiento, y yo soy un orgulloso! ¡Vos fuisteis obediente hasta la muerte, y yo busco en todo hacer mi voluntad! ¡Vos habéis querido ser el Varón de dolores, y yo nada quiero padecer! ¡Vos me habéis amado hasta dar vuestra vida por mí, y yo os amo tan poco, y os he ofendido tantas veces!». Dicha persona fue fiel a este ejercicio, e hizo, en poco tiempo grandes progresos en la virtud. Si practicamos lo mismo, también tendremos buen éxito.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, Salvador mío, llenadme de vuestro espíritu, del espíritu de religión y de amor, de dulzura y de celo, de desasimiento y de mortificación. Haced que tenga vuestros sentimientos y que el corazón de mis prójimos se llene de los mismos.

24 de enero | Amor a Jesucristo

«Contempladme clavado en la Cruz, vedme en qué estado se halla mí cuerpo, entrad en mi interior, abrid y sondead mi corazón: ¿y qué descubriréis?, ¿qué veréis? Amor, nada más que amor». La B. Ángela de Foligni, creyó oír a Jesucristo que le dirigía estas palabras.

Tengamos tal devoción a la imagen de Jesús crucificado que nos haga fijar los ojos muchas veces en ella, conversar con este varón de dolores, escucharle, consultarle, y besar frecuentemente algún crucifijo con mucha piedad. Santa Ludovina al fin de su vida no se servía de sus ojos más que para contemplar el crucifijo. Esta práctica abrasó su corazón con un amor ardentísimo.

Santa Isabel hija del Rey de Hungría y princesa de Turingia, habiendo mirado atentamente a un crucifijo, se confundió de verse tan vanamente adornada, y postrándose en tierra exclamó: «Jesús crucificado será siempre mi patrimonio; pobreza por pobreza, humillación por humillación, cruz por Cruz». Y practicó toda su vida lo que prometió entonces.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, adorable Salvador mío, permitid el que beba de vuestras llagas a fin de embriagarme con vuestro amor. Yo me encomiendo a vos y también os encomiendo a mi prójimo.

25 de enero | Amor a Jesucristo

«Vamos hermanos míos, vamos al corazón amable de Jesús, para no salir de allí jamás», decía san Bernardo.

«Excitémonos a devoción hacia el corazón de Jesús, que es un manantial abundante de amor y de misericordia», decía también el célebre Juan Lanspeg, cartujo.

El santo Obispo de Ginebra no hablaba del Sagrado Corazón de Jesús sino con transportes de amor; ofrezcamos a su imitación muchas veces al Padre Eterno el corazón de su adorable Hijo; todo lo que pidamos a Dios, pidámoslo por el corazón de Jesús. Sea este sagrado corazón el templo en donde nosotros no nos cansemos jamás de adorarle; que Él sea el altar en donde ofrezcamos los sacrificios y la victima que le presentemos. Imitemos pues, a una santa religiosa que suplicaba a Jesucristo que lo que deseaba era ser juzgada en el tribunal de su sagrado corazón, con el fin de recibir la sentencia en su favor.

Santa Matilde penetrada de amor por Jesucristo se figuraba mientras rezaba que besaba la llaga sagrada de su costado, gustaba en este piadoso ejercicio una dulzura inefable y le parecía oír a su amado que le dirigía estas palabras: «Hija mía, deseo que pongas en mí solo todas las delicias de tu alma». Y la santa exclamo al punto: «Sí, amor mío, sí, amor mío» Y Jesucristo le dice: «Tendrás desde ahora mí amor en lugar de madre y que él haga contigo el oficio de ella. Que mi amor sea el que por la mañana te vista, el que te haga orar, hablar y obrar, que te guie a cualquier parte que vayas y te anime en todas las cosas».

Desde que se levantaba la santa, prometía a su Dios que no deseaba obrar en todo el día sino por su amor y renovaba continuamente su promesa.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, Jesús mío, con la mayor confianza iré a vuestro Sagrado Corazón y entraré en él y estando dentro diré con amor: «Santo, santo, santo. Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. No cesaré de alabar y bendecir sus infinitas perfecciones. ¿Por ventura, no merece ser alabado y bendecido? Él es el sumo bien, Él es todo el bien y el origen de todos los bienes. Él es el bien eterno, espiritual, infinito, único principio de toda perfección, de toda gloria y felicidad». Oh, salvador mío, inspirad a todos los cristianos una gran devoción hacia vuestro Sagrado Corazón.

26 de enero | Amor a Jesucristo

Hay una sagrada mesa en donde se recibe a Jesucristo, y se renueva la memoria de su pasión. «¡Qué haces hombre indigno! ¡Hombre ingrato!, adora

con más devoción y recibe más religiosamente al Salvador del mundo, que siendo la misma vida ha padecido por ti, y por ti ha muerto», exclama san Bernardo.

Cuando vais a uniros a Jesucristo por medio de la santa Comunión, penetraos de los sentimientos de un digno ministro de Jesucristo que, estando dispuesto para subir al altar sagrado hace esta reflexión: «Yo voy a renovar la pasión del Salvador, ¿será para mi salvación? ¡Ay de mí! Yo haré acaso el oficio de uno de sus verdugos; quizás le crucificare dentro de mí mismo; y me haré reo del cuerpo del Señor y tomaré mi juicio. ¡Oh, Salvador mío! no lo permitáis».

Santa Matilde pedía a nuestro Señor le enseñase el modo de prepararse para la comunión. Le suplicaba grabase su nombre adorable en su corazón de manera que jamás se borrase de su memoria. Deseaba recibirle con todo el amor de que es capaz el corazón humano, le pedía que atendiese a su deseo y la colmase de sus gracias como si tuviese realmente ésta dicha.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh, Salvador mío, no soy digno de llegarme a Vos, pero yo os amo, y quisiera teneros un amor sin límites. Me llego a Vos para obedeceros, glorificaros, fortalecerme y ser transformado en Vos. Si he tenido la desgracia de hacer alguna comunión sacrílega, os ruego me perdonéis este crimen abominable. Os hago una retractación pública de todas las malas comuniones que se han hecho desde la institución del Sacramento de vuestro amor.

27 de enero | Amor a Jesucristo

. «Uno de los grandes crímenes de los cristianos, crimen, que atrae sobre ellos horrorosos castigos, es el recibir indignamente a Jesucristo Hijo de Dios en el Sacramento de su amor», dice san Bernardino de Sena.

«Son compañeros en la eternidad con los profanadores de este adorable Sacramento, que apuraron el cáliz de las divinas venganzas», dice san Juan Damasceno.

Un moribundo que habla tenido la desgracia de hacer las comuniones sacrílegas, creyó ver al demonio aproximarse hacia él y oírle estas palabras: «Por cuanto tú has comulgado indignamente, recibirás en este día la comunión de mi mano». Este desgraciado gritó entonces lleno de desesperación: «La venganza de Dios está sobre mí; la venganza de Dios está sobre mí», y murió pronunciando estas palabras.

No olvidemos lo que el ministro dice antes de dar la comunión: las cosas santas son para los santos; aquel que no es santo, es decir, exento de pecado y bien dispuesto, guárdese de acercase la sagrada mesa para recibir al Santo de los Santos.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

¡Oh, Dios mío! Tengo motivo para temer que he hecho malas comuniones, pues he vuelto a caer tantas veces en los mismos pecados después de haber recibido vuestro adorable cuerpo. Quisiera poder borrar con lágrimas de sangre mis sacrilegios y los de mis hermanos. Tened piedad de nosotros según vuestra grande misericordia.

28 de enero | Amor a Jesucristo

«Jesucristo ha derramado sobre los hombres por el Sacramento de la Eucaristía todas las riquezas de su amor», dice el Concilio de Trento. Este Sacramento es el Sacramento de la caridad. Es la prenda de la soberana caridad de Jesucristo según santo Tomás. Es llamado por san Bernardo «el amor de los amores».

Santa Magdalena de Pazzi decía que una persona que acaba de comulgar podía decir muy bien: «Todo está consumado. Dios, habiéndoseme dado a mí, por esta comunión, no me puede dar cosa más preciosa que la que me ha dado».

Cuando san Felipe de Neri vio que se le llevaba el santo Viatico, exclamó: «He aquí mi amor, he aquí mi amor, dadme mi amor». Penetrémonos de estos sentimientos, cuando nos acerquemos a la sagrada mesa del Señor.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Oh Salvador mío, oh, mi amor, entregaos a mí y no me pidáis por un don tan grande, sino mi corazón ¿Y qué es, pues, este corazón del cual Vos sois tan celoso, Dios mío, que sois tan perfecto que Vos os bastáis a Vos mismo? ¡Ah, si todos los corazones de los ángeles y santos estuvieran a mi disposición no titubearla un solo momento en hacer el sacrificio de ellos! ¡Qué insensato sería yo si me sirviera de los mismos para amar otra cosa fuera de Vos! Haced, oh Dios mío, que mi corazón repose enteramente en Vos, que le habéis creado para Vos. No quiero despreciar nada para ganaros los corazones.

29 de enero | Amor a Jesucristo

«Por la sagrada Comunión nos unimos con aquel a quien los espíritus bienaventurados, no se atreven a mirar, penetrados de un temor religioso; y nosotros nos hacemos con Él un cuerpo, y una misma carne», dice San Juan Crisóstomo. «¿Qué pastor es el que alimentó a sus ovejas con su propia sangre? Se ven muchas madres, que confían sus hijos a las nodrizas, pero aquí no es así, sino que Jesucristo nos toma por su cuenta y nos alimenta con su propia sangre», continua el mismo santo.

«¡Oh, amor! Jesucristo ha dicho: comed mi carne, para que entre vosotros y yo haya una unión muy íntima», dice San Juan Crisóstomo. «¿No es esto un extremo de amor?», exclama san Agustín.

Santa Magdalena de Pazzi, habiendo preguntado a una novicia en que se había ocupado ínterin la sagrada Comunión, le contestó: —He pensado en el amor de Jesús. —Está bien, —añadió la santa—, pero no basta pensar por poco tiempo, es necesario en adelante pensar en esto constantemente.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Dios mío, quisiera para agradaros tener toda la humildad, obediencia, fe, religión, esperanzan amor y demás virtudes que han tenido muchos santos. Quisiera tener la santidad de María Santísima y que también la tuviesen mis hermanos, a fin de que fueseis muy glorificado.

30 de enero | Amor a Jesucristo

«Si Jesucristo es el pan cotidiano, ¿por qué le recibís tan raras veces?, vivid de tal modo que merezcáis recibir todos los días este pan celestial», dice san Ambrosio.

«Nada hay más capaz de abrasar nuestros corazones de amor por el soberano bien como la sagrada Comunión», dice el V. Olimpo Theatin.

Una santa decía, que por obtener la dicha de unirse a Jesucristo por la Comunión, no titubearía pasar por medio de las llamas si le fuese necesario.

Los días que santa Catalina de Sena no comulgaba, se ponía enferma, y le parecía que debía morir dentro de poco; pero la Santa Comunión le devolvía las fuerzas extinguidas.

Preparémonos nosotros a la sagrada Comunión con la renuncia a todos los afectos desarreglados, con un gran número de comuniones espirituales y por la práctica de diferentes virtudes.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Dios mío, me acercaré continuamente a vos, haced que lo haga con un corazón puro, una humildad profunda y una grande alegría que nazca del amor. Deseo que estas disposiciones se hallen también en todos los corazones de los hombres.

31 de enero | Amor a Jesucristo

El tiempo que empleemos con devoción acompañando a Jesucristo al pie de los altares será la ocasión más oportuna para alcanzar gracias, y este mismo empleo será nuestro consuelo en la muerte y en toda la eternidad. «No hay otro lugar en donde Jesucristo oiga con más prontitud las oraciones de los fieles», decía el Beato Enrique Susón.

Santa Magdalena de Pazzi, hacía cada día treinta visitas al Santísimo Sacramento. San Luis Gonzaga pasaba en la iglesia todo el tiempo que la

obediencia no le ocupaba en otras cosas; y decía amorosamente a Jesucristo antes de salir del templo: «Retiraos de mi Señor, retiraos de mí». Así también delante de Jesucristo descansaba de sus fatigas el Apóstol de las Indias después de haber empleado el día en trabajar por la salvación de las almas, pasando una parte de la noche delante del Santísimo Sacramento; lo mismo hacía san Francisco de Regís, y cuando la iglesia estaba cerrada se ponía de rodillas a la puerta aún en el rigor del invierno. San Francisco de Asís nada emprendía sin ir antes a la iglesia a consultar a Jesucristo. Preguntaron a la Condesa de Feria, llamada la esposa del Santísimo Sacramento, ¿por qué estaba en oración en la iglesia todo el tiempo que las obligaciones de su estado la permitían?, ¿qué podía hacer allí tanto tiempo?, a lo que contestó: «¿Qué hace un cortesano delante de su Rey?, ¿un enfermo ante su médico?, ¿un pobre en presencia de una persona rica?, ¿un hambriento al frente de una mesa llena de manjares exquisitos? He aquí pues lo que yo hago en la iglesia en presencia de mi Dios».

¡Oh, Salvador mío, cuan poco es lo que os amo, pues no pongo mis delicias en estar al pie de vuestros altares. ¡Ay, cuantas veces os he ultrajado hasta en vuestro santo templo! Considerando lo que habéis hecho por mí, ¿no debería yo morir por la intrusión de mi amor? ¡Oh Dios mío! ¿No habéis llevado el amor hasta el exceso de haceros semejante a los hombres y amigo suyo por la encarnación, como también hasta morir en una cruz por la expiación de sus pecados y querer ser Vos mismo su recompensa en el cielo haciendo que reinen con Vos? ¿Faltaba aun el que os dierais en alimento suyo? ¡Oh, víctima de salvación que nos abrís las puertas del cielo! ¡Vos estáis viendo la multitud y malicia de los enemigos que nos rodean para perdernos, socorrednos, Señor, y fortificadnos.

FEBRERO

Humildad

El que se humilla será ensalzado.

Qui se humiliat exaltabitur.

(Luc. 14. 11.)

1 de febrero | Humildad

«La humildad es el fundamento de todas las virtudes; y la mejor disposición para obtener los dones celestiales», dice san Agustín.

La práctica de la humildad es la virtud que san Vicente de Paul más recomendaba. Esta virtud es la que san Luis Gonzaga deseaba con más ardor; todos los días dirigía una oración a los Santos ángeles a fin de obtener por su intercesión, ir por este camino real, que anduvieron los antepasados. Un santo religioso acostumbraba a decir: «Con mucho gusto daría mis dos ojos por adquirir la verdadera humildad».

¡Oh, humildad! ¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme la humildad., haced que conozca mi nada, mis miserias y mi flaqueza. Que este conocimiento me anonade delante de Vos y me obligue a suplicaros continuamente el que me asistáis con vuestra gracia.

2 de febrero | Humildad

«La humildad es madre de un gran número de virtudes: de ella nacen la obediencia, el temor de Dios, la paciencia, la modestia; y la paz», dice santo Tomas de Villanueva.

Santa Juana Francisca de Chantal, tenía tan grande afecto a la humildad, que velaba continuamente sobre sí misma, temiendo dejarse escapar cualquiera ocasión de practicar esta virtud. Escribiendo a san Francisco, de Sales, le dice: «Mi querido padre, os pido por el honor de Dios, me ayudéis a humillarme».

¡Oh, humildad! ¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Adorable Salvador mío, cuando reflexiono hasta que punto os habéis humillado por mí, me confundo al ver el horror que tengo a las humillaciones.

No quiero dejar pasar ocasión alguna de humillarme a fin de imitaros y agradaros.

3 de febrero | Humildad

«El que no es en sumo grado humilde, no puede llegar al sublime grado de oración». (Santa Teresa).

El Señor manifestó a santa Brígida, que un alma que busca las cosas del cielo, debe abatirse mucho andando por el camino de la humildad.

La santa Clara de Monte Falco, fue privada por quince días de los favores celestiales con que el Señor acostumbraba a favorecerla, por no haber resistido a las impresiones de amor propio que sintió en una ocasión por una buena obra que había hecho, aunque no tardó mucho tiempo en llorar su falta y castigarla.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, deseo ardientemente la humildad, y os la pediré sin cesar, a fin de atraer sobre mí las miradas de vuestra misericordia y de ser colmado de vuestras gracias, de agradaros en la tierra y amaros eternamente en el cielo.

4 de febrero | Humildad

«La humildad es necesaria, no solamente para adquirir las virtudes, sino aun para salvarse; Jesucristo ha dicho que la puerta del cielo es tan estrecha, que solo los pequeñuelos, es decir, los humildes, podrán entrar par ella». (San Bernardo).

San Felipe de Neri tenía costumbre de decir: «La llaga del costado de Jesucristo es bien grande, pero si Él no tiene piedad de mí, la haré yo mucho más grande». Todas las mañanas, dirigía a Dios esta súplica: «Señor guardadme en este día; si vos no me guardáis, yo os faltaré y me haré culpable de algún

pecado enorme». Cada vez que salía de la casa en que habitaba, decía a Dios: «Asistidme mucho, de lo contrario yo salgo cristiano y volveré judío».

¡Oh, humildad!

Palabras de una santa: «¿Por ventura no es una cosa clara y evidente que nada somos, que nada podemos y que somos muy miserables? ¿Podrá alguno perder de vista sus pecados y no humillarse por ellos continuamente? El que tiene en su cuerpo una llaga que le hace padecer, ¿se olvidará de ella? Él la ve y la siente.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, que aborrecéis a los orgullosos y los castigáis, concededme la humildad. Sin la humildad os ofenderé a cada instante, sin la humillad pereceré.

5 de febrero | Humildad

«El arma más poderosa para, vencer al demonio es la humildad», dice san Vicente de Paul.

Santa Teresa no concebía por que los predicadores hablaban tan continuamente de la necesidad que se tenía de ser humilde, decía ella. «¿No es bien claro que en nada puede gloriarse, quien nada tiene de bueno que no venga de Dios? ¿Cómo pueden ensoberbecerse los que están sujetos a tantas miserias, y que han cometido tantos pecados? Aun cuando yo quisiera sacar vanidad de alguna cosa, no podría».

El Padre Álvarez comparaba las acciones de su vida con un racimo de unas cuyos granos están dañados. «Entre tantas acciones, decía, apenas llegan a cuatro o cinco que no sean defectuosas; y, desgraciado de mí, si el Señor las examina de cerca».

Santo Domingo tenía costumbre de ponerse de rodillas delante de las puertas de las ciudades a donde iba a predicar, para pedir al señor, no afligiese con algún azote por causa de sus pecados a los que habitaban en ellas.

San Felipe de Neri aconsejaba a los que dirigía, que cuando cayesen en alguna falla dijesen: «Si yo hubiera sido humilde, no la hubiera cometido»

¡O humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, yo no soy más que un pecador. ¿Cuantos pecados no he cometido? Estoy pecando continuamente, tened piedad de mí, tened misericordia de mí. Infeliz de mí si me tratáis como merezco.

6 de febrero | Humildad

«Las personas humildes que forman una baja opinión de sí mismas y desean ser despreciadas de otros, agradan sumamente a Dios. El Señor pone sus delicias en bajarse hacia ellas, difundir los tesoros de su gracia, revelarlas sus secretos, y atraerlas dulcemente hacia Él». (Tomás de Kempis).

Santa Tais, estando ya convertida, no olvidó jamás sus desordenes; llena de confusión por la vida pasada, no se atrevía a proferir el santo nombre de Dios; y así es que dirigiéndose hacia Él decía. «Vos que me habéis criado, tened piedad de mí». Con estos sentimientos de humildad agradó mucho a Dios, y vino a tener una santidad eminente

Un gran siervo de Dios, muy estimado de san Ignacio decía algunas veces: «El que cree valer poco vale mucho y el que cree valer mucho no vale nada.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, nada tengo, nada merezco, yo soy menos que nada, pues que soy pecador, recurro a vos. Cuanto un pobre es mas miserable, tanto más espera que los ricos a quienes se dirige, tendrán piedad de él. Os suplico tengáis misericordia de mi según la multitud de mis miserias.

7 de febrero | Humildad

«En un solo día que nos humillásemos profundamente delante de Dios a causa de nuestros pecados y debilidades, conseguiríamos más gracias, que si empleásemos muchos días en la oración». (Santa Teresa).

San Francisco de Asís se tenía por el más grande pecador del universo, y digno del infierno. «No merezco que Dios me dirija una sola mirada», decía.

Dice san Buenaventura: «Ya sé que he de hacer para aplacar al Señor, me consideraré como el más vil de la tierra, seré a mi vista un objeto de horror, y cuando me viere humillado, despreciado, ultrajado, y cubierto de oprobios, me alegraré de ello y bendeciré al Señor».

San Vicente de Paul, so consideraba continuamente anonadado en espíritu delante de Dios y le decía: «¡Cuántos pecados cometería yo, si Vos no arreglaseis todas mis palabras y todas mis acciones!».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo soy digno de vuestra cólera, de vuestra maldición y de vuestra venganza, a causa de mis pecados y del abuso que he hecho de vuestras gracias. Tened piedad de este miserable pecador que no se atreve a levantar los ojos hacia Vos y que está lleno de arrepentimiento

8 de febrero | Humildad

«Teneos por despreciable a vuestros ojos, y por dichoso en ser juzgado por tal para con los demás; no os ensalcéis por los dones de Dios, y entonces seréis perfectamente humildes». (San Buenaventura.)

Santa Magdalena de Pazzi estaba persuadida que era la más miserable de las criaturas, y que no había nada sobre la tierra que fuese más abominable que ella. Su gran humildad la hacía exagerar sus más pequeñas faltas, para que los demás tuviesen de ella la idea que tenia de sí misma. Era un gran tormento para

un alma tan humilde, el verse alabada y estimada. Se hallaba desconsolada, cuando no había podido ocultar los favores especiales que el Señor le concedía muchas veces por un amor de predilección.

Una santa atribuía a sus pecados todos los que cometían los demás. Y decía que era semejante al demonio por su orgullo e ingratitud.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, tened compasión de la más abominable de vuestras criaturas, viendo que llora su malicia, su ingratitud y su perfidia, y que detesta amargamente todos sus pecados, porque pecando os ha ofendido a Vos que sois su padre y su Dios.

9 de febrero | Humildad

«La humildad que Jesucristo tanto nos ha recomendado por sus palabras y ejemplos debe tener tres condiciones: Nos debe convencer que nosotros merecernos ser vituperados de los hombres. Nos debe causar alegría cuando nos advierten nuestros defectos, y que se nos desprecia. Si el Señor obra en nosotros algún bien por nuestro medio, nosotros le debemos atribuir a la misericordia de Dios, y a los méritos de los otros». (San Vicente de Paul).

Este santo decía, que él era un viejo pecador indigno de vivir, y que tenía una necesidad extrema de la misericordia de Dios a causa de los pecados de que se hacía culpable. Un día postrándose delante de los sacerdotes de su congregación, quedaron atónitos al oírle hablar así: «Si conocieseis mis miserias me arrojaríais de la congregación de que estoy encargado, a la que deshonro y causo perjuicios». Muchas veces hablaba de la bajeza de su nacimiento. En una ocasión presentó a sus sacerdotes y a otros muchos señores un sobrino que acababa de encontrar, vestido como estaba entonces la gente del campo, y habiendo tenido alguna pena de haberle presentado en aquel traje, se acusó muchas veces delante de sus sacerdotes de la repugnancia que habla experimentado. Habiendo tenido muchísimas veces ocasión de hablar de su

esclavitud en Túnez y de que había hecho entrar en el seno de la Iglesia a su maestro que era un renegado, jamás habló una palabra por temor de que habría vanidad en referirlo. Si la necesidad o la caridad del prójimo le obligaba a hablar de algún bien que había hecho, siempre atribuía al celo de otros el suceso.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Reconozco, oh, Dios mío, que merezco todo género de vituperios, de humillaciones, desprecios y castigos. No he obrado. Señor, sino el mal. Estoy pronto a sufrir el castigo que me es debido, pero acordaos que Vos sois mi padre. Os suplico no me castiguéis en la otra vida.

10 de febrero | Humildad

«Nosotros debemos siempre considerar a los demás como a nuestros superiores y sometértenos aun a aquellos que son nuestros inferiores, manifestándoles la consideración y celo para servirles. Plazca a Dios que establezcamos esta excelente práctica». (San Vicente de Paul).

No había persona alguna que dicho santo no estimase. Todos los demás eran a su vista mejores que él, más prudentes, más perfectos, y más aptos que él para todo género dé empleos; por otra parte no tenía ninguna repugnancia en preferir el parecer de los otros al suyo. Esta fuerte persuasión de que los demás eran mejores que él, le hacía ponerse continuamente, con el pensamiento, a los pies de todos.

Imaginaos oír a Jesucristo que os dirige estas palabras: «Si queréis llegar a tener un grande amor, poneos interiormente muchas veces debajo de los pies de todas las criaturas: Creed que este es vuestro lugar».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Estoy muy dispuesto, oh, Dios mío, a no anteponerme a persona alguna. Ninguno hay que sea más culpable, ni más indigno de vuestras misericordias que yo. Tened piedad de un miserable gusanillo de la tierra, que ha tenido el atrevimiento de levantarse contra Vos y de servirse de vuestros dones para ofenderos.

11 de febrero | Humildad

Dice nuestro Señor: «Es necesario, que el que quiere hacerse superior a los demás se haga inferior a ellos». «Esta es una verdad que todos los cristianos creen, ¿pero cómo es que hay tan pocos, que conformen con esto su conducta?», dice san Vicente de Paul.

Santa Paula según refiere san Jerónimo, se hallaba siempre ocupada en considerar que era una mujer levantada del polvo de la tierra, por el grande amor que tenía a la humildad; de tal modo, que si alguno, aun no conociéndola, hubiera deseado verla a causa de la gran reputación que tenía a su favor, aunque la viese, ni siquiera hubiera sospechado que era ella. Rodeada de un buen número de vírgenes piadosas, nada había en su interior, en su lenguaje, y en su porte, que no hiciera tenerla por la última de las que ella era madre y modelo.

Un gran siervo de Dios decía: «Yo no soy digno de que me miren, ni me sufran, ni de vivir, pues que he pecado; no soy digno sino de ser despreciado, maltratado y de ir al infierno.

¡Oh humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Enseñadme, oh Dios mío, a ser pequeño, el más pequeño de todos a mis ojos. Dignaos por este medio darme a conocer cuál ha sido mi ingratitud para con Vos y hacer que no la pierda jamás de vista, y que esté en todo tiempo vivamente arrepentido de ella.

12 de febrero | Humildad

«No creas haber hecho progresos en la perfección, si no te consideras como el más ínfimo de todos, y si no deseas que todos los demás te sean preferidos, porque es propio de todos aquellos que son grandes a los ojos de Dios, ser pequeños a los suyos», dice santa Teresa.

Un monje decía a su abad que él no perdía jamás a Dios de vista, el abad que era un Santo, le respondió: «Poca cosa es esa, mucho más sería si os vieseis siempre a vos mismo inferior a todas las criaturas».

Se dice de santa Teresa que sus ojos estaban siempre fijos en considerar sus propios defectos y en admirar las virtudes de otros. Cuando sabía que algunas personas habían hecho alguna buena obra decía: «¡Qué dichosos son los demás!, todos se interesan en servir a Dios menos yo».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que no pierda jamás de vista mi bajeza, mi fragilidad, mi inconstancia, mis iniquidades y el abuso que he hecho de vuestras gracias. Que esta consideración me confunda y me haga recurrir continuamente a Vos.

13 de febrero | Humildad

«Ser grande delante de Dios por la práctica de las virtudes, y sin embargo ser pequeño y vil a sus propios ojos, esta es la humildad que es tan agradable a Dios, y tan poco frecuente entre los hombres», dice san Bernardo.

Santa Teresa, pensando en los favores particulares que recibía de Dios, toma de ellos ocasión para humillarse profundamente: «Estos son como estribos de un edificio, que manifiestan mi debilidad; una casa es menos sólida a proporción que tiene más necesidad de estar apuntalada».

No había virtud que no se admirase en san Vicente de Paul, aunque trataba de ocultarlas todas; sin embargo, según él, estaba tan pobre de bienes

espirituales, que no merecía sino el nombre de Miserable; este es el título que él tomó.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo no merezco sino el nombre de miserable y pecador, pues que no hay en mi más que miseria y pecado. ¡Ay!, ¿en cuál de mis obras no descubriréis defectos? Estoy perdido si Vos no usáis conmigo de vuestra gran misericordia.

14 de febrero | Humildad

«La vana complacencia y el deseo de que se hable de nosotros y que se nos alabe es un mal que nos hace olvidar a Dios, e infesta nuestras más santas acciones. No hay vicio más pernicioso para los que quieren hacer progresos en la vida espiritual», dice san Vicente de Paul.

Penetrado de estos mismos sentimientos, santo Tomas de Aquino aborreció los aplausos desde su más tierna edad. Jamás se le oyó pronunciar palabra alguna que indicase buscaba la estimación de las criaturas. Confesó un día a un religioso que, por la gracia de Dios, jamás había sido tentado de orgullo.

San Vicente de Paul había tomado la resolución de no hablar sin necesidad, porque podría atraerse la estimación de los demás. Viajando un día con tres sacerdotes, les contaba como por vía de entretenimiento, una cosa muy interesante que a él le había acontecido; pero en medio, de la narración, cuando le escuchaban con más placer, se le vio herir el pecho, y se le oyó decir que era un miserable lleno de orgullo, que hablaba siempre de sí mismo; y habiendo acabado, se puso, de rodillas delante de ellos y les pidió perdón del mal ejemplo que les había dado.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Humildísimo Jesús, y mi adorable maestro, concededme el que mire con indiferencia la estimación de las criaturas; concededme también el aborrecimiento de las alabanzas y el amor a las humillaciones y desprecios. Haced que yo estime el ser desconocido, olvidado y cubierto de oprobios por vuestro amor. No permitáis que hable jamás en mi alabanza ni obre por vanidad, ni ejecute jamás lo que me dicte el amor propio. Dadme la verdadera humildad, una profunda humildad de corazón.

15 de febrero | Humildad

«¿Que nos importa ser despreciados, calumniados, ultrajados, por los hombres si somos inocentes delante del Señor y agradables a sus ojos? Los santos pusieron su placer en ser inferiores y despreciables en el corazón de todos», dice santa Teresa.

Monseñor Camus Obispo de Belley se quejó a san Francisco de Sales de una grande injuria que le habían hecho; y el Obispo de Ginebra dijo:

—Confieso que ha sido injusto el trataros así, y que se debía respetar vuestro carácter, y no os hallo culpable más que en una cosa.

—¿Y en qué?, —replicó Monseñor de Belley.

—En no haber sido tan prudente como debíais de ser, guardando el debido silencio.

El amigo de san Francisco de Sales, reconoció su falta.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Divino Salvador mío, consiento el ser reprobado, vituperado, calumniado, ultrajado y despreciado por vuestro amor. Nada me importa el agradar o desagradar a las criaturas, con tal que yo sea agradable a vuestros ojos. ¡No quisiera vivir sino en vuestro Corazón!

16 de febrero | Humildad

«Cuando veáis alguno desear los honores y huir de los desprecios, y que si viniese a ser, perseguido o ultrajado, se aflige y prorrumpe en llantos, aseguraos que, aun cuando haga milagros, está muy lejos de ser perfecto, y su virtud es poco sólida», dice santo Tomas de Aquino.

Este santo aborrecía los honores y las alabanzas. Clemente IV habiéndole ofrecido el Arzobispado de Nápoles, no solamente le rehusó, sino que aun obtuvo del misino pontífice la gracia que le había pedido; y era que jamás le ofreciese ninguna dignidad; por pura obediencia sólo recibió el grado de Doctor. Estando estudiando se alegraba mucho porque uno de sus condiscípulos de quien él podía haber sido maestro, y que se le había dado para ser su pasante, le llamaba el Buey mudo, atribuyendo el gran silencio que guardaba a su ignorancia y poco talento. Un día que estaba leyendo públicamente mientras la comida, le corrigieron por no haber pronunciado una palabra como debía decirla; y al punto la repitió del modo que se le decía que la pronunciase, aunque sabía que se engañaban. Después a sus compañeros: «Importa poco hacer una silaba breve o larga; pero importa; mucho, extremadamente el ser humilde y obediente».

Un día que estaba leyendo públicamente mientras la comida, santo Tomas de Aquino, le corrigieron por no haber pronunciado una palabra como debía decirla y al punto la repitió del modo que se le decía que la pronunciase, aunque sabía que se engañaban. «Importa poco, —decía después a sus compañeros—, hacer una sílaba breve o larga; pero es de la mayor importancia el ser humilde y obediente».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, haced que me aflija y que me llene de sentimiento, cuando me dan señales de estimación y de respeto, cuando se me alaba y se me prefiere a otros. Reconozco que no merezco sino ser despreciado, y aborrecido de todas las criaturas, porque soy un gran pecador. ¡Ay, de mí!, pues no he hecho otra cosa más que ofenderos.

17 de febrero | Humildad

«El grado más grande de humildad es el de complacerse en las humillaciones y abatimientos, como los espíritus vanos se complacen en los grandes, honores», dice san Francisco de Sales.

Santo Domingo vivía con más gusto, en la diócesis de Carcasona, que en la de Tolosa en donde había convertido un gran número de herejes, le preguntaron la razón; y respondió: «Me llenan de honores en la diócesis de Tolosa, y en la de Carcasona soy aborrecido, perseguido, y ultrajado».

«Me sería más agradable verme despreciado, insultado y cubierto de oprobios en las calles de Roma, que verme en el mismo punto respetado y honrado por el mismo pueblo», decía san Félix Capuchino.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no permitáis que las muestras de aprecio y alabanzas que se me dieren sean para mi lazos en que caiga. Yo no deseo ser honrado ni amado más que de Vos. Yo no quiero agradar más que a Vos solo.

18 de febrero | Humildad

«El que es verdaderamente humilde jamás se persuade que le puedan hacer alguna injuria. ¡Qué confusión que nuestro Creador sufra tantas injurias por parte de sus criaturas, y que nosotros por una palabra menos agradable que nos digan, ya nos resentimos! Poco importa que seamos estimados o no, o que se diga de nosotros bien o mal; los honores deben afligirnos más que las injurias y los ultrajes. (Santa Teresa.)

Cuando san Francisco de Sales veía que alguno se afligía de haber sido calumniado, decía a los que le manifestaban su disgusto: «Jamás aprobaré vuestra inquietud; dejadles que digan; esa es una cruz de palabra, y una aflicción de viento, cuya memoria desaparece con el sonido. Es necesario ser muy

delicado para no poder sufrir la picadura de una mosca. ¿Y qué injuria nos hacen cuando nos tienen en mala opinión, pues qué, no debemos tenerla de nosotros mismos?»

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, que injuria me pueden hacer a mí que os he ofendido y que he merecido tantas veces el infierno. Soy un monstruo de ingratitud contra el cual todas las criaturas debieran levantarse para vengar el ultraje que os he hecho.

19 de febrero | Humildad

«Una persona humilde, cuando se cae en vicios, mucho más se humilla; cuanto más le humillan, mucho más se humilla; cuando está cubierta de oprobios se alegra de verse despreciada, cuando está empleada en oficios bajos y simples reconoce que se la honra con lo que ella no merece y lo desempeña con gusto; no aborrece ni huye sino de los empleos distinguidos y de los honores». (Santa Juana Francisca de Chantal).

Un gentil hombre lleno de cólera, habiendo dicho a san Vicente de Paul una injuria grosera, el santo se arrojó al punto a sus pies, pidiéndole perdón de la ocasión que quizás le habla dado de hablar así. A este mismo santo uno de los partidarios del error que se suscitó en el último siglo de tantas discordias, habiéndole referido las falsas máximas para hacérselas adoptar, y viendo que no lo conseguía, le llenó de injurias, diciéndole entre otras cosas, que era un ignorante, y que se admiraba de que su congregación le hubiera elegido por su General: «Pues más admirado estoy yo de eso mismo que vos; sé que soy incomparablemente más ignorante, que lo que podéis imaginar», le contestó.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, hacedme tan humilde que esté contento cuando sea insultado, calumniado y despreciado. Si mi Salvador quiso hartarse de oprobios, ¿cómo dejaran sus discípulos de amarlos?

20 de febrero | Humildad

«Los misioneros deben estimar el ser tenidos por hombres de bajo origen, de poco talento y poca virtud. Cuando son despreciados, o que la Congregación recibe algún sujeto humilde, deben complacerse de esto, y así pueden conocer los progresos que hacen en la humildad», dice san Vicente de Paul.

Este santo que sabía cuan útiles son las humillaciones sufriéndolas cristianamente, las amaba de tal modo que un digno eclesiástico que le conocía a fondo dijo de él que jamás había conocido un ambicioso tener tanto afecto por los honores, como el humilde siervo de Dios tenia por los desprecios y abatimientos; de modo que se podía decir, que en los ultrajes formaba su tesoro en este mundo.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que aprecie la humildad como un tesoro y que procure aumentarle todos los días bendiciendo a Vos en los abatimientos y haciendo muchos actos y prácticas de humildad.

21 de febrero | Humildad

«Sufrir con resignación cristiana las humillaciones y los oprobios es la piedra de toque de la humildad y al mismo tiempo de la verdadera virtud, porque es la que más se conforma con Jesucristo verdadero modelo de la virtud sólida», dice san Francisco de Sales.

Se refiere de san Amonio que llegó a tan alta perfección, que se había hecho casi insensible a los ultrajes, cual si fuera una piedra. Jamás tuvo por injuria los oprobios que le hacían.

«Sufrir las injurias sin quejarse es la puerta por donde nuestros padres han entrado para llegar a Dios; el ejercicio hace fácil y agradable lo que al principio parecía muy difícil», decía un Santo Abad a sus monjes.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, conozco que soy digno de ser despreciado, porque he despreciado vuestros mandamientos; de ser ultrajado porque he ultrajado vuestras perfecciones; de ser menospreciado de todos, porque he consentido ser esclavo del demonio. Haced que este pensamiento me haga desear con ansía los abatimientos.

22 de febrero | Humildad

«El que es verdaderamente humilde desea ser despreciado, burlado, perseguido y calumniado. Si queremos imitar a Jesucristo en esto, sobre todo, debe ser. No hay más medio de ser sabio que alegrarse de pasar por la escoria de los hombres y por insensato, pues que la misma sabiduría ha sido reputada como tal». (Santa Teresa).

Una santa religiosa pedía muchas veces a la superiora el permiso para decir públicamente sus defectos y la suplicaba la impusiese penitencias que la abatiesen, a fin de ser despreciada.

Santa Catalina de Génova decía: «Cuando cometo alguna falta a mi sola debo atribuirla, no al demonio ni a cualquiera otra criatura, sino únicamente a mí mala voluntad, a mi orgullo, y sensualidad. Si el Señor no me asistiese continuamente con su gracia, ¿qué sería de mí? Yo soy peor que el demonio para hacer mal». En las diferentes faltas que involuntariamente cometía

acostumbraba a decir: «He aquí una yerba de mi jardín; y así se humillaba ella misma».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no soy capaz por mi mismo de hacer bien alguno, sino sólo de obrar el mal, ¿cómo podré ensoberbecerme? ¿Cómo, convencido de esta verdad humillante, no concibo un gran desprecio de mí mismo?

23 de febrero | Humildad

«Si considerásemos bien todo lo que hay en nosotros de humano y de imperfecto, hallaríamos motivo para humillarnos delante de Dios, delante de los hombres y aun de nuestros inferiores», dice san Vicente de Paul.

Santa Teresa cuenta que, habiéndola iluminado el Señor con una luz celestial, se vio al punto llena de abominables defectos, y que le parecía ser como un demonio. «¿Qué seria si el Señor me hubiera iluminado más?», decía ella. Confusa por sus miserias, gemía continuamente, y cuando recibía alguna injuria o alguna señal de desprecio, no solamente no se alteraba ni quejaba sino que decía: «Tienen razón, hacen bien hablar así de mí, y de tratarme de ese modo».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, yo he sido a vuestros ojos un enemigo vuestro, cuando el pecado reinaba en mi corazón, ¿y no deberé temer el ser aun realmente tal, pues que no sé si el pecado reina todavía en mí? Haced Señor que este pensamiento abata mi orgullo y me anonade delante de Vos.

24 de febrero | Humildad

«Según mi dictamen jamás adquiriremos nosotros la verdadera humildad si no levantamos los ojos hacia el Señor. El alma que considera la grandeza de Dios ve mejor su profunda bajeza; considerando la santidad, ve sus manchas; cuando considera la paciencia, ve cuan apartada está de ella; en una palabra fijando los ojos en sus divinas perfecciones, descubre en sí tantas y tan grandes imperfecciones, que penetrada de confusión pide al Señor la libre de ellas». (Santa Teresa).

Del gran conocimiento que san Vicente de Paul tenia de las perfecciones de Dios, formaba la baja idea que él tenía de sí mismo, y el ardiente deseo de las humillaciones. «Si cada uno de nosotros se aplicase a conocer lo que es delante de Dios, reconocería ciertamente, que es muy justo y razonable el despreciarse y humillarse. Dios es tan Santo, y nosotros tan incapaces de todo bien; tenemos una inclinación al mal natural y continuada, hemos pecado tantas veces y tan gravemente; ¡cuántos motivos de confusión!»

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Quién sois Vos, oh, Dios mío, y quien soy yo! Vos sois el Ser de los seres y yo no soy nada. Vos sois el Santo de los santos y yo soy un abominable pecador. Yo debía estar en el infierno con los ángeles malos; tened, Señor piedad de mí.

25 de febrero | Humildad

«El que quiere hacerse verdaderamente santo no debe excusarse, cuando se le acusa aun sin razón, exceptuando algunos casos particulares. Jesucristo nos ha dado el ejemplo cuando, acusado en su misma presencia a pesar de ser inocente, no habló una sola palabra para justificarse». (San Felipe de Neri)

San Vicente de Paul fue muchas veces calumniado, y jamás se le oyó ni quejarse, ni decir nada para manifestar que era inocente de lo que se le acusaba. «Yo nunca me justificaré sino por mis obras», decía a los sacerdotes de su congregación. Un día que estaba con la reina, le dijo, que se le acusaba de una

cosa, que ella no era capaz de creer; y le respondió al punto el santo sin alterarse; «Señora, yo soy un gran pecador». Su Majestad, haciéndole presente que no debía omitir nada para manifestar su inocencia, él le respondió: «¡Cuántas cosas se dijeron contra Jesucristo!, pero el Señor jamás se justificó».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¿No me llenaría de confusión si los hombres conociesen cuales han sido mis pensamientos, mis afectos y mis obras? Pero Dios mío, ¿qué no conocéis Vos todo esto? ¿No debería yo morir de confusión pensando que nada se os oculta?

26 de febrero | Humildad

«Es mucho más conducente para la perfección el no excusarse una vez cuando alguno es reprendido, que si oyese diez sermones con las disposiciones más santas. Esta es una señal poco estimada de las criaturas, acostumbrándose a no justificarse en tales circunstancias, se consigue el oír hablar de sí mismo como si fuera de una persona extraña», dice santa Teresa.

El P. Álvarez habiendo sido acusado en una junta provincial de una gran falta, de la que no era culpable, y habiéndole reprendido públicamente con toda severidad, no dijo una palabra en su defensa, ni cuando se le reprendió ni después de la reprensión. El Señor le recompensó por este silencio heroico con favores extraordinarios.

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, me resuelvo á no justificarme, ni excusarme jamás. Haced que sea fiel a esta resolución que Vos me habéis inspirado para manifestaros mi amor.

27 de febrero | Humildad

«He aquí uno de los mejores medios de adquirir la humildad; y es gravar profundamente en el alma esta máxima: Ninguno es realmente, sino lo que es delante de Dios y nada más» (Tomás de Kempis).

San Francisco de Sales había meditado bien esta saludable máxima; de aquí aquella tranquilidad admirable que se veía en él, y aquella cordura con que se portaba. Habiendo sido calumniado horriblemente decía: «Yo quisiera que pluguiese a Dios que mi inocencia no fuese jamás reconocida ni aun en el juicio universal, sino que estuviese eternamente sepultada en los secretos de la eterna sabiduría». Y después añadía: «Si por la gracia de Dios hago alguna buena obra, o si Dios se sirve de mí para hacer algún bien, yo estaría muy satisfecho que el día del juicio universal en donde los secretos de los corazones se harán manifiestos, mis injusticias fuesen al contrario, esto es, que las conociesen todas las criaturas».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Renuncio, oh, Dios mío, al orgullo, al amor propio, a la vanidad, y al deseo de ser estimado y amado de las criaturas. Dadme una profunda humildad de espíritu y de corazón. Quiero aprovechar todas las ocasiones de practicar la humildad.

28 de febrero | Humildad

. «Todos los que han tenido un verdadero deseo de hacerse humildes se han ejercitado en la práctica de las humillaciones. No ignoraban que es un camino seguro para llegar a la humildad, y que no hay otro mejor». (San Bernardo).

San Francisco, san Buenaventura, san Francisco de Borja, santa Magdalena de Pazzi, y santa Teresa aprovechaban todas las ocasiones de humillarse.

Se lee en san Juan Clímaco de un monje que tenía un grande amor a la humildad, el cual había escrito en las paredes de la celda con el fin de triunfar de las tentaciones de vanidad que muchas veces le molestaban, estas notables, palabras: Caridad perfecta. Amor a la oración. Mortificación universal. Dulzura inalterable. Paciencia invencible. Castidad angelical. Humildad muy profunda. Confianza filial. Exactitud entera. Resignación admirable. Si después el demonio iba a tentarle por la vanidad, decía: «Vamos a la prueba». Y aproximándose a la pared leía lo que estaba escrito, haciendo estas reflexiones: «¿Tendré caridad perfecta, yo que hablo mal de los otros? ¿Amor a la oración, yo que no he hecho ninguna oración sino con muchas distracciones? ¿Mortificación universal, yo que busco continuamente el saciarme? ¿Dulzura inalterable, yo que manifiesto continuamente a mis hermanos un semblante severo? ¿Paciencia invencible, yo que no puedo sufrir nada sin quejarme? ¿Castidad angelical, yo que, despreciando el velar sobre mis sentidos doy lugar a los pensamientos deshonestos? ¿Confianza filial, yo que voy tan raras veces a Dios como a mí padre? ¿Exactitud entera, yo que quizás no he hecho jamás acción alguna que no haya sido defectuosa? ¿Resignación admirable, a mí que me cuesta tanto someterme a la voluntad de Dios?».

¡Oh, humildad!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, yo no tengo ninguna virtud y sí todos los vicios, ¿cómo pues soy orgulloso? Haced Señor, que me haga justicia a mí mismo, humillándome continuamente delante de Vos. Dignaos dirigir sobre este miserable pecador una mirada de vuestra misericordia.

29 de febrero | Humildad

«La humillad para ser verdadera debe estar siempre acompaña la de la caridad; es decir, que nosotros debemos amar, buscar y apetecer tas humillaciones para agradar a Dios y asemejarnos a Jesucristo», dice san Francisco de Sales.

San Vicente de Pau! cuya humildad era tan sincera que se veía en su frente, en sus ojos y en todo su exterior, ponía sus delicias en las humillaciones y en los desprecios, para imitar los abatimientos excesivos del hijo de Dios, que como él decía en una conferencia: «Siendo el esplendor de la gloria de su Padre, y viva imagen de su sustancia, no contento de haber pasado una vida que se podía llamar una humillación continua, ha querido aun después de su muerte estar representado perpetuamente a nuestros ojos en un estado de ignominia extremada y clavado en una Cruz como malhechor».

San Jerónimo dice que sabiendo santa Paula, que se había dicho de ella, que su devoción la había vuelto loca, y que sería bien hacerle una abertura en la cabeza para que el aire pasase al celebro; la humilde Sierva de Dios dijo al punto estas palabras del Apóstol: «Sea por el amor de Jesucristo el que nosotras nos hagamos necios; *Nos stulti propter Christum*».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme el amor a las humillaciones, que este amor me las haga desear a fin de adquirir la humildad y de agradar a Jesús, a quien la humildad es tan amable, que se humilló en extremo y que exige que sus discípulos aprendan de Él a ser dulces y humildes de corazón.

MARZO

Mortificación

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.

Si quis vult venire post me, abneget semetipsum.

(Mal. 16. 24.)

1 de marzo | Mortificación

El primer paso que debe dar el que quiera seguir a Jesucristo según que Él lo ha dicho, es renunciarse a sí mismo; es decir, a sus sentidos, a sus pasiones, a su voluntad, a su juicio y a todos los movimientos de la naturaleza. Todos estos sacrificios son agradables a Dios, y son necesarios.

«Aquel que, teniendo ya un pie en el cielo, viene a faltar en este ejercicio, cuando quiera colocar allí el otro pie, estará en peligro de perderse», dice san Vicente de Paul. Este santo sobresalió en esta virtud y se ejercitó en ella hasta su último suspiro, y de tal modo vino a hacerse superior a sus pasiones que le parecía no las tenía.

Según san Juan Clímaco los Monjes o Solitarios que estaban más adelantados en la perfección cuidaban no dejar la mortificación por temor de que las virtudes que habían adquirido no les faltasen; y decían, que se debía hacer con ellos como con la tierra, que por pingüe y fértil que sea, si se deja de cultivar, no produce otra cosa que abrojos y espinas.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Salvador mío!, de todo mi corazón hago renuncia de mí mismo para ser verdaderamente discípulo vuestro. Quiero haceros el sacrificio de mis sentimientos y de mis pasiones, de mi juicio, y de mi voluntad. Jamás haré cosa alguna con el fin de complacerme.

2 de marzo | Mortificación

«Nosotros debemos medir nuestro adelantamiento en la vida espiritual por el progreso que hacemos en la virtud de la mortificación; tengamos por cierto que a proporción del celo que tenemos para mortificarnos, nos haremos más perfectos». San Jerónimo.

Cuando san Francisco de Borja oía decir de alguno, «este es un santo», tenía costumbre de decir, «será santo si se mortifica constantemente». Así fue que él se santificó por la práctica de la mortificación, pues miraba como

perdidos y mal empleados los días en que no había practicado alguna mortificación corporal o espiritual.

Preguntó un joven anacoreta a un santo anciano:

—¿Por qué entre tantas personas que caminan a la perfección son tan pocas las que llegan a ser perfectas?

—Esto es —contestó el Venerable—, porque para ser perfecto e necesario morir realmente a sus inclinaciones, y son muy pocos los que hacen este gran sacrificio.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme el valor y fortaleza, que necesito para combatir continuamente mis inclinaciones naturales y fortalecerme en todas las cosas,

3 de marzo | Mortificación

«Nuestro asunto principal debe ser vencernos a nosotros mismos, y perfeccionarnos de día en día en esta renuncia. Sobre todo es necesario aplicarnos para salir victoriosos en las pequeñas tentaciones, como son la vivacidad, las sospechas, los celos, la cobardía o timidez y la vanidad, obrando así, obtendremos la fuerza necesaria para resistir a las tentaciones más grandes», decía san Francisco de Sales.

Preguntaron a un verdadero cristiano cuya paciencia era admirable, ¿cómo podía sufrir sin quejarse tantos ultrajes como recibía diariamente por parte de un gran número de jóvenes?, pues era continuamente un objeto de irrisión. Y respondió: «Cuando me siento inclinado a contestarles, esto es lo que me contiene, y me digo a mí mismo: "Si no puedo sufrir tan pocas cosas, ¿cómo podré tener paciencia en circunstancias más difíciles?"».

«El que no puede vencerse en las cosas pequeñas, tampoco podrá en las mayores», san Francisco Javier repetía muchas veces esta máxima.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, enseñadme lo que debo evitar y lo que debo hacer para conseguir continuas victorias sobre mí mismo. Mas no os contentéis con instruirme; ayudadme con vuestra gracia y dadme el valor que necesito.

4 de marzo | Mortificación

«El que se deja conducir y dominar por la parte inferior y animal, merece el nombre de bestia, más bien que el de hombre». (San Vicente de Paul).

Felipe, Conde de Nemours, habiendo pasado una vida muy criminal le hizo ver el Señor la indignidad de su conducta, se horrorizó al verse en tan desgraciado estado y lloró amargamente. Estando para morir, penetrado de un dolor vivísimo suplicó a los que le asistían que le llevasen a la plaza pública, y le dejasen allí sin socorro alguno, diciendo: «Yo he vivido como un perro, y como un perro es preciso que muera».

San Vicente de Paul, habiendo convertido a un gran pecador, le enseñó este excelente método: «Hazte a ti mismo muchas veces al día esta pregunta: ¿a qué parte te inclinas? Y después que reconozcas que estás aficionado a alguna cosa terrestre renúnciala». Este pecador practicó fielmente lo que le había dicho el Santo y vino a ser un perfecto cristiano.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, estoy afligido por no haber vivido jamás como cristiano ni como un hombre de razón, sino que he vivido como una bestia, o como un enemigo vuestro! Pero desde ahora deseo tener los sentimientos de nuestro Señor Jesucristo y no obrar más que a impulso de su gracia.

5 de marzo | Mortificación

«El que haciendo poco caso de las mortificaciones exteriores dice, que las interiores son más perfectas, manifiesta que él de ninguna manera es mortificado, ni las tiene exterior, ni interiormente», dice san Vicente de Paul.

Este santo miraba a su cuerpo como a su mayor enemigo; le trataba de un modo muy riguroso, usando del cilicio, de las cadenas y de correas tejidas con alambres. Todas las mañanas luego que se levantaba se daba una cruel disciplina. Dormía sobre un sencillo jergón, y se levantaba siempre a la hora señalada por la comunidad, aunque sus negocios o sus enfermedades no le hubiesen permitido descansar dos horas. Rendido del sueño durante el día, le apartaba de sus ojos poniéndose en una postura molesta e incómoda. En el invierno apenas se calentaba. En una palabra era muy cuidadoso en no dejar pasar ocasión alguna de mortificarse. Y pudo decir como otro santo; «Yo mato a mi cuerpo por temor que él no mate a mi alma».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, miraré mi cuerpo como a un esclavo rebelde; le castigaré todos los días con alguna austeridad, por temor de que domine a mi espíritu y le cause la muerte eterna

6 de marzo | Mortificación

«La mortificación de la gula es el Abecé o principio de la vida espiritual; el que no sabe reprimir en sí este vicio, no podrá sino con dificultad triunfar de los demás, a quienes es preciso hacer una guerra continua, si no se quiere estar dominado de ellos». (San Vicente de Paul).

Este gran santo no tomaba el alimento, sino por necesidad. Comía muy poco, y esto le hacía estar siempre en la presencia de Dios, y con mucha modestia. Jamás se levantó de la mesa sin haber practicado allí muchas mortificaciones. Sus manjares más predilectos eran aquellos que estaban más insípidos o mal sazonados, y echaba en los demás polvos muy amargos. Le sirvieron un día unos huevos que se creía estaban cocidos en agua, y no había sido así, y el santo los comió sin manifestar ninguna repugnancia.

Se lee de santa Isabel reina de Portugal que ayunaba casi la mitad del año a pan y agua; de san Bernardo que bebió aceite en vez de vino sin conocerlo, y

que era para él un verdadero tormento cuando se veía en la necesidad de tomar algún alimento; de san Isidoro que no comía jamás sin derramar lágrimas.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, asistidme con la gracia que necesito para santificar todas mis comidas por medio de una oración fervorosa y de la ofrenda que os haré de ella, por la memoria del pan celestial con el cual me alimentáis en vuestra santa mesa, por la renuncia de la gula y por algunos sacrificios.

7 de marzo | Mortificación

. «Una de las cosas que nos apartan de la perfección, es sin duda nuestra lengua, pues cuando se llega al punto de no pecar hablando, se llega a dicha perfección, según el testimonio del Espíritu Santo. Y por esto hablad poco y bien, hablad poco y que sea con sencillez, con caridad, y de un modo que no se oponga a la virtud». (San Francisco de Sales).

San Luis Gonzaga antes de hablar dirigía a Dios con fervor esta oración del profeta: «Señor poned una guarda a mis labios».

San Vicente de Paul de tal modo se había hecho superior a su lengua, que jamás se le había oído decir palabras inútiles; cuando estaba lleno de ocupaciones, lo cual acontecía muchas veces, tenía costumbre de decir: «Dios sea bendito, es preciso estar contentos con lo que se digne enviarnos».

San Luis Gonzaga preguntado por uno de sus condiscípulos qué medio tomaba para no pecar jamás por palabra, respondió: «Antes de hablar, pienso en lo que voy a decir, y lo encomiendo a Dios, para no decir nada que pueda desagradarle».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os pido humildemente perdón de tantos pecados que he cometido por medio de esta lengua que me disteis para bendeciros. Quiero mortificarme hablando poco y no hablando jamás de mí mismo sin necesidad,

ni diciendo nada contra la cuidad, verdad y modestia, y exhortando a mi prójimo a amaros.

8 de marzo | Mortificación

«Según la doctrina de los Santos uno de los principales medios para vivir cristiana y ejemplarmente es la modestia de los ojos; y así como nada hay más propio que esta modestia para conservar en el alma la piedad y edificar al prójimo, así tampoco hay cosa que más lleve al relajamiento y que más escandalice, que el defecto contrario». (San Alonso Rodríguez).

Era tal la modestia de san Bernardino que con sola su presencia arreglaba en sus modales aun a los más descompuestos de sus compañeros. Bastaba decir Bernardino viene, para que al momento lodos guardasen el mayor decoro. Habiendo ido el Papa Inocencio II acompañado de muchos cardenales a visitar el monasterio de Claraval, del cual era entonces Abad san Bernardo, la modestia del santo y de los religiosos que se presentaron al Papa, fue tan admirable que hizo llorar a la mayor parte de los que habían sido testigos de aquel caso.

Preguntaron a la bienaventurada Clara de Monte Falco por qué no miraba jamás a la cara de la persona con quien hablaba, y contestó: «¿Qué sirve mirar a la cara de la persona con quien se habla, puesto que no se habla sino con la lengua? Los ojos de David no hubieran derramado tantas lágrimas, si se hubiera mortificado en sus miradas».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, hago un pacto con mis ojos, para apartarlos al punto de todo objeto capaz de excitar en mí el fuego de las pasiones. Haced que al ver todo lo que se presente a mis ojos me vuelva hacia Vos y me una a Vos Todas las criaturas publican vuestras perfecciones y me invitan a amaros, haced que yo entienda este lenguaje

9 de marzo | Mortificación

«Creedme, la mortificación de los sentidos de la vista, del oído, y de lengua es más útil que llevar una cadena de hierro y el cilicio». (San Francisco de Sales).

Una mujer confesó a san Francisco Javier haber mirado a un hombre con placer, y el santo la dijo: «Sois indigna de que Dios os mire, pues que permitiendo esa satisfacción habéis estado expuesta a perder a vuestro Dios». Estas palabras la hirieron de tal modo, que jamás se atrevió a mirar a ninguno.

Dijeron a San Luis Gonzaga que la Emperatriz a quien él había servido de paje por espacio de dos años iba a Roma a donde él estaba y que debía conocerla; y respondió: «Si me presento a ella la conoceré oyendo su voz, mas no aunque la vea, porque jamás la miré con atención».

Una persona que de ordinario no se contenía en sus palabras, pidió a su director el permiso de traer cilicio con el fin de afligir su carne; y poniendo éste el dedo en la boca le dijo: «El mejor cilicio para Vos es poner mucha atención en todo lo que sale por esta puerta».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os suplico que jamás permitáis que mis sentidos sean las puertas por donde entre el pecado en mi corazón. Yo os los consagro. Velaré continuamente sobre mí para no profanarles. Os los ofreceré en sacrificio sin cesar, por medio de una mortificación continua.

10 de marzo | Mortificación

«Hay quienes tienen tanto celo por las prácticas de mortificación que hallan medio de mortificarse en todas las cosas y en todos los instantes. ¡Oh, excelente ejercicio, y que útil es!». (Alonso Rodríguez).

San Francisco de Borja examinaba con cuidado cuales eran sus inclinaciones naturales y las combatía todas. Se alegraba en el Señor cuando se le presentaba alguna ocasión de padecer por Él. Se vestía de modo, que en el invierno padecía frio, y en el verano calor. En los zapatos llevaba siempre piedras pequeñas; la cama sobre la cual se echaba para tomar algún poco de sueño durante algunas horas de la noche, merecía el nombre de cruz, más bien que el de cama para descansar. Cuando el sol calentaba más, en lugar de buscar la sombra caminaba con más lentitud que lo ordinario. Demolía las píldoras con los dientes y las tenía mucho tiempo en la boca.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, estoy convencido de la necesidad que tengo de mortificarme, en castigo de tantos pecados como he cometido y para preservarme de cometer otros muchos. Que yo desee con avidez la mortificación y sea ingenioso para crucificarme y para tener los actos de conformidad con mi Salvador que ha muerto por mis pecados en una cruz.

11 de marzo | Mortificación

«Es la mortificación interior la que debe arreglar el exterior, y obrar con la mayor perfección que sea posible». (Santa Teresa).

Preguntó uno a san Felipe de Neri qué debía hacer para santificarse, y el santo puso su mano sobre la frente diciendo: «Dadme esos cuatro dedos, y os haré un santo». Dándole a entender con esto que la santidad depende de renunciar a su voluntad y a su propio dictamen. «El espíritu y el corazón es preciso mortificar antes que la carne», decía el mismo santo a una persona que, estando adherida a su voluntad, quería castigar su cuerpo con instrumentos de penitencia.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Salvador mío, que habéis querido ser el varón de dolores, quiero por vuestro amor, no darme gusto en nada. Os hago el sacrificio de mi propia

voluntad, quien contrariar en todas las cosas mis inclinaciones naturales, con el designio de conformarme con Vos y agradaros.

12 de marzo | Mortificación

«Para progresar en la virtud no se ha de procurar tanto mortificarse, como elegir las mejores mortificaciones. Estas son las que más se oponen a nuestras inclinaciones naturales». (San Francisco de Sales).

El Venerable Palafox decía, que la razón por la cual él no había progresado en la virtud, era por no haber sido diligente en huir de lo que era más conforme a sus inclinaciones. El que conociendo en sí sus inclinaciones viciosas no trata de combatirlas, retrocederá en vez de adelantar en la piedad, y decaerá quizás de tal modo que tendrá al fin la desgracia de perderse.

Un religioso a quien habían dado un empleo que no era de su agrado, experimentó en esta ocasión mucha repugnancia y grandes tentaciones; con el fin de triunfar de ellas prometió a Dios delante de un crucifijo, quedar toda su vida en aquel cargo, si así era la voluntad de sus superiores. Habiendo conseguido esta victoria y otras semejantes, nada había que no le pareciese fácil.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, trataré de violentarme continuamente por salvar mi alma. Haré violencia a mi espíritu, asegurándole y conservándole en el recogimiento; a mi corazón teniéndole desprendido de todo; y a mis pasiones contrariándolas sin cesar. Ayudadme con vuestra gracia.

13 de marzo | Mortificación

«Las mortificaciones que nos vienen de Dios o de los hombres por su permisión son siempre más apreciables que aquellas que son hijas de nuestra voluntad, debiendo tener por regla general que cuanto menos hay en nuestras

acciones de nuestro gusto y de nuestra elección, más se halla en ellas de bondad, de solidez, de devoción y de aprovechamiento». (S. Francisco de Sales).

Una excelente religiosa decía tantas veces y con tanto amor «Dios lo quiere» en las diferentes pruebas que tuvo que sufrir que se le dio el nombre de la «hermana de la voluntad de Dios».

Santa Teresa recibía todas las cruces ya fuesen interiores o ya exteriores con respeto y amor; las miraba como una prenda del amor de Dios, como un presente inefable de su tierno padre y como una medalla preciosa con la cual podía comprar el cielo. Cuando el Señor favorecía con alguna cruz o trabajo a un siervo de Dios, decía sin cesar: «Así sea. Hágase, hágase». Y rezaba el *Te Deum*.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, Vos sabéis cuales son las cruces que me son más provechosas, me someto a ellas, las deseo, las recibiré con agrado, bendiciéndoos siempre mientras esté cargado con ellas, pero todo el tiempo que padezca, acordaos de mí, asistidme con vuestra gracia

14 de marzo | Mortificación

«Cuanto más se mortifica el hombre en sus aspiraciones naturales, más se hace capaz de recibir las inspiraciones divinas, y hace más progresos en la virtud». (San Francisco de Sales).

Se lee de muchos santos y santas que aunque experimentaban una repugnancia extremada por temor de contagiarse asistiendo a los enfermos, triunfaron de esta aversión natural que miraban como una falta de caridad, aplicando sus labios con espíritu de penitencia a las llagas que les causaban tanto horror. El Señor recompensó una acción tan heroica con un cadena de gracias de predilección y auxilios por los cuales llegaron a una santidad eminente.

«¿No tienes por ventura alguna afición desarreglada?». Se preguntaba un gentilhombre, quien después de algunos extravíos, se había convertido verdaderamente, y reconoció que aún estaba adherido a su espada, porque esta le había hecho muy estimado, y le había servido para acciones de valor en el ejército y en los combates particulares para satisfacer su venganza; «¡Y qué!, ¿una espada te ha de impedir ser todo de Dios?», exclama. Y en el mismo instante la saca de su vaina y partió la hoja. Este sacrificio atrajo sobre él las más abundantes bendiciones.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, ¿qué queréis que yo haga para manifestaros mi amor? Mi corazón está pronto a todo. Fortificadme, a fin de que no rehúse hacer alguno de los sacrificios que Vos me exigís. Si es necesario que yo muera, muy dulce me será el morir, para manifestaros que os amo.

15 de marzo | Mortificación

«Muchos cristianos hacen incisiones en lugar de circuncisiones; y por esto pocos son los que ponen en uso el cuchillo de la circuncisión para cortar del corazón todo lo que hay en él de superfluo». (San Francisco de Sales).

San Jerónimo dice de santa Paula que desde su juventud se aplicó a separar de sí misma todo lo que sabía era desagradable a Dios. Mientras vivía con su esposo tenía una vida tan arreglada que podía haber sido propuesta a las señoras cristianas de Roma por modelo, y cuando murió su marido, viéndose libre de los lazos que la detenían en medio del mundo que ella aborrecía, abrazó una vida más austera. Pasaba una gran parte de la noche en oración sin tomar más que un poco de reposo, y esto sobre la tierra desnuda y revestida de un áspero cilicio. Afligía más su cuerpo inocente con ayunos rigorosos y otras mortificaciones que eran mucho más temibles. Cuando confesaba sus faltas las más leves, de las cuales aún las almas más santas no se libran, ella lo hacía con tal abundancia de lágrimas que los que no la conociesen, la hubieran tenido por la más grande pecadora. Algunas veces le decían: «No lloréis tanto, porque os exponéis a perder la vista, la que necesitáis para la lectura de los libros santos,

moderad vuestra austeridades si no queréis acabar enteramente vuestra salud»; y ella contestaba: «Es necesario desfigurar este semblante a quien antes procuraba hermosear; es preciso castigar esta carne a quien yo he procurado tan falsas delicias; en fin, los llantos deben seguir a las risas. Cuando se han llevado vestidos preciosos que lisonjeaban la molicie, ¿no se deben llevar ásperos cilicios? Yo no he tratado sino de agradar al mundo, pero ahora deseo agradar a Dios, y a Dios solo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, con cuantos lazos no me hallo ligado a la tierra! Gimo en ella, dignaos romper estas funestas ligaduras. Haced que no esté ya más adherido a las riquezas perecederas, a los vanos honores, o los falsos placeres, ni a mí mismo.

16 de marzo | Mortificación

«El que quiera adelantar en la perfección debe tener un cuidado muy particular, en no dejarse dominar por sus pasiones, porque de otro modo sería destruir con una mano el edificio que había levantado la otra. Con el fin de ser superior a estas es necesario empezara resistirlas con tiempo, porque, cuando estén fortificadas y bien arraigadas, ya casi no hay remedio». (San Vicente de Paul)

Un santo anacoreta hallándose con uno de sus discípulos en un bosque de cipreses, le mandó que arrancase cuatro de ellos señalándoles con el dedo el uno después del otro. El primero apenas salía de la tierra, y le arrancó con una mano muy fácilmente. El segundo comenzaba ya a tener raíces, y le arrancó igualmente con una mano, aunque con algún trabajo. Para el tercero que era ya como un pequeño árbol se vio obligado a echar las dos manos y emplear todas sus fuerzas. Viniendo por último al cuarto que era ya un árbol hecho, fue todo inútil, aunque hizo los mayores esfuerzos y usó de la industria para arrancarle. El santo anciano tomó de aquí ocasión para instruir a su discípulo sobre la necesidad de combatir nuestras pasiones desde su origen. «Hijo mío, con un poco de vigilancia y algunas mortificaciones se llega al punto de reprimir las

pasiones y triunfar de ellas, cuando aún no han hecho más que nacer; pero cuando ya han echado en el corazón profundas raíces, nada hay más difícil, y aun es imposible sin un milagro del Dios todo poderoso».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, haced que yo venza enteramente mi orgullo dándome Vos la humildad, que venza mi apego a los bienes de la tierra, dándome Vos el amor de la pobreza y que venza también mi sensualidad, haciendo que no busque jamás el placer fuera de Vos.

17 de marzo | Mortificación

«Más se aprovecha en un mes mortificando continuamente sus pasiones, que ejercitándose por muchos años en austeras mortificaciones en las cuales el amor propio de ordinario tiene mucha parte». (San Juan de la Cruz).

Santa Magdalena de Pazzi siendo maestra de novicias, les hablaba muchas veces sobre la necesidad de contrariar sus inclinaciones, si querían adelantar en la virtud, y les hacía entender después las ocasiones de santificarse por este camino. Empleaba en las labores de manos a las que tenían mucho gusto en la oración, y mandaba hacer ejercicios de piedad a las que estaban más inclinadas al trabajo. Procuraba que tuviesen grandes humillaciones aquellas que ella conocía tenían repugnancia para humillarse; y conociendo que una de ellas tenía cierta adhesión a un pequeño libro de oraciones escritas de su mano, le mandó echarlo al fuego. Las novicias convencidas de que su maestra no obraba de este modo sino por su bien, obedecían y hacían grandes progresos en la perfección.

Un gran Señor muy querido de su príncipe, recibió de él una carta en el tiempo que estaba dedicado en una casa de religión a los ejercicios del retiro espiritual; y se sintió vivamente inspirado de ofrecer a Dios el sacrificio de la satisfacción que debía tener en leer esta carta mientras durara su retiro espiritual, y obedeció a la gracia. Este sacrificio fue muy agradable a Dios, y logró por él muchos favores.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme el espíritu de mortificación. Quiero por agradaros, negar a mis pasiones todo lo que me pidan y concediendo a vuestra gracia cuanto de mí exija. Y así me diré muchas veces a mí mismo: ¿Qué es lo que pide de ti la gracia? Y después que lo haya conocido obedeceré con presteza

18 de marzo | Mortificación

«Es necesario ante todas cosas trabajar en mortificarse y en desarraigar su pasión dominante, es decir, este afecto, esta inclinación, este vicio o este mal hábito que reina en nosotros y que nos arrastra al mal; tomado el Rey, la batalla es ganada». (Alonso Rodríguez).

A un novicio que era de una viveza extremada, y de un carácter fogoso, decía frecuentemente san Ignacio: «Hijo mío, triunfad de vuestro natural y tendréis en el cielo una corona más resplandeciente que otras muchas, que fácilmente conseguiréis siguiendo vuestro carácter». Un día que el maestro de novicios se quejó de él como de un joven intratable, le respondió el santo: «Pienso que aquel de quien os quejáis ha hecho más progresos en la virtud en pocos meses, que en un año aquel que tanto alabáis».

Se hubiera dicho que san Francisco de Sales era naturalmente de un carácter dulce, a no saber que fue por virtud el que adquiriese la dulzura admirable con la cual atraía los corazones de todos; la cólera, según él decía, fue la pasión que más le costó vencer.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, reconozco que el orgullo me domina, por lo que me humillaré continuamente; si he buscado el satisfacerme en todas las cosas, renuncio ahora mismo a todo placer natural; y si he hecho lodos mis ejercicios de piedad con poca devoción, meditaré de aquí adelante sin cesar sobre las maravillas de Dios y permaneceré en una adoración perpetua.

19 de marzo | Mortificación

«Todas las veces que uno se siente movido con mucho ardor y agitación para hacer algún acto que pueda hacerse más adelante, por bueno que sea, se debe diferir para otro tiempo, y no hacerle sino cuando el corazón esté en una tranquilidad perfecta, por temor de que el amor propio no venga insensiblemente a manchar la pureza de intención». (San Vicente de Paul).

Jamás decidía este santo asunto o empresa alguna por ventajosa que le pareciese, mientras que conocía que era natural la inclinación que tenia de que le saliese bien. «Ahora no es tiempo de resolverla, encomendémoslo a Dios», decía él.

San Francisco de Sales, habiéndose hallado con santa Juana Francisca a quien no había podido ver hacía tres años y medio, le dijo:

—Madre, tenemos algunas horas para poder hablar, pero, ¿quién de los dos es el que principia?

—Yo —respondió ella al punto con un poco de ardor—, mi alma tiene ciertamente buena necesidad de un examen.

Entonces el santo, queriendo corregir este conato, replicó con gravedad seria, pero al mismo tiempo llena de dulzura: —¡Que! Oh, Madre, ¿alimentáis aun en vos los deseos? ¿Tenéis aun una voluntad? Yo os considero toda angelical; dejemos de hablar de lo que a vos toca hasta que estemos en Annecy, hablemos ahora de los negocios de nuestra congregación.

Entonces la santa ocultó el papel escrito que tenía en la mano, y hablaron con la mayor tranquilidad de los asuntos, de los cuales debía ser la cuestión.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, propongo ayudado con vuestra gracia, no seguir en adelante la viveza de mi inclinación natural, ni obrar con precipitación, por temor de hacer mi propia voluntad. Quiero hacer todas mis acciones en vuestra presencia como si oyera que Vos me decís: «Tu salvación eterna depende del modo de hacer esta acción».

20 de marzo | Mortificación

«No os fatiguéis en vano, jamás llegareis a poseer la verdadera paz del alma, si antes no renuncias a todo lo que apetecéis». (San Juan de la Cruz).

San Macario Alejandrino para acostumbrarse a vencer el sueño cuando le rendía, pasaba muchos días sin sentarse y se contentaba con tornar un poco de reposo reclinando su cabeza sobre una pared. Pesaba el pan que había de comer y medía el agua que había de beber, a fin de no saciar su hambre y apagar completamente su sed. Peleando así con sus deseos, vino a ser tan perfecto y tan favorecido de Dios, que experimentaba en la contemplación un gozo anticipado de las delicias del cielo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os diré muchas veces: Dignaos arrancar de mi corazón todo afecto desarreglado, toda afición que no sea sobrenatural. No deseo los bienes ni los honores, ni los placeres del mundo, ni la aprobación, ni las alabanzas, ni la estimación, ni el amor de las criaturas; lo que deseo es el cielo y la gracia de ir a él, a fin de amaros, alabaros y poseeros eternamente.

21 de marzo | Mortificación

«Lo que más se debe desear, es conformar su voluntad, a la voluntad de Dios; he aquí en que consiste la más alta perfección. El que renuncia a sí mismo y practica más perfectamente la voluntad de Dios, recibirá dones más grandes, y hará más progresos en la vida interior». (Santa Teresa).

Alfonso Rey de Aragón príncipe muy sabio, preguntado un día, que quien era entre los hombres el más dichoso; respondió: «El que se entrega más perfectamente a la voluntad de Dios».

Santa Magdalena de Pazzi, oyendo solamente estas palabras «Voluntad de Dios», gustaba de dulzuras indecibles.

«Nunca he tenido un día malo, decía un pobre mendigo imposibilitado para adquirir el sustento, jamás he estado triste. Cuando tengo hambre alabo al Señor; cuando llueve le bendigo; cuando me desprecian, me injurian y

experimento otras miserias, glorifico a mi Dios en esto, porque yo quiero todo lo que Dios quiere sin reserva alguna. Yo recibo con mucho gusto todo lo que me acontece, porque me es más ventajoso que cualquiera otra cosa, y esto es lo que me hace ser dichoso».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo quiero todo lo que Vos queréis, del modo que lo queréis y porque Vos lo queréis. Mi voluntad es la vuestra, vuestro agrado es el mío. Yo no deseo ni os pido más que la perseverancia en estas diaposiciones, que por vuestra gracia habéis infundido en mi corazón.

22 de marzo | Mortificación

«Un alma que es dueña de sí misma, y adherida a su propia voluntad no puede tener una virtud sólida». (Santa Teresa).

Santa Magdalena de Pazzi hacía a Dios esta oración: «Dios mío, no deseo más que una sola cosa, esta es, que me despojéis enteramente de mi voluntad propia. No más voluntad».

Un religioso lego muy fervoroso decía en confianza a otro compañero, que él tendría mucha satisfacción en que sus superiores le encargasen sirviese a todas las misas que pudiese ayudar todas las mañanas. Aquel a quien hablaba así, le dijo:

—Para alcanzar esa gracia basta pedirla, y estoy cierto que no se la negarán.

—No —le replicó—, yo no haré nada de eso; un deseo por santo que sea no se debe profanar por la voluntad propia. La obediencia es la directora de los más santos pensamientos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, despojadme de mi propia voluntad. No permitáis que haga una sola acción por ella. Que si hablo, si camino u obro, sea porque Vos así lo

queréis y por hacer vuestra voluntad, que es siempre santa, adorable y amable. Quiero que ella me sirva de regla.

23 de marzo | Mortificación

«Mortificad vuestra voluntad de tal modo que, si es posible, jamás permitáis que haga su gusto. Desead que se la contraríe, y alegraos cuando esto acontezca. Seguid más bien la voluntad de otros que la vuestra, aun cuando os pareciese que vuestro sentimiento debía ser preferido al de los demás», (San Vicente Ferrer).

Así es como se portaba santa Catalina de Génova. Se felicitaba a si misma cuando el parecer de otros era preferido al suyo. Bastaba que se sintiese guiada naturalmente hacia cualquiera cosa, para hacer todo lo contrario.

El P. Sánchez tenía costumbre siempre que iba a pedir algún permiso a su superior, de rogar a Dios que se le negase, si aquello que pedía no era agradable a su divina voluntad.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no quiero dar gusto jamás a mi voluntad, quiero oponerme a ella siempre. Os bendeciré cuando otros la contraríen, seguiré la voluntad de los demás, más bien que la mía para haceros el sacrificio de aquello a que estoy más adherido, que es lo que Vos deseáis de mí.

24 de marzo | Mortificación

«No dejéis pasar ningún día sin menospreciar vuestra voluntad, y el día que no hayáis sido fiel a este aviso, ese día será el que dejareis de ser religioso». (San Juan Clímaco).

Santa Magdalena de Pazzi miraba como perdidos los días en los cuales no había contrariado y quebrantado de alguna manera su voluntad.

El Señor hizo entender estas palabras a santa Catalina de Sena: «Pensad en mí, y yo pensaré en ti; piensa en hacer mi voluntad, y yo pensaré en hacerte bien».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, dadme valor para quebrantar en todo y despreciar constantemente mi propia voluntad. Procuraré que todas mis obras sean conformes con vuestra voluntad y quisiera cumplirla con el mismo amor con que la cumplen los santos ángeles.

25 de marzo | Mortificación

«Sabed que consiste el más alto grado de la abnegación de la voluntad propia en hacer las cosas lícitas que se os mandaren sin hallar en esto resistencia». (San Francisco de Sales).

San Basilio visitando los monasterios de su diócesis, preguntó al abad de uno de ellos si entre sus monjes se hallaría alguno que se conociese claramente que era del número de los predestinarlos. Y el abad le presentó uno cuya sencillez era admirable. El santo mandó a este monje fuese a buscar agua; después que la hubo llevado le dijo: «Sentaos, esta agua es para que yo os lave los pies». Él consintió sin hacer la más mínima resistencia, aunque veía al gran Basilio ejercer a su vista esta obra de humildad. Dijo después el santo: «He aquí un hombre que está verdaderamente muerto a su voluntad y a su juicio, y por esto con razón se le mira como un predestinado». Al día siguiente, viendo que este religioso entraba en la sacristía, le hizo se llegase al altar, y le ordenó de sacerdote; y fue un sacerdote santo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo muera a mi propio juicio y a mi voluntad propia: os pido esta gracia a fin de ser agradable a vuestros ojos.

26 de marzo | Mortificación

«El beneficio más grande que se puede recibir de Dios en este mundo, es el de saber, querer, y poder vencerse a sí mismo, renunciando a su propia voluntad». (San Francisco de Asís).

El abad Pastor tenía costumbre de decir que nuestra voluntad propia es un muro de hierro que nos aleja y separa de Dios.

La bienaventurada Coleta estimaba más la abnegación de su voluntad propia, que la renuncia de todas las riquezas del mundo.

«Todos los males nacen de una sola raíz y esta es la voluntad propia», decía san Bernardo

Un religioso demasiado sencillo dijo a san Francisco de Asís cuando padecía unos muy vivos dolores: «Padre mío, pedid a Dios que os trate con más dulzura, pues parece que carga demasiado su mano sobre vos»; pero el santo le contestó: «Si vuestra sencillez no os excusara algún tanto, no merecíais que os volviera a ver más. ¿Cómo tenéis el atrevimiento de desaprobar los justos juicios del Señor?». Añadió el santo: «¡Oh, Dios mío!, el cumplimiento de vuestra voluntad es el consuelo más grande que yo puedo recibir en esta vida».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, enseñadme el modo de renunciar a mi propia voluntad. Haced que lo desee con ardor y ayudadme a fin de renunciarla perfectamente; y os pido que mi mayor consuelo sobre la tierra sea el cumplir vuestra santa voluntad

27 de marzo | Mortificación

«Os advierto que no deis pábulo a vuestro propio dictamen porque si no le renunciáis es indudable que os embriagará, no habiendo diferencia entre una persona embriagada y la que está adherida a su propio juicio: tan privado de razón está el uno como el otro». (San Francisco de sales).

San Francisco de Paula, fundador de la orden de Mínimos, aunque dotado del don de profecía, siempre tomaba consejo, aun para las cosas más pequeñas de aquellos que se gloriaban en obedecerle.

El Bienaventurado Alejandro Saulo, Obispo de Córcega muy sabio en teología, que había sido director de san Carlos Borromeo, y que era llamado el modelo de los Obispos, jamás resolvía negocio alguno en su diócesis sin consultar a las personas más ilustradas, teniendo presente lo que dice el Espíritu Santo: «No hagas cosa alguna sin consejo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, renuncio por vuestro amor a mi propio dictamen, no quiero estar adherido a mi juicio, ni emprender nada de importancia sin haber tomado consejo de algún hombre sabio

28 de marzo | Mortificación

«El solo apego a nuestras opiniones y la estimación que de ellas hacemos es en extremo contrario a la perfección. Es la última cosa que se abandona, y es la es la razón por la cual hay tan pocos que sean perfectos». (San Francisco de Sales).

Este santo escribió a uno de sus amigos que él no estaba tan adherido a su opinión que quisiese mal a los que no la siguiesen, y que no pretendía que su parecer debiese servir de regla a ninguno.

El sabio Suarez encargaba muchas veces a sus discípulos que examinasen sus libros, y él no tenía repugnancia alguna en mudar lo que ellos desaprobaban. Lo mismo hacia san Vicente Ferrer; desconfiaban estos de sus luces, temiendo que el amor propio les cegase.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, mi razón es muy limitada, mis luces no son más que tinieblas, el amor propio me ciega muchas veces, no quiero adherirme más a mi dictamen,

desconfiaré de mí mismo, consultaré y seré dócil a los consejos que otros me den.

29 de marzo | Mortificación

«No hagáis el mayor aprecio de vuestros conceptos. Si os piden consejo dadle francamente, pero con una perfecta indiferencia en que le desechen o le sigan; adoptad más bien el consejo de otros que el vuestro en todo lo que os sea permitido». (San Francisco de Sales).

Estando próximo a morir el abad Juan, célebre por su santidad fue rogado por sus discípulos les dejase algún medio, para llegar a la perfección y contestó: «Os puedo decir que yo jamás he seguido mi parecer, sino el de otros, y nunca he mandado a los demás cosa que yo no haya practicado antes».

Cuando santa Juana Francisca era consultada sobre algún asunto importante, después de haber pedido mucho a Dios, y haberlo examinado y consultado con personas sabias y llenas del Espíritu de Dios, daba su parecer y acababa con estas palabras: «He aquí mi consejo, pero no obstante tomadle de alguna otra persona más inteligente y más juiciosa que yo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Salvador mío!, que sois la luz verdadera, la sabiduría increada, iluminadme, dadme la sabiduría; ya no quiero guiarme por mi mismo, ni obrar por mí mismo. No me decidiré, sino después de aconsejarme de algunas personas sabias llenas de vuestro espíritu, y después de haberos pedido mucho que las ilustréis, a fin de que ellas me den un consejo saludable.

30 de marzo | Mortificación

«Como la santidad consiste en querer lo que Dios quiere y la sabiduría en juzgar de las cosas como el Señor juzga de ellas; ¿quién sabe pues si vuestro sentimiento es siempre conforme con el de Dios? ¿Cuántas veces no habréis

sido obligados a reconocer que vosotros mismos habéis sido engañados en vuestros juicios?». (San Vicente de Paul).

Este santo estaba dotado de tal prudencia, que pasaba por uno de los hombres más sabios de su tiempo, y sin embargo la gran desconfianza que tenia de sí mismo, hacía que en todos los negocios se encomendase a Dios, y pidiese consejo. Si alguno le consultaba daba su parecer con mucha modestia después de haber tomado tiempo para reflexionarlo; y tanto más se detenía en decidirse, cuanto era constante después en no abandonar la buena obra, la cual no emprendía sino con consejo y después de haber hecho oración para conocer la voluntad de Dios.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, estoy muy resuelto a no hacer cosa alguna sin encomendarme antes a Vos y sin haber tomado consejo; no permitáis que yo me extravié, ni obre contra vuestra voluntad

31 de marzo | Mortificación

«El medio de hacer morir la sensualidad es privarse de los placeres que lisonjean a los sentidos. El medio de morir a su parecer y a su voluntad, es someterse en todo a los consejos de otros. El medio de morir a su amor propio y a la estimación de las criaturas, es hacer continuamente actos de humildad. El que no llegue a morir así, jamás será verdadero siervo de Dios, ni el Señor vivirá tampoco perfectamente en él». (Santa Magdalena de Pazzi).

San Felipe de Neri hacia guerra continuamente a estos tres grandes enemigos del hombre. Mortificaba su carne combatiendo sus deseos desarreglados, y castigándola con instrumentos de penitencia y ayunos rigurosos. Mortificaba su juicio y su voluntad bendiciendo a Dios en todo lo que tenía que sufrir por parte del Señor o de los hombres, siguiendo el consejo de otros antes que el suyo propio en todo lo que le era permitido, y practicando la obediencia en todo lo que podía. Mortificaba la inclinación natural de ser estimado y alabado, reflexionando sin cesar sobre sus miserias y pecados,

poniéndose con el pensamiento a los pies de todas las criaturas, alegrándose cuando era despreciado, y buscando algunas veces la ocasión de serlo.

Una molificación universal ha sido el camino por el cual los Santos que gozan de la gloria, llegaron a punto de arrebatar el Cielo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que muera a mi sensualidad; castigaré todos los días mi carne criminal y combatiré mis deseos desarreglados. Haced que muera a mi juicio y a mi voluntad. Os bendeciré en todos los trabajos que os dignéis enviarme. Seguiré por virtud el dictamen de otros prefiriéndole al mío, en todo lo que sea permitido y practicaré la obediencia en todo lo que pueda. Haced que yo muera al deseo natural que tengo de que me es limen, aprueben y amen. No cesaré de humillarme a la vista de mis pecados, de la inconstancia de mi corazón y de mi extrema fragilidad

ABRIL

Paciencia

El que no toma su Cruz, y me sigue, no es digno de mí.

Qui non accipit Crucem suam et sequitur me, non est me dignus.

(Math. 10. 38.)

1 de abril | Paciencia

«La Cruz es la verdadera puerta para entrar en el templo de la santidad; y no es posible hallarla yendo por otro camino. Y así debemos sacrificar muchas veces nuestro corazón al amor de Jesús sobre el mismo altar de la Cruz, en donde Él se sacrificó por nuestro amor». (San Francisco de Sales).

Santa Teresa experimentó por espacio de dieciocho años muchas sequedades en el tiempo de la oración; para ella era esto una especie de martirio, pero no por eso dejó de ser exactísima en todos los ejercicios de piedad.

San Bernardo decía de sí mismo: «Todas las cosas que el mundo ama, como son los placeres, los honores, las alabanzas y las riquezas me sirven de cruz, y todas las cosas que el mundo mira como cruces me agradan, y yo las abrazo con el mayor afecto».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Salvador mío, sacrifico mi corazón a vuestro amor sobre el altar de la cruz. Estoy dispuesto para recibir todas las cruces que me presentéis, concededme la gracia de hacer un buen uso de ellas. ¡Oh, cual provechoso es el estar crucificado con Vos!

2 de abril | Paciencia

«Si nada habéis tenido que sufrir por Dios, tened por cierto que no habéis comenzado a ser uno de sus verdaderos siervos; el Apóstol dice con claridad, que todos los que quieren servir piadosamente en Jesucristo padecerán persecución». (San Agustín).

San Francisco Javier estando en Lisboa se afligía al ver que todo le salía bien. Hubiera temido estar mal con Dios, sino hubiera sido favorecido muchas

veces con alguna cruz. Cuando tenía la ventaja de padecer de algún modo acostumbraba a decir: «Todavía más, Señor, todavía más».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, echad una mirada de compasión sobre vuestro siervo porque Jesucristo ha querido padecer y morir en una cruz. Haced que yo lleve con paciencia, reconocimiento y amor todas mi cruces; no me las envíes sino para purificarme, probarme y darme ocasión de merecer.

3 de abril | Paciencia

«Puesto que el hijo de Dios ha obrado nuestra salvación por medio de los padecimientos, ha querido enseñarnos en esto que no tenía nada más conducente para glorificas a Dios y santificar nuestra alma que el padecer. Sí, sí, padecer por el amor del Señor, es el camino de la verdad». (Santa Teresa).

Santa Magdalena de Pazzi, habiendo sido indignamente ultrajada en su última enfermedad, dio señales especiales de su amistad a la persona por parte de quien había recibido esta injuria, alegrándose la santa de haber tenido antes de su muerte esta buena ocasión de padecer.

Algunas veces decía: «Yo no deseo morir pronto, porque cuando se esté en el cielo no se puede padecer; deseo vivir mucho tiempo, a fin de padecer mucho más por el amor de mi Esposo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¿Cómo es posible que yo tenga tanta repugnancia a los padecimientos, sabiendo que Jesucristo ha padecido por mí, y que el poder padecer por Él es una ventaja que tienen los justos de la tierra sobre los santos del cielo? Dios mío, dadme el amor de los padecimientos.

4 de abril | Paciencia

«El camino del cielo es estrecho; el que quiera andar con más facilidad descárguese de todas las cosas, y apóyese en el báculo de la Cruz, es decir, que se resuelva de veras a padecer en todo por el amor de Dios». (San Juan de la Cruz).

El P. Taulero dice haber conocido él un gran siervo de Dios que temiendo que los grandes consuelos que recibía en la tierra no fuesen para él sino un obstáculo para obtener las delicias del cielo, rogó encarecidamente al Señor que le librase de ellos. Fue oída su oración; por cinco años continuos no tuvo ni el más mínimo consuelo espiritual; habiendo después gustado alguna de estas dulzuras inestimables, de las cuales el Señor le había colmado, dijo a Dios: «Yo no deseo consuelo alguno en este mundo, sino solo a Vos, oh, mi Amor, entrad en mi corazón; me basta sobre la tierra que vuestra divina voluntad se cumpla en mí».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, conozco la necesidad que tengo de hacerme yo mismo padecer por la mortificación, mientras que Vos no me hacéis padecer por las tribulaciones. Creo firmemente que el camino que conduce a la vida eterna es estrecho, hacer que desee vivir y morir sobre la cruz por vuestro amor.

5 de abril | Paciencia

«El Señor acostumbra a recompensar con alguna tribulación los servicios que le hacen los que le aman. Las tribulaciones son de un precio inestimable para aquellos que os aman, oh, Dios mío. ¿Por ventura no se lo habéis dado a conocer a vuestros siervos?». (Santa Teresa).

Cuando el V. Palafox veía que después de haber hecho alguna buena obra era calumniado, o tenía alguna otra cruz, la recibía como una gracia especial de Dios, y decía: «Si yo no recibo en este mundo la recompensa de lo que he hecho por Dios, es señal de que quiere recompensarme del todo en el cielo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo esté convencido de que los trabajos son favores, de tal modo que cuando no padezca nada, me aflija porque mi Salvador me considera como indigno de padecer alguna cosa por Él y que cuando tenga algún trabajo, me alegre de que me trate como a uno de sus amigos.

6 de abril | Paciencia

«¡Oh, almas!, que deseáis con ansia tranquilidad y consuelos, si supieseis cuán agradable es a Dios, y cuan ventajoso a vosotros el padecer, jamás buscaríais consuelo en ninguna cosa, al contrario miraríais como gran dicha el llevar vuestra cruz en pos de Jesucristo». (San Juan de la Cruz).

Jesucristo hizo saber a santa Teresa que las almas que son más amadas de su Padre, son aquellas que cuanto más padecen, padecen con más amor. Y desde este momento los trabajos fueron para ella sus delicias; y aseguraba que no cambiaría lo que padecía por todos los tesoros del mundo. Su divisa era esta: «O padecer o morir».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Sí, Salvador mío, gran dicha es el llevar la cruz en pos de Vos. Todos los tesoros del universo nada valen comparados con la cruz. Haced que cuando yo padezca, padezca por vuestro amor y con mucho amor; haced que los padecimientos sean mis delicias.

7 de abril | Paciencia

«Una onza de cruz vale más que un millón de libras de oraciones. Estar crucificado un día, vale más que hacer otros santos ejercicios por cien años. Más vale estar un momento en la cruz, que gustar las delicias del Paraíso». (La venerable hermana Vitoria Angelina).

Preguntaron a la bienaventurada Ángela de Foligni como podía padecer con tanta alegría, y respondió: «Creedme, nosotros no conocemos el precio de

los padecimientos, si conociésemos bien su valor, dichos padecimientos serian para nosotros un objeto de rapiña; cada uno procuraría quitar a los demás las ocasiones de padecer».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Yo reconozco, oh, Dios mío, que nada hay más precioso que la cruz. Nada más ventajoso que padecer con resignación y con amor en unión con Jesucristo. Estimo las cruces, ¿y por qué no las he de amar? Hacer que desee el padecer y que padezca con alegría.

8 de abril | Paciencia

«Decir una sola vez "sea Dios bendito" en tiempo de adversidad, vale más que decir mil veces "os doy gracias Señor" en tiempo de prosperidad«. (San Juan de Ávila.)

San Francisco de Asís en una enfermedad que tuvo padecía vivísimos dolores, uno de sus religiosos le dijo que pidiese al Señor que se los mitigase. Mas el santo le reprendió, y dirigiéndose a Dios le dijo: «Señor yo os doy gracias por los dolores que padezco; y os suplico me los aumentéis, en vez de disminuirlos».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, os prometo decir continuamente cuando padezca: «Señor, os doy gracias por esto que padezco». No me hagáis padecer sino para mi bien y para mi salvación. Ponedme entonces en el camino del cielo. Haced que cuanto más padezca tanto mayor sea mi reconocimiento. No me perdonéis en el tiempo a fin de que tengais misericordia de mí en la eternidad.

9 de abril | Paciencia

«Si el Señor nos diese el poder de resucitar los muertos, nos daría mucho menos que cuando nos hiciese padecer. Le seriamos deudores del don de

milagros; pero haciéndonos padecer, el Señor se hace nuestro deudor, si lo llevamos con paciencia. Aun cuando no tuviéramos otra recompensa que la de padecer alguna cosa por Dios que nos ama, ¿no sería esto bastante recompensa? El que ama comprende lo que digo». (San Juan de la Cruz).

Este santo decía que si el Señor le hubiera dado a elegir el estar colocado en el cielo entre los ángeles, o en la prisión con san Pablo, hubiera preferido la prisión al cielo.

Hablando San Luis con el Rey de Inglaterra de la esclavitud de Turquía en donde había padecido mucho, le dijo: «Yo doy gracias a Dios de todo mi corazón por el mal éxito que ha tenido esta guerra: me alegro más de la paciencia que el Señor me dio entonces, que si me hubiera hecho Señor del mundo entero».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Sí, es una gran dicha el padecer por un Dios que nos ama. Vale más padecer por Él que alegrarse con Él. San Juan manifestó más amor a Jesús sobre el calvario que en el Tabor. Haced, Oh, Dios mío, que estas reflexiones, siempre presentes a mi espíritu, me hagan amar los trabajos y llevarlos con alegría y amor.

10 de abril | Paciencia

«Se debe mirar como una gran desgracia el no tener nada que padecer por Dios. Sí, tened por cierto que una persona que nada tiene que sufrir, y a quien todo el mundo aplaude no está muy lejos de caer». (San Vicente de Paul).

Este santo queriendo dar un aviso saludable a los misioneros con motivo de un daño notable que había sufrido su congregación les dijo: «Considerando que todo nos salía bien por algún tiempo, comencé a temer las consecuencias de esta calma. El Señor acostumbra a probar a sus siervos; sea bendita la bondad divina de haberse dignado visitarnos con una pérdida considerable».

Un santo anciano que había pasado un año sin estar enfermo, se afligía de esto vivamente: «Dios me ha abandonado sin duda, pues que no me visita más».

San Francisco y san Andrés Avelino pensaban que el Señor no estaba contento con ellos los días que no habían tenido nada que sufrir por su amor.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, ¿estaré yo en desgracia vuestra pues que nada padezco por Vos? Mirad la disposición de mi corazón. Quiero prepararme para la tempestad en tiempo de calma, a fin de que cuando me visitéis y probéis, abrace la cruz y os bendiga todo el tiempo que esté cargado con ella.

11 de abril | Paciencia

«Jamás tenemos tantos motivos de consolarnos como cuando nos vemos abrumados de penas y trabajos, pues esto es lo que nos hace semejantes a nuestro Señor Jesucristo. Y esta semejanza es la verdadera señal de nuestra predestinación». (San Vicente de Paul.)

San Andrés Apóstol estaba bien convencido de esta verdad. Al momento que vio la Cruz en la cual iba a ser clavado, exclamó lleno de gozo: «¡Oh, Cruz, tan tiernamente amada, tan ardientemente deseada y con tanto animo buscada, yo voy a ti lleno de seguridad y de alegría; sepárame de los hombres y vuélveme a mi maestro; sea yo recibido de Jesucristo por el medio de que Él se valió para rescatarme!».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, que ajeno estoy de desear, amar y buscar la cruz con afecto! ¿No estoy bien convencido que la cruz es vuestra librea y qué para asemejarnos a Vos y ser glorificados, es necesario que llevemos la cruz? ¿Qué cruz queréis que lleve? Aquí estoy, pero no ceséis de ayudarme, porque soy muy débil y flaco.

12 de abril | Paciencia

«No hay señal más cierta de que uno es del número de los escogidos que cuando se tiene una vida cristiana y al mismo tiempo ejercitada por las aflicciones, penas y trabajos». (San Luis Gonzaga).

Un mercader, habiendo suplicado a santa Teresa que le encomendase a Dios, la santa así lo hizo y habiendo tenido después ocasión de hablarle, le dijo: «Os he encomendado a Dios, y me ha revelado que vuestro nombre está escrito en el libro de la vida y para prueba de esta verdad, os advierto que desde este instante nada os saldrá favorable en este mundo». Y le aconteció lo siguiente: poco después todos los navíos que este mercader tenía en el mar perecieron, quedando imposibilitado para satisfacer a sus acreedores. No obstante sus amigos le dieron un navío para que él pudiese reparar a lo menos en parte sus pérdidas; pero este no tardó en naufragar; después que él lo hubo sabido se puso él mismo en prisión; pero sus acreedores que conocían su honradez le hicieron salir de ella. Quedando entonces muy pobre y contento de no tener ya más que a Dios, acabó su vida santamente.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Trabajos, padecimientos, desconsuelos y oprobios, he aquí mi herencia. Yo acepto, oh, Dios mío, este cáliz de amargura, porque he pecado; soy cristiano y quiero ser coronado en el cielo. ¡Oh, Salvador mío, hacer que padezca con Vos, como Vos y por Vos!

13 de abril | Paciencia

«Si el Señor os hace padecer mucho es una señal de que tiene sobre vosotros grandes designios, y que os quiere hacer santos. ¿Queréis ser santos?, pues pedidle que os haga padecer mucho; no hay madera más propia para alumbrar y sostener el fuego del amor divino que el madero de la Cruz». (San Ignacio de Loyola).

Santa Teresa a quien Dios había creado para hacer sobre la tierra tan grandes cosas y para ser elevada en el cielo a un grado tan alto de gloria, tuvo

mucho que sufrir por parte de un gran número de personas aún virtuosas. Muchos miraban sus revelaciones como ilusiones del demonio y hubo quienes la querían conjurar como si estuviera poseída del enemigo; y aun se llegó hasta acusarla al Tribunal de la Inquisición. Por otra parte ¿de cuantas contradicciones no se valieron sus superiores para ejercitar su paciencia cuando trabajaba en la reforma de los monasterios de su orden, y en fundarlos de nuevo?

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no tengo valor para deciros «hacedme padecer mucho», porque temo padecer sin provecho, pero os diré frecuentemente: «dadme los trabajos que Vos sabéis me son útiles». Y cuando padezca permaneceré unido a mi Salvador y os pediré me asistas con vuestra gracia, a fin de poder padecer con los mismos sentimientos y por los mismos fines.

14 de abril | Paciencia

«La conducta que se observa en las contradicciones, trabajos y menosprecios manifiesta más que todo si los que viven en la Iglesia de Dios son paja o grano. Los que en estas circunstancias tienen paciencia y valor son el grano, los otros son la paja, y una paja tanto más ligera cuanto ellos más se elevan y manifiestan su orgullo». (San Agustín).

Un gentil-hombre de distinción pidió a san Francisco de Sales un beneficio vacante para un eclesiástico a quien él protegía, su respuesta fue que él no podía deliberar sobre lo que él deseaba, porque habiendo puesto todos los beneficios para concurso se había atado voluntariamente las manos. El gentil-hombre, creyendo que esto era un pretexto, se enfureció vivamente, y le acusó de falsedad e hipocresía; extendiendo por todas parles mil amenazas y vomitando contra él toda suerte de injurias. El santo viendo que no le podía apaciguar con sus palabras le escuchó tranquilamente sin interrumpirle; y dijo después a una persona que le había preguntado, cómo había podido contenerse, y si no había experimentado en el fondo de su corazón algún resentimiento. «No es él, el que ha hablado, sino su pasión y veréis con el tiempo como mi silencio será causa de que vuelva y seremos los mejores amigos. Cuando me hablaba con tanto

ardor, pensaba en sus buenas cualidades, que le habían de hacer mí más caro amigo». El gentil-hombre que había ofendido al santo Obispo, no tardó en volver a dar sus excusas, y la amistad que hubo siempre desde entonces entre ellos, fue muy estrecha.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, socorredme, en el tiempo de las persecuciones, contradicciones y desprecios, haced entonces que las acepte, que me humille, os bendiga y me conforme con la voluntad de mi Salvador, que no solamente me sean saludables, sino que también sirvan para la salvación de mi prójimo.

15 de abril | Paciencia

«El verdadero espíritu del cristianismo se gloría más en aflicciones, sequedades espirituales y disgustos que en las correspondencias que son agradables, esto es seguir a Jesucristo y el renunciarse a sí mismo, es lo que el mismo Jesucristo nos ha inculcado tantas veces». (San Juan de la Cruz).

Habiendo dado a elegir nuestro Señor a santa Catalina de Sena una de dos coronas de las cuales la primera era de oro y la segunda de espinas, ella eligió sin titubear la de espinas y desde aquel momento tuvo tan grande amor a las aflicciones que decía: «Nada hay más agradable para mí que las cruces. Si Dios me da a escoger el ir actualmente al Paraíso o vivir largo tiempo en la tierra para sufrir, escogeré el estar en este mundo; yo sé que no hay medio más seguro para adquirir el Cielo que el padecer».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no puedo ir al cielo sino por la humildad, la oración y la paciencia. Concededme todas las gracias que necesito para llegar a ser humilde, para orar siempre de un modo que os sea agradable, para saber mortificarme en todas las cosas y tener fortaleza para sufrir con paciencia y alegría.

16 de abril | Paciencia

«Los que han llegado a la perfección jamás piden a Dios que les libre de las aflicciones y tentaciones; ellos las desean y las estiman tanto como los amadores del mundo desean las riquezas y aprecian el oro y las piedras preciosas; saben que nunca es más fácil enriquecerse que en tiempo de aflicciones y tentaciones». (Santa Teresa).

Cuando San Francisco Javier recibía alguna cruz tenía costumbre de hacer a Dios esta oración: «Señor, no me quitéis esta cruz, sino para darme otra más grande».

Dijeron a la venerable Ana María de San José, carmelita, que moderase sus grandes austeridades, decía ella: «No, jamás cesaré de llevar mi cruz, pues que Jesucristo ha sido lleno de dolores y oprobios; no desearé otra cosa que una cruz para estar allí crucificada con Jesucristo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no rehusaré la cruz, la desearé, la abrazaré, la llevaré y pediré que no se me descargue de ella. ¿Qué cosa hay más preciosa que la cruz? ¿Qué cosa hay que nos haga más conformes a Jesucristo que el llevarla en pos de él? Este es el gran medio de atesorar para el cielo. Oh, Salvador mío, haced que yo esté santamente apasionado por vuestra cruz.

17 de abril | Paciencia

«Abrazad muchas veces y de corazón las cruces que el Señor os envía cualesquiera que sean. Las más viles son aquellas que son más dignas del nombre de cruces, porque son menos conformes a las inclinaciones de la naturaleza que busca siempre lo que tiene más esplendor. El mérito de las cruces no consiste en su pesadez sino en el modo de llevarlas». (San Francisco de Sales).

No se oyó jamás que este santo en las diferentes visitas de su diócesis en donde había tenido mucho que sufrir, se quejase del frío, del viento, del sol, de

la posada y del alimento, todo lo recibía en paz de la mano de Dios y se alegraba más a proporción que padecía más; y siempre elegía para sí, en cuanto le era posible, todo lo más penoso.

Un santo religioso decía a sus hermanos al tiempo de morir: «A mí me sucede ahora lo que acontece a los que van a un mercado público, los cuales con pocas monedas de plata compran muchas mercancías; yo voy a ser puesto en posesión del Reino de los cielos por trabajos muy ligeros».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Jesús crucificado!, bien conozco que es necesario que tenga trabajos, os suplico me favorezcáis con aquellos que Vos sabéis que deben serme más útiles, aceptaré de vuestra mano paternal todos aquellos de que me hagáis participante, aunque sean los más humillantes. Enseñadme a llevarlos constantemente con ánimo y con amor.

18 de abril | Paciencia

«Si conociéramos el precioso tesoro que está oculto en las enfermedades, las recibiríamos con la misma alegría que se reciben los más grandes beneficios y las padeceríamos sin quejarnos jamás». (San Vicente de Paul).

Este Santo desde joven padeció tales enfermedades que no le permitían descansar ni de noche ni de día y las sufría con una paciencia admirable. Su frente estaba siempre serena y su rostro tan afable como si gozase de una salud perfecta. Jamás se le oyó salir de su boca queja alguna. No cesaba de dar gracias a Dios mirando sus enfermedades como favores singulares; todo lo que hacía cuando los dolores eran muy vivos, era mirar a su crucifijo y animarse con santos deseos a la paciencia. «Padezco bien poco, en comparación de lo que he merecido padecer, y de lo que Jesucristo ha padecido por nuestro amor», decía.

Un misionero habiendo visto un día sus piernas hinchadas y llenas de úlceras, le dijo movido de compasión:

—Los dolores que vos sufrís os deben ser inaguantables.

—¿Cómo llamáis inaguantable la obra de Dios, y su disposición en hacer padecer a un miserable pecador? Dios os perdone lo que habéis dicho; no se debe hablar así en la escuela de Jesucristo. ¿Pues qué, no es justo que el culpable padezca y sea castigado? ¿No puede el Señor hacer de nosotros todo lo que le agrade?

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío!, ¿podré quejarme, podré dejar de sufrir con paciencia, viendo lo que mi Salvador padeció en el jardín de los olivos, en el pretorio y en el monte Calvario? ¿Y considerando lo que yo debería estar sufriendo en el infierno si no me hubieras tratado según vuestra gran misericordia?

19 de abril | Paciencia

«Qué cosa hay mejor que estar en la cruz con Jesucristo, o postrarse a los pies de la misma cruz para considerar los tormentos del Salvador? Ofrecer a Dios sus enfermedades, acordarse de aquel por quien se sufre, y conformarse con su santa voluntad, este es un modo muy excelente de orar». (San Francisco de Sales).

Cuando san Vicente de Paul estaba enfermo, ponía en práctica un muy excelente modo de orar, el cual no es menos ventajoso que fácil, y reporta grandes dulzuras a los que aman a Dios. Este modo de orar consiste en estar en su divina presencia sin hacer casi ninguna consideración, contentándose con excitar su corazón frecuentemente con actos de resignación con la voluntad de Dios, de confianza, de amor y de agradecimiento, etc.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, que dichosos son aquellos que sufren con paciencia y con amor en unión con Jesucristo paciente, estando muy dispuestos a padecer más y aún morir! Cuando yo padezca, haced que padezca del mismo modo.

20 de abril | Paciencia

«Estad seguros de que sufriendo con paciencia en un solo día las aflicciones que nos vienen de parte de Dios o del prójimo, sé obtienen más gracias y méritos que las que adquirimos en diez años por las mortificaciones y otros ejercicios que son de nuestra elección». (San Francisco de Sales).

Un gran siervo de Dios, que padecía mucho, hacía a Dios esta oración: «Señor, si vos aumentáis mis dolores, dignaos aumentar mi paciencia». Se decía él: «Valor, con un poco de paciencia el buen ladrón pagó todas sus deudas y ganó el paraíso».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, no cesaré de conformarme y bendeciros en mis trabajos, para satisfacer las grandes deudas que he contraído para con vuestra justicia por mis pecados y para ganar el cielo, del cual me he hecho indigno.

21 de abril | Paciencia

«No tiene la verdadera paciencia aquel que no quiere sufrir sino lo que a él le agrada, y de parte de aquel que le agrada. El hombre verdaderamente paciente no considera ni la dilación de los sufrimientos, ni la cualidad, ni la persona que le hace padecer». (Tomás de Kempis).

Deseando una señora virtuosa trabajar más y más en su santificación, rogó a san Juan Crisóstomo le indicase que es lo que debía hacer. El Santo le aconsejó entre otras cosas que tomase en su casa a una persona enferma, y que tuviese de ella gran cuidado por el amor de Jesucristo sufriendo con paciencia lo que padeciese en este ejercicio de caridad. Habiendo aceptado, el Santo le señaló una pobre viuda; la señora la tuvo en lugar de madre; pero la pobre viuda tenía mucha piedad y era de un corazón muy agradecido, pues no cesaba de dar gracias a su buena señora, que no estaba afligida, sino de que no tenía nada que sufrir por su parte. Quejóse de esto al Santo, quien le dijo: «Yo os daré otra persona que os dé ocasión de ejercitar vuestra paciencia». Esta era una mujer anciana que tenía un corazón el más ingrato que se podía concebir. Le parecía

que todo lo que se hacía por ella la era debido, y que jamás se hacía sino una parte de lo que se la debía hacer. Se la oía quejar a cada instante; y aconteció aún muchas veces pagar los servicios que la hacía su bienhechora con injurias y ultrajes. La señora sufrió constantemente estas ruindades con una paciencia heroica, y habiéndose hallado un día con el Santo le dio las gracias y le dijo: «Vos me habéis dado lo que yo necesitaba».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, consiento el padecer todo el tiempo que os plazca y todo lo que queráis y de parte de todas las personas que queráis, infundid en mi corazón estas disposiciones si es que no se hallan en él, dignaos después conservarlas y tenerlas presentes.

22 de abril | Paciencia

«El Señor nos envía las tribulaciones y enfermedades para darnos un medio de pagar las deudas inmensas que hemos contraído con Él, y así los que comprenden bien esto las reciben con gusto, porque reflexionan más en el bien que en ellas hallan, que en la pena que les causan». (San Vicente Ferrer).

Este Santo para hacer entender a sus oyentes esta verdad que les predicaba, dijo esta parábola:

Un rey tenía en prisión dos de sus vasallos de los cuales cada uno le debía una suma considerable de dinero; viéndoles incapaces de pagarla porque nada poseían, fue el Rey a la prisión y arrojó con la mayor violencia sobre cada uno de ellos una bolsa llena de oro; al recibir este golpe el uno se comportó de diferente manera que el otro. Porque el uno montando en cólera por haber sido herido de aquel modo, manifestó descontento, y no hizo aprecio alguno de la bolsa; pero el otro más razonable tomó la bolsa que se le habla arrojado, dando gracias al Rey y se sirvió del dinero que tenía para pagar su deuda, y se libró por este medio de la prisión. Decía este santo: «Nosotros nos hallamos en el caso de estos prisioneros. Todos hemos contraído grandes deudas para con Dios, sea por los beneficios de que hemos sido colmados, sea por los pecados de que nos hemos hecho culpables. Movido de compasión por nuestro estado, nos envía

el oro de la paciencia en la bolsa de las tribulaciones; los que sufren estas tribulaciones con paciencia satisfacen a Dios con este oro inapreciable y se hacen amigos suyos, mientras que los que murmuran y se impacientan, en lugar de dar gracias al Señor, no hacen otra cosas que aumentar sus deudas y hacerse más y más sus enemigos».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, ¡cuántas deudas tengo contraídas para con vuestra justicia!, pero yo las satisfaré sufriendo por vuestro amor. Cuando no me envíes alguna cruz, yo me la impondré practicando algunas mortificaciones.

23 de abril | Paciencia

«Sed sufrido cuando se os contradiga en la conversación; las contradicciones sirven de ejercicio para practicar las muy caras y amables virtudes que nuestro Señor nos ha recomendado». (San Francisco de Sales).

Un siervo de Dios apreciaba mucho el que se le contradijese, y decía: «Esto es un gran beneficio. Por aquí conozco frecuentemente que se me hace perjuicio, cuando se me quita la ocasión de experimentar los sentimientos de amor propio, y que tengo más mérito en amar sobrenaturalmente a los que manifiestan que no piensan como yo».

San Francisco de Sales decía a cualquiera que le manifestaba sentimientos de odio ostas palabras: «Aun cuando vos no me amaseis, yo os amaría, y si me arrancaseis un ojo, os miraría con gusto con el otro».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que todo lo que me digan despreciándome, sirva para mi santificación, haciéndome practicar actos de humildad y caridad.

24 de abril | Paciencia

«Si hubiese alguna comunidad en donde no se hallase algún religioso insufrible y de un carácter malo, era preciso buscarle en otra parte, y pagarle a peso de oro por el gran bien que proviene de este mal cuando se sabe sufrir los defectos, y hacer uso de las cruces que él ocasiona». (S. Bernardo).

Viviendo en Roma san Felipe de Neri en la casa de san Jerónimo de la caridad era aborrecido de ciertos jóvenes quienes no dejaban pasar ningún día sin inquietarle y mortificarle con todo género de desprecios a fin de obligarle a que fuese a ejercer las funciones de su ministerio a otro punto. El Santo jamás se quejó de ellos a los superiores de la casa. En lugar de manifestarles descontento les trataba con respeto y les hacia todos los servicios que dependían de él: «No quiero huir de la cruz que Dios me envía», decía a los amigos que le rogaban dejase aquel lugar. Sin embargo, viendo que no podía ganarles por su caridad y humildad, y que lejos de ablandarles, se hacían más intratables, un día se dirigió a Jesucristo fijando los ojos en una cruz: «¡Oh, mi buen Jesús!, ¿por qué no me escucháis? Hace ya tanto tiempo que os he pedido con tantas instancias la paciencia, ¿por qué no me habéis oído?» Y le pareció entonces oír dentro de sí mismo a Jesucristo que le decía: «No me pidas la paciencia, yo te la daré, pero quiero que tú la adquieras por este medio». Este lugar en donde tuvo tanto que sufrir, fue para él un fugar de delicias, y vivió allí treinta años, y no salió de aquella casa sino por orden del Sumo Pontífice para ir a vivir a la casa de los padres del oratorio de quienes fue su fundador.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de sufrir por vuestro amor, los defectos de las personas con quienes vivo. Haced que cuantos más trabajos me ocasionen más caritativo sea con ellas.

25 de abril | Paciencia

«En esta vida no hay purgatorio, sino paraíso o infierno. Los que padecen con paciencia son del paraíso, y los demás padecen una especie de infierno». (San Felipe de Neri).

Un malhechor, habiendo sido condenado a muerte por sus crímenes, pidió pocos instantes antes de ir al suplicio que viniese un religioso de una orden que él nombró. Se dirigieron prontamente a la comunidad que él había indicado, y vino de ella un religioso, y he aquí lo que le dijo el reo: «Padre mío, yo he vivido entre vosotros y he sido uno de ellos, he traído el hábito que vos lleváis; admitido a la profesión, fui por algún tiempo un buen religioso, y os puedo asegurar que mientras observé fielmente la regla estuve muy contento; todo me era fácil y hacia las cosas las más difíciles sin pena y con alegría. ¡Ay, mi suerte era apetecible!, pero desgraciadamente comencé poco a poco a relajarme, y desde entonces tomé un horroroso disgusto a todos los ejercicios; infiel a mis obligaciones, el yugo de mi estado se me hizo insufrible!, salí furtivamente de la casa y deje el hábito de religioso. Pero, ¡ay!, pues mi suerte se hizo más horrible; vine a dar en los más grandes excesos, y vos veis a donde me han conducido mis pecados: yo os he hecho llamar, padre mío, para que digáis a los religiosos lo que os acabo de referir, pues mi ejemplo les será útil».

¿Quién no hubiera dicho que san Francisco de Sales gustaba las delicias del paraíso durante su enfermedad? Él hablaba de su mal como si nada hubiera padecido. Jamás dio señales de impaciencia ni de inquietud. Tomaba los remedios más repugnantes como si hubiera tomado el licor más agradable; una serenidad inalterable brillaba en su frente y atraía al amor de la virtud.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, enseñadme a poseer mi alma en paz, a bendeciros en todo tiempo y en todas las cosas, y alegrarme en las aflicciones, considerando que así hago vuestra voluntad.

26 de abril | Paciencia

«Hijas mías sabed sufrir cualquiera cosa por el amor de nuestro Señor, sin que se os note». (Santa Teresa).

El P. Dupont, meditando el viernes santo sobre los dolores de Jesús crucificado, pidió a nuestro Señor como una gracia particular el que le hiciese

participante de sus penas; el Señor oyó su oración; y experimentó todo el resto de su vida los más acerbos dolores. Un día que un religioso de la compañía le preguntó en qué estado se hallaba, respondió: «¡Oh, Dios castiga bien a este pecador! Sabed que excepto la cabeza no hay en mí ningún miembro que no tenga su mal particular», pero, arrepintiéndose casi al mismo punto de haber hablado así, hizo voto de no decir jamás lo que padecía mientras pudiera ocultarlo sin desagradar a Dios.

Habiendo estado enfermo muchas veces san Felipe de Neri, siempre se le hallaba muy contento; jamás habló de su mal a otros que a los médicos, ni se le vio dar ninguna señal de dolor.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Salvador mío, dadme el amor de los padecimientos. Haced que cuando padezca sufra por vuestro amor y que no me queje de nada sin necesidad, para manifestaros el mío.

27 de abril | Paciencia

«Los que aspiran a la perfección deben guardarse mucho de decir: yo tengo razón: se me ha tratado mal sin haberlo merecido. Si no queréis soportar más cruces que las que están apoyadas en la razón, jamás llegaréis a ser perfectos». (Santa Teresa).

Un siervo de Dios estaba sumamente afligido, porque había sido calumniado con el mayor horror y por consiguiente a causa de estas calumnias era despreciado de unos y vivamente perseguido de otros. Llena su alma de estas amarguras se dirigió a nuestro Señor y le dijo: «¡Oh, Salvador mío!, ¿hasta cuándo permitiréis vos que yo sea tratado de este modo? Vos sabéis bien que no soy culpable de esto que se me acusa». Y le pareció ver entonces a Jesucristo todo cubierto de llagas, y creyó oír estas palabras que le dirigía «Y yo, ¿porque falta he sido tratado de este modo?» A vista de esto y reflexionando estas palabras, empezó a tener como a honra el ser calumniado, perseguido, y

despreciado; y decía que no cambiaría su suerte con la de todos los reyes del Universo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Salvador mío!, pues que habéis sido tratado tan indignamente sin haberlo merecido, haced que tenga como a honra el ser calumniado, y serlo por la justicia. El discípulo del Hombre-Dios, ¿no deberá alegrarse cuando se le trata como a su divino Maestro?

28 de abril | Paciencia

«Si miráramos las tribulaciones con espíritu cristiano, ¡a cuanta dicha tendríamos el ser calumniados y pasar por viciosos! Es una gran ventaja el ser perseguido por hacer bien, pues que Jesucristo llama bienaventurados a los que padecen por la justicia». (San Vicente de Paul).

Santa Teresa no cesaba de alabar y bendecir al Señor todas las veces que se le presentaba alguna ocasión de ejercitar la paciencia. Volviendo un día del locutorio con gran serenidad en el rostro y lleno de alegría el corazón por que la hablan vituperado mucho y amenazado en gran manera, una de sus religiosas que había oído lo que le hablan dicho, le preguntó cómo estaba tan contenta. Le respondió: «Dios sea bendito, se me han dicho cosas que me han alegrado mucho. Dios sea bendito». Así se portaba siempre, y como sus religiosas lo sabían, cuando la veían salir del locutorio con semblante muy risueño alabando y bendiciendo al Señor decían entre sí: «Nuestra madre viene de lograr alguna cosa buena».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Salvador mío!, creo porque Vos lo habéis dicho, que los que padecen cristianamente por la justicia son bienaventurados. Todas las veces que padezca por una buena causa, os daré gracias, porque me presentáis una ocasión favorable, de enriquecerme mucho para el cielo.

29 de abril | Paciencia

«Si consideráis en la tierra la vara de la cual se sirvió Moisés delante de Faraón, veréis una espantosa serpiente; pero si la consideráis en la mano del mismo Moisés, es una vara por medio de la cual obró los más grandes prodigios. Esto mismo sucede en las tribulaciones. Consideradas en sí mismas, son horribles; pero si se las mira en las manos de Dios son amables y deliciosas». (San Francisco de Sales)

Santa Magdalena de Pazzi tenía costumbre de decir: «Yo no pienso que hay en el mundo tormentos tan horrorosos y adversidad tan cruel que no pueda sufrir voluntaria y gustosamente por medio de la conformidad con la voluntad de Dios». Y en efecto, cuando ella padecía más, le bastaba pronunciar estas palabras, «esta es la voluntad de Dios», para que en el mismo instante se llenase de alegría.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío!, recibiré todas las tribulaciones de vuestra mano paternal y entonces pensaré que me castiga un padre tierno para mi bien y bendeciré vuestro santo nombre, porque me habéis herido en el tiempo para poder recoger en la eternidad.

30 de abril | Paciencia

«Cuando padeciésemos dolores o sufriésemos malos tratamientos, recordemos lo que nuestro Salvador ha padecido, y en el mismo instante lo que nosotros padecemos se nos hará soportable y aun dulce; todo lo penoso nos parecerá ser flores y no espinas». (San Francisco de Sales).

Santa Ludovina padeció grandes enfermedades por espacio de treinta y ocho años, y sin embargo jamás se la vio de mal humor; siempre estaba contenta porque nunca perdía de vista los tormentos de Jesucristo; y para tenerlos siempre presentes, no cesaba de mirar la imagen de su Salvador pendiente de la Cruz.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Salvador mío!, que habéis sido crucificado por mi amor, tendré los ojos fijos en Vos. Cuando padezca, me diré entonces a mí mismo: «Mira a tu Dios en la cruz y quéjate si te atreves». Yo no rehúso ninguna cruz, ni quiero otra recompensa por todas ellas que la de tener la dicha de agradaros.

MAYO

Dulzura

Aprended de Mí, que manso soy y humilde de corazón.

Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde.

(Math. 11. 29.)

1 de mayo | Dulzura

«La dulzura es una virtud más extraordinaria que la castidad; es más excelente qué esta virtud y que todas las demás, porque es el complemento de la caridad perfecta, según san Bernardo, cuando es suave y benigna. Es necesario pues tener una grande estimación de la dulzura, y trabajar con cuidado para adquirirla». (San Francisco de Sales).

Este Santo hablaba muchas veces de la dulzura y era muy fácil el conocer que esta era la virtud que más amaba. Esta misma virtud se notaba en su rostro, en sus palabras, en sus ademanes y acciones. Y se le podía aplicar el elogio que el Espíritu Santo hizo de Moisés, que este era el más dulce de los hombres de su siglo. Santa Juana Francisca decía de él que no había visto jamás un corazón tan dulce, tan suave, tan bueno, tan gracioso, y tan afable. La primera vez que san Vicente de Paul le vio, creyó ver en la serenidad de su cara, y en su modo de conversar, una viva imagen de la dulzura de nuestro Señor Jesucristo. Su sola presencia ganaba los corazones.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que la dulzura, brille en todo mi exterior, en todos mis discursos y en todas mis obras. Haced que yo sea por la dulzura, una copia viva de Jesús, mi maestro y mi modelo.

2 de mayo | Dulzura

«La dulzura es una virtud que supone un alma noble: en efecto los que poseen esta virtud son superiores a todo lo que se les puede decir y hacer. En el mismo tiempo en que son ultrajados por palabras o acciones no dejan de estar tranquilos, ni pierden la paz del alma». (Santo Tomas de Aquino).

Jamás se vio a san Vicente Ferrer enfadarse, ni turbarse por cualquier injuria que se le dijese u otro mal tratamiento que se le hiciese.

Se atrevieron a calumniar las costumbres de san Francisco de Sales, cuando él supo los enormes crímenes que se le imputaban, sin hablar una palabra en su defensa, tomó la resolución de esperar a que la divina providencia le justificase, lo que no se verificó si no después de algunos años, y sin embargo habló con la mayor dulzura a sus calumniadores, sin tomar otra venganza que el trabajar con el mayor celo por su santificación.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os ruego no permitáis que nada de lo que hablen o hagan contra mí turbe la paz de mi alma, haced que mire como a amigos y bienhechores a los que me han tratado como enemigos.

3 de mayo | Dulzura

«Nada hay que edifique más al prójimo como una bondad llena de caridad». (San Francisco de Sales)

Muchas personas iban a visitar a san Francisco Javier únicamente con intención de ser testigos de su admirable dulzura.

Pasando san Ignacio de Loyola con su compañero cerca de unos segadores que se burlaban de él y le decían insultos, se detuvo el santo, y los miró con semblante risueño hasta que hubieron de acabar y antes de apartarse de ellos les dio su bendición, esto les confundió y causó tal admiración que exclamaron todos: «Este es un Santo, no puede menos de ser un Santo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme que yo sea bueno y benéfico para con todos y mayormente para con los que tratan de hacerme mal. Dignaos bendecirles, os suplico les perdonéis y colméis de gracias.

4 de mayo | Dulzura

«Es necesario tratar a todos con dulzura y usar con todo género de personas de modales que procedan de un corazón tierno y lleno de caridad cristiana. La afabilidad, el amor y la humildad son las virtudes que sirven admirablemente para ganar los corazones de los hombres, y para animarles a que abracen lo que repugna más a la naturaleza». (San Vicente de Paul).

San Francisco de Sales obtenía por medio de su gran dulzura todo lo que pedía. Ninguno podía resistirse, porque ganaba todos los corazones, tratando a toda suerte de personas con respeto y bondad, manifestando a todos un gran celo por su salvación. Le llamaban el *quebrantador de voluntades*, porque su dulzura era tan persuasiva que obligaba con facilidad a las personas con quien hablaba a que renunciasen a su propia voluntad.

Habiendo contestado el abad Servio con mucha dulzura a un hombre que sin motivo alguno le había tratado indignamente, el culpado se vio muy confuso por su falta, y pidiéndole perdón de rodillas, le suplicó le hiriese la gracia de admitirle en el monasterio, y lo consiguió.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que hable siempre con dulzura, pero que esta dulzura proceda de la caridad y que el fruto de esta amable virtud sea el ganaros almas que ardan en vuestro divino amor.

5 de mayo | Dulzura

«Una sola palabra basta algunas veces para apaciguar a una persona encolerizada, así como una sola palabra basta casi siempre para turbar un alma y ser causa de muchos pecados». (San Vicente de Paul)

Bastaba algunas veces a san Francisco de Sales el decir dos o tres palabras para introducir la paz en los corazones de los afligidos.

San Macario yendo a Nestria en compañía de uno de sus discípulos vio que un hombre que iba delante de él, al encontrarse con un pagano que llevaba una pesarla carga le insultó; lleno de cólera el pagano por el ultraje que había recibido dejó la carga en tierra y corriendo hacia el que le había injuriado le hirió con un palo tan reciamente que le dejó muerto en el suelo; habiéndose vengado, tomó la carga y continuó su camino corriendo cuanto podía, San Macario viéndole cerca de sí le dijo: «Dios os guarde y Él os salve». Este hombre que había estado tan furioso, se detuvo, y el santo continuó hablándole con mucha dulzura y bondad; el pagano reflexionó y le contestó: «Conozco que vos sois un verdadero siervo de Dios, yo no me apartaré de vos sin que me impongáis la debida penitencia».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, buen Jesús que nos habéis recomendado la dulzura y la humildad de corazón y que nos habéis dado tan bellos ejemplos de estas dos virtudes, dadnos esta misma dulzura y humildad que exigís de nosotros, haced que la dulzura se manifieste en todas mis palabras por pura caridad y que esta dulzura nazca de una verdadera humildad.

6 de mayo | Dulzura

«Como no es posible mientras que estemos sobre la tierra, el pensar del mismo modo que piensan los que viven con nosotros, es necesario tener un gran fondo de dulzura que oponer a los movimientos imprevistos de la cólera para no perder la paz del corazón». (San Francisco de Sales).

Felipe II Rey de España después de haber empleado muchas horas de la noche en escribir una larga carta al Papa, se la dio a su secretario para que la cerrase y sellase. Este que estaba medio dormido queriendo echar polvos en la escritura, se equivocó, porque tomó el tintero en vez de tomar la salvadera, y cubrió de tinta todo el papel. Conociendo al punto lo que había hecho, quedó como fuera de sí e inconsolable. Entonces el Rey sin turbarse le dice: «No es muy grande el mal, allí hay otra hoja de papel«, la tomó y empleó el resto de la noche en escribir otra, sin manifestar el menor descontento a su Secretario.

San Remigio habiendo previsto que habría una gran carestía, hizo llenar una casa de grano para poder socorrer con ello a su pueblo; pero unas personas mal intencionadas la dieron fuego; luego que lo supo el santo Obispo corrió hacia la casa que se quemaba; pero viendo que ya no era posible apagarla, se aproximó al fuego con semblante tranquilo, y calentándose porque hacía frío, dijo: «El fuego es bueno en todo tiempo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de poseer siempre mi alma en paz, no permitáis que manifieste jamás ni por palabra, ni por obra, los movimientos de odio, de cólera y de impaciencia que se suscitaren en mí, haced que los ahogue al punto por vuestro amor.

7 de mayo | Dulzura

«Hay hombres que parecen muy dulces mientras que todo les sale favorable y a medida de su deseo, pero a la menor adversidad, a la más ligera contradicción, su dulzura desaparece, y se encienden en cólera; a estos se les puede comparar con los carbones encendidos y cubiertos bajo de la ceniza. Su dulzura no es como la pide el Señor para que le seamos semejantes». (San Bernardo).

Hicieron presentar dos letrados a san Francisco de Sales, ínterin predicaba un Sermón en Annecy, un papel lleno de palabras injuriosas; el santo le tomó e interrumpió su sermón para leerle, creyendo que contenía algún aviso que dar al pueblo; habiéndole leído en silencio, prosiguió sin alterarse; luego que bajó del pulpito, tomó un poco de descanso, y se informó del clérigo, quiénes eran aquellos que le habían remitido aquella caria y habiéndolo sabido, fue al punto a su casa y sin hablar ni al uno ni al otro del escrito injurioso, les suplicó le dijesen en que les había desagradado; y sabiéndolo, les aseguró que su intención no había sido el contristarles, y puesto de rodillas delante de ellos les pidió le perdonasen. Los letrados se llenaron de confusión al ver al santo a sus pies como si él los hubiera provocado, y antes de separarse le pidieron perdón y desde este

momento vivieron en la amistad más recíproca, no cesando de admirar una virtud tan heroica y cristiana.

Santa Juana Francisca habiendo sido insultada de un modo el más indigno por un joven que estaba furioso porque la Santa había recibido en su comunidad una señora joven con quien él quería desposarse, como verdadera hija de san Francisco de Sales dijo una de sus compañeras: «Jamás he oído un panegírico que me haya sido más agradable».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme una dulzura que me haga semejante a Vos, una dulzura que se manifieste en la adversidad y que haga que yo no pierda la paz del alma, cuando se me contradiga o se me calumnie.

8 de mayo | Dulzura

«Cuando queráis hacer alguna reforma, concluir algún asunto, o persuadir a alguno, hacedlo con la dulzura posible. Saldréis mejor cediendo y humillándoos, que usando de un tono severo y disputando. ¿Quién ignora que se cogen más moscas con una onza de miel, que con cien barriles de vinagre?». (S. Francisco de Sales)

Así es que San Vicente de Paul a quien se podía dar el nombre de ángel de paz salió bien en todos los negocios de que se encargó por la paciencia y dulzura. Él recomendaba la práctica de estas virtudes diciendo, que la dulzura y afabilidad ensanchan el corazón, mientras que la severidad le oprime; y añadía: «El Obispo de Ginebra ha convertido más almas por su dulzura que por su erudición»; y refería lo que el Cardenal Perron tenía costumbre de decir: «Estoy bien asegurado de convencer a los herejes, más para convertirles es preciso enviar a Monseñor de Sales».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, tomo la resolución de hablar y obrar siempre con dulzura y ceder por humildad antes que disputar. Haced que por la misma dulzura y afabilidad, me haga un ángel de paz y que gane los corazones para vuestro servicio.

9 de mayo | Dulzura

«Si queréis trabajar con fruto en la conversión de las almas, es necesario mezclar el bálsamo de la dulzura con el vino de vuestro celo para que no sea demasiado ardiente, sino que sea bueno, pacifico, sufrido y lleno de compasión. El espíritu humano es de un temple que no se ablanda enteramente sino por la dulzura». (San Francisco de Sales)

Predicando san Francisco Javier en Macao a presencia de un gran número de infieles, los muchachos y gente del pueblo, para hacerle callar, le arrojaron un sin número de piedras; el santo continuó sin turbarse; y se convirtieron muchas personas movidas, más por su paciencia y dulzura, que por lo que les decía.

San Francisco de Sales viendo que un gran pecador a quien oía en penitencia se acusaba de pecados horrorosos sin contrición, se puso a llorar:

—¿Por qué lloráis padre mío?, —le dijo el pretendido penitente.

—Lloro porque vos no lloráis, —le contestó el santo con mucha dulzura.

Y esto fue bastante para inspirarle los sentimientos de que debía estar penetrado.

Un joven desenfrenado se presentó a san Felipe de Neri para confesarse; el santo le recibió con mucha bondad, y habiéndole oído le dijo con la mayor dulzura: «Yo no exigiré mucho de vos; tan solo os encargo que digáis siete veces cada día la Salve Regina y beséis otras tantas veces la tierra diciendo: “puede suceder que mañana yo sea muerto”». Lo prometió y cumplió la palabra, y después de haber vivido cristianamente por espacio de catorce años, murió en olor de Santidad

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que hable a los pecadores con una dulzura que proceda de la caridad y que mueva sus corazones viendo que estoy vivamente afligido de que sean enemigos de Dios y se hallen en gran peligro.

10 de mayo | Dulzura

«Los que están encargados del cuidado de otros deben portarse con ellos como Dios y los santos ángeles, es decir, insinuarse, aconsejar, rogar y tocar a la puerta de los corazones como el esposo, y si se rehúsa el abrir, sufrir pacientemente esta resistencia. Los ángeles ayudan cuanto pueden a los que están encomendados a su custodia y no abandonan a los que se obstinan». (San Francisco de Sales).

Este santo decía, que los directores de las almas deben imitar a Jacob que ordenaba el movimiento de su paso por el de sus hijos cuando eran pequeños, y aun por el de sus corderos.

«A los espíritus difíciles con especialidad se ha de tratar con mayor dulzura», decía san Vicente de Paul; así es que por su dulzura los movía en tal manera que hacía de ellos lo que quería.

«Cuanto más voy avanzando en edad, conozco más que la dulzura es necesaria para ganar los corazones y hacerles perseverar en la resolución de hacer la voluntad de Dios. Si he sido útil para la santificación de algún alma, ha sido por el medio de una dulce y humilde caridad, y sin emplear otra autoridad que la de una cordial persuasión», escribía santa Juana Francisca a un superior de su orden.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme el que me insinué y gane los corazones de los hombres para que os amen. Concededme, sobre todo el tratar con mucha dulzura a los espíritus difíciles y pecadores obstinados.

11 de mayo | Dulzura

«Así como sin fe no se puede agradar a Dios, así también sin la dulzura es imposible agradar a los hombres y gobernarles bien». (San Bernardo)

Este santo lo sabía por experiencia. Cuando empezó a gobernar a sus monjes como abad, se portaba con ellos con mucha severidad y aspereza, y aunque le estimaban en gran manera por su virtud, sin embargo esto no era suficiente para qué reinase entre él y los monjes la debida armonía. El Señor hizo conocer al santo que debía obrar con dulzura; hízolo así, y al punto ganó el afecto de ellos, obedeciéndole todos con la mayor exactitud.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, practicaré constantemente la virtud de la dulzura, no por agradar a los hombres, sino por agradaros a Vos. Les haré que amen vuestra santa ley, a fin de que la practiquen por amor.

12 de mayo | Dulzura

«Tengo experiencia de que el mejor modo de gobernar es con dulzura, humildad y paciencia». (Santa Juana Francisca)

Cuando esta santa insinuaba a sus hijas cosas indiferentes en sí mismas, lo hacía con tanta sumisión que se confundían al ver hasta que punto se humillaba, y cuando exigía las cosas necesarias usaba de tanta dulzura, que era preciso carecer de sentido para no obedecerla al momento y con puntualidad.

San Vicente de Paul escribió a un superior de una de las casas de la congregación que se quejaba vivamente de un sacerdote que le mortificaba. «Conviene sufrir con dulzura al sacerdote de quien me habláis; vos no tendréis los defectos que él tiene, pero tendréis otros. Si nada tuvierais que padecer, no tendríais en que ejercitar la caridad; por otra parte vuestra conducta no se asemejaría a la de nuestro Señor Jesucristo que quiso tener discípulos groseros y sujetos a muchas fallas para tener ocasión de practicar la afabilidad y

paciencia y para enseñarnos como deben conducirse los que están encargados del oficio de superiores».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os pido la gracia de conducirme con todos los que están a mi cargo, con mucha dulzura, humildad y paciencia. Haced que aun cuando tenga alguna cosa que sufrir, recuerde que debo alegrarme de tener ocasión de ejercitar la caridad.

13 de mayo | Dulzura

«Nada hay más amargo que la corteza de la nuez cuando está verde, y sin embargo no hay cosa más dulce ni mejor para el estómago que cuando esta confitada; así es la reprensión que por su naturaleza es amarga, pero cocida en el fuego de la caridad y sazonada con la dulzura, se hace amable, deliciosa y útil». (San Francisco de Sales)

Cuando san Francisco de Borja sabía que algunos de los de su compañía de la cual era superior, había cometido alguna falla, acostumbraba a decirle con benignidad: «Yo pido al Señor que os perdone; ¿será posible que no os vea conduciros como un santo? Oh, hermano mío, ¿cómo habéis dicho eso?, ¿cómo habéis hecho esa acción?».

San Vicente de Paul dijo en cierta ocasión que no le había acontecido más que tres veces en su vida el hablar con aspereza al tiempo de corregir, juzgando entonces que debía hablar así, pero que poco después se había arrepentido de ello porque no había logrado el resultado que esperaba. He aquí los medios que tomaba para dulcificar y hacer útiles las correcciones que estaba obligado a hacer:

No reprendía al culpable luego que había cometido lar falta si no era necesario, y consideraba por algún tiempo delante de Dios lo que debía decirle; antes de hablarle tenía costumbre de manifestarle su afecto y aun alabarle si había en él alguna cosa digna de alabanza; y terminaba la corrección diciéndole:

«Dios ha permitido que cometieses esta falta para humillaros y tuvieseis un motivo poderoso de trabajar en vuestra santificación con más fervor».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que a nadie reprenda jamás sino por verdadera caridad y con dulzura, y después de haber pedido a Dios que bendiga lo que habré de decir.

14 de mayo | Dulzura

«El único fin del superior, debe ser el amor de Dios y la santificación de las almas que le están confiadas; y no puede llegar mejor a este fin que por la humildad, la dulzura y el buen ejemplo». (San Vicente de Paul)

Siendo prior san Juan, canónigo regular, uno de los religiosos le dijo palabras muy injuriosas, el santo le escuchó con mucha tranquilidad; otro de los que allí estaban presentes le preguntó después, por qué no le había impuesto silencio, pudiéndolo hacer con facilidad; y respondió: «Cuando hay fuego en una casa, sería bueno echar allí leña? Este buen hermano estaba todo encendido en cólera, si yo le hubiese reprendido entonces, su furor se hubiera aumentado, lejos de disminuirse».

«Cuando la humildad falta por una parte, es necesario que la caridad abunde por otra», escribió san Francisco de Sales a santa Juana Francisca. Este santo se había visto en la precisión de aprisionar a un eclesiástico escandaloso a quien muchas veces había perdonado. Habiendo obtenido dicho eclesiástico el presentarse al santo Obispo le pidió perdón prometiendo enmendarse. El santo prelado se enterneció, y después de haber dado profundos suspiros le dijo; «Yo os pido por el amor y misericordia de Dios en quien todos nosotros esperamos, que tengáis conmiseración de mí, de la diócesis, del clero y de la iglesia a quien habéis deshonrado con vuestra vida escandalosa, dando ocasión a nuestros contrarios de blasfemar contra nuestra santa fe. Yo os suplico tengáis piedad de vos mismo y de vuestra alma que podéis perder por una eternidad. Os exhorto en nombre de nuestro Señor Jesucristo que os reconciliéis con Dios por

medio de una sincera penitencia; yo os ruego por todo lo que hay de más sagrado en la tierra y en el cielo; por la sangre de Jesucristo que habéis pisado, por la bondad de este divino Salvador que habéis crucificado de nuevo, y por el don de la gracia que habéis despreciado». Este sacerdote pecador se conmovió tanto con esta exhortación, que no solamente se enmendó, sino que vino a ser un modelo de virtud.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que practique sin cesar la humildad y la dulzura y que dé continuamente buen ejemplo, a fin de que trabaje con toda eficacia en la santificación de los que están a mi cargo. Que la caridad pura me anime en todas las exhortaciones que tuviere precisión de hacer.

15 de mayo | Dulzura

«Se debe preferir en las comunidades religiosas la unión y la paz a otro bien, y por esto es necesario sufrirse, servirse y tratarse recíprocamente con dulzura. Esta virtud es un manantial de paz y un vínculo de perfección que une los corazones». (San Vicente de Paul)

Cuando este santo era avisado de alguna falta que se había cometido, corregía al culpable de tal manera que no se podía venir en conocimiento de la persona que se la había manifestado; y aun se abstenía de hacer la corrección antes que turbar la paz entre aquellos que no debían tener sino un corazón y un alma.

Un digno sacerdote que estaba encargado de la dirección de los jóvenes de la casa en que se hallaba, jamás manifestaba al superior las faltas que advertía y que juzgaba necesario darle a conocer, sin haber pedido antes al Señor a los pies de los altares le concediese la gracia de no exagerar y decir las buenas cualidades que sabía de la persona cuyos defectos estaba obligado a manifestar.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de sufrir los defectos de todas las personas con quienes trato; de advertirles, hablarles y tratarles siempre con dulzura; de reconciliar los coraones encontrados y encender en ellos el fuego de vuestro divino amor.

16 de mayo | Dulzura

«Es muy importante el que la conversación sea dulce y útil, para esto es preciso ser humilde, sufrido, respetuoso, cordial y condescendiente en todo lo que lícitamente se pueda; y sobre todo el no contradecir jamás a persona alguna, cuando esto no sea evidentemente necesario. Creedme, nada hace al hombre más amable para todos, que el no contradecir a ninguno». (San Francisco de Sales)

El V. Berchmans jamás se opuso a cosa alguna, y así sus compañeros no solamente le amaban en gran manera, sino que también le rogaban que les advirtiese sus defectos y se portase con ellos como si fuese su superior.

Nunca se oyó a san Vicente de Paul disputar sobre cosas indiferentes; sus modales afables, la facilidad con que seguía el parecer de los demás y su condescendencia cristiana unían todos los dictámenes y obligaban en alguna manera a convenir con él aun a aquellos que hablan sido de parecer contrario.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Haced, Señor, que a ninguna persona contradiga jamás sin necesidad. Haced que por caridad condescienda a todo lo que pueda hacer sin ofenderos.

17 de mayo | Dulzura

«Esforcémonos en ser caritativos, dulces y humildes para con todos, pero de un modo más particular con aquellos que Dios nos ha dado por compañeros, tales son nuestros domésticos. No seamos del número de aquellos que fuera de su casa parecen ángeles, y en ella son demonios». (San Francisco de Sales)

Monseñor Camus, Obispo de Belley decía del santo Obispo de Ginebra que no había visto superior que tratase mejor a sus familiares ni que les amase más tiernamente; jamás les decía cosa alguna que pudiese contristarles, por lo cual no podían menos de rogarle que les comunicase sus órdenes; miraba siempre por la salud de ellos de tal modo que les hacía conocer que los estimaba. Temía mucho molestarles; jamás se quejó de ellos; si tenía que darles algún un aviso lo hacía sin enojarles, como lo manifiesta el siguiente hecho: habiendo estado hablando el santo con un marques mucho tiempo de negocios importantes, llegó la noche, y sus criados no le llevaron luz, creyendo cada uno de ellos que el otro la había llevado. Entre tanto, queriendo retirarse el Marques, el santo Obispo le tomó por la mano, y le condujo a tientas hasta la puerta en donde halló a sus criados que conversaban con los del marques; la única reprensión que les hizo fue decirles: «con un cabo de vela nos podríais haber hecho un gran obsequio».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que por vuestro amor manifieste a todos los que dependen de mí que los amo como a mí mismo. Haced que no les moleste, ni desprecie jamás por mi mal humor y altanería, ni me queje de ellos y que todos los consejos paternales que esté obligado a darles vayan sazonados con mucha dulzura.

18 de mayo | Dulzura

«Resistid fielmente a vuestras impaciencias tratando con santa afabilidad y dulzura a lodos, y mayormente a aquellos a quienes tengáis más aversión ya sea con razón sin ella». (San Francisco de Sales)

Un letrado que se hallaba sin tener ocupación alguna visitaba muchas veces a este santo prelado, y aunque le hacía perder las horas más preciosas sin embargo le recibía siempre con afabilidad, sin darle jamás señal alguna de enfado; le obligaron un día a despedir a este importuno; y respondió el santo que él nunca había intentado de despedirle, pues que me da ocasión, decía, de practicar la caridad y dulzura.

Una señora protestante so color de aclarar sus dudas detenía también mucho tiempo al santo, sin otro objeto que admirar la dulzura que experimentaba en su conversación; luego que él lo conoció, como sólo intentaba que ella abrazase la religión católica, le dijo:

—Señora, os he contestado a todas vuestras dificultades en cuanto es posible; y ya que no he podido convenceros, me contentaré en adelante con llorar vuestra desgraciada suerte y rogar a Dios por vos.

Y replicó ella entonces: —Solo una dificultad me resta, y es que no sé qué se pueda decir en favor del celibato de los sacerdotes.

—Señora, —contestó el santo—, esté celibato es muy necesario, ¿Si yo hubiera tenido mujer e hijos, cómo había de haber empleado tanto tiempo con vos?

Esta razón la hirió, y la gracia movió su corazón y abjuró sus errores.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, hacedme afable y dulce para con todos y sobre todo para con aquellos que me hacen padecer, que la dulzura que les manifieste por vuestro amor les excite con toda eficacia a amaros.

19 de mayo | Dulzura

«El más alto grado de dulzura consiste en visitar, servir, honrar y tratar amorosamente a nuestros inferiores, aunque sean intratables, ingratos y soberbios». (San Francisco de Sales.)

¡Cuánto trabajó santa Juana Francisca por espacio de siete años que vivió en casa de su suegro, para ganar a una criada tan insolente que casi siempre la estaba menospreciando y ultrajando! Hacía por complacerla en cuanto era posible. Se humillaba la Baronesa de Chantal hasta vestir y peinar a los hijos de esta mujer de la ínfima plebe, cuya ingratitud se aumentaba a proporción que la santa la mostraba más dulzura y la hacía más servicios. Le dijo un día una persona: «Perdéis el tiempo, pretendiendo ganarla por esos medios». Y contestó: «Eso sería verdad si yo no mirase más que a ella, pero para con Dios

no se pierde, pues a proporción que los hombres son menos reconocidos, él es más dadivoso».

Otro la decía que cuando su suegro muriese enterrase viva a esta malvada mujer; y la santa respondió: «No, antes bien me armaría en su defensa, pues que Dios se vale de ella para que me sirva de cruz; ¿por qué la he de querer mal?».

Cuando se afeaba el que su suegro no la hubiese dado el gobierno de la casa con preferencia a tal criada, decía: «Dios lo ha dispuesto así para mi mayor provecho, y para que yo pueda ocupar más tiempo en los ejercicios de piedad»

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Concededme, Señor, una caridad tal que ame con especialidad a los que me han ultrajado, despreciado y no han correspondido a mis beneficios sino con ingratitudes. Quiero mostrarles este amor para manifestaros mi reconocimiento, porque Vos me habéis amado cuando era vuestro enemigo.

20 de mayo | Dulzura

«No os turbéis ni perdáis la paciencia al ver defectos en vuestros semejantes, porque de otro modo seriáis menos imprudente que aquel que se arrojase a un rio por sola la razón de que otro lo hubiera hecho». (San Buenaventura).

Decía un piadoso cardenal: «No os admiréis de que haya guardado silencio mientras que se me ultrajaba, pues aunque me sentía conmovido, he querido dar a la razón tiempo para que se haga superior a la pasión, temiendo caer yo en las mismas faltas que había cometido el otro que me ultrajaba».

Dijeron a san Francisco de Sales que habla usado de excesiva dulzura con un joven incorregible y sumamente endurecido, y contestó: «¿Qué más queríais que hiciese? He hecho todo lo posible por encolerizarme sin pecar, y para esto he tomado con las dos manos mi corazón; pero no he tenido valor para arrojárselo a la cara, y a decir verdad, he temido perder en un cuarto de hora la poca dulzura que con mucho trabajo he recogido en el vaso de mi corazón por

espacio de veintidós años. Puede ser que naufragare yo con este joven queriendo salvarle por medio del rigor».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme la fortaleza para vencerme, cuando me sienta conmovido, hacedme entonces dueño de mi pasión, de tal modo, que tenga el valor de callar o de hablar con dulzura para manifestaros mi amor.

21 de mayo | Dulzura

«No debéis desanimaros por vuestras imperfecciones; el disgusto que os causen ha de ser humilde, tranquilo, y pacífico, y no un disgusto que os turbe y desespere, porque esto hace más daño que provecho». (San Francisco de Sales)

Cuando san Luis Gonzaga había cometido alguna falla no se desanimaba, sino que entrando en sí mismo decía: «La tierra ha dado su fruto; por esto conozco lo que soy».

Otro decía estas palabras de san Efrén: «Nosotros no hemos obrado bien, pues en adelante obremos mejor».

Quería el santo Obispo de Ginebra en estas circunstancias se compadeciese cada uno de sí mismo y se animase a obrar mejor hablando así con su corazón: «Valor, pobre corazón mío, he aquí que hemos caído en el precipicio que tantas veces habías resuelto evitar. Levantémonos, recurramos a la misericordia de Dios, y esperemos que ella nos ayudará, para que seamos más constantes en lo futuro; volvamos al buen camino que hemos abandonado, tomando los medios convenientes».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que mis faltas me desagraden, pero sin desanimarme; haced que mis defectos no me asombren y que sirvan para mi santificación, humillándome y excitándome a pedir más y más, y para mejor velar sobre mi mismo.

22 de mayo | Dulzura

«Si queréis adquirir la libertad de espíritu no os aflijáis ni por las sequedades, ni por las distracciones, ni por las tentaciones; sino que debéis trabajar por conservar la paz en vuestro corazón». (Santa Teresa).

«Cuando el demonio ve que el hombre se muestra con valor en la tentación, pierde casi la esperanza de vencer; y al contrario, si percibe que se teme, cobra ánimo. Un soldado desanimado, está ya casi vencido», decía san Antonio.

Santa Catalina de Sena, viéndose acometida de las más grandes sequedades, se animaba diciéndose a sí misma: «Criatura vil, supuesto que tu debías padecer estas tinieblas y tormentos por toda tu vida, ¿no deberías regocijarte de poder evitar los suplicios eternos por tan poco precio?»

«Un simple propósito de no pecar que se forme en el tiempo de las sequedades espirituales, es de más valor en la presencia del Señor, que mil resoluciones hechas muy fervorosamente en el tiempo de las consolaciones», dicen los maestros de la vida espiritual.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que en las tentaciones y tribulaciones, no pierda la confianza, sino que me humille, os invoque y esté unido a Vos, y que estas pruebas sirvan para hacerme crecer en vuestro amor.

23 de mayo | Dulzura

«Conservad siempre una gran dulzura y buen humor en medio de vuestras ocupaciones y de vuestros trabajos; todos esperan de vos este buen ejemplo». (San Francisco de Sales)

San Atanasio escribió de san Antonio Abad que se le veía en todo tiempo tan contento que cada día parecía ser para él el día de pascua. Si algún extranjero iba al desierto por verle, aunque le hallase entre un gran número de monjes, sin

embargo al punto le distinguiría entre todos ellos y le conocería por la alegría y dulzura admirables que brillaban en su rostro. Continúa el mismo santo: «Esta grande alegría era causada por la firme esperanza que tenia del paraíso. Su espíritu estaba siempre ocupado en las cosas eternas en las cuales no podía pensar sin ser penetrado de un santo júbilo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme una gran confianza, de que por los méritos de m Salvador iré al Paraíso, y que esta misma confianza, haga que esté en todo tiempo de buen humor y me llene de alegría, y que bendiga a Dios por todo.

24 de mayo | Dulzura

«Los pensamientos que inquietan, y agitan nuestro espíritu, no vienen de Dios que es el príncipe de la paz; sino, o del demonio, o del amor propio, o de la estimación que hacemos de nosotros mismos. Estos son los tres principios de donde provienen todas nuestras turbaciones, y así cuando sentimos tales pensamientos, es necesario arrojarlos al punto con desprecio». (San Francisco de Sales)

El santo Obispo de Ginebra despreciaba todo género de tentaciones del demonio, sin dejar de ser humilde de corazón, y de aquí es que jamás se turbó ni inquietó y en medio de los más grandes trabajos y serias ocupaciones no perdió la paz del alma, y no se podía conversar con él sin experimentar cierta alegría espiritual.

San Antonio hablaba así a los demonios: «Si tuvieseis alguna fuerza, uno solo de vosotros bastaría para pelear contra un hombre; pero como sois débiles os reunís a fin de hacerme temer, pues sabed que no os temo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo jamás me turbe en mis ocupaciones, tentaciones y trabajos, Vos sois mi Padre, Vos me amáis, yo os amo Señor, tened misericordia de mí, y entonces diré a mi alma: «¿Por qué te turbas? Espera en tu Dios».

25 de mayo | Dulzura

«¿Qué cosa hay que pueda turbar nuestra paz? Aunque el universo entero se trastornase yo no me turbaría por eso; nada hay en el mundo que pueda compararse con la paz del corazón, no hagamos nada que pueda hacérnosla perder». (San Francisco de Sales)

Un malvado, teniendo ya la mano levantada para herir de un sablazo a san Martin, se admiró al ver que el santo no temía.

—¿Que?, ¿no temes? —le dice.

—No, —respondió el santo—, no temo, porque todo lo que podéis hacer es quitarme la vida. La muerte no es un mal, yo la deseo, ella me pondrá en posesión del soberano bien.

San Vicente de Paul y san Francisco de Sales jamás quisieron emplear toda la fuerza de su autoridad para dirigir a sus súbditos, por temor de perder la paz del alma, y porque sabían que no es estable lo que no se hace con gusto; los medios de que se valían eran las persuasiones y la dulzura, pidiendo al que es dueño de los corazones el buen éxito de lo que se proponían hacer por su gloria.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme una buena conciencia y la paz del corazón que es el fruto de ella. Haced que la conserve en todas mis ocupaciones, tribulaciones y tentaciones.

26 de mayo | Dulzura

«Siempre que sea posible debéis evitar la cólera y no darle entrada en vuestro corazón por ningún pretexto; porque de otro modo ni la podríais desechar después ni moderarla a vuestro placer; más si viniese a apoderarse de vosotros, esforzaos por recobrar la paz de vuestro corazón, y esto ha de ser dulcemente y jamás con violencia, porque es en gran manera importante el no irritar más la llaga». (San Francisco de Sales).

Este santo para reprimir los movimientos de cólera que sentía en sí, se hizo tanta violencia, que se le halló, después de muerto, la vejiga que contenía la hiel llena de pequeñas piedras.

Un siervo de Dios naturalmente colérico dirigía muchas veces a Jesucristo esta súplica; «Señor, enseñadme que vos sois dulce». Cuando se sentía conmovido, no cesaba de repetir estas palabras: «Dichosos los que son dulces». Y si se conocía algún tanto vencido de la cólera, hacía inmediatamente un acto de contrición, daba limosna a dos pobres, y practicaba durante el día muchos actos de dulzura.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, que dichosos son aquellos de quienes se puede decir que son dulces. Querido Salvador mío, quisiera aprender de Vos a ser dulce y humilde de corazón. Hacer que yo practique continuamente la dulzura que me encomendáis.

27 de mayo | Dulzura

«Los remedios contra la cólera son: 1.° Evitarla cuando se puede, y ocupar el espíritu en pensamientos capaces de calmar los movimientos de un corazón agitado por la misma cólera. 2.° Imitar a los apóstoles, que en las tribulaciones acudían a Dios, único dispensador dé la verdadera paz. 3.° No decir ni hacer cosa alguna que tenga relación con aquello que fue el motivo de la cólera mientras que el corazón se halla turbado. 4 ° Hacer vigorosamente actos de dulzura y humildad en presencia de la persona contra la cual se siente uno encolerizado». (San Francisco de Sales.)

El santo Obispo de Ginebra dijo a uno que se admiraba de la paciencia heroica con que había sufrido las injurias, amenazas y ultrajes: «No os admiréis del silencio que he guardado, pues he hecho pacto con mi lengua de no decir cosa que irrite a los que hablen contra mí».

Un sabio dio a Cesar-Augusto este excelente consejo: «Cuando os sintáis encolerizado, no digáis ni hagáis nada sin haber recorrido antes a lo menos con la mente, las veinticuatro letras del alfabeto»

San Vicente de Paul repetía frecuentemente esta máxima: «Las palabras que se pronuncian y las acciones que se hacen cuando domina la pasión, jamás son bien dirigidas por la razón y la religión».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haré un pacto con mi corazón, a fin de que no se abra jamás a ningún sentimiento de odio, ni deseo de venganza. Lo haré también con mi lengua, a fin de que no hable jamás cosas incómodas a aquellos de quienes creyere que tengo motivo de quejarme.

28 de mayo | Dulzura

«Acostumbraos a tener un corazón dócil, blando, sumiso, y que condescienda fácilmente por el amor de Dios con todos y en tolo que sea lícito. Y para esto poned toda los mañanas vuestro corazón en un estado de humildad, de tranquilidad y dulzura; observad después de tiempo en tiempo durante el día si se ha aficionado a alguna cosa terrestre; y en este caso será preciso renunciar a estos afectos, porque de otro modo no recobrareis la paz que hubiereis perdido». (San Francisco de Sales.)

Este santo ponía todo su cuidado en hacerse todo para todos, obraba así por el amor de su prójimo y con el fin de agradar a Dios, cuya imagen veía en todos los hombres por su viva fe.

San Vicente de Paul recomendaba mucho el examinar repelidas veces al día si el corazón se ocupaba sólo en Dios.

Monseñor Boudon decía sin cesar estas palabras: «A Dios sólo y siempre a Dios sólo» por temor de que su corazón no se aficionare a las criaturas. Y el abad Agathon jamás se acostaba para dar algún reposo al cuerpo, sin haber antes

pacificado su corazón, a fin de cumplir el precepto que el Señor impone por el profeta: «Busca la paz y vete tras ella».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quisiera hacerme todo para todos, con el designio de agradaros. Y no quisiera cesar de purificar mi corazón, a fin de ser agradable a vuestros ojos. Dadme vuestra paz.

29 de mayo | Dulzura

«Un excelente medio para adquirir la dulzura del corazón, es acostumbrarse a no obrar precipitadamente, ni hablar en la conversación muy ligero, ni alzar demasiado la voz». (San Francisco de Sales.)

Este santo que tenía sus delicias en conservarse dulcemente en la presencia de Dios, jamás obraba con precipitación por temor de perder el recogimiento. Dijo en cierto día: «Vosotros me preguntáis cómo viendo que todos se afanaban en tal ocasión, yo solo he podido ser quien nada se apresuraba; ¿qué queréis que os diga? Yo no he venido a este mundo para causar inquietudes; ¿no hay bastantes que se las acarrean a sí mismos?». La modestia del Santo cuando hablaba era en sumo grado maravillosa.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de no obrar precipitadamente y de poseer siempre mi alba en paz, para conservar la dulzura del corazón. ¡Cuán provechoso es no perder el recogimiento y caminar siempre dulcemente en vuestra presencia!

30 de mayo | Dulzura

«Para conservar continuamente vuestra alma en paz, procurad hacer todas vuestras acciones en la presencia de Dios, y como si él mismo ordenase el modo de hacerlas». (San Francisco de Sales)

El V. Berchmans no hacía acción alguna sin consular antes con Dios y sin hacerla después en su divina presencia; y he aquí porque siempre era el mismo, siempre humilde, y modesto, sin turbarse jamás ni perder la paz.

Preguntaron a uno de los padres del desierto, de que medio se valía para estar siempre modesto, y de buen humor, y respondió: «Yo considero muchas veces a mi ángel custodio, que está siempre a mi lado, asistiéndome en todas mis necesidades, diciéndome en todas las circunstancias lo que debo decir y hacer, y escribiendo después cada una de mis acciones del modo con que las he hecho. Esta consideración me llena de un religioso respeto hacia él y hace que yo esté siempre sobre mí para no decir ni hacer nada que pueda desagradarle».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, haced que os tenga presente en todo tiempo; que sea atento en no decir, ni hacer cosa que os desagrade; que os dé gusto en todas mis acciones, haciéndolas a vuestra vista del modo que queráis que las haga, y con el designio de agradaros; tampoco quiero perder de vista al santo ángel de mi guarda.

31 de mayo | Dulzura

«Un buen medio para conservarse continuamente en la paz y tranquilidad del corazón es el recibir como venidas de la mano de Dios todas as cosas cualesquiera que ellas sean y de cualquier modo que nos vengan». (San Doroteo).

Dijo san Francisco de Sales a un religioso que había sido testigo de las palabras injuriosas que le habían dicho: «No os admiréis de que sufra con tranquilidad lo que acabáis de oír; ¿no sabéis que Dios tiene previsto desde la eternidad la gracia que me ha concedido de sufrir con paciencia este oprobio? no será preciso beber este cáliz que me ha sido preparado por las manos de un buen padre?» .

«Conoced clara y perfectamente que no cae un solo cabello de nuestra cabeza sin orden, o permisión de nuestro padre celestial» decía un gran siervo de Dios. Y que este conocimiento es el que hace a un alma bienaventurada en

la tierra; porque la Cruz que hubiera de ser un infierno, viene a ser un paraíso para aquellos a quienes el Señor da la inteligencia de esta verdad.

Sabiendo santa Teresa que una falúa cargada de víveres y efectos que se hablan comprado en Falerno para su monasterio, había naufragado, llevó al punto a sus religiosas delante del Santísimo Sacramento para alabar y dar gracias al Señor. «Yo me alegro de esto. Dios lo ha querido, él es el superior, todo esto ha sido hecho por las manos de Dios», decía.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, nada sucede sin que Vos lo ordenéis o permitáis. Todo es hechura de vuestras manos, miraré como venido de Vos todo lo que me suceda; no cesaré de bendeciros por todo, Vos sois mi dueño, Vos sois mi Dios.

JUNIO

Obediencia

Haced todo lo que os dijeren.

Omnia quoecumque dixerint vobis facite.

(Math; 33,3.)

1 de junio | Obediencia

«Todos tienen una inclinación natural a mandar, y aversión para obedecer, sin embargo es cierto que es más útil el obedecer, que mandar. Y por esta razón las almas perfectas aprecian tanto el obedecer, que no encuentran cosa más agradable». (San Francisco de Sales).

Santa Teresa daba gracias muchas veces al Señor por la inclinación que le había dado de ser muy obediente; la obediencia era la virtud cuya práctica le hizo experimentar muchas consolaciones.

Santa Magdalena de Pazzi hallaba tantas delicias en obedecer que temía perder el mérito de la obediencia a causa del gusto que experimentaba obedeciendo; no contenta con estar siempre sumisa a su superiora, se sometía también a sus compañeras, y aún a aquellos que la eran inferiores; y a una de estas pedía permiso para las cosas más pequeñas.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que me complazca en obedecer, y que nada encuentre más agradable, nada quiero hacer sino por obediencia.

2 de junio | Obediencia

«La obediencia es sin disputa de más mérito que todas las austeridades. ¡Qué austeridad más grande que tener su voluntad siempre sumisa y obediente! (Santa Catalina de Bologna).

Santa Magdalena de Pazzi era tan mortificada que tenía costumbre de no tomar los manjares delicados que le daban varias veces estando enferma pero si al presentárselos, añadían, que los tomase por obediencia, los recibía al punto sin decir otra cosa que estas palabras: «Sea Dios bendito».

No pudiendo san Docito con motivo de sus enfermedades ejercitarse en las grandes mortificaciones y seguir los ejercicios comunes de los anacoretas con

quienes vivía, trabajaba en santificarse por la práctica de la obediencia; y por este medie hizo tan grandes progresos en la perfección en el espacio de cinco años que vivió, que el Señor le dio a conocer que había obtenido en el cielo una corona semejante a la del grande Antonio. Lo que más asombra es, el que no se conozca el mérito de la obediencia.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, no hay sacrificio que os sea más agradable que el de la voluntad, yo os ofrezco la mía, deseo que os esté siempre sumisa.

3 de junio | Obediencia

«La obediencia es penitencia de la razón, y por esto es más acepto para Dios este sacrificio que todas las demás penitencias corporales. Agrada más al Señor el menor grado de vuestra obediencia, que lodos los servicios que le podéis hacer». (San Juan de la Cruz).

Este sano, habiendo hecho su curso de teología, volvió a la vida conventual; le pareció a su director que la ciencia que había adquirido le había engreído el corazón, y a fin de humillarle, le dio el catecismo de la doctrina, y le prohibió la lectura de los demás libros; y aun le mandó se detuviese en todas las silabas así como lo hacen los niños. San Juan de la Cruz obedeció, y no leyó en mucho tiempo ningún otro libro sino el de la doctrina cristiana, y siempre del mismo modo que se le había mandado leer por amor a la obediencia; y por este medio llegó a tan alto grado de perfección en esta y en todas las demás virtudes.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme el amor de la obediencia. Deseo hacer con prontitud, fidelidad y alegría, por vuestro amor, todo lo que se me mande.

4 de junio | Obediencia

«Una sola gota de perfecta obediencia vale un millón de veces más, que un vaso entero de la más sublime contemplación». (Santa Magdalena de Pazzi).

San Félix Capuchino, estaba siempre pronto para ejecutar con amor las ordenes de sus superiores cualesquiera que ellas fuesen; la menor insinuación de sus voluntades bastaba para que obedeciese en el mismo instante. Llegó a tan alto grado en el amor de la obediencia, que sus superiores veían obligados a no manifestar delante de él sus pareceres, por temor de que el santo no los considerase como preceptos y al punto los pusiese en práctica.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, a Vos someto mi voluntad. No deseo otro querer que lo que pidan de mí los que están puestos en vuestro lugar, trataré de obedecerlos como a Vos mismo.

5 de junio | Obediencia

«Es de más mérito el levantar una paja por obediencia, que el predicar, ayunar, y castigar su cuerpo hasta derramar sangre solo por su propia voluntad». (Alonso Rodríguez).

Rezando santa Francisca Romana el oficio de nuestra Señora, interrumpió tres veces la misma antífona por contestar a su marido que la llamaba; el Señor le manifestó de un modo especial, que su obediencia le había sido muy agradable.

Una santa religiosa para animarse a obrar siempre por obediencia miraba mochas veces a su crucifijo, le besaba amorosamente y decía a su Salvador: «Fuiste obediente hasta la muerte».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no haré ya más mi propia voluntad, os hago para siempre el sacrificio de ella. ¿Cómo podré rehusar el obedecer, yo, discípulo de un Dios que ha sido obediente por mí hasta la muerte?

6 de junio | Obediencia

«Todo el bien de las criaturas consiste en el cumplimiento de la voluntad divina y el mejor medio de cumplirla es practicar la obediencia en la cual se halla el anonadamiento del amor propio, y la verdadera libertad de los hijos de Dios. Y por esta razón las almas virtuosas aprecian tanto el obedecer». (San Vicente de Paul).

Como estaba tan persuadida santa Magdalena de Pazzi de que la obediencia la preservaba del peligro de hacer su propia voluntad, era tan aficionada a esta virtud que si se la mandaba alguna cosa, manifestaba en el mismo instante por su semblante risueño el gozo que sentía en obedecer, aunque se hallase molestada por alguna grande tentación o enfermedad.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, todas mis acciones sean otros tantos actos de obediencia. No dejaré de obedecer, a fin de cumplir sin cesar vuestra santa voluntad.

7 de junio | Obediencia

«El que no tiene la virtud de la obediencia, no merece el nombre dé religioso. Porque, aquel que está obligado por voto a la obediencia y no la cumple, ¿ha entrado en religión?». (Santa Teresa)

Santa Juana Francisca permitió a una religiosa que se sirviere en una urgente necesidad de una suma de dinero que san Francisco de Sales había dado con orden de no emplearla sino en el alivio de los enfermos, la santa esperaba con fundamento que podía reintegrar la misma suma con el dinero que cierta persona habla prometido dar al monasterio; mas santa Juana muy luego se arrepintió de esta permisión, conociendo haber fallado a la obediencia, y luego al punto escribió al santo que fuese al monasterio, y tan pronto como llegó se arrojó a sus pies, acusándose con lágrimas de la falta que su conciencia la echaba en cara, y después no podía pensar en ello sin llorar, como lo asegura ella misma.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, estoy vivamente afligido por haber buscado en todas las cosas mi voluntad. La renuncio y os pido perdón del ultraje que os he hecho. Perderé la vida antes que faltar a la obediencia.

8 de junio | Obediencia

«¿Queréis saber cuáles son los verdaderos religiosos? Son aquellos que por el medio de la mortificación tienen tan sujetas sus voluntades que no saben querer sino lo que les mandan o aconsejan sus superiores». (San Fulgencio).

Santa Teresa estaba bien persuadida de esta verdad. Decía que aunque todos los ángeles la hubiesen dicho que hiciese alguna cosa, si su superior la mandase lo contrario, hubiera preferido la orden del superior. «La obediencia a los superiores está mandada por Dios en la sagrada escritura, y por consiguiente es de fe: ninguno puede engañarse obedeciendo mientras que las revelaciones están sujetas a ilusiones».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os someto mi voluntad. No quiero hacer más que aquello que me manden y aconsejen mis superiores.

9 de junio | Obediencia

«Toda persona que entre en religión, deberá dejar su voluntad propia fuera de la puerta del monasterio, para no tener otra voluntad que la de Dios». (San Francisco de Sales)

Cuando san Docito se consagró al Señor, en el estado religioso se despojó enteramente de su propia voluntad y la sometió del todo a la de su superior. A él le descubría todas sus tentaciones, todos sus deseos, y todos sus pensamientos; por esta renuncia entera de sí mismo, y franqueza de ánimo llegó a obtener una paz, y una tranquilidad, que nada era capaz de turbar.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, me despojo por vuestro amor de mi voluntad, no quiero tener otra voluntad que la vuestra. ¡Qué paz tan deliciosa no gusta el que se deja conducir como un niño, y que no quiere sino lo que Vos queréis, y porque Vos lo queréis!

10 de junio | Obediencia

«En el claustro y fuera de él muchos se han santificado, sin emplear mucho tiempo en ejercicios de piedad, pero ninguno se ha hecho santo sin la obediencia». (San Francisco de Sales.)

Visitó san Bernardo a un religioso converso que estaba gravemente enfermo en un monasterio en donde a la sazón se hallaba el santo, y le dijo que se alegrase, pues muy luego pasaría del lugar de penas y dolores al eterno descanso.

—Sí, respondió el enfermo, yo confió en la divina misericordia, y estoy seguro de que bien pronto gozaré de Dios.

Temiendo san Bernardo que hablase así por presunción, le replicó:

—¿Qué es lo que dices hermano?, en vez de reconocer los beneficios de Dios que por su amor, cuando estabas tan miserable que no tenías con que vivir, te colocó aquí donde nada te ha faltado, ahora pretendes nada menos que su Reino como cosa hereditaria?

—Muy bien decís Padre mío, —volvió a contestar el enfermo—, ¿no habéis predicado que el Reino de Dios no se obtiene por riquezas y nobleza, sino que se adquiere por la obediencia? Yo he observado esta máxima que tantas veces habéis repetido y jamás he fallado en obedecer a todos aquellos que me han mandado, de lo cual os podéis informar de todos los que se hallan en este monasterio; ¿por qué, pues, no esperaré yo con confianza, lo que me habéis prometido de parte de Dios?

Esta respuesta agradó mucho al santo y la repetía a sus religiosos cuando les hablaba de la obediencia.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que no olvide jamás que el reino de los cielos se adquiere por la obediencia; y sobre todo, que por ella llega el hombre a hacerse santo.

11 de junio | Obediencia

«La obediencia es el compendio de la perfección, y de toda la vida espiritual. Es el medio más suave y fácil, el más seguro y breve para enriquecerse con todo género de virtudes, y para conseguir el fio de nuestro deseo, que es la vida eterna». (El P. Álvarez).

Santa Magdalena de Pazzi dijo al tiempo de morir, que, cuando traía a la memoria su vida pasada, ninguna cosa la tranquilizaba más que la certeza que tenia de no haberse dejado guiar en nada por su propia voluntad y juicio, sino de haber seguido siempre la voluntad y dictamen de sus superiores y directores.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Salvador mío, haced que aprenda de Vos a obedecer. ¿Cómo he despreciado el tomar un medio tan seguro y tan eficaz de santificarme y de salvarme?

12 de junio | Obediencia

«Como sabe el demonio que no hay camino que conduzca más prontamente a la cima de la perfección que el de la obediencia, aparta a muchos de la práctica de esta virtud bajo la especiosa apariencia del bien». (Santa Teresa).

Santa Brígida era muy inclinada a las penitencias corporales y las practicaba con demasiado conato conociéndolo su director, trató de corregirla cercenándole parte de las mortificaciones en que se ejercitaba; la santa obedeció, aunque con bastante sentimiento por temor de hacerse inmortificada. .El Señor la instruyó y consoló diciéndole lo siguiente: «Si desean ayunar dos personas de las cuales la una, porque es libre, ayuna, y la otra no ayuna porque

se lo prohíbe la obediencia a pesar de su buen deseo, la primera recibe una recompensa, y la segunda dos, porque esta última es recompensada por el deseo que tuvo de ayunar, y también por haber obedecido».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío! ¿Qué bien se podrá hacer a vuestros ojos que sea verdadero bien, si se rehúsa obedecer a los que os representan? Los miraré y obedeceré como a Vos mismo; me propongo hacer vuestra voluntad cumpliendo la suya.

13 de junio | Obediencia

«Es cosa clara que aquel que se siente movido para hacer algún bien, sucumbe a una tentación cuando obra contra la obediencia, porque cuando Dios derrama sus inspiraciones en un corazón, la primera que difunde en Él es la de la obediencia». (Santa Teresa).

Una religiosa escribió a san Francisco de Sales que ella hacía con mucho trabajo algunas cosas que estaba obligada a hacer por obediencia, y que se persuadía que obraría mejor haciéndolas de otro modo. El santo le contestó: «¿Querer vivir según su propia voluntad por hacer mejor la de Dios?, ¿qué cosa más sin fundamento que el que una inclinación tan desarreglada pueda ser una inspiración divina? ¿Qué mayor contradicción? ¿Se ha visto jamás cosa semejante?».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, no quiero vivir en adelante según mi propia voluntad. Mi alimento más delicioso será el cumplir la vuestra, que es siempre santa, siempre adorable y siempre amable. Supuesto que Vos me dais el deseo de obedecer en todo, concededme ánimo para obedecer constantemente, a pesar de mi repugnancia, y para obedecer con alegría por vuestro amor.

14 de junio | Obediencia

«Para tener una entera obediencia, es necesario mostrarla en tres cosas: en la ejecución, en la voluntad y en el juicio, o dictamen. En la ejecución obrando puntual, alegre, y prontamente lo que el superior manda. En la voluntad, no queriendo sino lo que el superior quiere. En el juicio o dictamen, siendo del mismo sentimiento que el superior». (San Ignacio de Loyola).

Santa Magdalena de Pazzi obedecía ciegamente sin raciocinar. Todas las veces que se la mandaba alguna cosa decía: «La superiora tiene razón; yo quiero lo que ella quiete» y lo hacía al punto con el mayor gusto. Habiéndola inspirado el Señor que hiciese algunas grandes mortificaciones, se lo comunicó a su superiora, la cual no se las permitió por entonces; y hasta que le dio permiso se abstuvo de ellas desconfiando de su propio juicio, y aun de las revelaciones que había tenido.

«Me admiro al considerar al pequeño Niño de Belén, del cual, siendo tan sabio y de tan grande poder, se hacía sin embargo de Él todo lo que se quería sin que dijese una sola palabra», decía san Francisco de Sales.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que siempre obedezca perfectamente por vuestro amor, que haga con prontitud, alegría y puntualidad, todo lo que se me mande. Quiero obedecer a ciegas y sin racionar en todo lo que yo sepa que no hay pecado.

15 de junio | Obediencia

«La obediencia no consiste solo en hacer en la actualidad lo que se manda, sino más principalmente en tener siempre el ánimo dispuesto para hacer todo lo que se mande en cualquiera ocasión que se presente». (San Vicente de Paul).

San Francisco Javier tenía esta admirable disposición. Decía que, aunque Dios se sirviese de él con la mayor eficacia para la conversión de los infieles, no necesitaba sino una sola carta de san Ignacio, su superior, para volverse al punto a Italia, aun en el caso de tener que abandonar una misión comenzada de la cual hubiera de sacar los más grandes frutos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, estoy dispuesto, por agradaros a ejecutar todo lo que mis superiores me manden y deseen de mí. Dadles a conocer lo que se dirija a mi bien, mi corazón está pronto.

16 de junio | Obediencia

«Se tiene verdadera obediencia cuando se ejecuta con alegría, y sin repugnancia cualquier cosa que se mande aunque sea contra su inclinación natural y su propio bienestar». (Alonso Rodríguez.)

Encargaron al V. Berchmans que sirviese diariamente a una misa de mucha duración, que se decía a una hora intempestiva por ser en tiempo de estudio; él aceptó con gusto la comisión que le dieron y ayudó por muchos meses sin decir una sola palabra que manifestase descontento, y sin procurar descargarse del empleo que le había sido encomendado por la providencia.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, ya no quiero seguir en adelante mi inclinación y si únicamente vuestra voluntad. Que mis delicias sean el cumplimiento de ella. Deseo obedecer en todo con alegría para cumplirla perfectamente.

17 de junio | Obediencia

«El que es verdadero obediente no hace distinción entre una cosa y otra, entre un empleo y otro, ni desea más que ejecutar fielmente lo que se le ha mandado». (San Bernardo).

Visitando san Jerónimo a los monjes del desierto, encontró a uno que por espacio de ocho años consecutivos había llevado sobre sus espaldas dos veces al día una gruesa piedra a una distancia considerable por obedecer a su superior que se lo había mandado; habiéndole preguntado si le habla costado mucho el obedecer, el monje le contestó: que siempre había hecho aquello con tanto

gusto, como si le hullera mandado hacer la cosa más sublime e importante. «Ved aquí, ved aquí los que hacen progresos en la perfección porque se alimentan siempre con el cumplimiento de la voluntad de Dios», concluye el santo. Continúa san Jerónimo: «Las palabras de este siervo del Señor me movieron de tal modo que comencé desde entonces a vivir como monje».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no deseo ninguna otra cosa, sino hacer con la mayor fidelidad todo lo que se me mande. ¿Pues qué cosa podré hacer mejor para agradaros, que obedecer por vuestro amor a los que queréis que obedezca?

18 de junio | Obediencia

«La perfección de la obediencia no consiste en cumplir la voluntad de un superior amable y bondadoso que manda más bien con suplicas que con autoridad, sino en estar siempre sujeto a la voluntad de aquel que es dominante, riguroso, severo, de mal humor y que jamás manifiesta qué es lo que más le agrada». (Alonso Rodríguez).

Santa Juana Francisca acostumbraba a decir que tendría más satisfacción en obedecer a la última de las hermanas, que no hiciera sino contrariarla y mandarla con aspereza, que obedecer a la más inteligente y experimentada de toda la orden; y añadía: «En donde se halla menos de la criatura, allí se halla más del Creador».

Santa Catalina de Bolonia deseaba que su superiora le tratase siempre con dureza, y le mandase las cosas más difíciles; decía que le constaba por su propia experiencia, que es muy útil el obedecer en las cosas buenas y fáciles y también que nada hay que llene más en breve el alma de virtudes, y la una más estrechamente con Dios, que el obedecer alegría a una superiora que manda con palabras ásperas, lo que se resiste a la naturaleza.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, ¿qué queréis de mí? Hacédmelo conocer por medio de mis superiores; os obedeceré, obedeciendo a ellos, aunque halle dificultad. .

19 de junio | Obediencia

«Si no os hacéis violencia o vosotros mismos ni llegáis a punto de que os sea indiferente el tener por superior a este o aquel, no os persuadáis de poder llegar a ser hombres espirituales y fieles observadores de vuestros votos». (San Juan de la Cruz).

San Francisco de Asís decía que entre las muchas gracias que había recibido de Dios una de ellas era que hubiera obedecido con tanta presteza a un novicio que acabase de entrar, como a un anciano de mayor mérito.

Habiendo encargado san Ignacio a un religioso lego, que asintiese en una enfermedad a san Francisco de Borja, a este santo le obedecía como si obedeciese al mismo san Ignacio.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, estoy pronto a obedecer a todos aquellos que tienen derecho a mandarme, por grandes que sean sus defectos y por lo repugnante que sea el modo de mandarme, los obedeceré por vuestro amor, como si obedeciese a un santo, como si obsediese a Jesucristo si me lo mandase en persona; ellos representan a Vos, Vos sois a quien miraré en ellos.

20 de junio | Obediencia

«Acordaos que os habéis entregado al superior por amor de Dios, y para alcanzar el Reino de los cielos; y de consiguiente ya no sois vuestros, sino de aquel a quien os entregasteis; y así nada os es permitido hacer de vosotros mismos y sin su agrado. Esto no os pertenece a vosotros sino a aquel que es el dueño de vuestra voluntad». (San Juan de la Cruz).

Una santa decía a su confesor al tiempo de morir: «Gracias al señor que después que renuncié a mi voluntad en vuestras manos, creo no haber dado un sólo suspiro que no haya sido ordenado por la obediencia».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, renuncio a mi voluntad y le renuncio de nuevo, y renovaré a cada instante esta renuncia. No quiero hacer cosa alguna por mí mismo, porque ya no soy mío quisiera que todas mis acciones fuesen otros tantos actos de obediencia.

21 de junio | Obediencia

. «Cuando se trata de obedecer no miréis las cualidades y modo de obrar de vuestro superior, para que no dejéis de obedecerle por Dios, en cuyo lugar está. ¡Oh, que llaga tan grande hace el demonio en el corazón de los religiosos cuando consigue hacerlos considerar los defectos de su superior!». (San Juan de la Cruz)

El V. Berchmans veía siempre a Dios en sus superiores, y tan penetrado estaba hacia ellos de la más grande veneración, que decía, que nunca les había tenido la menor aversión, ni había sentido jamás ninguna dificultad en honrarlos, obedecerlos y sentir como ellos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no deseo más que veros a Vos en mis superiores, seguiré su dictamen y los obedeceré siempre con prontitud y con alegría por vuestro amor.

22 de junio | Obediencia

«Cuando el superior manda alguna cosa, no es él el que habla, es Dios; el superior no es en cierto modo sino como una trompeta por la cual pasa la voz de Dios. Ved aquí la llave de la obediencia y la razón por la cual los que trabajan en su perfección obedecen en todas las cosas tan prontamente y sin distinguir

entre un superior y otro superior; obedeciendo del mismo modo a los últimos que a los primeros de sus superiores, y a los imperfectos, como a los que son perfectos. No atienden ni a la persona, ni a las cualidades de dichos superiores, sino únicamente a Dios, que en todo tiempo es siempre el mismo, siempre igualmente digno de nuestra sumisión a causa de sus perfecciones y de su autoridad que no se muda». (Alonso Rodríguez).

San Luis Gonzaga decía que no se acordaba de haber quebrantado nunca en lo más mínimo las órdenes de sus superiores.

Santa Teresa tuvo algunos confesores poco ilustrados y de poca prudencia, y los obedecía tan exactamente como a aquellos que eran los más dotados de sabiduría, Y tenía costumbre de decir, que cuando un confesor no manda cosa que sea pecado, se le debe obedecer siempre sin examinar las razones que él puede tener para exigir lo que manda.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, hace que mire a mis superiores como a órgano por el cual me hacéis conocer vuestra voluntad, y que les obedezca por respeto a vuestras perfecciones que son infinitas y a vuestra autoridad que es suprema.

23 de junio | Obediencia

«¿Sabéis en que consiste el que muchos después de haber estado mucho tiempo en religión, y practicado tantos actos de obediencia cada día no llegan a adquirir el hábito de esta virtud? Pues es porque no obedecen por hacer la voluntad de Dios; y esta es la razón que debe determinar a obedecer. (Alonso Rodríguez).

Santa Magdalena de Pazzi jamás miraba sino a la persona de Dios en su superiora, y obedeciéndola, se proponía siempre hacer la voluntad de Dios; todo lo que ella mandaba, la parecía ser mandado por Dios, lo que hacía que obedeciese tan voluntariamente a todas aquellas a quienes la superiora había dado parte de su autoridad como a la superiora misma de, aquí también aquella satisfacción indecible que experimentaba siempre en obedecer.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero obedecer para cumplir vuestra voluntad. ¡Qué cosa pueda darse más gloriosa, más deliciosa, más provechosa y más necesaria que el hacer vuestra divina voluntad!

24 de junio | Obediencia

«Si os vienen movimientos, pensamientos o juicios contra la obediencia, aun cuando os pareciesen justos, no hagáis caso de ellos, sino arrojadlos, desechadlos tan prontamente como los pensamientos contra la castidad, o contra la fe». (San Juan Clímaco).

El V. Berchmans, habiendo experimentado un poco de repugnancia para hacer lo que un religioso deseaba de él, resistió al punto este movimiento natural que se guardó bien de manifestar, arrojando cuanto antes de su corazón el pensamiento que tuvo de que este religioso era muy indiscreto en exigir de él que emplease un tiempo considerable del cual tenía necesidad para cumplir con sus deberes; y reflexionando por algunos momentos las grandes ventajas que hay en obedecer contra su gusto. Fue después a referir con sencillez a su superior la victoria que por la gracia de Dios había conseguido de sí mismo, y jamás experimentó repugnancia alguna en obedecer.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que no halle ninguna repugnancia en obedecer, y que si la hallo, no lo manifieste y triunfe de ella para testificaros mi amor.

25 de junio | Obediencia

«Guardaos de examinar, y de juzgar las ordenes de vuestros superiores, porque esto no pertenece al súbdito sino al superior». (San Jerónimo).

Dijeron al V. Berchmans que no había sido prudente en hacer cierta cosa que se le había mandado, porque exponía su salud; y respondió con alegría al

que le hablaba así: «Hermano mío, yo debo dejarlo a la prudencia de aquel que me manda, a mí solo me incumbe el obedecer».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, trataré de no examinar ni juzgar los mandatos que se me hagan. ¿No me será suficiente el oírlos, pues que no estoy obligado sino a obedecerlos? Vos no pedís de mi sino el cumplimiento de vuestra voluntad, pues la cumpliré con constancia.

26 de junio | Obediencia

«Para ser verdadero obediente, no basta hacer lo que se ha mandado, es necesario más, que es obedecer sin titubear y sin discurrir. Estad seguros que lo que se os ha mandado es lo mejor y más perfecto que podéis hacer, aunque os parezca que no es así». (San Felipe de Neri).

El P. Álvarez obedecía alegremente, sabia por experiencia que es muy ventajoso el ejecutar las ordenes, aunque parezca que no están dictadas por la prudencia humana. Decía este padre: ¿Que hizo Jesucristo para curar al ciego de nacimiento? Tomó un puco de lodo con el cual le untó los ojos y le dijo: vete y lávate en la piscina de Siloé. El ciego no podía haber dicho: «¡Qué remedio!, es más propio para perder la vista el que la tiene, que para volvérsela al que esta privado de ella; pero no discurrió así, sino que se dio prisa para hacer lo que se le había mandado, y por cuanto obedeció sin razonar, quedó sano».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de obedecer siempre sin examinar, ni discurrir, ni titubear. No hay cosa mejor, ni más perfecta que hacer así, por vuestro amor todo lo que se mande.

27 de junio | Obediencia

«El que desee ser buen religioso, se debe conducir como la bestia de carga del monasterio. Esta no elige la carga que ha de llevar, no va por el camino que quiere, ni descansa cuando quiere, sino que se acomoda a todo lo que se acomoda y se detiene a la voluntad del que la conduce, trabaja durante el día y aun de noche si se quiere. Lleva el peso que se la carga sin decir jamás por qué, ni para qué; ni si es mucho, o es muy poco. (El abad Nesteran).

Tan excelente resolución tomó este santo abad cuando recibió el santo hábito, y así hizo en poco tiempo rápidos progresos en las virtudes de su estado y llegó bien pronto a hacerse un perfecto religioso.

«Obedecer y servir a los demás es mi placer y único deseo», decía un siervo de Dios. Así también san Félix Capuchino llegó al alto grado de santidad que hizo se colocase en nuestros altares.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo estoy para obedecer y servir a los demás. Quiero obedecer y servir a todos para hacerme agradable a vuestros ojos.

28 de junio | Obediencia

«El que ha prometido la obediencia, se deja gobernar por la providencia divina cuyo instrumento es el superior, como si estuviera muerto; una señal de estar muerto, es no ver, ni sentir, ni responder, ni quejarse, ni manifestar que se quiere una cosa más que otra, sino dejarse llevar a donde se quiere, y como se quiere. Examinad si nada de esto falta a vuestra obediencia. (San Ignacio).

El mismo día que santa Magdalena de Pazzi tomó el hábito de religiosa se postró humildemente a los pies de la superiora, y entregándose completamente a su voluntad le dijo: «Me pongo en vuestras manos desde ahora como una muerta; y así haced de mi todo lo que os agrade. Yo jamás me opondré en nada; y os suplico no temáis el humillarme y mortificarme». Esta santa practicó todo lo que prometió y estuvo siempre de tal modo muerta a su voluntad que se podía decir que no la tenía.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo muero a mi voluntad y no quiero acordarme más de ella, mi voluntad sea la vuestra. Quisiera estar en vuestras manos como la cera, a la cual se da todas las formas que se quiere.

29 de junio | Obediencia

«La perfección del que vive en comunidad consiste en el exacto cumplimiento de sus reglas. El que las observe con más fidelidad será sin duda el más perfecto». (Alonso Rodríguez).

San Vicente de Paul se presentaba siempre el primero a todos los ejercicios de la comunidad por amor de la regla. Y no omitió el ponerse de rodillas al entrar en su celda y antes de salir de ella, porque este es uno de los puntos de dicha regla, sin embargo del mucho trabajo que le costaba en los últimos años de su vida a causa del mal que padecía en las piernas.

Monseñor Joli, superior general de la congregación de la misión, contestó así a otro superior de una rasa de misioneros que le pedía ciertas exenciones: «Nuestra regla es contraria a lo que pedís, debemos respetarla en gran manera, y no hay más razón».

Hallándose muy fatigada santa Juana Francisca en tiempo de recreación le dijeron sus religiosas se fuese a descansar a su celda, y la santa sonriéndose contesto: «Y bien, qué haremos de la regla que manda trabajar mientras las recreaciones».

Los compañeros de san Luis Gonzaga aseguraron que jamás le habían visto faltar a ningún punto de la regla.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo amo mi regla porque cumpliéndola cumplo con vuestra voluntad y hago lo que os es agradable. Haced que sea siempre fiel en esto por vuestro amor.

30 de junio | Obediencia

«La predestinación de los religiosos está adherida al amor de su regla, y al puntual cumplimiento de aquellos que están obligados en virtud de su vocación. (San Francisco de Sales).

Entre los papeles de san Buenaventura se hallaron estas palabras escritas de su mano: «Yo no he venido a la religión para vivir como viven los demás, sino para vivir como los demás deben vivir, según el espíritu del instituto, y en una perfecta observancia de la regla; y por esto a mi entrada en el estado religioso se me dieron a leer las reglas, y no las vidas de los demás, yo las acepté entonces voluntariamente, y las tomé por directorio de mi vida; debo pues observarlas todas aun cuando viese que algún otro no las observase».

San Francisco de Sales hizo el más grande elogio de un general de los cartujos, que era tan puntual en observar la regla, que no le llevaba ventaja el novicio más exacto.

El V. Berchmans, estando para morir pidió el libro de las reglas de las cuales había sido muy fiel observante, y cuando le tuvo en sus manos le cerró amorosamente y dijo: «Teniendo este libro, muero con alegría y confianza».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, aquí estoy para hacer vuestra divina voluntad. ¿Qué queréis de mí? Mi corazón está dispuesto, mandadme y seréis obedecido. Con vuestra gracia, nada me será difícil, todo me parecerá fácil.

JULIO

Sencillez

Sed sencillos como palomas.

Estote simplices siccut columbae.

(Math. 10. 16.)

1 de julio | Sencillez

«Los que hacen profesión de seguir las máximas de Jesucristo deben estimar mucho la sencillez. Aunque al parecer de los sabios del mundo no hay cosa más despreciable que dicha sencillez, es sin embargo una virtud muy amable, porque nos conduce directamente al reino de Dios y aun nos granjea el afecto de los hombres». (San Vicente de Paul).

San Francisco de Sales estimaba y amaba mucho la sencillez. «Yo no sé, dijo en cierta ocasión, por qué me cuesta tanto trabajo el amar la prudencia; si la amo es por necesidad, porque es la luz que nos dirige en esta vida; pero la hermosura de la sencillez me encanta. Es verdad que el evangelio nos recomienda no solo la sencillez de la paloma, sino también la prudencia de la serpiente; pero yo daré cien serpientes por una paloma; sé que las dos son útiles estando reunidas, y me parece no obstante que se debe hacer como en la composición de la triaca en donde entra un poco de víbora y mucho de otras drogas saludables».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío concededme la sencillez y no permitáis que jamás falte a esta amable virtud.

2 de julio | Sencillez

«Los que tienen la virtud de la sencillez se granjean el amor aun de sus enemigos encubiertos». (San Vicente de Paul).

La sencillez de san Focas mártir fue admirable. Cultivaba este santo un pequeño jardín, no tanto para su utilidad como para poder presentar sus verduras y frutos a los viajeros y peregrinos; recibía con una caridad admirable a todos los que le demandaban hospitalidad. Este santo, pues, fue denunciado al prefecto de la provincia como amigo y asilo de los cristianos.

Luego que lo supo el prefecto que era pagano se irritó y envió secretamente algunos soldados a la Tracia con orden de buscarle y quitarle la vida. Habiendo partido los soldados llegaron una tarde a la casa de Focas sin sospechar que era aquella la casa del que buscaban.

Pidiéronle con poco comedimiento que les diese de cenar y les dispusiese cama. El santo les manifestó el placer que tenía en recibirlos, los trató lo mejor que pudo y dejándoles encantados por la afabilidad de sus modales. Complacidos de su sencillez y franqueza, le descubrieron el motivo de su viaje: —¿Conocéis, —le dijeron—, a un tal Focas que protege a los cristianos y los refugia en su casa? Nosotros venimos aquí por orden del prefecto del Imperio para buscarle y quitarle la vida.

—Yo le conozco muy bien, —respondió el santo—, id a descansar tranquilamente sin tratar de buscarle, estad seguros de que yo os lo mostraré mañana muy temprano, y que no se os escapará.

Los soldados, fiándose de él, se entregaron al reposo, mientras que él pasó toda la noche en oración; al amanecer fue a verse con los huéspedes, los cuales debían ser sus asesinos, y les da todas las señales del más grande amor; habiéndole recordado los soldados la promesa que les había hecho de manifestar aquel de quien ellos le habían hablado, les contestó así:

—No creáis que yo falte a mi palabra, os le mostraré: imaginad que ya está en vuestras manos.

—Vamos pues, —replicaron los soldados.

—No hay necesidad de salir de casa, —les dice el santo—, aquí esta, justamente es el mismo con quien habláis; sí, yo soy ese mismo Focas a quien vosotros buscáis, haced de mi todo lo que os agrade.

No se puede explicar la admiración y confusión de los soldados al oír estas palabras; heridos de su caridad admirable e ingenua sinceridad les pesaba de que no hubiera huido aquella noche; ninguno de ellos se atrevió a echar mano a su bienhechor, quisieron dejarle vivo, y decir después al prefecto que habían buscado por mucho tiempo a Focas y que no le habían podido hallar.

—No, —les dijo entonces el santo—, no se puede mentir, ejecutad la orden que habéis recibido, yo no temo la muerte.

Y a fin de animarles a la ejecución se colocó en la postura propia de los que van a ser decapitados; y lo verificaron.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, el que camina con sencillez, camina con confianza. Vos amais a los sencillos y les colmáis de vuestras gracias.

3 de julio | Sencillez

La sencillez no es otra cosa que un acto de caridad puro y sencillo cuyo único fin es el de adquirir el amor de Dios; y de consiguiente nuestra alma es verdaderamente sencilla cuando no nos proponemos sino el referido fin en todas nuestras operaciones». (San Francisco de Sales).

El amor de Dios era el fin que santa Magdalena de Pazzi se proponía en todas sus obras; y se explicaba así: «Si por una palabra aun indiferente dicha por otro fin que por el amor de Dios, creyese hacerme un serafín, no la diría».

«Yo no sirvo a Dios por alcanzar su reino, sino por su bondad y caridad. Le sirvo porque Jesucristo ha padecido por mí, y porque, siendo Dios, merece ser servido», decía un santo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no deseo otra cosa sino amaros y agradaros. Esto solo busco. Deseo el cielo no tanto por ser feliz como por amaros con perfección. ¡Oh, que se impriman en mi corazón los afectos de vuestra caridad y bondad!

4 de julio | Sencillez

«El oficio de la sencillez es conducirnos derechamente a Dios sin temer el respeto humano, y sin consultar a nuestros propios intereses; hacernos decir las cosas con franqueza y del modo que nuestro corazón las siente, obrar con sencillez y sin ninguna mezcla de hipocresía, ni artificio, en fin de apartarnos de todo género de engaño y falsedad». (San Vicente de Paul)

Este santo no se proponía más que amar a Dios en todas sus obras, ni podía sufrir que se buscara otra cosa sino a Él. Habiendo sido acusado públicamente uno de los sacerdotes de su congregación de haber hecho una cosa por respeto humano, le reprendió severamente por ello diciéndole que le hubiera sido mejor ser arrojado al fuego atado de pies y manos que el obrar por agradar a los hombres.

Contestó a un misionero que le había escrito que cuando hablase bien en sus cartas de alguno, lo hiciese de modo que lo supiesen los amigos de aquel de quien bien se hablaba: «¡Oh, Dios! ¿Cuáles son vuestros pensamientos? ¿En dónde está la sencillez de un misionero que debe ir siempre directo a Dios? Acordaos que no le agrada la falsedad, y que para ser verdaderamente sencillos, jamás debemos mirar otra cosa que a Él».

Estaba el santo tan ajeno de toda tergiversación cuando hablaba, que ninguno recelaba ser engañado por él.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no quiero buscar otra cosa sino a Vos. Vos solo me bastáis. Solo a Vos quiero. Que dichoso es aquel que no desea más que a Vos ni posee más que a Vos.

5 de julio | Sencillez

«Dios ama a los sencillos, les da a conocer su voluntad, y les comunica la inteligencia de sus verdades, porque dispone en esto como a Él le place; pero no se conduce así con los espíritus orgullosos. La experiencia confirma esta verdad, pues que se ve que el espíritu de religión no se halla de ordinario entre los sabios y prudentes del siglo, así como se halla entre los pobres y sencillos que Dios enriquece con fe viva y práctica, que les hace creer y gustar palabras de la vida eterna». (San Vicente de Paul).

San Ambrosio en la oración fúnebre que compuso de su hermano san Satyro, pondera entre otras virtudes la sencillez infantil que brillaba en él como en un espejo, y que no podía menos de hacerle muy querido de Dios, que siendo

por su naturaleza sencillísimo ama mucho a los que tienen la virtud de la sencillez.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, deseo la sencillez, porque Vos amáis a las almas sencillas, y os comunicáis a ellas; y porque cuanto más se conocen vuestras perfecciones y se ejercita en vuestro amor, tanto más se os ama.

6 de julio | Sencillez

«La verdadera sencillez debe ser como la de los niños que piensan, hablan, y obran buenamente y sin malicia. Creen todo lo que se les dice, no tienen cuidado alguno de sí mismos ni siquiera por pensamiento; cuando están con sus padres, están adheridos a ellos esperándolo todo de ellos porque saben que les aman». (San Francisco de Sales).

«Habéis predicado tan mal que ya no cabe peor», dijo a un digno sacerdote que tenía la verdadera sencillez, una persona constituida en dignidad; y el respondió al punto sin manifestar la menor turbación: «Os doy gracias señor. Ay, de mí que tenía la vanidad de creer que no había hablado tan mal».

Decía un siervo de Dios: «Cuando he cometido algún pecado, lo más que me mueve es el pensar que pecando he tenido la desgracia de ofender al que es el más tierno de los padres. Vuelvo al punto a Él y le digo muchas veces: “Padre mío he pecado”. Me considero entonces como un niño que, estando dispuesto para ser castigado por su padre por haberle desobedecido, aplaca su cólera, y hace caer de sus manos las varas, cuando el niño declara que tiene pesar de su falta y que no volverá a cometerla».

Se le oía decir a san Francisco de Sales aun siendo niño. «Dios y mi madre me quieren mucho». Digamos nosotros con sencillez: Dios que es nuestro Padre, y la santísima Virgen que es nuestra Madre nos quieren mucho; o con san Ambrosio. «Nosotros tenemos en Dios un buen Padre».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, Vos sois mi Padre y yo vuestro hijo, me tratais como la mejor de las madres trata a su tierno hijo. Iré a Vos como un niño va a su madre que el ama y que él sabe que es amado de ella tiernamente.

7 de julio | Sencillez

«Cuando un alma sencilla quiere hablar o hacer alguna cosa, se contenta con considerar si es conveniente decirla o hacerla, y habla u obra al punto sin perder tiempo en pensar lo que dirán o harán los demás. Después que ha juzgado deber obrar no piensa más en ello; si reflexiona qué es lo que podrán decir o pensar, no se detiene de ningún modo en estas reflexiones, porque no busca sino el agradar a Dios, y no a las criaturas, a no ser que el amor de Dios así lo exija». (San Francisco de Sales).

Habiendo ido este santo obispo a un convento de cartujos, el general de estos que era un hombre eminente en piedad y ciencias, le recibió con mucha afabilidad; después de haber hablado por algún tiempo con él de cosas santas, le pidió permiso diciéndole que no se podía detener más por tener que ir a la noche a maitines a los cuales debía asistir, porque se celebraba la fiesta de un santo de la orden; al retirarse a su celda este monje virtuoso se encontró con el P. Procurador y este le hizo presente que había hecho mal en separarse del santo obispo, no habiendo otra persona más a propósito que él para acompañarle:

—Nosotros no tenemos todos los días en nuestra soledad, prelados de tan grande mérito y vos tenéis todos los días la libertad de asistir a maitines.

—Creo que tenéis razón, —respondió el general.

Y volviéndose al punto a la presencia del santo, le refirió con mucha ingenuidad lo que le acababan de decir, excusándose por la falla involuntaria que había cometido. Esta manifestación hizo que el santo Obispo admirase tan extraordinaria sencillez, y que dijese, que le había edificado más que si le hubiera visto hacer un milagro.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, antes de hacer alguna acción pensaré qué es lo que se seguirá de ella, por temor de desagradaros; y a fin de agradaros haciéndola, no buscaré el

contentar sino a Vos, y después de haberla hecho no examinaré si los hombres me la aprueban o no. A Vos solo es a quien busco y buscaré siempre.

8 de julio | Sencillez

«Sea vuestro ojo sencillo; cuando hacéis lo que Dios manda no temáis desagradar a los hombres, temed únicamente desagradar a la majestad de Dios». (Santa Teresa).

Esta santa dice que ponía todo su conato en obrar de modo que no desagradase al que tenía los ojos fijos constantemente en ella.

«Después que me he consagrado al servició de Dios jamás he hecho nada en secreto, que no haya podido hacerlo en público, porque estoy penetrado, cuando obro, de la presencia de Dios a quien temo más que a los hombres», decía san Vicente de Paul)

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que no obre jamás sino con una intención recta y pura. Penetradme de tal modo de vuestra santa presencia y de vuestras perfecciones, que nada haga por los hombres, que todo lo haga por Vos. Oh, Dios mío, todo por agradaros, cumpliéndolo con alegría y por amor a vuestra santa voluntad.

9 de julio | Sencillez

«Cuando uno cree haber puesto de su parle todo lo que Dios puede pedirle para el buen desempeño de un negocio, si tiene sencillez, queda tranquilo a pesar del buen o mal éxito de dicho negocio». (San Vicente de Paul).

Monseñor María Enrique Boudon repetía frecuentemente estas palabras: «Dios sólo y siempre Dios sólo», con el fin de no obrar jamás sino por Dios. Fue muchas veces calumniado y horriblemente perseguido; y ni aun entonces perdía la paz del alma; lejos de afligirse y de quejarse, bendecía a Dios y le daba

gracias diciendo: «Dios quiere probarme o castigarme en su misericordia ¿Y no deberé tenerme por dichoso de que me trate así?».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, ¿cómo no se contentará mi corazón que es tan pequeño con Vos solo que sois un bien infinito y el único bien? ¡Vos solo, Dios mío, Vos solo! Nada quiero sino a Vos solo, venid a mí y haced de mi todo lo que queráis. Os obedeceré y os daré gracias por todo.

10 de julio | Sencillez

«Si os acontece el decir o hacer alguna cosa que no sea bien recibida de todos no debéis por esto reflexionar mucho sobre lo que habéis dicho, porque es indudable que el amor propio nos hace buscar el ser aprobados en todo lo que hacemos y decimos... La sencillez deja en manos de la providencia el éxito de las acciones que se han hecho por Dios». (San Francisco de Sales)

Este santo prelado no se informaba de si era alabado o vituperado por aquello que había creído deber decir, o hacer. Habiendo sabido un día que ciertas personas desaprobaban una de sus acciones, contestó sin turbarse: «Yo no debo sorprenderme de lo que decís, puesto que las obras de Jesucristo no fueron aprobadas de todos, y que aún hay hoy día muchos que las vituperan».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no permitáis que yo dé oídos al amor propio que me inclina a conseguir la aprobación de los hombres en todo lo que digo y hago; yo no deseo más que vuestra aprobación, porque no quiero agradar sino a Vos. Os ofreceré todas mis acciones, las haré por vuestro amor y las dejaré después en las manos de vuestra providencia.

11 de julio | Sencillez

«No razonéis sobre vuestras aflicciones y contradicciones, sino recibidlas con dulzura y paciencia; bastaos saber que ellas vienen de las manos de Dios». (San Francisco de Sales).

El Señor habló así á una persona que se inquietaba cuando tenía que padecer en alguna cosa: «Decís que confiáis en mí, y os inquietáis».

San Vicente de Paul recibía todo de las manos de Dios, sin discurrir acerca de los designios que tenía sobre él, adorándolos con respeto, y así jamás se le vio inquietarse, inmutarse, ni quejarse aun en el tiempo que estaba más cargado de trabajo y que padecía más.

Las aflicciones y contradicciones eran al parecer de santa Teresa, presentes de su padre celestial, que recibía con mucho agradecimiento.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, estoy dispuesto a sufrir todo género de contradicciones, persecuciones y aflicciones, no me inquietaré ni me quejaré de ellas, las recibiré de vuestra mano paternal, considerando que Vos me queréis probar o castigar en vuestra misericordia.

12 de julio | Sencillez

«Las reflexiones continuas que el hombre hace sobre sí, y sobre sus acciones son opuestas a la sencillez, y no sirven sino para hacer perder mucho tiempo; por tanto al observar si hacemos bien las cosas, acontece muchas veces el hacerlas mal; imitamos a los gusanos de seda que se hacen las redes en que quedan aprisionados». (San Francisco de Sales).

Este santo escribía así a una religiosa que reflexionaba demasiado sobre los movimientos de su amor propio: «No os turbéis por tales movimientos ni os espantéis por su multitud, caminad sencillamente: Dios permite en vos estas malas inclinaciones para que por medio de ellas os unáis a Él. No deseéis ser demasiado perfecta sino id de buena fe, descansad del todo en la santa y amorosa confianza, que debéis tener en la dulzura de la providencia celestial».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, cuantas inclinaciones malas hay en mí! Me horrorizo de ellas, pero no por eso perderé el ánimo. Asistidme con vuestra gracia a fin de que esto me sirva para unirme con Vos. En Vos pongo mi confianza, como un hijo en el mejor de los padres.

13 de julio | Sencillez

«Las reflexiones continuas sobre los defectos, no agradan a los ojos de Dios, ni sirven sino para contentar nuestro miserable amor propio; caminad sencillamente». (San Francisco de Sales.)

Un religioso joven que deseaba hacerse perfecto, era continuamente agitado de movimientos de temor y de desaliento, porque consideraba demasiado sus defectos. Con el objeto de consolarse manifestaba su corazón a otro religioso de mucha virtud y experiencia. Este no le dio otro consejo que el del Espíritu Santo que dice: «Hijo mío, conserva tu alma en mansedumbre, cumple con mansedumbre tus obras». Siguió este consejo y gustó cuan dulce era el Señor e hizo rápidos progresos en la perfección.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios, mío, a pesar de tantos defectos como hay en mí, quiero conservar mi alma en la dulzura, y hacer con ella todas mis acciones, a fin de gustar cuan dulce sois Vos y de crecer continuamente en vuestro amor.

14 de julio | Sencillez

«Un alma sencilla no tiene dos balanzas: cuando tenemos que deliberar acerca de asuntos propios y también sobre los ájenos, es necesario resolver como si los nuestros fuesen los del prójimo, y los del prójimo como si fuesen nuestros». (San Ignacio de Loyola).

Un santo abad, habiendo sido consultado por cierto sujeto que dudaba si en un asunto que debía tratar con otra persona podía decir o hacer tal y tal cosa, le respondió: «Examinad cuales serían los sentimientos de vuestro corazón, si se dijese esto de vos, y os tratasen así en vuestra presencia, y dado caso que esto os desagradase, acordaos que es preciso usar de moderación y de caridad».

San Vicente de Paul tenía costumbre de decir: «Tengamos tanto esmero en respetar los intereses del prójimo, como los nuestros».

Escribieronle sus padres pidiéndole que les sirviese en un proceso criminal que les habían formado y rehusó tomar en la mano tal negocio por el celo de la justicia; algunos de sus amigos quisieron interesarse en su favor para con los jueces, y el santo les rogó que se informasen antes de todo de la inocencia de los acusados, por temor de exponerse a violar las leyes de la equidad.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que me interese por mi prójimo como por mí mismo. Amo a mi prójimo como a mí mismo por vuestro amor, porque Vos me lo mandáis, y porque veo en él a un hijo vuestro, que habéis creado a vuestra imagen, y que ha sido rescatado con la sangre de mi Salvador.

15 de julio | Sencillez

«El que sirve a Dios con alma sencilla se halla dispuesto para todo lo que el Señor exija de él. La repugnancia que uno siente cuando no puede ocuparse en ciertos ejercicios de piedad, porque la caridad o la obediencia piden que se ocupe en otra cosa, procede de un amor propio muy sutil que manifiesta que se busca más el satisfacerse, que el agradar a Dios». (Santa Teresa).

El padre Álvarez, hallándose lleno de ocupaciones, se quejó un día amorosamente a Dios de que no le daba tiempo para ocuparse a solas con Él; y le pareció, entonces oír al Señor que le decía interiormente. «Te basta el que Yo me sirva de ti, aunque no te ocupes tu directamente de Mí». Esta respuesta fue para él un origen de consuelos.

Aunque san Vicente de Paul .estaba siempre muy ocupado, jamás se quejó de no poder emplear más tiempo en ejercicios de piedad, ni se dejó disipar por la multitud de negocios, en razón a que en todo lo que hacía no buscaba si no el agradar a Dios.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, estoy muy dispuesto para todo lo que Vos exijáis de mí. De ningún modo trato de buscar mi gusto, únicamente quiero agradaros a Vos.

16 de julio | Sencillez

«Cuan bueno sería para nosotros, el que Dios inspirase en nuestro corazón una aversión santa hacia todo aquello que la naturaleza nos hace buscar con demasiada diligencia, como el querer que los demás sean del mismo parecer que nosotros y que todo suceda a medida de nuestro deseo. Pidamos al Señor que nos enseñe a poner en Él todas nuestras complacencias, a amar todo lo que Él ama y a no hallar gusto sino en lo que a Él le agrada». (San Vicente de Paul).

Un joven anacoreta preguntó a su superior por qué la caridad no era tan perfecta ahora como lo era en otro tiempo. He aquí la respuesta que le dio: «Los cristianos de los primeros tiempos miraban al cielo, y allí ponían su corazón, pero ahora todos se inclinan hacia la tierra, y no buscan sino su propio interés».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme una versión santa hacia todo lo que la naturaleza me hace buscar con conato. Haced que yo no ponga mis complacencias sino en Vos, que ame todo lo que Vos amáis y que no halle gusto en cosa alguna sino en lo que sea de vuestro agrado.

17 de julio | Sencillez

«Los que son perfectos y caminan con sencillez no hacen nada que no sea agradable a Dios, porque no buscan en todas las cosas sino el agradarle; este es

el fin de todas sus ocupaciones y de todas sus acciones. Agradar a Dios es el gran precio que ambicionan y de aquí es como adquieren gran mérito haciendo las cosas más pequeñas». (Alonso Rodríguez).

«¿En qué ponéis más cuidado?», preguntaron a un gran siervo de Dios; y respondió: «En poder decir con Jesucristo, "yo cumplo siempre la voluntad de mi padre"».

Se cuenta del célebre P. Ribeira que por agradar a Dios fue tan exacto todo el tiempo de su vida en el cumplimiento de todos los puntos de su regla como lo había sido en el tiempo del noviciado. Por este medio se santificaron san Luis Gonzaga, y el venerable Berchmans, santa Magdalena de Pazzi y otros muchos santos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, que el fin de todas mis acciones sea el agradaros. El único precio que ambicione sea el hacer siempre a imitación de mi Salvador, lo que os sea agradable.

18 de julio | Sencillez

«Dios da a conocer su voluntad a los que le buscan con sencillez; el que trata de elegir estado o desea saber lo que ha de practicar para la santificación de su alma, renuncie desde luego a toda inclinación natural y póngase generalmente en las manos de Dios, resolviéndose a obedecerle en todo. Debe examinar después las razones que militan por uno y otro lado y considerando las verdades del Evangelio, sacar las consecuencias que resulten de ellas, y dirigirlas al fin último para el cual Dios nos creó. Si después de esto todavía duda qué partido ha de elegir, suponga que se halla en la hora de la muerte o en el juicio universal y determínese a hacer lo que entonces quisiera haber hecho». (San Ignacio de Loyola)

Consultó a san Vicente de Paul un letrado si debía salir de su patria para desempeñar un empleo importante que se le proponía fuera de Francia, lo cual le era desagradable; pero que esto no obstante estaba resuelto a seguir su

consejo; el santo pidió tiempo para recurrir a Dios, y al día siguiente le dijo: «He ofrecido al Señor vuestros trabajos en la santa misa, y le he rogado después de la consagración me diese el acierto conveniente, consideré después qué querría haberos aconsejado en la hora de la muerte, y me pareció que si hubiera debido morir en el mismo instante, hubiera estado muy contento de haberos dicho: "Id a vuestro destino", y que hubiera estado por el contrario muy descontento de haberos aconsejado el que no partieseis. He aquí sencillamente lo que pienso».

Un pobre que se hallaba casi desnudo pidió limosna a una piadosa señora, esta dijo a su criada que le diese un vestido; y habiéndole dado uno de los peores que estaba ya desechado, añadió la señora: «Dale otro mejor, ¡que confusión seria para mí en el día del juicio universal, si Jesucristo mostrase a todo el mundo ese vestido tan malo!».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, nada quiero hacer de lo que Vos me prohibís, y sí sólo lo que exijáis y deseáis de mí. Me diré muchas veces: «¿Quisieras hacer tú lo que haces, si supieras que al momento habías de comparecer en el tribunal de Dios?».

19 de julio | Sencillez

«Hay una especie de sencillez que hace que el hombre cierre los ojos a todos los sentimientos de la naturaleza y a las razones humanas, y los abra solamente para ver las máximas de la fe como regla constante de su conducta, y que en todas sus acciones, palabras, pensamientos y negocios, en todo tiempo y lugar consulte a su fe y nada haga sino lo que ella le dicta. He aquí una sencillez admirable». (San Vicente de Paul)

«Haced todas vuestras acciones delante de vuestro sepulcro», decía un siervo de Dios.

San Bernardo seguía siempre este consejo saludable, antes de obrar se decía a sí mismo: «Si yo debiera morir dentro de algunos instantes, ¿haría la acción que voy a hacer?».

San Luis Gonzaga figurándose estar al borde de la eternidad, examinaba si lo que iba a hacer seria de provecho para la eternidad bienaventurada.

Una persona que quería obrar siempre santamente tenia escrita esta sentencia que procuraba tener de continuo a la vista: «Antes de hacer una acción reflexiona cual será el resultado de ella». Otra consideraba sin cesar que la vida presente es como el viaje que hace un criminal después que le han leído la sentencia desde la prisión hasta el lugar del suplicio.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que tenga siempre presentes las santas máximas de la fe; que la consulte muchas veces y que ella sea la regla de mi conducta.

20 de julio | Sencillez

«La prudencia es necesaria para ser circunspecto en el obrar y para saberse acomodar a las disposiciones de cada uno; esta virtud se hermana muy bien con la sencillez». (San Vicente de Paul).

Este santo tenía la virtud de la sencillez en muy alto grado, así arreglaba de tal modo sus acciones por la prudencia y la caridad del prójimo, que siempre salía bien en todo lo que emprendía. Era tenido por uno de los hombres más sabios de su siglo, por lo cual le consultaban como a un oráculo y seguían sus consejos como si fuese una ley.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, concededme la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma. Vuestra divina sabiduría me haga circunspecto y que nada haya de doblez en mis discursos, ni en mis acciones, ni en mi corazón.

21 de julio | Sencillez

«La prudencia cristiana consiste en juzgar, hablar, y obrar como la Sabiduría eterna revestida de nuestra carne mortal ha juzgado, hablado y obrado; y en acomodarse en todas las ocasiones a las máximas de la fe y no a los sentimientos engañosos del mundo, y a la débil luz del entendimiento humano». (San Vicente de Paul).

San Francisco de Sales era enemigo declarado de la prudencia humana, decía. «Si yo viniese de nuevo al mundo con los sentimientos que actualmente tengo, creo que nada me haría capaz de ponerme en duda esta verdad: toda la prudencia de la carne y de los hijos del siglo, es una verdadera quimera, y una gran locura».

San Vicente de Paul no consultaba sino a la prudencia cristiana y así ninguna cosa de entidad emprendía; ni daba respuesta ni consejo alguno sin haber antes dirigido sus miradas hacia Jesucristo, a fin de hallar en sus obras o en sus máximas, en que apoyar su resolución.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no quiero arreglar mi conducta según los falsos principios del mundo, y la débil luz de mi entendimiento, sino según las máximas de la fe. Oh, Jesús, que sois la sabiduría eterna, juzgaré las cosas como Vos las habéis juzgado, hablaré el mismo lenguaje y obraré por los mismos fines.

22 de julio | Sencillez

«Guardémonos mucho de los sentimientos humanos porque con pretexto de celo, y de la gloria de Dios, nos hacen formar muchas veces proyectos y emprender cosas, que no vienen de Dios y le impiden el derramar sobre nosotros sus bendiciones. Estos sentimientos son muy opuestos a la sencillez cristiana». (San Vicente de Paul).

El superior de una casa de misioneros, escribió a dicho santo que le habían avisado para hacer cuanto antes misiones en un país donde había personas de

mucha distinción, previniéndole que por este medio se captaría la benevolencia de las mismas; y el santo le contesto: «Vuestro designio me parece humano y contrario a la sencillez cristiana, Dios nos guarde de hacer alguna cosa por fines tan bajos. La bondad divina pide de nosotros que no hagamos jamás el bien para hacernos estimar, sino que todas nuestras acciones sean dirigidas a solo Dios».

San Vicente quería que sus misioneros, y aún los eclesiásticos de sus conferencias predicasen sólidamente, pero con sencillez. «Para entrar en los sentimientos del divino Salvador, no debemos buscar nuestra propia gloria, sino la de nuestro Padre celestial, hablando como el Hijo de Dios ha hablado a fin de imitarle, hablará por nuestra boca y serviremos de instrumentos a su misericordia que penetra los corazones más endurecidos, y convierte los espíritus más rebeldes».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Divino Salvador mío, bendecid la resolución que tomo, de no formar ningún proyecto, ni determinarme a hacer empresa alguna sino después de haberme dirigido a Vos, implorando vuestra asistencia y consultando vuestras máximas y ejemplos.

23 de julio | Sencillez

«Nosotros nos amarnos demasiado, y obramos con demasiada prudencia humana, por consultor muy raras veces nuestra fe. ¡Qué locura tan grande la nuestra!, en esto nos hacemos un gran perjuicio. No se comportaron así los santos». (Santa Teresa).

San Francisco Javier yendo a las Indias, aunque estaba condecorado con el título de Legado Apostólico, sin embargo, estando en el navío, no permitió que lavasen su ropa blanca, ni creyó abatirse por lavarla él mismo; y habiéndole dicho uno que envilecía su dignidad, le respondió: «No hay más que una cosa vil, e indigna del cristiano, y esta es el pecado».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Haced, Dios mío, que jamás olvide esta sentencia: «Nada hay vil, sino el pecado».

24 de julio | Sencillez

«Cuando tengáis que tratar con personas poco sencillas, el mejor medio de ganarlas para Dios, es obrar a su vista con mucha franqueza y sencillez, porque este es el espíritu de nuestro Señor Jesucristo. El que está destinado para glorificar al Salvador, debe portarse según su espíritu». (San Vicente de Paul).

Este santo al enviar a uno de sus sacerdotes a cierto punto le habló así: «Vais a un país en donde se dice que las gentes se precian de finas y en realidad casi todo es fingimiento; si son tales, el mejor medio de ganarlas para Dios será el tratarlas con gran sencillez. Las máximas del evangelio son enteramente opuestas a las del mundo, y por esto ya que os trasladáis allá por el servicio de Nuestro Señor, debéis comportaros según el espíritu del hijo de Dios que está lleno de rectitud y de sinceridad.

Después de algún tiempo, estableciéndose en esta provincia una casa de la congregación; puso allí un superior en quien brillaban una franqueza e ingenuidad admirables. Este amaba con más ternura a los que se hallaban en más alto grado de la virtud dé la sencillez.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Divino salvador mío, llenadme de vuestro espíritu; haced que no hable ni obre jamás, sino según vuestro espíritu.

25 de julio | Sencillez

«Las almas sencillas evitan preámbulos porque las apartan de Dios. No es del agrado de este Señor el alabar, lisonjear o hacer alguna cosa para ganarnos la benevolencia, o la protección de alguno. Estos motivos son demasiado bajos y ájenos del espíritu de Jesucristo a cuyo amor debemos referir siempre todo lo

que hacemos. Tales deben ser nuestras máximas: hacerlo todo por el amor de Dios, y no desear la estimación de los hombres; trabajar en su salvación sin que nos dé cuidado de lo que dirán». (San Vicente de Paul).

«Yo no busco sino el reino de Dios; ni deseo otra cosa que escribir mi nombre en el libro de los escogidos; agradar a Dios, y no agradar sino a Él. Ved aquí toda mi ambición», decía un siervo de Dios.

Era increíble la admiración con que el pueblo de Antioquía escuchaba los sermones de san Juan Crisóstomo. Muchas veces interrumpido por las aclamaciones y palmadas que eran para su humildad un verdadero suplicio, les decía: «¿De qué me sirven vuestras alabanzas? Yo no tengo necesidad de vuestros aplausos, ni de éste tumulto. Yo busco, no el agradar a vosotros, sino el convertiros. La única cosa que deseo es que después de haberme escuchado pacíficamente y parecerme que habéis comprendido estas verdades, las practiquéis con fidelidad. Este es todo el aplauso que espero de vosotros, estos son los únicos elogios que deseo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, todo lo que haga sea por vuestro amor, sin desear la estimación de los hombres. Poco importa el agradarlos con tal que tenga la dicha de agradaros a Vos, estaré contento y no ambicionaré otra cosa.

26 de julio | Sencillez

«Si cometieseis alguna falta, lo que debéis hacer entonces, es confesarla con sinceridad; y si os demandasen cosa que no sepáis, o que no tengáis, es necesario decir con sencillez que no lo sabéis, o que no lo tenéis, dejando la simulación para los prudentes del siglo». (San Vicente de Paul)

Este santo practicaba lo que aconsejaba a los demás. Cuando se le había olvidado hacer lo que había prometido, confesaba ingenuamente que ni aun había pensado en ello. Si le suplicaban que se interesase en favor de alguno rehusaba el hacerlo si lo que pedían no le parecía justo, dando la razón de su repulsa. Varias personas que creyeron con error haber recibido por su mediación

ciertos beneficios, le dieron gracias por el servicio que les había hecho, y el santo con su acostumbrada sinceridad las desengañó. Enemigo de la mentira y del fingimiento, tenía costumbre de decir que se gloriaba siempre de haber dicho las cosas tales como ellas eran.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo conciba un grande horror a la mentira y al fingimiento. Morir antes que mentir.

27 de julio | Sencillez

«Es natural en la paloma el procurar en todo agradar a su palomo, de tal manera que cuando empolla para darle pollitos se olvida de sí misma en términos que de él sólo espera todo aquello que le es necesario. ¡Oh, deliciosa ley la de no hacer nada sino por Dios, con el fin de agradarle y de descansar enteramente en Él!». (San Francisco de Sales.)

San Vicente de Paul, estaba continuamente ocupado en alcanzar la gloria de Dios, y remediar las necesidades del prójimo por el amor del mismo Dios, sin atender a sus intereses propios ni a los de su congregación cuyo cuidado había puesto enteramente en las manos de su Dios.

Santa Juana Francisca según dice san Francisco de Sales, podía compararse a las palomas que se lavan y se miran atentamente en las orillas de los ríos embelleciéndose no tanto para ser hermosas como para agradar a sus amados palomos. Esta santa no se purificaba precisamente por estar pura y adornada de virtudes, sino más bien por agradar al Señor que ella amaba. Y quería de tal modo agradarle, que si la fealdad hubiera sido tan agradable a los ojos de su divino esposo como la hermosura, no hubiera amado la hermosura sino la fealdad.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, nada quiero hacer sino por Vos, a fin de agradaros y descansar en Vos. Quiero complaceros, porque os amo.

28 de julio | Sencillez

«Hay cierta sencillez de corazón en que consiste la perfección de todas las perfecciones. Esta es cuando nuestra alma no mira sino a Dios y se aplica sencillamente y con mucha fidelidad a cumplir las reglas y a tomar los medios de santificación que le son prescriptos sin desear ni emprender otra cosa». (San Francisco de Sales).

Santa Juana Francisca practicó excelentemente esta especie de sencillez. Y deseaba con ardor verla plantada y arraigada en el corazón de sus hijas. Habiéndola pedido por escrito una de ellas el que le enseñase algún medio para alcanzar la perfección, la Santa la contestó «El medio mejor que os puedo enseñar es el que os apliquéis a observar con fidelidad todas nuestras reglas por el amor de Dios, y ejecutéis exactamente con el mismo espíritu, todo lo que se os mande en cualquiera ocasión».

Estando próximo a expirar un religioso a quien la Iglesia venera como a Santo decía: «Bien pronto compareceré delante de mi Dios para darle cuenta de mis obras; pero tengo el mayor consuelo en haber sido exacto observador de mi regla con el solo objeto de agradarle».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme el que llegue a ser perfecto en todo, pero especialmente en sencillez y en caridad. Deseo siempre agradaros cumpliendo con amor vuestra santa voluntad.

29 de julio | Sencillez

«¡Oh, cuánto debe estimarse la generosa resolución de querer imitar la vida común y oculta de nuestro Señor Jesucristo! De Dios sólo viene este pensamiento, porque no puede venir de la sangre y carne». (San Vicente de Paul).

Una persona que deseaba con ansia llegar a la perfección, pidió a un santo sacerdote muy instruido, un medio de conseguirla; y le dijo: «Vivid continuamente en unión con Jesucristo sin hacer en lo exterior nada de extraordinario», y en efecto dicha persona se propuso a Jesucristo por modelo en todo lo que hacía. Luego que despertaba le consideraba ofreciéndose a su Padre, y se ofrecía con Él. En sus oraciones se le representaba rogando con el mayor fervor, y se esforzaba a imitarle; trabajando traía a la memoria a Nuestro Señor que voluntariamente se entregó a las más penosas fatigas por nuestra salvación. Si la mandaban alguna cosa al punto obedecía pensando en Jesús, sujeto a María y a José. Asistiendo a la santa misa, se sacrificaba en espíritu con el Salvador. En sus conversaciones pensaba en Jesucristo, cuya conversación fue tan dulce y edificante. Cuando sentía alguna tentación pronunciaba las palabras con que Jesús ahuyentó al espíritu tentador. Cuando padecía recordaba que Jesucristo fue el varón de dolores. Estando en el lecho no cesaba de repetir estas palabras: «¡Oh, Padre mío! En vuestras manos encomiendo mi espíritu». Y por este medio hizo rápidos progresos en los caminos del Señor.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Divino Salvador mío; dadme un gran deseo de imitar vuestra vida común y oculta. Haced que viva continuamente en unión con Vos. Deseo que Vos me sirváis de modelo en todas mis acciones.

30 de julio | Sencillez

«La virtud de la sencillez se hace amable en cualquiera que se halle, y es de la mayor necesidad para aquellos que están destinados a la instrucción del prójimo; deben estos por lo mismo trabajar continuamente en despojarse de sí mismos y revestirse de Jesucristo. ¿Si estos no están animados del espíritu del mismo Jesucristo que harán? Más bien enseñarán la apariencia de la virtud que su substancia». (San Vicente de Paul).

Este santo se aplicaba constantemente a despojarse de sí mismo por revestirse de Jesucristo. Procuraba conformarse con Él, no solamente en su exterior y modo de obrar, sino también en todas sus disposiciones interiores, en

sus deseos, máximas, e intenciones. No deseaba otra cosa que lo que Jesucristo había deseado, a saber, que Dios fuese conocido, amado y glorificado, y que su santa voluntad se cumpliese perfectamente en él.

Un santo sacerdote para animarse a imitar a nuestro Señor se decía muchas veces a sí mismo: «Yo debo ser otro Jesucristo. ¿Soy yo otro Jesucristo?».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Adorable Salvador mío, enseñadme a despojarme de mi mismo y vestirme de Vos. Haced que yo sea animado con vuestro espíritu. Deseo conformarme con vuestras inclinaciones interiores, con vuestros deseos, con vuestras máximas e intenciones.

31 de julio | Sencillez

«Dios es un ser simplicísimo y por esto si nosotros deseamos ser en lo posible semejantes a Él, debemos esforzarnos a ser por virtud lo que Dios es por naturaleza, es decir, tener un corazón sencillo, un espíritu sencillo, una intención sencilla, un modo de obrar sencillo, un lenguaje sencillo, y caminar buenamente sin artificio, mostrando siempre el exterior conforme al interior, y no mirando otra cosa en todas nuestras acciones sino a Dios a quien solo debemos agradar». (San Vicente de Paul).

Un digno sacerdote que quiso aprovecharse de los consejos de San Vicente de Paul, escribió estas resoluciones que leía frecuentemente: «Con el fin de tener un corazón sencillo, examinaré muchas veces al día si hay en él algún afecto desarreglado.

Renunciaré a los siete vicios capitales y diré a Dios: “Vos sois el Dios de mi corazón, Vos sois mi Dios y mi todo”.

Con el fin de tener un corazón sencillo, me acostumbraré a no condenar a nadie, edificándome con todo lo bueno que vea hacer u obrar mal, juzgando que no ha sido esa su intención o que han sido sorprendidos.

Con el fin de tener una intención sencilla, me propondré al principio de todas mis obras un motivo sobrenatural.

Evitare en el modo de hablar, en el andar, en mis acciones y en mi exterior, todo lo que sea opuesto a la sencillez y a la modestia».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Haced, oh, Dios mío, que todo sea sencillo en mí: mí corazón, mi alma, mi modo de obrar y mi lenguaje. En todas mis acciones no mirare sino a Vos a quien deseo agradar únicamente.

AGOSTO

Santificación de las acciones.

Bien lo ha hecho todo.

Bene omnia fecit.

(Marc 1,37)

1 de agosto | Santificación de las acciones

«Tales somos nosotros, cuales son nuestras obras; según que estas son buenas o malas, nosotros somos buenos o malos, porque somos como árboles, y nuestras obras son los frutos, pues por estos se conoce la calidad del árbol». (San Agustín).

Un siervo de Dios estando para morir exclamó: «Ahora conozco perfectísimamente que lo más esencial para santificarse y salvarse, es hacer bien por amor a Dios todo lo bueno que obramos».

Se halló en un pequeño libro escrito de mano de san Luis Gonzaga esta resolución que él había tomado y conservaba: «Pondré todo mi cuidado en hacer que todas mis obras sean buenas y me hagan dirigir a Dios».

San Buenaventura se animaba a sí mismo y a los demás que abundasen en todo género de buenas obras, repitiendo continuamente esta máxima: «Perdemos tanta gloria en una hora que se pasa en la ociosidad, cuantas obras pudiéramos haber hecho ínterin la misma hora».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, nada quiero despreciar para hacer con la mayor perfección posible todas mis acciones; y quiero que todas sin exceptuar una sola os sean agradables, me hagan más acepto a vuestros ojos y me sirvan para merecer el cielo.

2 de agosto | Santificación de las acciones

«No basta hacer buenas obras, sino que es necesario hacerlas a imitación de Jesucristo de quien se escribe: “Bien lo ha hecho todo”. Apliquémonos, pues, a hacer todas nuestras acciones con el espíritu de Jesucristo, es decir, del modo que este Señor las hacía, proponiéndonos los mismos fines de lo contrario las

obras que son buenas en sí mismas, practicadas sin dicho espíritu, atraerían sobre nosotros castigos en lugar de recompensas». (San Vicente de Paul).

El V. Berchmans de tal modo hacia todas sus acciones en el tiempo, lugar, del modo y por los fines que las debía hacer, que se le podía decir después de cada una de sus acciones: He aquí una acción perfectamente bien hecha

San Ignacio, advirtiendo que un hermano de su compañía obraba con negligencia, le preguntó por quien hacía sus acciones, y el religioso le contestó: que las hacía por Dios, y respondió el Santo: «Si las hicieseis por los hombres, no sería tan grande el mal, pero ¡qué desorden el hacerlas del modo que las hacéis, haciéndolas por un Señor tan grande como es Dios!».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que haga bien todas mis cosas; y que todo lo que deba yo hacer sea según el espíritu de mi Salvador y por los mismos fines que Él hacia sus acciones; concededme la gracia de hacerlas con mucha exactitud y fervor.

3 de agosto | Santificación de las acciones

«Se persuaden muchos no poder hacer una verdadera penitencia de sus pecados si no se entregan a las austeridades corporales; sin embargo sepamos que hace una verdadera penitencia de sus pecados, el que se aplica a hacer bien todas sus acciones por agradar a Dios. Esta es una cosa muy perfecta y de gran mérito». (San Francisco de Sales)

No se lee que san Francisco de Sales y otros grandes Santos hayan afligido continuamente sus carnes con ásperas penitencias, y sin embargo llegaron a la santidad aplicándose a santificar todas sus acciones; y haciendo con la perfección posible todo lo que creían que el Señor exigía de ellos.

El siervo de Dios Juan Berchmans que trabajaba continuamente para llegar a hacerse Santo haciendo lo más perfectamente que podía sus acciones ordinarias, había tomado por divisa esta sentencia escrita sobre un papel que leía muchas veces: «Mi más grande penitencia, es la vida común».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Exigid de mí, oh, Dios mío, que haga penitencia de tantos pecados con que os he ofendido; la penitencia que pienso imponerme será el aplicarme a hacer bien todas mis obras con el designio de agradaros. Una vida común que yo quiero llevar de una manera no común, tal será mi penitencia.

4 de agosto | Santificación de las acciones

«Si el hombre conociese de que modo el Señor recompensa en la otra vida el bien que se haya hecho en esta, su entendimiento, su memoria, y su voluntad no se ocuparían, sino en hacer buenas obras, y en sufrir cualquier trabajo que se le presentase». (Santa Catalina de Génova).

Una persona que había hecho por Dios grandes sacrificios, experimentó luego consolaciones indecibles, por lo cual exclamó: «Si el Señor es tan dulce para los mortales que hacen alguna cosa por su amor, ¡cual deberá ser la dicha de los Santos en el Cielo!»

San Francisco de Asis decía cuando tenía más que sufrir: «El bien que yo deseo y espero con confianza es tan grande, que los tormentos son para mí las mayores delicias».

Los Santos que están en el Cielo consentirían de buena gana, si les fuese posible, padecer externadamente hasta el día del juicio por poder conseguir la recompensa de un *Ave María*, rezada con devoción.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, deseo evitar todo lo malo y todo pecado, quiero hacer todo el bien que Vos exigís y deseas de mí y hacerlo bien. Quiero también hacer todo lo que yo sepa que es más perfecto en vuestro amor, con vuestro amor y por vuestro amor.

5 de agosto | Santificación de las acciones

«Poned cuidado en no haceros singulares sino en serlo con toda verdad, tal viene a ser uno pasando una vida común, de un modo no común. Es preciso hacer las cosas que se mandan con mucha exactitud, es decir, en lugar, modo, y tiempo que están prescriptas; es necesario hacer por Dios las cosas ordinarias del modo más perfecto. No hay que singularizarse en lo exterior, y sí en lo interior, esta es una gran virtud, y un tesoro inestimable». (San Bernardo)

Un bello elogio se hace de este gran santo diciendo que no era ordinario en las acciones ordinarias. La gracia era el principio de sus acciones, la caridad un motivo, y así las hacía en presencia de Dios animado de un gran fervor.

Acaso no se podrá dar otro que fuese más puntual que san Francisco de Sales, no solamente en público cuando se hallaba en el altar o en el coro, observando con la más perfecta fidelidad las más pequeñas ceremonias sino aun en particular cuando rezaba el oficio divino, y satisfacía otros empleos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo os sea agradable en todas mis acciones; ninguna quiero hacer cuyo principio no sea la gracia y la caridad su motivo. Quiero hacerlas todas en vuestra presencia, practicando interiormente la humildad, la mortificación y el celo por la salvación de las almas.

6 de agosto | Santificación de las acciones

«No cuidéis ser de aquellos hombres que ponen su perfección en emprender muchas cosas, sino de aquellos que la hacen consistir en hacer bien lo poco que hacen; porque es mucho mejor hacer poco, y hacerlo bien, que hacer muchas cosas y hacerlas mal. Sí, poco y bien, poco y bien, he aquí lo que es mejor. Así no pongamos cuidado en multiplicar nuestros ejercicios, sino en hacer más perfectamente los que hacemos». (San Francisco de Sales.)

Un gran director no cesaba de repetir esta máxima: «Las oraciones cortas hechas con devoción son más agradables a Dios, y más útiles al que las hace así, que las oraciones largas hechas sin devoción y con negligencia. Es cosa

muy buena en sí orar largo tiempo, pero es necesario orar devotamente todo el tiempo que se ora».

Una santa a quien sus padres destinaban sin interrupción a bajos oficios de la casa sin dejarle tiempo para hacer ejercicios de piedad, era sin embargo muy agradable a Dios, porque andaba en su presencia y habitaba de algún modo en su propio corazón, produciendo continuamente santos afectos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Vos sois mi Señor y mi Dios, ¿qué culpable sería yo si sirviendo a un Señor tan grande y tan bueno, no obrase siempre por Vos, o hiciese con negligencia las acciones que debía hacer por Vos.

7 de agosto | Santificación de las acciones

«El Señor no mide nuestra perfección por el número y grandeza de las obras que hacemos, sino por el modo con que las hacemos; y dicho modo es el amor con el cual y por el cual las hacemos. Las obras son tanto más perfectas, cuanto el amor con que se hacen es más puro y más perfecto». (San Juan de la Cruz)

«Amad a Dios y haced lo que este amor os diga», decía San Agustín.

San Francisco de Borja no siempre predicaba a gusto de sus oyentes por los puntos que trataba y el modo con que decía las cosas, y sin embargo, siempre que predicaba sacaba mucho fruto, porque anunciaba la palabra divina meramente por Dios.

Una persona que deseaba hacer todas sus obras por amor de Dios, las principiaba formando sobre sí misma la señal de la cruz y diciendo. «En el nombre y por amor del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea. Sí, Dios, mío tal es mi intención».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os ofrezco esta acción que estoy haciendo. Deseo hacerla así como todas las demás acciones de mi vida por amor, por puro amor; quisiera que este fuese el motivo que animas a mi prójimo en todas sus acciones. Abrasadme en vuestro amor.

8 de agosto | Santificación de las acciones

«Para hacer bien las obras, es necesario hacerlas con una intención muy pura y con una voluntad firme y gozosa de no agradar sino a Dios. Esto es como la regla y alma de nuestras acciones. Esto es lo que las da valor, y lo que las hace fáciles y agradables». (San Francisco de Sales.)

Santa María Magdalena de Pazzi, no cesaba de encargar a las novicias que estaban a su cargo, que ofreciesen a Dios sus acciones aun las más indiferentes, y porque así las practicasen, de tiempo en tiempo les decía:« ¿.Por qué fin hacéis esta acción?». Cuando la novicia a quien había preguntado respondía, que la había hecho sin intención sobrenatural; le contestaba: «¿No sabéis que obrando de ese modo perdéis el mérito de ella? Dios ni es honrado ni está contento con tales acciones».

El Abad Pambón viendo a una señora de la Corte magníficamente adornada no pudo menos de suspirar y llorar, y habiéndole preguntado por qué hacía aquello, respondió: «Miserable de mí, es muy necesario que yo desee con tanto conato agradar a Dios, como esta criatura desea agradar a los hombres».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, que locura el no hacer todas las acciones de una manera que sean meritorias, fáciles y agradables. El medio de hacerlas así, es hacerlas con mucho amor y puramente por amor a Dios.

9 de agosto | Santificación de las acciones

«Nuestra perfección depende de todas nuestras acciones, y con especialidad, de las acciones ordinarias, porque estas son muchas más en número. Si las hicimos con perfección seremos perfectos, si imperfectamente, imperfectos ¿Por qué de dos religiosos que hacen las mismas cosas, el uno es excelente religioso, y el otro no? Porque el uno las hace con perfección, y el otro con imperfección y tibieza». (Alonso Rodríguez).

Cuando santa Gertrudis era joven, no sólo hacía lo que sus compañeras sino aún mucho menos, porque no se le permitía a causa de sus enfermedades el cumplir todos los puntos de la regla a la cual las demás no faltaban; y sin embargo era más perfecta a los ojos de Dios que todas ellas, porque lo hacía con más perfección.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Salvador mío, todo lo que hago deseo hacerlo con perfección. Que Vos seáis el que penséis, habléis y obréis en mí. Uno todas mis obras a las vuestras, hacedme participante de vuestros méritos.

10 de agosto | Santificación de las acciones

«Entre las acciones ordinarias las espirituales son las que requieren nuestro principal cuidado, porque miran más directamente a Dios y conducen a la perfección con más eficacia. Si obramos de otro modo, atraeremos sobre nosotros la maldición fulminada por el Espíritu Santo contra aquellos que hacen las obras de Dios con negligencia». (San Vicente de Paul).

Aunque este santo tomó a su cargo tantos negocios diferentes, capaces por si mismos de distraerle, sin embargo, arreglaba el tiempo tan bien, ¡que no faltó a sus ejercicios de piedad!; haciéndolos con mucha devoción y fervor, porque todo lo hacía en la presencia de Dios y por su amor.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero manifestaros en todas mis acciones que os amo y que me pesa no haberos amado siempre. Quisiera morir de dolor porque en lugar de

haberos amado, solo he amado al mundo y a sus vanidades; quisiera poder amaros tanto, cuanto Vos merecéis serlo, jamás dejare de amaros, ni cesare de pediros vuestro amor, a fin de morir amándoos.

11 de agosto | Santificación de las acciones

«Es cosa cierta que la misa, es, la más excelente, la más santa, la más agradable a Dios, y la más útil de todas las funciones que los sacerdotes pueden ejercer. ¡Quién podrá conocer el indecible respeto con que los ángeles asisten a ella! ¡Ah, cual pues debe ser la pureza del sacerdote que celebra! ¡Cual su piedad, atención y reverencia! Debe aproximarse al altar con los sentimientos de nuestro señor Jesucristo; debe estar ahí como un ángel, y ejercer su divino ministerio como un santo y ofrecer los votos del pueblo como un ministro; no debe contentarse con hacer el oficio de mediador entre Dios y los hombres, sino que debe además rogar por él, acordándose que es hombre, y hombre pecador». (San Lorenzo Justiniano)

El siervo de Dios Juan de Ávila al ver a un sacerdote decir la misa con una precipitación indecorosa, lo sintió en extremo, y lleno de celo se aproximó a él y valiéndose del pretexto de servirle en algo en el altar le dijo en voz baja, pero de una manera capaz de hacerle entrar en sí mismo: «Señor, os ruego que tratéis al Hijo Único de Dios, en presencia de quien estáis, como trataríais al hijo de una persona que mereciese alguna consideración».

Decía M. de Orleans de la Mota, Obispo de Amiens: «Yo me preparo para el santo sacrificio de la misa, como si me preparase para presentarme en el tribunal de Jesucristo».

San Ignacio de Loyola ofrecía el augusto sacrificio con tanta devoción, que muchas veces se le veía derramar lágrimas.

San Vicente de Paul decía la misa con tanta modestia, gravedad, y ternura de devoción, que los que asistían a ella se veían conmovidos sensiblemente. Muchas veces al salir de la iglesia, se oía decir a algunas personas que aún no

le conocían: «¡He aquí un sacerdote que dice bien la misa; este debe ser un santo!».

Un misionero a quien llamaban el ángel de la misión que se hacía en Tulla, trató de ganar para Dios un gentil hombre, el cual se hallaba imbuido en malos principios, y que hacía mucho tiempo que no se confesaba; todo lo que pudo alcanzar de él después de muchas conferencias, fue que le ayudase en misa; la modestia, reverencia y la devoción del misionero, le causaron tal impresión que no pudo resistir ya más y le dio pruebas de una verdadera conversión.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero deciros especialmente mientras el Santo Sacrificio de la Misa que os amo. Nada despreciaré para penetrarme entonces de los sentimientos de mi señor Jesucristo. Os alabaré y daré gracias con Él. Me sacrificaré con Él por los mismos fines y no me olvidaré después que soy vuestra víctima, una víctima viva ofrecida a gloria vuestra y que debe sacrificarse continuamente con Vos.

12 de agosto | Santificación de las acciones

«El oficio divino es una de las acciones más excelentes porque rezándole se celebran las alabanzas del Señor, lo cual es ministerio propio de ángeles. Debemos pues cumplir con él, no por hábito ni con tibieza, sino con toda la aplicación y reverencia que se merece. (Santa Magdalena de Pazzi).

Esta santa no podía oír la señal que se hacía para el rezo del oficio divino, sin verse penetrada de alegría.

Bastábale al P. Suárez tomar en la mano su breviario para sumergirse al punto en un profundo recogimiento.

Un santo religioso decía al empezar cada salmo: «Padre celestial, llenadme de vuestro espíritu».

San Buenaventura se imaginaba estar entre los ángeles y hacer coro con ellos.

Un dignísimo sacerdote no empezaba el oficio divino, sin haber renunciado a los pecados capitales, y a la disipación, y sin haber hecho un acto de contrición y de amor de Dios, y le ofrecía por un fin especial, renovaba su intención al fin de cada salmo pronunciando: *Gloria Patri*, y decía interiormente «yo os amo» a todas estas palabras: *Señor*, *Dios, Jesús, Dóminus, Deus*, *Jesus*. Después del rezo divino, daba gracias a Dios por las mercedes que de él había recibido, y pedía perdón dé las faltas que había cometido, acabando con estas palabras: «cantaré con el espíritu y también con la mente».

Una religiosa tenía una excelente práctica para no distraerse voluntariamente. Se figuraba ínterin el oficio divino tener a un lado a su ángel de la Guarda qué escribía todos los versículos que rezaba con atención; y al otro lado el demonio que la miraba atentamente para escribir todas las distracciones y fallas que por su culpa cometiese.

Santa Catalina de Bologna decía: «Y, ¿es posible estar en medio de los ángeles, cantar los salmos con ellos, y tener entonces el espíritu distraído voluntariamente, y el corazón adherido a las cosas terrenas?».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, enseñadme a alabaros y haced que os alabe dignamente. Yo me uno a las alabanzas de todos los justos de la tierra y de todos los santos del Cielo. Deseo alabaros por Jesucristo, con Jesucristo y como Jesucristo, en todas las ocasiones y con todas mis obras.

13 de agosto | Santificación de las acciones

«El examen de conciencia que las personas virtuosas tienen costumbre de hacer todas las noches antes de acostarse, es uno de los grandes auxilios, no solamente para vencer sus malas inclinaciones, y desarraigar los malos hábitos, sino aun para adquirir las virtudes y hacer bien las acciones ordinarias. Y este examen no es tanto para averiguarlas faltas cometidas en el día, sino para formar

de ellas un vivo dolor, y hacer un firme propósito de no cometerlas e imponerse alguna penitencia». (San Juan de Ávila)

Los filósofos paganos conocieron cuan útil era el examen de su conciencia. San Jerónimo refiere de Pitágoras que entre las lecciones que este filósofo daba a sus discípulos, una de las principales era, que tuviesen dos tiempos determinados en el día, uno por la mañana y otro por la larde, para que se hiciesen estas tres preguntas: ¿Que he hecho yo? ¿Cómo lo he hecho? ¿He hecho todo lo que debía hacer? Los maestros de la vida espiritual se han extendido sobre las grandes ventajas de este examen, y san Ignacio de Loyola le prefería aun a la oración en razón a que por el examen se asegura el fruto que de ella se saca. Y decía que si él había hecho algún progresó en la virtud, lo debía a la fidelidad que había tenido a este ejercicio.

Decía un santo religioso: «Yo no recuerdo que el demonio me haya hecho cometer dos veces una misma falta», y era porque con el examen que hacía, concebía un horror tan grande de sus pecados, que ninguna tentación por fuerte que fuese, era capaz de hacerle volver a caer.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, después de cada accioón, me preguntare: «¿He hecho lo que debía de hacer? ¿He tratado de hacerla bien?». Perdonadme, Señor. Yo os ofrezco la acción que voy a hacer. Quisiera hacerla mucho mejor, ayudadme con vuestra gracia.

14 de agosto | Santificación de las acciones

«El sol y la luna alaban al Señor dice el real profeta David; ¿pero cómo estos astros pueden alabarle? Haciendo bien lo que Dios les ha mandado que hagan, y en esto le dan una gran alabanza. He aquí pues un excelente modo de alabar a Dios, todo el día; hacer todo lo bueno que os está mandado; haced bien todo lo que hacéis». (San Jerónimo)

Una joven virtuosa que servía en una casa respetable, edificaba mucho por la prontitud, exactitud y gusto con que obedecía en todo lo que se le mandaba.

En cierta ocasión mientras que barría un aposento con mucho esmero, estaba llorando al mismo tiempo. Lo notó un médico que pasaba por la misma habitación y le dijo:

—¿Por qué lloráis? Alguno quizás os a dicho u hecho alguna cosa capaz de contristaros.

—No señor, —respondió ella—, no tengo por qué quejarme, todos los de la casa en donde estoy, me dan señales de bondad que no merezco. Os diré el motivo supuesto que le queréis saber: habiendo ido una vez a una misión, el P. misionero a quien me dirigí, me enseñó una práctica para adelantar en la virtud que no olvidaré jamás; la observo fielmente, y me es muy saludable: «Hija mía, haced lo más perfectamente que podáis por el amor de Dios, todo lo que se os mande, y mientras que lo hacéis practicad muchos actos de humillación», ya veis que estoy barriendo, lo hago de buena gana por agradar al Señor, en cuyo lugar está la persona que me ha mandado barrer, y mientras barro, me digo a mi misma: «es preciso que yo tenga tanto celo en purificar mi corazón de las manchas de los pecados, cuanto de cuidado pongo en limpiar esta habitación», y esto es lo que me hace llorar.

El medico se enterneció hasta derramar lágrimas, y movía a piedad refiriendo a otros este suceso.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero hacer contantemente todo lo que Vos queréis y como lo queréis. Lo haré así por vuestro amor y no cesaré de humillarme.

15 de agosto | Santificación de las acciones

«Guardaos de creer que se pierda el tiempo empleado en cumplir exactamente con los deberes, antes bien es muy agradable a Dios el dejar por su servicio los ejercicios de piedad que no son de obligación, cuando hay precepto de hacer en su lugar otra cosa». (Santa Teresa)

Había en un monasterio, del que san Bernardo era abad, un religioso muy exacto en todos los puntos de la regla. Estando en una lectura espiritual sobre la obediencia, el santo dijo a dicho religioso, que fuese a servir a otro que

necesitaba de él, y oponiéndose a esto dijo en voz inteligible: «La regla manda que se tenga lección espiritual, y que sea ahora. ¿Qué, no se ha de observar lo que manda la regla?». El santo se contentó con decirle: «¿No es verdad, hermano mío, que si la regla ordena una lectura sobre la obediencia, es para recordaros que estáis obligados a obedecer?».

Vivía en un convento una tierna joven, que deseaba con ansia ser allí religiosa; se lo manifestó a sus padres, y estos lejos de consentir en ello, la obligaron volverse a la casa paterna; pero en vano parque, animada de una virtud sólida, dijo: «Yo seré religiosa en el mundo, hasta que pueda serlo en el monasterio»; y al efecto practicaba poco más o menos todos los ejercicios propios de las personas consagradas a Dios, dedicaba al trabajo cierto espacio de tiempo por mañana y tarde, distribuyendo el restante entre la meditación , el rezo del oficio divino, el rosario, la lectura espiritual, y la visita del Santísimo Sacramento etc. Su madre viéndola que seguía constantemente en su designio lejos de cambiar de dictamen, la prescribió desde entonces todos los días tantas cosas, y la ocupaba de tal modo que no podía hacer ninguno de sus ejercicios. Pero he aquí el partido que tomó la sierva del Señor; este fue el obedecer constantemente a su madre como a Dios, el hacer todo con espíritu de fe y de amor, y producir a cada hora un cierto número de santas aspiraciones, formando en su interior un oratorio en donde estaba en oración, aun en medio de las ocupaciones más disipantes. Se arraigó por este medio tan profundamente en la práctica de todas las virtudes, que habiendo conseguido por último el entrar en la religión, hizo muchos milagros, y ha sido colocada por la Iglesia después de su muerte, en el catálogo de los santos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de hacer todas mis acciones con espíritu de fe y de amor; de producir continuamente santas aspiraciones; de hacer de mi corazón una especie de oratorio en donde esté siempre adorándoos.

16 de agosto | Santificación de las acciones

«No temáis que las ocupaciones que os prescriba la obediencia, por multiplicadas que sean, os separen de la unión con Dios, si las hacéis en su presencia y por su gloria, antes bien son muy propias para uniros estrechamente con Él; porque, ¿cómo podrá apartarnos de Dios aquello mismo que une su voluntad con la nuestra?». (San Francisco de Sales.)

Las ocupaciones exteriores no eran para santa Magdalena de Pazzi obstáculo alguno a su recogimiento, ni capaces de distraerla. Decía en cierta ocasión: «Me es igual que se me mande ir a rezar con mis hermanas al coro, o hacer alguna obra de manos; muchas veces hallo más fácilmente a mi Dios trabajando que rezando».

Un religioso que era cocinero en un convento de la orden de san Francisco, luego que había cumplido con su obligación, tenía costumbre de retirarse a solas para orar, y el Señor llenaba su alma de los más deliciosos consuelos. A fin de poder gozarlos continuamente, pidió a su superior le descargase de su empleo que era tan disipante, decía él. Consintió en ello el superior; pero entregándose solamente al ejercicio de la oración que tenía para él tanto atractivo y en donde habían gustado tantas dulzuras, no hallaba sino sequedades y distracciones. Desengañado por la experiencia, fue con sencillez a exponer a su superior el estado de su alma. Volvió a tomar el empleo y el Señor le hizo gustar como antes; que Él es muy dulce para aquellos cuyo alimento es hacer su divina voluntad.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, hace que todas mis acciones sirvan para unirme más y más con Vos, quiero hacerlas todas en vuestra presencia, por vuestra gloria y por vuestro amor.

17 de agosto | Santificación de las acciones

«Las acciones, que parecen pequeñas en sí, son grandes cuando se hacen bien. Una acción pequeña hecha por la gloria de Dios con gran deseo de agradarle, le es más gustosa que otra acción grande hecha con menos fervor. Es

necesario, pues, aplicarnos especialmente a hacer bien las cosas pequeñas que son fáciles, y que se ofrecen a cada hora, si queremos progresar en la amistad de Dios». (San Francisco de Sales).

San Ignacio decía de un excelente cristiano, que era cantero, que se adquiría en el cielo tantas coronas, cuantas eran las piedras que colocaba, y los golpes que daba con el martillo, por la pureza de intención y el grande amor con que hacia todas sus obras.

San Francisco Javier era muy cuidadoso en hacer bien las cosas más insignificantes; tenia costumbre de decir: «El que no trabaja en ser excelente en las cosas pequeñas, jamás lo será en las grandes».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, hace que trabaje en esmerarme en las cosas pequeñas, haciéndolas con gran deseo de agradaros.

18 de agosto | Santificación de las acciones

. «Más se alcanza delante de Dios por una sola petición del Padre nuestro dicha con fervor, que rezar un gran número de oraciones precipitadamente y sin atención». (Santa Teresa),

Habiendo confesado sus pecados un gran pecador, penetrado del dolor más vivo, le impuso el confesor una penitencia proporcionada a la enormidad y número de sus culpas. Esta penitencia que hubiera sido excesiva para otro, a él le pareció tan leve que exclamó:

—¡Cómo, padre mío, por tantos y tan horrendos pecados, una penitencia tan dulce!, sin duda no me habéis comprendido».

El confesor entonces disminuyéndosela considerablemente le dijo: «Os contentareis con rezar una vez los siete salmos penitenciales, penetrándoos de los sentimientos del real profeta David.

—¡Padre, —replico el penitente—, yo .no os he pedido que me disminuyáis la penitencia, sino al contrario, que me la aumentéis mucho más, porque prefiero hacerla en este mundo más bien que en el otro.

El confesor no hizo aprecio de sus instancias, y acabó (diciéndole: —Os descargo aun de rezar los siete salmos penitenciales, yo no os impongo más penitencia por tantos pecados, que un acto de contrición y de amor de Dios que haréis delante del altar.

Este verdadero penitente al salir del confesonario decía: —¡Un solo acto de contrición y .de amor de Dios! ¡Que penitencia por pecados tan horrorosos!

Hizo estos actos y murió. ¿ No se podrá decir que murió de contrición y de amor? ¡Oh, muerte dichosa!

David dijo: «Pequé», y fue justificado en el mismo instante; nosotros hemos pronunciado esta palabra diciendo la confesión que habremos rezado millares de veces, ¿Ha producido alguna vez en nosotros el mismo efecto?

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no haré ninguna oración que no salga sino de lo íntimo de mi corazón. Concededme el amor y el espíritu de oración.

19 de agosto | Santificación de las acciones

«El que no tiene experiencia, no podrá creer, para nuestra santificación, cuanto importa el tener cuidado el no ser infiel en las cosas pequeñas; el demonio se vale de este medio para que seamos infieles en las mayores». (Santa Teresa).

San Lorenzo Justiniano cuidaba más de evitar las faltas ligeras que las de más consideración, y daba dos razones: «Si se tiene horror a las faltas ligeras, mucho más se tendrá a las grandes. Basta tener fe, y no estar falto de sentidos para evitar los pecados que merecen eterna condenación; pero los siervos de Dios no reparan en esto, sino que llegan a temer las faltas ligeras más que a la muerte. El que teme a Dios, dice el Espíritu Santo, nada desprecia, nada omite».

Hay comunidades como las de la Trapa en donde al religioso que comete una falta considerable, se le castiga con pena bastante leve en caso que se le castigue por ella, pero no se perdona a aquellos que faltan en cosas pequeñas; esto demanda el provecho espiritual de los particulares, y he aquí el gran medio de conservar en una casa la observancia religiosa.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, tomo la firme resolución de ser muy fiel en las cosas más pequeñas y quiero serlo, para no caer en faltas graves y para manifestaros que os amo.

20 de agosto | Santificación de las acciones

«Acordaos de Dios aun en medio de vuestras ocupaciones, pues si Él os abandona, no podréis dar un paso sin caer. Imitad a los niños que se hallan asidos con una mano a la de sus padres, mientras que llevan la otra a donde les agrada. En todas vuestras acciones volveos de tiempo en tiempo hacia vuestro Padre Celestial, para ver si es de su agrado lo que hacéis, y para implorar sus auxilios; de este modo haréis mejor vuestras obras, y se os hará fácil lo más dificultoso. Representaos a Nuestra Señora empleando una de sus manos en el trabajo, mientras que con la otra tiene al divino Infante». (San Francisco de Sales).

Siempre que Santa María Magdalena de Pazzi se hallaba ocupada exteriormente, parecía, decían sus compañeras, que allí no había mas que su cuerpo que obraba, y que su alma estaba más unida a aquel a quien amaba, que al cuerpo a quien daba vida.

Cuando san Vicente de Paul trataba los asuntos más dificultosos, parecía, que su conversación estaba más bien en el cielo con Dios, que sobre la tierra con los hombres.

Viendo uno que lloraba cierta mujer pobre cerca de un pequeño fuego sobre el cual cocía algunas legumbres le dijo: —¿Por qué lloráis? —¿Qué, no tengo bastante motivo para llorar?, —respondió ella—, un poco de

fuego basta para cocer estas legumbres, y ni las perfecciones de Dios que son infinitas, ni sus innumerables beneficios son bastantes para que mi corazón se abrase en amor por Él.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de conversar con Vos en todo tiempo y hasta en las ocupaciones más disipantes. Es muy justo que mi alma esté más unida con Vos que con mi cuerpo.

21 de agosto | Santificación de las acciones

«Uno de los grandes obstáculos para hacer bien nuestras acciones es que mientras hacemos una cosa estamos pensando en otra que nos espera o que ya tenemos hecha. El medio de hacerlas bien todas, es fijar la atención sólo en aquella que actualmente obramos, haciéndola con la mayor perfección posible, y cuando está ya acabada no se debe pensar más en ella a fin de ocuparnos mejor en lo que debemos hacer. (D. Ávila.)

Se decía a sí mismo un siervo de Dios ínterin sus diferentes ocupaciones: «Mira lo que haces, hazlo de una manera agradable a Dios, quizás esta será la última acción que has de hacer; esta acción debe tener para ti grandes consecuencias».

Otro se decía también a sí mismo mientras su trabajo: «Tú estás aquí para trabajar, pues es preciso trabajar». Cuando hacía obras de caridad, decía: «Caridad para con Dios, y para con el prójimo, yo no debo tener otro deseo, sino infundirla en todos los corazones de los hombres». Cuando rezaba, decía: «Yo no estoy aquí sino para rezar».

Una Santa religiosa a quien su superiora había encargado diferentes empleos, cumplía con todos perfectamente diciéndose cuando ejercía cada uno de por sí: «Yo no soy ahora más que sacristana; yo no soy ahora más que portera; yo no soy ahora más que depositaría; yo no soy ahora más que…», etc.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quisiera estar sumamente atento a lo que haga, a fin de hacer bien lo que debo de hacer y que sea por vuestro amor, considerando que esto sólo me pedís y que esta quizás será la última acción de mi vida.

22 de agosto | Santificación de las acciones

«Haced fielmente todo lo que el Señor quiere de vosotros a cada instante, y dejad a Dios el cuidado de pensar en las demás cosas, yo os aseguro que viviendo así, experimentareis una gran paz». (Santa Juana Francisca.)

«Así es, —decía esta santa—, como se conducía san Francisco de Sales. Cuando hacia alguna cosa, o trataba en algún asunto, ponía en él tanto cuidado, como si no tuviera otro negocio en el mundo».

San Gregorio Nacianceno decía de su madre que se ocupaba toda en todo lo que hacía, y que por esto sus obras eran tan perfectas,

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, me diré muchas veces a mí mismo: «Quizá moriré después de esta acción; seré juzgado sobre esta acción; seré castigado o recompensado eternamente por esta acción.

23 de agosto | Santificación de las acciones

«La precipitación es un segundo obstáculo para hacer bien las acciones. Guardaos de este defecto, pues es el enemigo capital de la verdadera devoción; ninguna obra hecha de prisa se hace bien. Los que viajan, tratan de llevar siempre el paso igual». (San Francisco de Sales).

San Felipe Néri decía continuamente a los que dirigía en el camino de la salvación. «No queráis hacerlo todo en un día, ni haceros santos en el espacio de un mes, porque la discreción se opone a todo esto».

«Poseeos a vosotros mismos, —decía un sabio director de las conciencias—, poseeos en todo lo que obráis. Y así evitareis muchas faltas, pues siempre se hacen las cosas bastante ligeras cuando se hacen bien».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, enseñadme a poseerme a mí mismo. Deseo reprimir mi precipitación, moderar mi actividad en todas las coas, para hacer bien lo que debo hacer, para seguir no el movimiento de la naturaleza, sino el de la gracia para ofrecer continuamente a Dios algún sacrificio.

24 de agosto | Santificación de las acciones

«Las obras de Dios se hacen casi siempre poco a poco, y tienen su principio y sus progresos. No se pretenda hacerlo todo de una vez y con precipitación, ni se piense que todo es perdido si no llega a la perfección de repente. Es necesario caminar siempre pero sin inquietarse, pedir mucho al Señor, y servirse de medios sugeridos por el espíritu de Dios, sin mirar a las falsas reglas del siglo». (San Vicente de Paul).

Este santo era muy sosegado en resolverse, sin embargo su detención que parecía a muchos excesiva, jamás tuvo mal éxito, ni trajo perjuicio a ninguno de los asuntos que estaban a su cargo. Antes bien causaba admiración a todos al ver que tenía acierto eh todo cuanto emprendía, y al mismo tiempo que le era todo favorable, adquiría tesoros de merecimientos el cielo, porque la caridad anunciaba lo que hacía por su prójimo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme a conocer qué es lo que queréis que haga por Vos y dadme ánimo para hacerlo bien.

25 de agosto | Santificación de las acciones

«Lo que también sirve de obstáculo para hacer bien nuestras acciones es la precipitación y demasiada solicitud. Los grandes negocios no disipan tanto como los pequeños cuando estos son en gran número, y así recibidlos con tranquilidad, y tratad de hacerlos con orden el uno después del otro sin inquietaros; y haciéndolo así os servirán de un gran mérito». (San Francisco de Sales).

Se le presentaban algunas veces a este Santo un gran número de personas de poca consideración, que le ocupaban mucho en cosas de poco momento. «Bien lo conozco, —se decía a sí mismo—, ¿mas qué he de hacer en esto? Sus pequeños negocios les parecen a estas personas ser muy grandes, y desean que yo les dé mis consejos y las consuele, ¿me he de negar? Dios sabe muy bien, que todas las ocupaciones me son indiferentes con tal que sean para su servicio. Mientras hago esto no estoy obligado a hacer otra cosa. ¿Y no es por ventura una grande obra el hacer la voluntad de Dios?

«El que puede conservar la paz y dulzura, en la multiplicidad de negocios, es casi perfecto», decía el mismo san Francisco de Sales.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que no pierda jamás la dulzura ni la paz aun en medio de los negocios más disipantes. Haced que considere el cumplimiento de vuestra voluntad como una grande obra y que todas las ocupaciones me sean indiferentes.

26 de agosto | Santificación de las acciones

«Es propio del espíritu de Dios, obrar con dulzura y amor; y el medio más seguro para salir bien en lo que se emprende es imitarle». (San Vicente de Paul.)

Cuando se ama todo es fácil y se está contento en cualquier estado que uno se halle:

—Yo me compadezco mocho de vos, —decía cierta persona piadosa a un pobre de mucha santidad que estaba cubierto de heridas, despreciado y falto muchas veces de lo necesario.

—Os doy gracias, —respondió él—, porque tenéis lastima de mí, ¿pero por qué os habéis de compadecer? Yo no soy digno de compasión; porque cuando me falta pan, ayuno y estoy muy contento en ayunar por el amor de Dios. Cuando los niños me insultan y me desprecian, me regocijo, juzgando que tengo así alguna conformidad con nuestro Señor Jesucristo, que quiso ser el oprobio de los hombres. Vos no veis todas las llagas que tengo en mi cuerpo, pues me afligiría mucho si no las tuviese, porque el Señor quiere que las tenga, yo le bendigo, porque me trata como a su hijo, en quien nada había sano desde las plantas de los pies, hasta la cabeza. «No se padece cuando se ama; o se ama el padecer lo que se padece»; yo he oído decir esto; nada hay más verdadero, y de ello tengo experiencia; padezcamos y hagamos todo por amor y estaremos siempre contentos.

La persona a quien este pobre habló así quedó edificada y decía: —Jamás olvidaré lo que este pobre añadió: «Estimo más mi mal de piernas que una moneda de Oro».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de obrar siempre con mucha dulzura y amor de bendeciros, y de alegrarme cuando tuviere que padecer alguna cosa, considerando que esta es vuestra voluntad, y que soy discípulo de Jesucristo crucificado.

27 de agosto | Santificación de las acciones

«Lo que impide a ciertas personas él hacer bien sus acciones, es el ocuparse demasiado, y cargarse con exceso de ejercicios de piedad. La libertad de los hijos de Dios consiste en cumplir con sus obligaciones con alegría, fidelidad, y recta intención». (San Francisco de Sales).

Este Santo escribió a una persona que tenía más celo por ir en aumento en el número de prácticas de piedad, que en la misma piedad: «Si queréis hacer

cada año un número mayor de ejercicios espirituales, será preciso en tal caso que cada día tengáis que decir dos veces el oficio divino, pues que ya le rezáis una vez. Ayunáis dos veces cada semana, vendrá tiempo en que ayunareis siete veces y queriendo entonces aumentar el número de vuestros ayunos ¿cómo haréis para ayunar dos veces en un mismo día? Vaya id con más ingenuidad. Ya tenéis bastantes santos ejercicios, hacedlos con más devoción, más alegría y amor y progresareis en la virtud».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo haga todo lo que debo hacer, y que sea por vuestro amor, con la mayor fidelidad y alegría.

28 de agosto | Santificación de las acciones

«Entre los muchos y excelentes medios que hay para hacer bien las acciones os recomiendo este y es el hacer cada una de ellas como si fuera la última acción de vuestra vida; y por esto mientras obráis, deciros a vosotros mismos: “¿Si tú supieras que habías de morir inmediatamente después de esta acción, la harías de la manera que la haces?”». (San Vicente de Paul).

Un sacerdote muy virtuoso tenía costumbre de confesarse todos los días inmediatamente antes de decir la santa misa, cayó en una enfermedad, y le dijeron: «Vos estáis enfermo de peligro, confesaos, como si estuvieseis seguro que habláis de morir de esta». A lo que contestó con una respuesta muy edificante: «Sea Dios bendito; treinta años hace que me confieso cada día y siempre lo he hecho como si debiera morir al punto, y así bastará ahora reconciliarme como si fuese a celebrar el Santo sacrificio de la misa».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo haga cada una de mis acciones, como si hubiera de morir al punto, después de haberla hecho.

29 de agosto | Santificación de las acciones

«Uno de los grandes artificios de que el demonio se vale para hacernos perder el fervor e inclinarnos a abandonar el servicio de Dios, es el representarnos, que es muy difícil y hasta imposible observar fielmente por muchos años la ley de Dios, y ser tentados continuamente sin sucumbir a la tentación. El mejor medio para no dejarse vencer por esta reflexión, es pensar que no hay más que un día para vivir; que al fin de este día, es necesario dar cuenta a Dios de todas las obras, y que este día basta para obtener misericordia, si se emplea santamente». (Alonso Rodríguez).

San Jerónimo se imaginaba oír cada instante el sonido de la trompeta que el día del juicio llamará a los muertos para comparecer ante el terrible tribunal de Jesucristo, y por este medio se animaba a sí mismo para resistir a los asaltos continuos del espíritu impuro.

Otro Santo decía siempre al amanecer: «Es cosa cierta que mi eternidad bienaventurada depende de la fidelidad con que sirva a Dios en este día. ¿Y dudaré servirle con la perfección que rae sea posible?».

«Dios me concede aun este día para amarle con libertad. ¡Oh, cuan bueno es para mí! Que, ¿seré tan ingrato que no trabaje durante este mismo día por agradarle? Así exclamaba san Francisco de Sales luego que despertaba.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, que tenéis la bondad de concederme un día más de vida, haced que por vuestra gracia obtenga en él misericordia, os agrade y atesore para el cielo.

30 de agosto | Santificación de las acciones

«Ciertas almas están en un grande error de creer que no se puede conservar el reposo interior y la paz del alma en medio de los negocios y contradicciones. No hay movimiento más veloz que el de un navío que se halla en alta mar, y sin embargo los que van en él no dejan de reposar, y dormir, y la aguja de marear,

permanece siempre en su situación natural, es decir: vuelta del lado del polo. El gran punto para no perder la paz, es poner cuidado en tener la aguja de nuestra voluntad del lado del polo, que es el agradar a Dios». (San Francisco de Sales).

¿A quién no parecería que los negocios iban a abrumar a san Vicente de Paul y tenerle continuamente como fuera de sí mismo? Él era confesor de la Reina; gobernaba su congregación y otras comunidades; presidia a la mayor parte de las juntas de caridad: era como el alma de las conferencias eclesiásticas que tenía continuamente; todos los desafortunados se acogían a él de todas partes como a su padre, y sin embargo en medio de este flujo y reflujo continuado de personas que veía, y asuntos que trataba, se hallaba siempre recogido, siempre dueño de sí mismo, mostrando siempre un espíritu igual, y gozando siempre en su corazón la paz como si no tuviera más que un solo negocio poco interesante.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no deseo más que complaceros, mi agrado es el vuestro; y así, ¿qué es lo que podrá inquietarme, hacerme perder la paz del alma, impedirme el recogimiento y gozar de una alegría que se manifieste en mi exterior?

31 de agosto | Santificación de las acciones

«Todo lo que hacemos toma su valor de la conformidad con la voluntad de Dios, de manera que, aun comiendo y recreándome, si lo hago porque esta es su voluntad, merezco más que si sufriese la muerte sin tener tal intención. Grabad pues en vuestro corazón este principio, y traedlo a la memoria en todas vuestras acciones a imitación del carpintero que hace pasar por escuadra todas las tablas de que se sirve, y así es como lo haréis todo con perfección». (San Francisco de Sales).

Tan convencido estaba un padre Jesuita de esta verdad, que no podía menos de decir que cuando él tomaba su alimento hacia tanto como el Apóstol de las Indias; porque lo más que San Francisco Javier hacia predicando el evangelio a los Indios, añadía él, era cumplir la voluntad de Dios, y que el

cumplía esta misma voluntad siempre que estaba en el refectorio cuando la regla lo ordenaba.

Le era tan fácil, y tan familiar a Santa Magdalena de Pazzi el proponerse directamente en todas sus acciones el hacer la voluntad de Dios, que le parecía imposible que los cristianos pudiesen obrar, sin referirse a esta voluntad divina.

Una de las resoluciones que tomaba todas las mañanas, al mediodía y al anochecer un Santo Padre era, obrar siempre según Dios, en Dios, y por Dios: «Según Dios; no haré nada contra su voluntad santa. En Dios; en estado de gracia y haciendo que la gracia actual sea principio de todas mis acciones, para estar en gracia haré un acto de contrición perfecta antes de mis acciones principales, y a fin de que la gracia actual sea el origen de dichas acciones, pediré a Dios esta gracia con fervor antes de pasar de un ejercicio a otro. Por Dios; no quiero obrar sino por un motivo sobrenatural, por la gloria de Dios, por agradar a Dios, por amor de Dios, en la presencia de Dios con mucho fervor, uniéndome entonces a Jesucristo, como Él si estuviera haciendo una acción semejante a la que yo hago».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor y Dios mío, yo os ofrezco y consagro todos mis pensamientos, palabras y acciones. Bendecid, mi Dios, todo lo que haga y padezca para que en todas las cosas no busque sino vuestra gloria y el cumplimiento de vuestra santísima voluntad.

SEPTIEMBRE

Oración

Es menester orar siempre, y no desfallecer,

Oportet semper orare et non deficere.

(Luc. 18. 1.)

1 de septiembre | Oración

«Nada hay ciertamente más útil que la oración, y por esto deberíamos estimarla y amarla mucho y no omitir medio alguno para hacerla bien». (San Vicente de Paul).

Todos los santos han manifestado el mayor afecto a este ejercicio. San Cayetano empleaba en ella ocho horas al día. Santa Margarita Reina de Escocia, y San Esteban Rey de Hungría pasaban casi toda la noche en oración. San Francisco daba a la oración todo el tiempo que las obligaciones de su estado le dejaban libre. San Luis Gonzaga siendo muy joven tenía cada día una hora y a veces dos de oración. Se puede decir que Santa Magdalena de Pazzi vivía de oración. Hubo santos como San Felipe de Neri y San Francisco de Sales, que estaban siempre en oración, y de quienes se podía decir que la hacían al mismo tiempo que se ocupaban en los asuntos más graves.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme un elevado aprecio de la oración. Haced que la ame y que nada omita para cumplir dignamente con un ejercicio tan saludable.

2 de septiembre | Oración

«La oración bien hecha es muy agradable a los ángeles, y por eso favorecen tanto a los que oran. Al contrario la misma oración es un gran tormento para el demonio que se esfuerza en perturbar y distraer a los que se ocupan en este santo ejercicio». (San Juan Crisóstomo).

«Vamos hacer rabiar al demonio», decía un siervo de Dios cuando se ponía a hacer oración.

—¿Por qué mientras la oración me hace el demonio más guerra que en otras ocasiones?, —preguntaba cierta persona a un santo sacerdote.

Y él contestó: —No hay cosa que el demonio aborrezca más que el que hagamos bien nuestra oración, porque no hay ejercicio que sea más saludable y de donde saquemos más gracias. El que orase siempre bien, muy luego sería un Ángel.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que ore siempre muy buen y que sea de una manera que os honre y os sea agradable; y de un modo que a mí me sea útil en el tiempo y en la eternidad.

3 de septiembre | Oración

«Las almas que omiten el ejercicio de la oración son como un cuerpo paralítico y estropeado, que aunque tiene manos y pies, no hace uso de ellos. Así, según mi dictamen, el abandonar el ejercicio saludable de la oración es dejar el buen camino. La oración es la puerta por la cual el Señor nos comunica sus gracias. Si esta puerta está cerrada, ¿por dónde nos han de venir?». (Santa Teresa).

Decía esta Santa: «Yo he tenido la triste experiencia de ello. Habiendo abandonado la oración por algún tiempo, comencé a caer en muchos defectos y pecados de los cuales no podía librarme aunque no eran de consideración. Cada día era menos cristiana y me hubiera perdido infaliblemente como el Señor me lo hizo entender, si no hubiera vuelto al ejercicio saludable de la oración».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme el aprecio y amor de la oración; deseo estar muy asiduo en ella, no permitáis que desprecie jamás un ejercicio tan saludable.

4 de septiembre | Oración

«Se puede tener por cierto que una alma que persevera en el ejercicio de la oración no se perderá por grandes y multiplicados que sean sus pecados, por

más vivas y frecuentes que sean las tentaciones que el demonio le presente: tarde o temprano el Señor la librará del peligro y la conducirá al puerto de salvación». (Santa Teresa).

Santa María Egipciaca después de su conversión fue continuamente molestada por espacio de diez y siete años con horribles tentaciones, pero siempre salió victoriosa en los asaltos que le presentaba el espíritu impuro, porque no cesaba entonces de pedir al Señor.

Del mismo medio se valió también Santa Margarita de Cortona para no volver a caer, a pesar de la viveza de sus pasiones y tentaciones continuas que le ocasionaba la memoria tan peligrosa de sus desordenes criminales.

Cuanto más santo es el estado del que peca tanto mayor es su delito y más difícil la enmienda. Esto no obstante, se puede llegar a punto de romper las cadenas criminales, si se medita profundamente y se ora con constancia.

Cierto sacerdote de Italia que vino a hacerse un monstruo de iniquidad y mereció por sus maldades ser entregado a todos los rigores de la justicia humana, fue encarcelado por sospechas vehementes de algunos crímenes. Encerrado en un calabozo horroroso, sufría una especie de infierno por los remordimientos de su conciencia que no había podido reprimir del todo y por la desesperación a que le conducía la vista de su estado presente y el pensamiento de los suplicios a los cuales temía ser condenado.

Un celoso misionero pidió permiso para verle, y se lo concedieron: habiendo entrado en su calabozo, el infeliz sacerdote le recibió como recibe un demente a los que se aproximan para aplicarle remedios. La caridad no se acobarda; el misionero le mostró entonces un crucifijo, valiéndose par a ello de un rayo de luz que entraba por una pequeña abertura, y al mismo tiempo le dice:

—Os ruego hermano que miréis continuamente la imagen de Jesucristo crucificado, que murió por los pecadores, y que los llama a penitencia.

Le entregó igualmente un libro de ejercicios exhortándole a que se valiese del estado en que se hallaba para hacer reflexiones saludables. Por este medio que se le presentó halló la salvación el infeliz que parecía correr a la impenitencia final. A la vista del crucifijo y con la lectura del libro, conoció cuan culpable se hallaba, gemía amargamente y no cesaba de pedir misericordia

por Jesucristo, y sus oraciones fueron oídas. Habiendo suplicado que se hiciese venir a aquel dé quien el Señor se había servido para hacerle entrar en sí mismo, se confesó con él penetrado de la más amarga contrición. La viveza de su dolor le hizo ir después a declarar a sus jueces los crímenes de que no estaba convencido y aun otros muchos que no había antes recordado.

—¡Dichoso yo, —decía—, si puedo evitar las llamas eternas por medio de los tormentos que merezco sufrir en este mundo!

Habiendo tenido después la libertad de verse con los demas encarcelados que eran en gran número, trabajó tan eficazmente en su santificación por los buenos ejemplos que les dio, por las exhortaciones tiernas que les hizo y los diferentes ejercicios de piedad que les enseño, que la prisión, lugar de horror y de pecados, se hizo un lugar de bendición, al cual se podía dar el nombre de monasterio de verdaderos penitentes. Sin embargo, mientras que este criminal tan perfectamente convertido oía con entera sumisión, y en cierto modo con valor, la sentencia que le debía condenar a los más rigurosos suplicios, le atacó una enfermedad peligrosa y murió pronto, dando las más grandes muestras de contrición, de reconocimiento, de confianza y de amor.

—Confió en gran manera, —decía al morir—, que el Señor tendrá misericordia de mí; me parece he llorado sinceramente todos los pecados por los cuales he ultrajado a Dios infinitamente perfecto; he vivido tan largo tiempo sin amar a tan tierno Padre, pero ahora conozco que le amo.

¡Oh, cuan saludables son los frutos de la oración!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, dichoso el que medita con recogimiento vuestras misericordias delante de la imagen de vuestro hijo Jesús crucificado! Estaré mientras la oración, como anonadado en presencia de vuestra divina majestad y os diré: «Padre mío, he pecado, tened misericordia de mí»

5 de septiembre | Oración

«Un hombre de oración es capaz de todo. Por esto importa mucho a los misioneros el dedicarse especialmente a este ejercicio sin el cual, o no harán

fruto, o harán muy poco. Pero con sus auxilios, se harán mucho más diestros pura mover los corazones y ganar almas hacia Jesucristo, que si fuesen muy sabios en las letras humanas y tuviesen la gracia de bien decir». (San Vicente de Paul.)

San Francisco de Borja era verdaderamente un hombre de oración, después de estar en ella horas enteras le parecía que no había estado con Dios más que algún instante. Y de aquí es que cuando subía al pulpito para anunciar la palabra divina, muchos de sus oyentes se conmovían hasta derramar lágrimas, y se veían después retirarse del santo templo grandes pecadores penetrados de sentimientos de verdadera penitencia .

El V. P. Fr. Luis de Granada al salir de la oración que había hecho con el mayor fervor sobre la pasión de Jesucristo, quiso tratar en el pulpito esta gran materia un viernes Santo. Tomó por tema estas palabras, pasión de nuestro Señor Jesucristo: *Passio Domini nostri Jesucristi*, pero apenas acabó de pronunciarlas cuando sus ojos fueron dos fuentes de lágrimas y caían con tanta abundancia, que no pudo hacer otra cosa que repetir dos o tres veces las mismas palabras, con una voz interrumpida por los sollozos. Jamás se oyó sermón más corto, pero tampoco de más eficacia; las lágrimas que derramaron un gran número de los oyentes, fueron acompañadas de frutos de una sincera conversión.

Santo Tomás y san Buenaventura reconocían que con el ejercicio de la oración más que con la lectura de los libros, habían adquirido los elevados conocimientos por los cuales el uno mereció el sobrenombre de Doctor Angélico y el otro el de Seráfico. Cuando santo Tomás quería aclarar el sentido de algún texto dificultoso que ignoraba, acudía a la oración y al momento quedaba instruido sobre lo que él deseaba.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, ved mi miseria y tened piedad de mí. Mi alma se halla en tinieblas y mi corazón helado para con Vos, y yo soy más frágil que el vidrio, pero me aplicaré a la oración y Vos Señor me iluminareis, enardeceréis y fortificareis.

6 de septiembre | Oración

«Antes de tratar con los hombres de cosas espirituales, tratadlas con Dios, en la oración, despojándoos de vuestro espíritu propio para revestiros del Espíritu Santo que es el único que ilumina el entendimiento, e inflama la voluntad. Es necesario sobre todo que los superiores tengan una gran comunicación con Dios, y acudan a Él en todas las ocasiones para saber qué es lo que deben enseñar a los demás y el modo con que lo han de enseñar, a imitación de Moisés que no anunciaba al pueblo de Israel sino lo que el Señor le había mandado». (San Vicente de Paul).

El Abad Pambon respondió a unos que le iban a pedir consejo: «Dadme tiempo para pensar en ello», y al punto se ponía en oración, y si el Señor le iluminaba, daba su parecer según las luces que habla recibido del mismo Dios; y si no, rehusaba dar su consejo.

San Ignacio sólo confiaba en la sabiduría divina, jamás resolvió asuntos de alguna trascendencia sin haberlos encomendado antes a Dios en la oración.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, nada emprenderé, ni haré cosa de importancia, ni daré consejo alguno, sin encomendarme antes a Vos. Concededme la sabiduría y que me asista continuamente.

7 de septiembre | Oración

«La oración mental consiste en entender bien lo que decimos, considerando quien es Aquel con quien hablamos, y lo que somos nosotros que nos atrevemos a hablar así á un Dios tan grande; y aún más en conversar con Él como un amigo habla con su amigo, juzgando que nos ama, y haciendo los diversos actos de piedad que esta reflexión debe producir; sí, he aquí, según mi dictamen, lo que es la oración mental». (Santa Teresa).

San Ignacio viajaba con muchos de sus hermanos y cada uno llevaba a sus espaldas un pequeño saco con lo más necesario. Un buen cristiano observó que iban fatigados y trató de aliviarles, cargando con los sacos de cada uno; prometió servirles, rogándoles que aceptasen el obsequio que les hacía, como si les hubiera pedido un gran favor y ellos cedieron a sus instancias.

Cuando llegaron a la posada en donde debían descansar, el hombre que les seguía viendo que estos buenos padres, se ponían a cierta distancia los unos de los otros para orar él también se arrodilló a su imitación y permaneció en este estado mientras que los padres oraban; concluida la oración se levantaron, ¡y cuál fue su sorpresa, al ver que aquel hombre sin letras y poco instruido, había hecho oración como ellos un tiempo considerable! Dichos padres testificaron este caso, y luego le preguntaron: —¿Qué habéis hecho en todo este tiempo?

Su respuesta los edificó mucho cuando les dijo: —Yo no he hecho otra cosa más que decir, estos que oran tan devotamente son Santos y yo soy su bestia de carga: «Señor, tengo intención de hacer lo que ellos hacen, y os digo todo lo que ellos os dicen».

Esta fue su súplica ordinaria en todo el viaje y llegó por este medio a un sublime grado de oración.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, ¡cómo se podrá tener fe, amaros y no apreciar el santo ejercicio de la oración! ¡Qué cosa hay más dulce que el estar con humildad y con amor delante de Dios, dirigirle palabras y escucharle, entretenerse con Él como un amigo con otro amigo y como un niño con su tierno padre!

8 de septiembre | Oración

«Si cuando se hace a Dios alguna oración vocal se le habla al mismo tiempo con el corazón, considerando que es al mismo Dios a quien se dirige, y penetrándose de los sentimientos que las palabras expresan, entonces se hace una oración que es a la vez mental y vocal, y esta oración es muy útil». (Santa Teresa).

Un sacerdote piadoso hallándose en una posada aconsejó a la dueña de la casa a que santificase todas sus acciones, y le preguntó después si lo hacía, le contestó diciendo: —Yo trato de hacerlo, y para esto tengo una breve oración particular para cada acción, y la rezó lo más devotamente que puedo, uniéndome entonces a la iglesia triunfante, militante y paciente, y hace como doce años que tengo esta costumbre.

—¿Quién os ha sugerido esta excelente práctica y enseñado estas oraciones?, —añadió el sacerdote.

Y le dijo que fue un padre capuchino, celoso misionero, el cual había convertido a muchos en las misiones que hizo en aquel tiempo.

El sacerdote la exhortó a enseñar tan saludable práctica a sus hijos, criados y amigos; pero ella ya lo había hecho así antes que se lo hubiese advertido.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, tomo la resolución de hacer antes de cada obra, una oración breve, que diga relación con lo que haya de ejecutar, a fin de hacerla de un modo que os sea agradable y a mí me sea útil.

9 de septiembre | Oración

«Cuando uno se siente movido en la oración por algún santo afecto, entonces no es ya tiempo de multiplicar las reflexiones; pero es necesario detenerse en ellas, gustarlas, y dirigir a Dios de tiempo en tiempo algunas palabras de compunción, de amor o de resignación, según á lo que cada uno se vea inclinado. Esto es lo mejor de la oración». (Santa Juana Francisca).

San Cirilo enseña también por una comparación que así escomo debemos conducirnos: «¿Qué se hace cuando se quiere tener luz? Se toma un eslabón y se hiere la piedra con él acero hasta que el fuego haya prendido en la yesca o en tela quemada, sobre la cual se procura hacer que caigan las chispas; pera se cesa después que se tiene fuego, al cual se puede aplicar una pajuela, pues así debe hacer el que medita, es necesario herir con el eslabón de las consideraciones y razonamientos que hace el espíritu, la piedra de nuestro corazón hasta que el amor de Dios, el deseo de la humildad, de mortificación o de cualquiera otra

virtud, hayan prendido en él. Y de este modo, estando el corazón inflamado, no hace más que sostener el fuego divino».

Un siervo de Dios que de ordinario meditaba sobre la pasión de Jesucristo estaba bien penetrado de esto, y lo ponía en práctica. Él trabajaba desde luego por representarse vivamente en su imaginación a Jesucristo padeciendo y cuando se sentía movido de algún sentimiento de amor, de reconocimiento, de dolor de sus pecados o de deseo de imitar a su divino modelo, no procuraba más que dar la mayor actividad a estos piadosos sentimientos.

Pero cuando veía, que se entibiaban, volvía a usar de consideraciones para animarlos; y ved aquí las que hacia: «¡Que tormentos tan horrorosos! ¿Quién los ha sufrido? El hijo de Dios ¡Ah! ¿Por quién ha padecido voluntariamente así, porque él no tenía necesidad de haber padecido? Esto fue por mí; ¡por mí! ¡Oh, caridad! ¿El Hijo de Dios ha podido resolverse a padecer por mí hasta este exceso? ¡Por mí que no soy nada! Por esta nada, tantas veces rebelde, el Hijo de Dios ha consentido ser por mí un varón de dolores, y yo, ¡no he de tener valor para sufrir alguna cosa por su amor! Después de haber padecido por mí, todo lo que se puede padecer a fin de satisfacer por mis pecados, únicamente por amor con el fin de salvarme, ¿y no detestaré el pecado más que a la muerte? Yo ofendo aún muchas veces a este Dios de amor, renovando así su pasión dolorosa crucificándole de nuevo en mi corazón. ¿Dónde está el reconocimiento? ¿Dónde la humanidad? ¿Es verdad que yo tengo un corazón? Y si le tengo, ¿hay fe en él? ¡Ah, yo me avergüenzo y me arrepiento de haber tratado así a mi Dios! No, no quiero más ofenderle, Él me ama tan extraordinariamente, y yo ¿no le he de amar todo cuanto pueda? ¡Oh, mi Dios! Yo os amo y os amaré siempre. ¡Que yo os pueda amar tanto como vos merecéis ser amado!».

De esta manera se ha de meditar procurando que se sucedan los afectos a las consideraciones, y no reflexionando sino para producir santos afectos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dignaos inspirarme mientras la oración las reflexiones que debo hacer, los afectos que debo producir y las resoluciones que debo formar. Espíritu divino seáis Vos el que hagáis oración en mí.

10 de septiembre | Oración

«Las almas que no están aun sólidamente fundadas en la piedad caminan bien y están contentas cuando el Señor les da consuelos en la oración; pero si las priva de ellos al momento se disgustan y dejan de obrar bien, a imitación de los niños que se muestran alegres con su madre cuando les da cosas dulces y lloran cuando se las quitan, porque como niños no conocen que las cosas dulces en gran cantidad les son dañosas y engendran en ellos lombrices. Los consuelos sensibles engendran de ordinario el gusano de la complacencia, y de esta complacencia de sí mismo nace el orgullo, que es el veneno del alma y el que vicia toda buena obra. El Señor nos colma de consuelos espirituales, cuando comenzamos a entrar en el camino de la piedad con el fin de llevarnos hacia Él; pero después nos priva de ellos, porque si no cesáramos de experimentarlos, nos serian dañosos. ¡Qué!, ¿no merece el Señor que se le den gracias, así cuando nos 1os quita, como cuando nos los da?». (San Francisco de Sales).

Un gran siervo de Dios decía, que por espacio de cuarenta años había perseverado fiel en el ejercicio de la oración, sin haber experimentado jamás consuelo alguno interior, y que esto no obstante le había sido muy útil este ejercicio: «Yo me alegro y bendigo a Dios, por haberle servido en cierto modo a mi costa».

El V. Berchmans experimentaba algunas veces en la oración dulzuras indecibles; pero tenía días que su alma padecía las más grandes sequedades, y no por eso perdía el valor, ni de ningún modo se afligía por hallarse en aquel estado.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, tratadme mientras la oración, no según mi inclinación natural, sino según mis necesidades; poco me importa, el que os mostréis, os ocultéis, o me deis algunas repulsas, o me digáis que me amáis; estas no son las dulzuras que yo busco, es solo el cumplimiento de vuestra voluntad y vuestro amor lo que deseo, no quiero más que esto.

11 de septiembre | Oración

«Cuando una alma se halla oprimida por los desconsuelos y esterilidades, debe hacer entonces la oración de anonadamiento, de confianza y de conformidad con la voluntad de Dios, permaneciendo en la presencia del Señor, como un pobre vasallo delante de su Rey, valiéndose de algunas palabras que expresen una sumisión amorosa a su voluntad». (Santa Juana Francisca).

«Yo no desearía otra oración, —decía santa Teresa—, que aquella que me hace crecer en la virtud. Y así miro como más buena la oración hecha con muchas sequedades y tentaciones, porque es la que me hace más humilde. ¿Se podrá decir que no se ora entonces si se ofrece a Dios sus penas, y se padece conformándose con su santa voluntad? Pues el orar así es mucho mejor que cuando se quiebra la cabeza con diversas reflexiones, persuadiéndose que se hará una oración fervorosa, si llega el caso de derramar algunas lágrimas».

—¿De qué medio os valéis, —preguntaron al siervo de Dios Berchmans, para sacar provecho de las esterilidades espirituales?

Y respondió: —Orar y hacer lo posible por ocuparme en la oración y tener paciencia.

San Felipe de Neri decía que le era muy útil en el tiempo de las sequedades, y aflicciones interiores, el figurarse estar como un mendigo en la presencia de Dios y de los santos, y pedir sucesivamente la limosna espiritual ya a Jesucristo, ya a la Santísima Virgen, ya al santo Ángel de la Guarda y ya a este o al otro santo, poco más o menos, como los pobres piden la limosna corporal a los que conocen que pueden hacerla.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, no permitáis que yo abandone la oración en las sequedades. Me anonadaré entonces delante de Vos; me conformaré con vuestra santa voluntad; pediré sin cesar la limosna espiritual a Vos que sois mi padre, a Jesús mi Salvador, a María mi tierna Madre, a los ángeles y a los santos mis celosos protectores.

12 de septiembre | Oración

«El que quiera que la oración le sea muy útil no haga cuenta alguna con los consuelos espirituales. Yo sé por experiencia que una alma que comienza a entrar en este camino con verdadera determinación de ser agradecida, sea que el Señor le dé gustos y ternuras, sea que se las niegue, ha andado ya una gran parte del camino». (Santa Teresa).

San Francisco de Sales, no se afligía por los grandes desconsuelos, sequedades, y abandonos interiores que experimentaba en la oración. Un dia dijo a su amada hija en el Señor, Santa Juana Francisca: «Yo no acostumbro a reflexionar, si tengo consolaciones o aflicciones. Cuando el Señor me da buenos sentimientos, los recibo con profundo respeto y sencillez y si no me los da, sin pararme en esto me ocupo en estar siempre delante de Dios, con gran confianza, como un niño haciendo actos de amor».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo esté siempre delante de Vos, como un niño delante de su tierna madre, con la mayor confianza y amor.

13 de septiembre | Oración

«Lo que de ordinario aflige también mucho a los que practican el santo ejercicio de la oración, son las distracciones, estas nacen unas veces de la poca mortificación de los sentidos, y otras de que el alma no puede ocuparse largo tiempo de un mismo objeto, pero muchas veces las permite el Señor para probar a sus siervos. ¿Que se deberá hacer cuando se advierte que uno se ha distraído? Es preciso avivar la fe sobre la presencia de Dios, y estar delante de Él con un profundísimo respeto. Si se distrae de nuevo, es necesario suplir esta humillación e importunidad con humildad y paciencia. El tiempo que se emplee en esto no será perdido, porque esta oración hecha así, será muchas veces aún más ventajosa, que otras hechas con recogimiento y gusto, porque todos los actos que se hacen por evitar y llevar con paciencia las distracciones con ánimo

de no desagradar al Señor, son otros tantos actos de amor de Dios». (Santa Teresa).

Santa Juana Francisca daba este consejo a sus hijas de la Visitación: «Cuando se está distraída en el tiempo de la oración, conviene hacer entonces la oración de paciencia, y decir humilde y amorosamente: “Señor, vos sois el único apoyo de mi alma y todo mi consuelo».

San Juan Crisóstomo aconsejaba al que tenía muchas veces distracciones voluntarias, que se animase en lo sucesivo a no caer más en la falta, echándose en cara esta reprensión humillante: «¡Que, he de estar muy atento cuando hablo con un amigo de historias, de noticias y bagatelas, y mientras hablo con Dios de cosas interesantes, del perdón de los pecados, y de los medios de salvarme, no temo ocupar mi espíritu de cosas extrañas! Estando de rodillas, es decir en la situación de aquel que adora y suplica, me atrevo a faltar al respeto debido a un Dios tan grande, a quien hablo dejando que m espíritu vaguee por todas partes. ¡Oh, hipocresía bien criminal! Tengo fe, y si la tengo, ¿no es de creer que haya perdido el sentido?».

Una persona piadosa desechaba prontamente las distracciones recordando esta máxima de S. Cesáreo de Arles: «Cuando se ora, se adora al objeto, en el cual se piensa voluntariamente».

El encargado de la conducta espiritual de san Luis Gonzaga pidiéndole cuenta de su interior, le preguntó sobre el artículo de distracciones:

—¿Habéis tenido muchas distracciones en la oración?

Algunos instantes después de haber sido preguntado le respondió:

—Si se reúnen todas las que he tenido en el discurso de seis meses, habrán sido como el espacio de tiempo que se tarde en decir una Ave María.

Esto a la verdad es muy admirable y digno de envidiarse, pero es de advertir que él nada omitía por alejar de si todo lo que podía distraerle. Se empleaba continuamente en mortificar todos sus sentidos, y jamás ocupaba su espíritu sino de pensamientos propios para perfeccionarse en la piedad y en las ciencias de su estado.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, trabajaré por quitar la ocasión de la mayor parte de mis distracciones, mortificando mis pasiones continuamente y procurando andar siempre en vuestra santa presencia. En mis distracciones me humillaré y ejercitaré la paciencia. Jamás se ocupará mi alma voluntariamente de pensamientos extraños por temor de desagradaros.

14 de septiembre | Oración

«Todo el conato de los que se entregan al ejercicio de la oración debe de ser por conformar su voluntad con la de Dios, pues que en esto consiste la perfección más grande que se puede adquirir en la tierra». (Santa Teresa).

Conformarse en todas las cosas con la voluntad divina, era el objeto principal de todas las oraciones que hacia esta gran Santa.

San Bernardo decía a Dios al principio de todas sus suplicas: «Dios mío, yo os ofrezco esta oración con el fin de que atendáis al ardiente deseo que me habéis inspirado de conocer y hacer vuestra santa voluntad».

Benito José de Labre, el *pobre de Jesucristo* que murió en olor de santidad en Roma año de 1783, daba por respuesta a los que se admiraban de su vida tan humilde y penitente. «Dios lo quiere así. Dios quiere que vaya por este camino, y no nos es permitido resistir a la voluntad de Dios. Dios lo ha dispuesto todo para mi mayor bien y para mi salvación». Este era el fruto que sacaba de su oración.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, inspirad en mí un deseo ardiente de conocer y cumplir vuestra santa voluntad. Este será el objeto de todas mis oraciones y el fruto que deseo sacar de ellas.

15 de septiembre | Oración

«La meditación así como toda oración vocal debe ser humilde, fervorosa, constante y acompañada de resignación y confianza, considerando que se está en la presencia de Dios, y que se habla a aquel ante quien los espíritus celestiales tiemblan llenos de respeto y de temor». (Santa Magdalena de Pazzi).

San Francisco de Sales se portaba en lo exterior e interior tan devotamente cuando oraba en particular, como cuando oraba en público en el Santo templo, permaneciendo siempre en una postura muy devota, con los ojos cerrados o modestamente bajos, a fin de estar más recogido. Admirado de la santidad y bondad de Dios, su alma no cesaba de extenderse en santos afectos. No se podía verle en este estado sin admirarse de él, y sin ser movido de piadosos sentimientos. En el tiempo de las esterilidades espirituales se consideraba delante de Dios, como una estatua colocada en un aposento, porque esta era la voluntad de su maestro que estuviese allí. «Oh, mi Dios, yo estoy aquí por agradaros y no deseo otra cosa», decía.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que en todas mis oraciones, me penetre interiormente de vuestra soberana majestad, de vuestra santidad infinita y de vuestra bondad admirable. En el tiempo de las sequedades y disgustos, me consideraré como una estatua colocada en un aposento, únicamente por conformarse con la voluntad de su dueño.

16 de septiembre | Oración

«Desembarazaos algún tanto de vuestros cuidados y tomad un poco de tiempo para pensar en Dios y descansar en Él. Entrad en el gabinete de vuestro corazón y arrojad de él todas las cosas a excepción de vuestro Creador y de lo que os pueda servir para hallarle, y cerrando después la puerta, decidle: “Señor, yo deseo que se cumpla vuestra voluntad; enseñadme a conocerla y cumplirla”». (San Agustín).

San Francisco de Sales daba al interior de su alma el nombre de santuario de Dios, en donde no había otra cosa que su alma y Dios. Este era el lugar de su

retiro y mansión ordinaria; de aquí su gran pureza, su admirable sencillez, su profunda humildad y su unión continúa con Dios.

Cuando san Bernardo se ponía en oración o entraba en el santo templo, decía: «Apartaos de mí pensamientos inútiles, afectos terrestres; y tú, alma mía, entra en el juicio de tu Señor».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os consagro mi corazón, haced de él vuestro templo, vuestro santuario y que yo habite en él siempre, y os adore sin cesar.

17 de septiembre | Oración

«Los que pueden encerrarse en el pequeño cielo de su alma, en donde está el que ha creado el cielo y la tierra, van por un buen camino; estos llegarán a beber en abundancia el agua de la fuente, y adelantarán mucho en poco tiempo». (Santa Teresa).

Santa Catalina de Sena que amaba mucho el retiro, viéndose recargada por sus padres de ocupaciones penosas y disipantes, se formó un oratorio en su propio corazón, en donde estaba continuamente sin que nada fuese capaz de apartarla de allí. Allí pues consideraba a su Dios y se entretenía amorosamente con Él; y tenía costumbre de decir: «Nuestro corazón es el Reino de Dios en donde fija su morada».

Una religiosa fervorosa aborrecía el locutorio y no iba allí jamás, sino por pura necesidad, por temor de hallar ocasiones de perder el recogimiento. Queriéndola persuadir sus padres que tenía necesidad de recrear su espíritu con alguna conversación honesta, les contestó que ella conversaba continuamente con Jesucristo y que no podía hallar otra conversación más instructiva y religiosa al mismo tiempo.

«¡Que manantial de delicias para mí, el acordarme que tengo a Dios dentro de mí, y que no hay en mí más que Él!», decía santa Teresa

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, Vos estáis dentro de mí, estad solo, reinad sobre todas las potencias de mi alma. ¡Que dicha el que mi corazón sea vuestra mansión, vuestro reino, un pequeño cielo! ¡Qué útil es, y que delicioso el teneros siempre conmigo, y el poder conversar en todo tiempo con Vos!

18 de septiembre | Oración

«No hay necesidad de discurrir mucho haciendo oración, ni de servirse de expresiones escogidas hablando con Dios. Se puede uno contentar con hallarse profundamente recogido en su divina presencia, presentándole sencillamente sus necesidades, y la obligación que ha querido contraer, por amor hacia nosotros, de ayudarnos en ella». (Santa Teresa.)

Gerson refiere que un gran siervo de Dios, decía muchas veces: «Después de cuarenta años que me he ejercitado lo mejor que he podido en hacer oración, no he hallado otro medio para hacerla bien, que presentarme delante de Dios como un niño, o como un pobre mendigo, ciego, desnudo y abandonado».

He aquí la especie de oración que hacia san Francisco de Asís cuando pasaba las noches enteras con repetir estas palabras: «Dios mío, ¿quién sois Vos y quién soy yo?». A la vista de un Dios tan grande y tan bueno se anonadaba pensando que él no era más que polvo, estaba penetrado de una contrición que procedía de la caridad, y le suplicaba con lágrimas se diese priesa para venir al socorro de su gran miseria.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo esté siempre recogido profundamente en vuestra presencia. Os expondré sin cesar mis necesidades, acordaos que os habéis obligado por amor a socorrernos. Señor, pues que sois tan bueno y tan poderoso, daos prisa para venir al socorro de vuestro hijo que se halla en la miseria.

19 de septiembre | Oración

. «Es muy provechoso y saludable et ocuparse sucesivamente ínterin la oración en hacer actos de alabanza y de amor de Dios; en formar un deseo y firme propósito de agradarle en todas las cosas; complacerse de su bondad, y de todo lo que pertenece a la soberana perfección; desear que se le dé el honor y gloria que merece, encomendarse a su clemencia; ponerse sencillamente delante de Él, admirando su grandeza y misericordia, y humillándose a la vista de sus propias miserias, y después mostrarse indiferente sobre lo que quiera darnos, ya el agua de las consolaciones, o ya esterilidades, porque sabe mejor que nosotros lo que más nos conviene. Todos estos actos son muy propios para llenar la voluntad de santos afectos. Lo más sublime no consiste en reflexionar mucho sino en amar mucho». (Santa Teresa).

El padre Señeri el joven decía llorando a sus amigos: «No obréis como yo; todo el tiempo de mis estudios en teología, empleaba mi hora de oración en hacer muchas consideraciones, para excitar en mí algunos piadosos afectos, y entonces casi nunca me encomendaba a Dios. Por fin el Señor se ha dignado instruirme, y ahora no hago casi otra cosa que encomendarme a Él y hacer diversos actos y así me hallo muy bien. Si ha hecho en mí alguna mudanza, y he sido de alguna utilidad para otros, me parece que lo debo a este ejercicio».

Santa Juana Francisca hallaba sus delicias en la consideración de las inmensas perfecciones de Dios y en el deseo de que este soberano bien fuese conocido y amado de todas sus criaturas.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no cesaré de encomendarme a Vos, de alabaros y de excitarme a amaros, y deciros, que estoy pronto a cumplir vuestra divina voluntad.

20 de septiembre | Oración

«Imaginaos durante la oración que se os va a llenar de injurias, y que todo género de adversidades van a descargar sobre vosotros; preparad después vuestro corazón para perdonar enteramente a todos los que os ofendieren, y

sufrirlo todo con paciencia a imitación de vuestro Salvador. Por este medio se hacen grandes progresos en los caminos de la perfección». (San Felipe de Neri).

San Ignacio, estando enfermo en la cama, examinó seriamente si le podía acontecer alguna cosa que fuese capaz de turbarle; y después de haber reflexionado largo tiempo, y hecho como un examen de todas las adversidades, reconoció que una sola cosa sería capaz de afligirle, y quitarle la paz del alma, era la destrucción de la compañía de la cual era fundador. Y por esto, habiendo meditado muchas veces sobre este punto, le pareció después que si el Señor le enviaba esta cruz, no necesitaría más que un cuarto de hora de oración para recobrar su primera tranquilidad, dado caso que pudiese saber él la noticia.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Salvador mío, que habéis sido crucificado por mí, pronto estoy a ser crucificado por Vos! ¿Qué cruz queréis cargarme?

21 de septiembre | Oración

«Meditad todos los días por algún espacio de tiempo sobre la pasión de Jesucristo. Una sola meditación bien hecha sobre este asunto vale más que si se hiciesen por un año entero ásperas penitencias, o si se rezase cada día todo el salterio». (Alberto el Grande).

La meditación continua de los padecimientos del Salvador hizo que san Francisco de Asís, san Francisco Javier y santa Brígida, llegasen a una santidad tan eminente.

El gran siervo de Dios, Benito José de Labre, no perdía de vista a Jesús crucificado. Cuando veía algún crucifijo decía: «Oh, Jesucristo, no sois vos el que merecíais ser crucificado, soy yo. Esta cruz no debía haber sido hecha para vos, yo debo llevarla y ser elevado en ella».

El V. Palafox se ponía con el pensamiento a reposar sucesivamente sobre cada uno de los clavos que sostenían a Jesucristo en la cruz a manera de un ave que va a reposar sobre las ramas de un árbol. Allí el venerable consideraba lleno

de afectos de admiración y de amor el horroroso estado en que los pecados de los hombres hablan puesto a su divino Maestro, y bebía con devoción la sangre preciosa, que había en sus adorables llagas.

Un sacerdote preguntó a un joven muy piadoso de quien habían dicho que tenía el don de oración en grado eminente, de qué modo meditaba, y le contestó:

«Mí meditación es casi siempre sobre la pasión de nuestro Señor Jesucristo, y lo hago en mi corazón de la manera siguiente: Me imagino siempre antes de comenzar, que están alrededor de mí Jesucristo y la Santísima Virgen. Me dirijo después a María, a quien acostumbro a dar el nombre de buena madre, y le hago diferentes preguntas, a las cuales me parece oír que me responde, lo que inflama mí amor hacia su divino Hijo, a quien hablo lo más respetuosa y amorosamente que puedo. El tiempo que destino para meditar pasa sin yo conocerlo, y acontece muchas veces, que no puedo perder de vista en todo el día el estado en el cual he considerado por la mañana a mi amable salvador».

El sacerdote admirado de lo que hablaba el joven le dijo: «¿Que preguntas son las que hacéis a la Santísima Virgen?».

Y le satisfizo diciendo: «Cuando saludo a esta Señora le digo así: —Mi buena madre, ¿quién es aquel que veo cerca de vos todo cubierto de horrorosas llagas y todo ensangrentado? Aun cuando fuese el más malvado de los hombres ¿no se podría menos de tener compasión de Él?

—Este es Jesucristo mi Hijo, —me responde.

—¡Que!, ¿este es vuestro Hijo, el Hijo único de Dios hecho hombre en vuestras entrañas? ¿Quién es el que le ha puesto en tan lastimoso estado?

Y la Virgen me dice: —Los hombres, es decir tú mismo, tus pecados.

—¡Qué!, ¿yo soy el que he puesto así al hijo de Dios? He aquí lo que he hecho pecando. ¡Oh, que culpable soy! Más, ¿qué es lo que ha movido a Jesucristo para sufrir tanto? ¿No me podía castigar sin padecer?

Y me contesta: —Mi Hijo ha padecido voluntariamente, y ha querido padecer hasta este exceso para impedir que tu cayeses en el infierno, y lo que le resolvió a sufrir por ti y por tu bien fue el amor y únicamente el amor. Mi Hijo Jesús te ha amado, y se entregó por ti para librarle de la esclavitud del pecado y del infierno y alcanzarte un lugar en el cielo; y te ha merecido por sus dolores las gracias de las cuales tienes necesidad para llegar allí

—¡Oh, mi buena Madre!, decidme qué debo hacer, yo estoy pronto a todo.

Y me responde: —Ve a pedir perdón de los pecados que has cometido a mi HIJO Salvador; manifiéstale tu reconocimiento por haber hecho por ti grandes cosas; ofrécete enteramente a Él por amor, promete obedecerle e imitarle, y suplícale que venga sin cesar a socorrerte.

Entonces me dirijo a Jesús y hago todo lo que la Santísima Virgen me ha aconsejado».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, amabilísimo Redentor mío, aquí me tenéis ya no me quejaré, os bendeciré y os daré gracias, grabad profundísimamente en mi corazón vuestra pasión dolorosa. Haced que piense en ella sin cesar y que en todo tiempo esté abrasado en vuestro amor.

22 de septiembre | Oración

«Así como un amigo visita muchas veces a su, amigo cerca del cual vive, deseándole por la mañana un buen día y por la tarde que pase bien la noche, y como buscando ocasión de entretenerse con él todo el día, así también debéis hacer con Jesucristo, visitándole muchas veces y al Santísimo Sacramento, si vuestras ocupaciones lo permiten, porque al pie de los altares se hace mejor la oración. En todas las visitas que hagáis a nuestro Señor ofreced muchas veces su preciosa sangre al Padre Eterno, y experimentaréis que estas visitas son muy conducentes para que se aumente más en vosotros el amor». (Santa Magdalena de Pazzi).

Una piadosa persona que estaba obligada a salir de casa muchas veces por deberes de su estado, siempre que pasaba por delante de una iglesia entraba en ella para rendir a Jesucristo sus homenajes y encomendarse a Él.

San Vicente de Paul visitaba al Santísimo Sacramento todas las veces que podía, y allí junto a Jesucristo descansaba de sus grandes ocupaciones; se anonadaba en presencia del Salvador, a quien veía con la fe más claramente que si le viese con los ojos corporales. Su modestia admirable, la cual nacía de su religiosidad, causaba impresión a todos los que le miraban atentamente. Cuando se le pedía consejo sobre algún negocio difícil, acudía como otro Moisés a los

divinos tabernáculos, para consultar al oráculo de la verdad No salía jamás sin ir antes a nuestro Señor Jesucristo a pedir su bendición, y a su regreso se presentaba de nuevo delante de Él, para darle gracias por las que había recibido, y pedirle perdón de las fallas que había cometido. Se puede decir que su alma estaba en oración delante del Santísimo Sacramento, todo el tiempo que se apartaba de allí su cuerpo. Y hubiera querido que sus obligaciones le hubieran permitido estar allí en oración toda su vida.

Llamaban en Roma al siervo de Dios Benito José de Labre, el pobre de las cuarenta horas, porque pasaba la mayor parte del día en alguna iglesia en que estaba expuesto el Santísimo Sacramento a la veneración de los fieles. Todo el tiempo que no rezaba el oficio divino, o algunas otras oraciones vocales, parecía estar en éxtasis. «Este es un santo», decían al salir de la iglesia todos los que le habían visto.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, amabilísimo Salvador, que mi corazón esté siempre en adoración al pie de los altares. Quisiera poder hacer allí oración todo el resto de mi vida.

23 de septiembre | Oración

«Para hacer bien la oración importa mucho el conocerse a sí mismo, pues el que se conoce bien, ve claramente que está lleno de todo género de miserias y en vista de esto se humilla y se confunde delante de la soberana majestad de su Dios. ¡El Señor ha hecho tanto por mí y yo tengo hecho tan poco por Él y le he ofendido tantas veces, teniendo tantas razones para amarle!». (Santa Teresa).

Un joven anacoreta, decía a su maestro: —Me parece, padre mío, que soy virtuoso, y que soy agradable a los ojos del Señor.

—El que no ve sus defectos, —respondió el anciano—, se persuade siempre que es bueno, pero el que reflexiona sobre sus pecados por los cuales se ve culpable, está bien lejos de pensar así.

San Francisco de Borja empleaba dos horas cada día en examinar sus cualidades, para llegar a conocerse bien, y por medio de este ejercicio saludable

concibió tan baja idea de sí mismo que se asombraba de que todos no le despreciasen, insultasen y maltratasen, y por este medio especialmente, vino a hacerse humilde y hombre de oración.

El siervo de Dios, Benito José, de tal modo había concebido en la oración el horror de sí mismo, que estaba muy deseoso de humillaciones. Nada era más delicioso para él que recibir ultrajes. Un digno sacerdote que le estimaba mucho, quiso por respeto besarle los pies y esta quizá fue la mayor de todas las mortificaciones que tuvo que sufrir.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, que no habéis hecho por mí! ¿Y qué he hecho yo por Vos? Tengo tantas razones para amaros y yo no he hecho otra cosa sino ofenderos. Perdonadme Señor, mil veces, perdonadme.

24 de septiembre | Oración

«La grande obra de nuestra perfección nace, se aumenta, y se termina por medio de dos ejercicios, que son fáciles y muy preciosos. Estos ejercicios son las aspiraciones frecuentes y la consideración de Dios. Las aspiraciones son ciertos impulsos del alma hacia Dios, cuyos impulsos son tanto más eficaces cuanto son más vehementes y más amorosos. La consideración de Dios es tanto más útil cuanto las miradas hacia Él son más sencillas. No se puede imaginar el poder que tienen estos dos ejercicios para mantenernos en el deber y ayudarnos en las tentaciones, levantarnos después de nuestras caídas, y unirnos estrechamente a Dios. Pueden hacerse fácilmente en todo lugar y tiempo. Estos ejercicios deberían sernos tan familiares como el aspirar y respirar. (San Francisco de Sales).

Todas las veces que san Ignacio oía el reloj so recogía en sí mismo, y levantaba su corazón o Dios.

San Vicente de Paul practicaba exactamente lo mismo. Aunque estuviese conversando con personas de la más alta categoría, se descubría entonces por señal de religión y hacía alguna aspiración santa. Cuando se hallaba solo decía:

«¡Oh, mí Dios, oh divina bondad! ¡Cuando me haréis la gracia de estar siempre con Vos!»

Santo Tomas de Aquino hacía muchas veces oraciones jaculatorias, estando sobre la mesa cuando estudiaba, cuando salía de la habitación y cuando volvía a ella. No las omitía jamás cuando pasaba de un ejercicio a otro.

Casiano refiere que los monjes de Egipto decían frecuentemente estas palabras del profeta: «Dios mío, atiende a mi socorro; Señor, ayudadme prontamente». Los anacoretas de una eminente virtud reuniéndose para deliberar entre ellos cual era la mejor de todas las prácticas de piedad, concluyeron que la de pronunciar muchas veces estas palabras con mucha humildad, y con gran deseo de que sean oídas.

El V. Palafox decía con frecuencia todos los días: «Señor sostenedme bien para que yo sea tuyo, y que no me separe de vos. No deseo más que seáis mí Dios y mí todo».

El custodio de la hospedería en donde vivió por muchos años el siervo de Dios Benito José de Labre, ha atestiguado que repetía muchas veces en diferentes tiempos de la noche con mucha devoción estas palabras: «Señor, tened piedad de mí. Oh, mi Dios tened lastima de mí».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío! ¿Cómo no os dice mi corazón «yo os amo», cuantas veces respiro? Que este corazón tan ingrato llegue por fin a ser reconocido. Que este corazón tan frio para con Vos, sea abrasado y consumido por vuestro amor.

25 de septiembre | Oración

«Hay un ejercicio que es de gran utilidad y es el de elevarse a Dios por la consideración de todas las cosas visibles, admirando en ellas sus adorables perfecciones, el amor que nos tiene y la obligación que tenemos de servirle con fidelidad». (Lorenzo Scupoli).

He aquí la continua práctica de san Francisco de Sales, que había tomado del excelente libro titulado *Combate espiritual*, del que hacia un mérito tan grande que le llevaba siempre consigo. Cuando veía la hermosura de los campos decía: «Nosotros somos los campos que Dios ha cultivado». Cuando veía las iglesias magnificas y bien adornadas, decía: «Nosotros somos los templos vivos de Dios, ¿por qué nuestras almas no han de estar adornadas de virtudes?». Viendo las flores: «¿Cuándo nuestras flores estarán acompañadas de frutos?» Si veía pinturas extraordinarias y preciosas, hacia esta reflexión: «No hay cosa más hermosa que el alma, la cual está hecha a imagen de Dios». Si veía los jardines: «¿Cuándo nuestra alma tendrá bellas flores y abundará en buenos frutos, estará bien cultivada y bien adornada?». A la vista de una fuente suspiraba por el dichoso día en que «beberemos sin interrupción en las fuentes del Salvador». A la vista de un rio decía: «¿Cuándo iremos nosotros a Dios como estas aguas van al mar?». En fin nada veía que no le mostrase a Dios, a quien el santo amaba; nada que no le elevase y uniese con Él.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que os vea por todas partes y en todas las cosas, haced que todo me eleve hacía Vos, me una a Vos y me haga crecer en vuestro amor.

26 de septiembre | Oración

«Hay cierto modo de orar que es muy fácil y muy útil, y es estar habitualmente en la presencia de Dios, de manera que su vista produzca en nosotros una unión intima sin disfraz, sencilla y perfecta. ¡Oh, qué excelente modo de orar es este!» (San Francisco de Sales).

San Luis Gonzaga no encontraba cosa más fácil que el estar unido con Dios con el pensamiento y afectos. Y sentía tanta más dificultad para no ocuparse en Dios, cuanto los demás la hallaban para pensar continuamente en él. Su espíritu, no estaba separado de Dios, sino durante el sueño y aun entonces, si tenía alguna representación durmiendo, Dios era siempre su objeto.

Dijeron al celoso sacerdote Bernardo, llamado *el pobre sacerdote*: —Vos siempre estáis hablando de Dios, y muchas veces demasiado.

—No puedo contenerme, —respondió—; se habla del que está presente al espíritu y de lo que el corazón ama.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo esté siempre en vuestra presencia y que el pensamiento de vuestras perfecciones, de vuestros beneficios y de vuestro amor, me alegre y me una íntimamente con Vos.

27 de septiembre | Oración

«Si alguno anduviese continuamente por espacio de un año en la presencia de Dios, le veríamos al fin del mismo año en la cumbre de la perfección». (Santa Teresa).

Un santo Abad daba este consejo a uno de sus discípulos: «Hijo mío, trabaja en no perder a Dios de vista, piensa cada instante, ¿quién es el que está contigo y quien es el que te observa?; este es el medio de los medios para llegar prontamente a la perfección. El mismo Dios se lo enseñó a Abraham diciéndole: "Camina delante de mí y serás perfecto"». El joven quedó convencido de la excelencia de este ejercicio, le puso en práctica, y se hizo bien pronto un modelo de santidad.

Benito José Labre se hallaba siempre vivamente herido por la presencia del Señor. Con facilidad se conocía en todo tiempo y lugar por la modestia de su vista, y el aire de santidad que resplandecía en su rostro, que no se ocupaba sino en Dios. Un sacerdote, habiéndole encargado que llevase una carta a un monasterio de religiosas decía: «He enviado a aquellas religiosas un santo que pasa toda su vida en oración».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo ande continuamente en vuestra presencia, que no os pierda jamás de vista, que a cada instante piense que Vos estáis conmigo y me miráis. Haced que este recuerdo continuo de Vos, me llene de amor por Vos.

28 de septiembre | Oración

«Casi todas las faltas que las personas religiosas cometen contra sus reglas y en todos sus ejercicios de piedad, provienen de la facilidad con que pierden la presencia de Dios». (San Francisco de Sales.)

Decía un santo Sacerdote: «¿Si no se falta al respeto a un Rey en su presencia y cuando se cree que nos está mirando, ¿pecaríamos contra Dios que está presente y que nos ve, si pensáramos en él? ¿Por qué los santos que están en el cielo no pecan ni pueden pecar? Es porque no cesan de contemplar a Dios». «Pensad en mí y yo pensaré en ti», dijo el Señor a una santa, dándole a entender que la memoria continua de Dios es un excelente medio no sólo para no ofenderle, sino también para recibir en abundancia sus favores.

Una persona piadosa dacia a su director: «Padre mío, los días en que pienso menos en Dios, son en los que peco más veces; dadme alguna regla para no cesar jamás de pensar en Dios». Le dio las reglas siguientes con las cuales se halló muy bien: 1.ª Pedid a Dios en todas vuestras oraciones las gracias de que tenéis más necesidad para andar continuamente en su santa presencia. 2.ª Cuando conocieseis que una media hora se ha pasado sin pensar en Él, humillaos por esto y decidle con amor: ¡Oh, Dios amabilísimo!, ¿cómo he podido pasar un tiempo tan considerable sin ocuparme en Vos? 3.ª Fijad muchas veces la vista en alguna imagen devota, avivando entonces vuestra fe.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mí, yo no os he ofendido, sino porque he dejado de pensar en Vos, haced que os vea en todas partes y en todo; sea yo herido vivamente de vuestras perfecciones, que no os ofenda más y que os ame cuanto pueda amaros.

29 de septiembre | Oración

«Hay un cierto modo de andar en la presencia de Dios por el cual, si el alma quiere, puede estar siempre en oración, y continuamente inflamada en el amor de Dios. Este es el pensar que en sus diferentes ocupaciones hace la voluntad de Dios, y el alegrarse de esto». (Alonso Rodríguez).

San Francisco de Sales muchos años antes de su muerte no podía todas las veces emplear mucho tiempo en la oración por hallarse abrumado de negocios concernientes a la santificación del prójimo. Preguntándole un día su hija en Jesucristo, santa Juana Francisca, si había hecho oración. «No, —contestó—, pero hago lo que hace muy bien veces de oración; y era que estaba continuamente unido con Dios. «Conviene en este mundo, —decía—, hacer la oración de obras y de acciones». Su vida era por este medio una oración continua; no contento con disfrutar de una unión deliciosa con Dios por la oración que hacía en cierto tiempo, cuando le era posible, estaba unido también todo el día por el gozo con que hacia constantemente su santa voluntad.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia de estar continuamente unido a Vos por amor, considerando que hago vuestra voluntad y alegrándome de ello.

30 de septiembre | Oración

. «La oración más sublime y más perfecta es la contemplación; pero esta especie de oración es enteramente obra de Dios, siendo sobrenatural y muy superior a nuestra capacidad. Todo lo que el alma puede hacer respecto de la contemplación, es disponerse para ella, y el medio mejor es tener grandes sentimientos de humildad, trabajar en adquirir, todas las virtudes y sobre todo la caridad fraternal y el amor de Dios, y de estar bien resuelto para hacer en todas las cosas la voluntad de Dios, andar por el camino de la cruz y hacer morir el amor propio, que consiste en querer más satisfacerse a sí mismo que agradar a Dios. (Santa Teresa).

Esta santa cumplió todo lo dicho perfectamente, por lo que el Señor la elevó a tan alta contemplación, y la colmó de dones singulares.

Preguntaron a S. Antonio: ¿cómo podía pasar las noches enteras en oración? y respondió: no he sabido jamás en qué consistía la verdadera contemplación, mientras que me buscaba a mí mismo; pero luego que he purificado mi espíritu de todo pensamiento capaz de inquietarme y despojado mi corazón de todo afecto terreno, he comenzado a gustar el admirable fruto de la voluntad de Dios, que las almas puras acostumbran a gustar en la contemplación».

Una persona muy ilustrada en el camino de Dios decía: «He conocido por mí misma experiencia que, para aprender la teología mística, es necesario estudiar más en el crucifijo que en los libros, es decir, que es más necesario el trabajar en practicar las virtudes, imitar a Jesucristo, tener una vida pura, pedir con fervor, obrar con fidelidad, y padecer constantemente lo que Dios quiere de nosotros, muriendo a nosotros mismos, que el aplicarnos a leer mucho».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Salvador mío, a vuestro ejemplo quisiera humillarme sin cesar, practicar vuestras virtudes, hacer muchos actos de amor, ejercitarme en obras de misericordia, alegrarme en el cumplimiento de vuestra voluntad, llevar mi cruz en pos de Vos, no buscar jamás el satisfacerme, ni desear otra cosa que el contentaros. Haced que me una estrechamente con Vos.

OCTUBRE

Confianza

Tened confianza.

Confidife.

(Marc. 6. 50.)

1 de octubre | Confianza

«Nada hay imposible para Dios, porque su poder es infinito. Nada difícil, porque su sabiduría es igualmente infinita. Dios desea nuestro bien con un deseo infinito, porque su bondad no tiene límites, ¿Pues qué cosa más capaz de movernos a poner en Dios toda nuestra confianza?». (Lorenzo Scupoli).

San Francisco de Sales tenía una confianza tan grande en Dios, que en medio de los mayores desastres nada era capaz de turbar la paz de su alma. «Yo no puedo persuadirme, —decía muchas veces—, que el que cree en una Providencia infinita que se extiende hasta los más viles gusanillos, no espere algún bien de todo lo que la misma Providencia permite que acontezca».

La gran confianza que un hombre tiene en Dios creyendo que puede, sabe y desea ayudarle en todas las ocasiones, es muy agradable al mismo Dios; la confianza gana su corazón, ella le hace tal violencia, que el Señor no puede menos de colmarle de sus favores, con motivo de la alegría que le procura dándole esta señal de m perfecta dependencia y de su amor. Dios hizo conocer esta verdad a santa Gertrudis, animándola con la más viva confianza.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, creo que Vos podéis, sabéis y queréis hacerme dichoso; no exigís de mi sino amor, os amo y confío en Vos.

2 de octubre | Confianza

«Es cierto que Dios desea lo que es más provechoso para nosotros, mucho más que lo que deseamos a nosotros mismos. Dios sabe mejor que nosotros porque medio nos puede venir lo que nos es más favorable. La elección de estos medios está enteramente en sus manos, pues que Él es quien lo dispone y ordena todo en este mundo. Y también es cierto que entre todos los acontecimientos que nos puedan suceder, el que nos acontezca será siempre el mejor para nosotros». (San Agustín).

San Francisco de Sales, sabiendo que todos los sucesos acaecían sin excepción por el orden de la divina providencia, descansaba en ella con más tranquilidad, que la que tiene un niño que se llalla en el regazo de su madre. Y decía que el Señor le habla dado esta lección desde su juventud, y que si después de separado del mundo volviese otra vez a él, despreciaría bien pronto la prudencia humana que no era obra suya y se dejaría enteramente gobernar por la providencia divina.

«Sirvamos siempre bien a un Dios tan bueno y no nos abandonará», escribía a sus padres el gran siervo de Dios, Benito José Labre.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios, sois mi Padre, descanso en Vos como un niño que está sobre el seno de su madre. No, Vos no me abandonareis, si os sirvo con amor.

3 de octubre | Confianza

«¿Queréis estar seguros de que podéis y debéis confiar en Dios? He aquí la razón. El Señor os dice: "Yo no os abandonaré jamás, yo estaré siempre con vosotros". Si un Hombre atento y poderoso os prometiese todo esto, confiaríais en él; ¡Dios os lo promete, y lo ponéis en duda! ¿Queréis pues un principio más seguro que la palabra de Dios que es infalible? Sí, sí: Dios lo ha prometido, él lo ha escrito, Él ha empeñado su palabra. Vosotros le ultrajaríais, si no pusieseis en Él una gran confianza». (San Agustín).

San Hugues, Obispo de Langres hallándose una noche desazonado y afligido por un accidente del cual le pareció estaba amenazado volvió a entrar en sí mismo, y al punto hirió su pecho diciendo: «¡Soy un miserable!, Dios ha prometido asistirnos en las tribulaciones, y temo si me acontece alguna cosa incómoda, ¿no será por permisión de Dios?, ¿y no podría yo sacar alguna ventaja de esto?».

Santa Rosa de Lima era por naturaleza medrosa y tímida e igualmente su madre. Rosa nunca salía de una habitación a otra sin luz, a no ser para rezar; porque entonces cesaba el miedo, o se vencía a sí misma. Habiéndose retirado

una tarde para orar a un pequeño gabinete que había en lo interior del jardín, estuvo más tiempo de lo que tenía de costumbre, lo cual hizo pensar a su madre que acaso le había acontecido alguna cosa pesada; esta tierna madre quiso enterarse, yendo a ver si era así; pero no determinándose a ir sola, buscó a su marido para que la acompañase y fueron donde Rosa estaba. Luego que los vio dejó la oración y se excusó como había estado en ella algo más de lo acostumbrado, y se volvió con los padres. En el camino hizo la Santa esta reflexión, diciéndose a sí misma: «¡Qué!, mi madre tan temerosa como es, no ha tenido miedo, viniéndome a buscar, porque estaba con su marido, y yo, ¿yo he de temer ninguna cosa? Yo que estoy siempre acompañada de mi divino esposo, yo que le tengo a mi lado y en medio de mi corazón». Este pensamiento disipó para siempre sus terrores pánicos, y en medio de las ocasiones de temor decía: «No temeré los males porque Tú estás conmigo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, tengo puesta en Vos la mayor confianza; Vos habéis dicho: «No os abandonaré jamás. Yo siempre estaré con vos». ¡Qué ultraje no os haría si no creyese en vuestra palabra, siendo Vos la verdad misma!

4 de octubre | Confianza

«Nosotros estamos ciertamente convencidos, que las verdades de la fe no nos pueden engañar, y sin embargo no obramos con arreglo a esta convicción, antes bien consultarnos más lo que dicta la prudencia humana que a la fe. De aquí el poco adelantamiento que hacemos en la virtud. De aquí también el poco aprovechamiento nuestro, cuando tratamos de lo que mira a la gloria de Dios». (San Vicente de Paul).

San Antonio y San Francisco de Asís, si llegaron a tan alta perfección, fue porque siguieron el consejo del Evangelio que dice: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme».

Benito Labre, conociendo que el Señor le llamaba a una vida despreciable, pobre y austera dijo entonces: «Yo lo puedo todo, contando con aquel que me

mortifica». Su tierna madre viendo que su hijo ayunaba muchas veces, que pasaba las noches acostado sobre una tabla, en vez de reposar en su lecho, y que hacía, a pesar de ser tan inventivo, otras muchas obras de mortificación, le hizo presente con el afecto propio de una madre, que tales penitencias podían alterar su salud: «Dios me llama a una vida austera y penitente, —respondió—, y es preciso que empiece a entrar en los caminos del Señor». Le pidió permiso para salir de la casa paterna y seguir su vocación a la penitencia. Su madre no lo consintió, diciéndole que no encontrarla medios para subsistir, y él le dio esta respuesta que da a conocer bien su espíritu: «Dejadme ir, madre mía; me alimentaré con raíces como los anacoretas, y con la gracia de Dios podré vivir con ellos». Obedeció a la gracia y vivió de la fe. ¿Y no tiene motivo para gloriarse de esto?

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo consulte en todas las cosas a la fe y que viva de la fe. Deseo hacer todo lo que Vos me mandéis y espero que vendréis a socorrerme.

5 de octubre | Confianza

«Es absolutamente necesario al hombre para su propia santificación y para ser muy útil a la salvación de los demás, el acostumbrarse a seguir en todo la antorcha de la fe, que va siempre acompañada de cierta unción, que se derrama secretamente en los corazones. Es indudable que solamente las verdades eternas, son capaces de llenar nuestro corazón y guiarnos por el camino seguro. Creedme, basta el apoyarse bien sobre este fundamento para llegar en breve a la perfección y poder hacer grandes cosas». (San Vicente de Paul).

San Felipe de Neri miraba a la oración como un excelente medio para salir bien en cualquiera asunto. «Cuando tengo tiempo de orar mucho, —decía—, espero con seguridad alcanzar de Dios la gracia que le pido, confiando enteramente en su promesa; todo lo que pidiereis en la oración con viva fe, se os concederá».

Se refiere de san Francisco de Asís, que un hermano suyo viéndole un día con los pies desnudos y vestido muy ligeramente en el rigor del invierno, por el cual temblaba de frio, le envió mofándose de él, un niño que le dijera de su parte, si tenía a bien venderle una onza de su sudor. El santo le contestó sonriéndose: «Vete, y di a mi hermano que ya la he vendido todo entera, a aquel que es mi Señor y mi Dios, y que me ha dado por ella un buen precio».

El bienaventurado Juan de Ávila hizo profesión de la pobreza más grande, con el fin de poder predicar más eficazmente el Evangelio, y decía que había hallado un gran fondo en esta promesa del Salvador. «Buscad ante todas las cosas el reino de Dios», y que esta máxima jamás le había engañado.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero seguir en todo la luz de la fe y no hacer nada sin haberlo encomendado a Vos por la oración. Vos señor me daréis vuestros auxilios.

6 de octubre | Confianza

«¡Oh, Dios de mi alma!, ¿quién me dará palabras bastante expresivas?, para hacer entender lo que dais a los que confían perfectamente en Vos; y al contrario, lo que pierden aquellos que llegan a confiar en sí mismos, y a ensoberbecerse aunque hayan sido mucho tiempo fieles a la gracia, y colmados de los más grandes favores de Dios». (Santa Teresa).

«Lucifer, jefe de los ángeles cayó del Cielo. Judas, después de haber sido elegido por apóstol, y después de haber escuchado por muchos años las palabras de vida eterna de la boca de Jesucristo, se hizo deicida; temamos, no cesemos de temer», decía un santo.

Cuando santa Teresa abundaba en consolaciones, se dirigía a Dios y le decia: «¡Oh, mi Dios!, ¿cómo derramáis vuestras gracias en un vaso tan inmundo? ¡Tan pronto habéis olvidado mis pecados!».

«¿A qué atribuís vuestra caída?, —decía san Felipe de Neri, a los que después de haber servido a Dios por algún tiempo, se acusaban de alguna falta

considerable—. Sabed que vuestro orgullo es la causa de esto. Si hubierais sido humildes no hubierais caldo; y si os queréis levantar, debéis de humillaros mucho».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, Vos os mostráis bueno y dadivoso para con aquellos que desconfían de sí mismos y ponen su confianza en Vos. Siempre temeré de mí porque soy débil y no dejaré de confiar en Vos porque sois mi padre.

7 de octubre | Confianza

«El que confía en sus propios talentos, se hace a sí mismo un gran perjuicio. Cuando un superior, por ejemplo un predicador o un confesor confía en su propia prudencia, en su ciencia o en su ingenio, Dios para hacerle conocer su ineptitud, le priva de sus auxilios y le deja obrar por sí mismo; de aquí se sigue que todas sus fatigas producen muy poco o nada, y esta es de ordinario la causa de no desempeñar bien los respectivos empleos». (San Vicente de Paul).

Se ve que los santos de quienes el Señor se ha servido de instrumento para la santificación de las almas, han tenido los más bajos sentimientos de sí mismos. San Vicente Ferrer decía de sí: «Yo soy como un cadáver lleno de gusanos que es para todos un objeto de horror, y que por todas partes despide hediondez; y lo más lamentable es, que todos los días se aumenta en mi la malicia».

Santo Domingo estaba persuadido que sus pecados atraían los castigos del Cielo por donde el pasaba.

San Vicente de Paul tenia costumbre de decir a Dios: «Señor todo lo destruiré si Vos no arregláis todas mis palabras y todas mis acciones». San Francisco Javier se tenía por el más malo de todos los hombres. Santa Juana Francisca, con motivo de rehusar las religiosas la superioridad a que eran elevadas decía: «Si un madero seco y árido pidiese humillarse y anonadarse delante de Dios, y fuese en seguida elegido para gobernar, el Señor daría a este madero la inteligencia necesaria, antes que permitir que gobernase mal».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, delante de Vos yo no soy mas que un vaso lleno de malicia, dignaos arreglar mi alma y mi corazón, todas mis palabras y obras. Sin vuestra gracia nada bueno puedo hacer, ¿y de qué maldad no seré capaz? Espero que me concederéis vuestra gracia porque me humillaré profundamente y no cesaré de pedírosla.

8 de octubre | Confianza

. «Esforcémonos por concebir una gran desconfianza de nosotros mismos, y tener esta verdad siempre presente en nuestro espíritu: por nosotros mismos no servimos para nada, y si algo podemos es inutilizar los designios de Dios. Si no la perdemos de vista nos mantendrá en una entera dependencia del cuidado de Dios, y nos hará recurrir muchas veces á El para obtener sus auxilios (San Vicente de Paul).

El padre Dupon decía, que lo que solía ser motivo de desaliento para otros, como la consideración de la fragilidad humana, de su flaqueza propia y de los pecados cometidos, aumentaba en él su confianza en Dios, lejos de desalentarle, porque fijaba entonces sus miradas en la bondad y misericordia de Dios, a quien había consagrado enteramente todo lo que era y todo lo que tenía.

Preguntaron a san Wenceslao Rey de Bohemia, cuyo ejército acababa de ser destruido y hecho prisionero, ¿qué impresión había causado en él este acontecimiento? y respondió que jamás había estado más tranquilo, y dio la razón: «Cuando yo estaba fortalecido de socorros humanos, no tenía casi tiempo para pensar en Dios; pero ahora que me hallo privado de ellos, no pienso más que en Él, y en Él solo pongo toda mi confianza y espero firmemente que no me abandonará».

San Felipe de Neri aconsejaba a los que dirigía que dijesen muchas veces al Señor: «Dios mío, no me abandonéis, es cierto que caeré si vos no acudís a socorrerme. Ayudadme; pues por mí mismo no puedo hacer sino mal».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, venid a socorrerme y asistidme continuamente. Por mi mismo nada bueno puedo hacer, sino ofenderos, sin embargo, pongo en Vos toda mi confianza. Vos no me abandonareis y os lo pido por los méritos de mi Salvador.

9 de octubre | Confianza

.«Os exhorto a que no confiéis en la amistad y protección de los hombres: estos no son capaces por sí mismos de sostenernos, y cuando el Señor ve que confiamos en ellos se retira de nosotros». (San Vicente de Paul).

Este santo no solamente no procuraba apoyarse en la protección de los grandes, sino que hasta la rehusaba algunas veces, cuando se la ofrecían voluntariamente. El Gobernador de una ciudad le suplicó que hablase por él en la Corte a fin de salir bien de un asunto que le interesaba mucho, y para obligarle le prometió proteger con todo su valimiento a sus misioneros, que eran molestados por algunas personas de consideración. El santo le respondió: «Yo os serviré en todo lo que pueda; más en cuanto al favor que me prometéis dispensar a la congregación, os suplico que la dejéis en las manos de Dios y de la justicia». Tenía el santo por máxima de no querer nada por medio de la autoridad y del favor humano.

El hermano de santa Juana Francisca, que era Arzobispo de Bourges quería que ella escribiese a la Reina diciendo que le había encomendado en sus oraciones y en las de su orden, dándole a entender que le podría ser útil el tener tal protección. La santa hizo saber a su hermano, que pediría por su majestad; pero rehusó constantemente el escribirle diciendo a sus religiosas: «Yo no puedo ni debo hacerlo. Nosotras debemos apoyarnos en la humildad, y amar el vivir ocultas. No busquemos los medios de atraernos el afecto de los grandes. Si nosotras hacemos nuestro deber delante de Dios pidiendo por su conservación, por su prosperidad, y sobre todo por su salud, Dios que cuida de nosotras nos los hará favorables, cuando tengamos necesidad de su protección».

Decía en cierta ocasión santa Teresa: yo conozco ahora más que nunca que no hay seguridad alguna en contar con lo que prometen los hombros. El único amigo en quien sólo puedo confiar es en Jesucristo, cuando pongo mi confianza

en Él me hallo tan fuerte, que me parece podría resistir a todos los que están en el mundo, aun cuando todos me fuesen contrarios».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, Vos sois mi refugio y mi fortaleza, confió en Vos y no confiare jamás en otro sino en Vos.

10 de octubre | Confianza

«Aquellos que en sus operaciones proceden con artificios y rodeos ofenden a la divina providencia, y se hacen indignos de su paternal cuidado. Pero no así aquellos que obran con sencillez». (San Vicente de Paul).

Un paje envidioso de que un compañero suyo había ganado por su piedad la estimación y afecto del Rey quiso perderle. Para esto le acusó que tenía un amor criminal hacia la Reina. El príncipe creyó la calumnia, y se indignó e irritó en gran manera. Habiendo resuello hacer morir ocultamente al que miraba como a un monstruo de ingratitud, hizo venir con cautela al maestro de sus herrerías, hombre inhumano capaz de todo crimen y le dijo: «Yo enviaré mañana de madrugada un paje que, te diga estas mismas palabras: “¿Habéis ejecutado las órdenes del Rey?”, y en el mismo instante le arrojareis en el fuego que estará bien encendido, pues tengo motivos para hacerle perecer».

El maestro le prometió hacer al pie de la letra lo que había mandado, y se retiró. Al día siguiente llamó el Rey al inocente calumniado que nada sabía de lo que se le acusaba, le mandó ir a donde el maestro de las herrerías, y que le dijese palabra por palabra las ya referidas.

En el mismo instante el page hizo una inclinación respetuosa, y se puso en camino para cumplir su encargo; pero Dios protege a los suyos. Pasando por delante de una iglesia reparó que se iba a decir una misa, y entró y la oyó. Acabada aquella misa se ofreció ayudar a otra, porque el sacerdote que la iba a decir no tenía quien le ayudase; esta misa felizmente para él no fue dicha con rapidez. Mientras que satisfacía su piedad, el Rey impaciente dijo al paje calumniador: «Deseo saber si el maestro de las herrerías ha cumplido lo que le he mandado; id pronto a preguntarle si ha ejecutado mis órdenes, y volved al

punto». El paje partió al momento y luego que llego dijo al maestro: «Habéis ejecutado las órdenes del Rey?». «Ahora mismo voy a ejecutarlas», respondió. Le coge y a pesar de todo lo que pudo decir y de su resistencia, fue arrojado en la especie de horno que estaba preparado. El inocente cuya muerte se había intentado no tardó en presentarse, y le dijo que fuese a asegurar al Rey que ya podía estar tranquilo, y que se había hecho del modo que él lo había mandado. ¡Cual fue entonces la sorpresa del Príncipe viéndole volver y oyéndole lo que se le había encargado que le respondiese! Le preguntó en donde se había detenido, su respuesta sencilla que manifestó su piedad, no permitió qué el Rey pusiese en duda que aquel estaba inocente; y en lo sucesivo le estimó y amó en gran manera, felicitándose de como la divina providencia había permitido que la calumnia fuese descubierta, y que el calumniador fuese castigado.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, sé que aborrecéis a los que tienen un corazón doble y amáis a los sencillos. Yo no usaré jamás de artificios, por no desagradaros.

11 de octubre | Confianza

«Dios cuida de aquel que pone en Él todos sus pensamientos y confía interiormente en Él sirviéndole con mucha fidelidad. A medida que es mayor su confianza, tanto más le protege Dios. Este mismo Señor les favorece con sus auxilios en todos los peligros, porque tiene un amor infinito por las almas que descansan en Él». (San Francisco de Sales).

San Hugo Obispo, decía que había experimentado muchas veces, que cuanto más se esmeraba en hacer bien lo perteneciente al culto divino, tanto más el Señor le concedía las cosas necesarias y útiles.

San Francisco de Asís y sus hijos no tenían nada, y sin embargo jamás les faltaron vestidos para cubrirse y alimentos para mantenerse.

Cuando enviaba a sus compañeros a predicar a algún pueblo, les dirigía estas palabras del profeta: «Poned en Dios vuestro cuidado y Él os alimentará». Este santo decía hablando de su comunidad y de Dios: «Tenemos una madre

que es verdaderamente pobre, pero al mismo tiempo tenemos un Padre muy rico».

El Señor dio a entender estas palabras a una Santa: «Pensad en mí y yo pensaré en ti, y te cuidaré en todas tus necesidades».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, Vos sois mi Padre y tengo una gran confianza en Vos. Vos no me abandonareis y tendréis cuidado de mi, porque yo deseo serviros con toda fidelidad.

12 de octubre | Confianza

«El que sirve a Dios con un corazón puro y busca únicamente su gloria, puede siempre esperar que aquello que ha emprendido por Dios tendrá buen éxito. Su esperanza tiene un fundamento superior al juicio humano el cual es de muy poco valor, porque las obras que miran al servicio de Dios exceden al juicio de la providencia humana, y dependen de un principio más elevado». (San Carlos Borromeo).

Este Santo Cardenal tenia costumbre de recurrir a Dios por la oración en todas las ocurrencias, así es como principiaba y acababa todas sus obras y tanto más oraba cuanto era más dificultoso lo que aprendía por Dios.

En los casos que a él le pareció que todo se presentaba sin esperanzas, redoblaba sus oraciones hacia Dios sin perder la confianza, y así el Señor bendecía todas sus empresas. Esta confianza en Dios, le hacía salir bien con grande admiración de todos, en las cosas que parecían imposibles. Queriendo persuadir un día a una persona de bastante rango, que tuviese confianza en Dios en todas las circunstancias, porque el Señor no abandonaba jamás a los que esperaban en Él, le refirió lo que le había acontecido poco antes: «El que estaba encargado de los negocios de mi casa vino lamentándose y diciéndome que se hallaba sin dinero, y que no sabía cómo podría en adelante atender a los gastos más necesarios y me suplicó en seguida, que desde el mismo momento fuese más reservado en las limosnas y obras piadosas, añadiéndome que si no tomaba

este partido me vería enteramente arruinado. Yo no le di otra respuesta sino que confiase en Dios y que le favorecería. Estas palabras no le tranquilizaron y se fue muy descontento, dejándome solo. Sin embargo a las dos horas recibí un paquete de cartas en donde hallé una letra de cambio que venía de España. Al punto hice venir a mi ecónomo que había mostrado tanto ardor y entregándole la letra, le dije: "Toma, hombre de poca fe, reconoced que el Señor no nos ha abandonado"».

El Santo añadió, hablando a la misma persona: «El recibo de esta letra de cambio es verdaderamente a mi parecer un rasgo de la divina providencia. Porque aunque es cierto que se me debía esta suma de mil escudos no debía sin embargo satisfacérseme hasta trascurrir dos meses más. Tengamos una gran confianza en Dios, no digo una confianza temeraria y presuntuosa, sino que sea arreglada en todo por la prudencia cristiana.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo os sirva con un corazón puro y que busque únicamente vuestra gloria; socorredme en todas mis necesidades, porque Vos sois mi padre.

13 de octubre | Confianza

«En las necesidades presentes, sobre todo lo que debemos hacer es confiar verdaderamente en Dios. Creedme: tres operarios hacen más que diez cuando Dios pone allí la mano, y la pone todas las veces que nos quita los medios humanos, y siempre nos vemos en la necesidad de hacer cosas que exceden a nuestras fuerzas». (San Vicente de Paul).

El procurador de la casa dijo al Santo, que no había ni un cuarto para hacer los gastos ya fuesen ordinarios ya extraordinarios para los ejercicios próximos de los ordenados, y le respondió con un corazón tranquilo y semblante apacible lleno de confianza en el Señor: ¡Oh, qué buena noticia! Dios sea bendito. Ahora es el tiempo de hacer ver que confiamos en su bondad; los tesoros de la providencia son infinitos; nuestra desconfianza la desacreditaría».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no os pido riquezas, sino lo que Vos sabéis que me es necesario. Vos sois mi padre y un padre infinitamente rico y yo soy vuestro hijo.

14 de octubre | Confianza

«Cuando uno se propone emprender alguna cosa que mira al servicio de Dios, después de haberle pedido sus luces y reconocido que esta es su voluntad, es preciso valerse de los medios humanos que se juzguen necesarios y convenientes para ejecutar las órdenes de la divina providencia; sin embargo no debemos confiar en estos medios si no únicamente en su divina asistencia: de ella debemos esperar el buen éxito y estemos persuadidos que lo que acontezca será lo más ventajoso para nosotros». (San Vicente de1 Paul).

Habiéndose encomendado una persona a las oraciones de este Santo, le respondió: «He estado toda la mañana tan ocupado que no he podido hacer, sino un poco de oración y en ella bien distraído. Sin embargo jamás me he desalentado, porque pongo en Dios mi esperanza. Estoy cierto que el trono de la bondad y de la misericordia de Dios está colocado sobre el fundamento de nuestras miserias».

San Ignacio se portaba en todo lo que emprendía como si todo dependiese de él, y ponía toda su confianza en Dios como si todo dependiese de Dios.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, en Vos solo pongo mi confianza. Si Vos no me asistís nada me saldrá bien, pero con vuestra asistencia nada tendré que tener. Os pido desde luego el reino de los cielos y me persuado que todo me vendrá después por añadidura.

15 de octubre | Confianza

«En todos los diferentes acontecimientos y necesidades que sobrevienen es preciso no inquietarse ni obrar ligeramente sino poner un cuidado razonable y moderado, y después dejarlo todo a la disposición de la divina providencia, dándole lugar de arreglar las cosas y de manifestarnos su voluntad teniendo por cierto que cuando Dios quiere que un negocio salga bien, la dilación no perjudica y que tendrá más de suyo a proporción que tendrá menos nuestro. (San Vicente de Paul).

La práctica de este Santo era no emplearlos medios humanos por honestos y necesarios que fuesen sino después de haber recurrido a los divinos.

Encomendaba mucho las cosas a Dios y luego quedaba tranquilo, esperando que el mismo Señor lo dirigiría todo por sus fines y para su mayor gloria. Tenía costumbre de decir que las cosas salían mucho mejor cuando se hacen sin prevenirlas.

Una de las Señoras de la caridad llena de un santo celo, importunaba al Santo diciéndole que buscase sujetos para fundar la congregación de las hijas de la caridad. Él conocía que era difícil encontrarlos cuales convenía que fuesen, por esto sin atender a lo que se le decía, se contentó por entonces con acudir al Señor por medio de fervorosas oraciones, esperando que su providencia se dignaría descubrir algún medio de hacer una fundación tan útil. El resultado manifestó que había obrado muy sabiamente en diferirlo Eligió los momentos favorables cuando el Señor se los presentó, y todo salió muy bien.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, nada quiero emprender sin vuestro beneplácito. Os suplico me manifestéis vuestra voluntad, porque yo no quiero hacer sino lo que Vos queráis.

16 de octubre | Confianza

«El aplicarse demasiado, y andar solícito por buscar medios y auxilios para prevenirse contra los accidentes de esta vida, y para evitar los que sobrevienen es una gran falta de confianza en Dios. Previniendo así las órdenes de su

providencia manifestamos que ponemos más confianza en nosotros mismos que en Él, y que esperamos más en la prudencia humana, que en su divina palabra. (San Vicente de Paul).

Siendo el P. Álvarez rector de un colegio que se hallaba bastante pobre, el ministro iba muchas veces a él y le hacía ver las presentes necesidades en que se encontraba; y concluía diciendo que no había más partido sino el de abandonar el colegio. El P. rector que confiaba mucho en la divina providencia, le preguntó entonces si había encomendado a Dios el estado en que se hallaba el colegio, y el ministro respondió que él no tenía tiempo para orar; «Pues no obstante esto es lo primero que debe hacerse», añadió el superior. «Id y consultad la voluntad de Dios, haciendo oración por algún tiempo. ¿Pensáis qué este rebaño no tiene pastor que vele por los que le pertenecen en esta vida? Vete en paz y sabe que no todo depende de nuestra industria». El ministro obedeció, y decía que siempre la divina providencia ha socorrido nuestras necesidades en tales circunstancias por caminos que me parecían muchas veces milagrosos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, creo firmemente que Vos os acordáis de mí y veláis por mí si os sirvo con fidelidad. Vos sois el mejor de los padres, confió en Vos. Vos me conduciréis y nada me faltará.

.

17 de octubre | Confianza

«Cuando se emprende alguna cosa por Dios habiendo reconocido que esta es su voluntad es necesario ser intrépido y seguirla constantemente hasta el fin por multiplicados y grandes que sean los obstáculos. La divina providencia no falta jamás en las cosas que no se han comenzado sino por su orden». (San Vicente de Paul)

Este Santo jamás se desalentó por los obstáculos; a proporción que veía más oposición, mostraba más resolución y constancia.

Santa Juana Francisca decía de san Francisco de Sales que no había conocido jamás un alma más fuerte ni más generosa cuando trataba de continuar algún asunto que Dios le había inspirado que emprendiese.

En cualquiera parte en donde san Francisco Javier veía el honor de Dios, allí corría sin temer dificultad ni peligro. Y esto es lo que le hacía salir bien en todo lo que emprendía.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, todo lo puedo con Vos si me fortalecéis. Si Vos estáis conmigo, ¿quién estará contra mí? Los obstáculos no me arredrarán jamás, cuando conozca lo que Vos exigís y deseáis de mí.

18 de octubre | Confianza

«Pongamos nuestra confianza en Dios, y estemos en todo dependientes de su providencia. No temamos el qué dirán o harán después los hombres contra nosotros, pues todo nos ha de ser ventajoso. Sí; aun cuando toda la tierra se levantase contra nosotros, nunca nos acontecería más que lo que agradase al Señor, en quien hemos puesto nuestras esperanzas». (San Vicente de Paul).

Un misionero escribió al Santo que se trabajaba ocultamente por destruir su congregación, y que las personas más poderosas apoyaban los malos designios que so habían proyectado, y respondió: «Arraiguémonos bien en la entera dependencia de la providencia divina y no nos dejemos agitar por temores inútiles; en lo demás, será lo que Dios quiera».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero depender enteramente de vuestra providencia y pongo en Vos mi esperanza. Nada me acontecerá sino lo que a Vos agrade y os bendeciré por todo. No deseo más que cumplir con vuestra voluntad y el contentaros.

19 de octubre | Confianza

«Las almas débiles poseídas de su amor propio y del deseo de ser estimadas, a la primera impresión de una ligera calumnia se encienden en cólera, se agitan y no saben recobrar la paz perdida por algunas insignificantes palabras. No son así las almas generosas, que sólo buscan agradar a Dios, pues saben muy bien que el Señor ve su inocencia, y que no dejará de defenderlas, según que lo pida su más grande utilidad y provecho». (San Agustín).

San Francisco de Sales escribió a Monseñor el Obispo de Belley en estos términos: «Se me acaba de decir de París que han rasgado mis vestidos de un modo impropio, más yo espero que Dios me los reparará, de suerte que sean mejores que lo que antes eran, si esto es necesario para su servicio. Yo no quiero más reputación que la que me sea necesaria para servirle. Mientras que Dios sea servido, ¿qué me importa que esto se haga con buena a mala reputación? Que disponga de mí como a Él le agrade, pues yo soy todo de Él. Si mi abyección sirve para su gloria ¿no debo yo gloriarme ser abatido y despreciado?».

En otra circunstancia levantaron contra este Santo una horrible calumnia en materia de castidad. Él sin embargo, no trató de justificarse a pesar de lo mucho que amaba esta virtud, a la cual le acosaban haber faltado. Sus amigos admirados de que no se justificase, le hacían ver cómo estaba obligado a probar lo contrario: «La buena reputación, —decían—, es necesaria, para no hacer infructuoso vuestro ministerio»; y el Santo se contentó con decirles: «Dios sabe de qué crédito tengo necesidad para mi ministerio y no puedo desear más».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no buscaré en todas las cosas más que agradaros. Todo soy de Vos, disponed de mí como os plazca. ¿Queréis, Señor, que sea perseguido, calumniado y despreciado? ¿Queréis que sea encarcelado, desterrado y muerto alevosamente? Si esta es vuestra voluntad y es también para mayor gloria vuestra y mi salvación, me resigno a ello, lo quiero y lo deseo.

20 de octubre | Confianza

«Cuando alguno pone toda su confianza en Dios, Dios le favorece con una protección especial, y así puede estar seguro que no le vendrá ningún mal». (San Vicente de Paul)

El siervo de Dios, Benito José de Labre, había puesto en Dios toda su confianza. Y escribió a sus padres diciendo: «No os inquietéis por mí, yo me alegro mucho ser guiado por el Señor todo poderoso». ¿Acaso le abandonó Dios? ¿No le dio siempre señales de una protección singular? Si era tan pobre es porque quiso serlo; se contentaba con pedir al medio día a la puerta de una persona caritativa un poco de sopa para sostener su cuerpo a quien daba con razón el nombre de cadáver y socorría a muchos pobres con las limosnas que por fuerza le hacían recibir. A las humillaciones que se procuraba, y a los ultrajes que se le hacían, se seguían los testimonios de estimación y de respeto. A pesar de la mortificación continua con que afligía su carne, ¡de qué consolaciones tan dulces era inundada su alma durante la oración que jamás interrumpía! ¿No hizo célebre el Señor en poco tiempo por todo el mundo cristiano el nombre de aquel que mientras vivió no buscaba sino ser ignorado y despreciado? El *santo pobre* ha tenido motivo de alegrarse de haber seguido el atractivo de la gracia, y de haber confiado tan perfectamente en Dios.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, pongo en Vos toda mi confianza, ¿qué mal me podrá acontecer? Vos me pondréis bajo vuestra protección, me favoreceréis y me llenareis de muchos bienes.

21 de octubre | Confianza

«Cuando nos ponemos enteramente en las manos de Dios con una confianza completa, no tenemos por qué temer ninguna adversidad. Pues si el Señor permite que nos acontezca alguna cosa, sabrá hacerla servir para nuestro bien por caminos que no conocemos ahora, pero que algún día conoceremos». (San Vicente de Paul).

He aquí lo que aconteció a san Francisco de Sales cuando siendo joven se hallaba en Roma. Estaba de posada en una casa junio a las orillas del Tíber; al retirarse una tarde a la sobredicha casa, se sorprendió al oír que los compañeros disputaban acaloradamente con el mesonero. Este deseoso de mayor ganancia quería que ellos y su maestro se fuesen a vivir a otra parte, para dejar lugar a ciertas personas de más alta distinción cuyo equipaje, decía él, ya había recibido. No hubieran concluido de injuriarse si san Francisco no hubiese dicho a aquellos con mucha dulzura: «El mesonero es el dueño, y pues que no nos quiere dar asilo aquí, nos iremos a otra posada». Hizo tomar al punto todo lo que le pertenecía y se fue a otra casa lejos del Tíber. Apenad llegó allí, cuando un aguacero, de tal modo hizo crecer el río, que inundó al momento la posada que el Santo habla dejado y la destruyó enteramente sin poder escapar de la inundación ninguno de los que allí estaban.

Habiendo pasado san Ignacio a Chipre de vuelta de los lugares santos, quiso embarcarse para restituirse a Italia. Tres navíos estaban dispuestos para salir. El uno pertenecía a los Turcos, el otro era Veneciano, muy grande y en buen estado y el tercero era pequeño, viejo y muy mal provisto. Muchas personas suplicaron al capitán del navío Veneciano, que recibiese en él por amor de Dios a san Ignacio, asegurándole, que podía felicitarse porque era un Santo. Se negó porque era pobre y ninguno se ofreció a pagar por él, añadiendo: «Si es Santo no tiene necesidad de navío para pasar el mar; que haga como otros Santos que le han pasado a pie». San Ignacio se vio precisado a entrar en el navío más ínfimo, en donde le recibieron por caridad, dándole señales de estimación. Las tres naves se dieron a la vela en un mismo día y a la misma hora con viento muy favorable; pero el mar se alborotó al momento por una tempestad de las más furiosas, la nave de los Turcos naufragó, la de los Venecianos fue arrojada sobre un banco de arena en donde se hizo pedazos, y solamente quedó y llegó a puerto de salvación aquella en que iba el Santo aunque naturalmente debía haber perecido la primera. Así es como el Señor favorece con su protección a sus siervos fieles que confían en él cuando parece enviarles motivos dé aflicción entonces les preserva de muchos peligros a los cuales hubieran estado expuestos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo me pongo en vuestras manos y confió en Vos perfectamente, no tengo que temer ninguna adversidad y si aconteciese alguna, espero que Vos la haréis servir para mi salvación.

22 de octubre | Confianza

«Cuando nos hallamos en algún peligro, no debemos perder el ánimo sino confiar mucho en el Señor. Cuanto el peligro es más grande, tanto es mayor el auxilio de aquel a quien llamamos nuestra ayuda en la tribulación».(San Ambrosio).

Hallándose san Ignacio en el mar, se levantó una tempestad muy grande, el palo mayor del navío en que iba e1 santo se hizo pedazos, todos los que allí estaban a excepción del santo, no hacían otra cosa que gritar y llorar; no esperando ya sino la muerte, solo él se hallaba sin temor y muy tranquilo. El motivo de no temer y versea aun contento en esta ocasión, era porque tenía siempre presentes estas reflexiones: «Los vientos y el mar obedecen a Dios, las tempestades no se levantan sin su permiso, y si el Señor no lo permite, ellas no pueden sumergir a nadie. El Señor es el árbitro: si quiere que yo perezca en las aguas estoy conforme, así lo quiero y confió en su bondad».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que no pierda el ánimo en ningún peligro, pues recordaré entonces que sois llamado «nuestro auxilio en la tribulación» y confiaré en Vos. Cuando camine por medio de las sombras de la muerte, no temeré los males que me amenacen acordándome que Vos estáis conmigo.

23 de octubre | Confianza

«El que no pierde el ánimo en las adversidades imprevistas, y al punto acude a Dios con confianza, manifiesta que está arraigado profundamente en esta virtud». (Alonso Rodríguez).

San Colúmbano hallándose de repente cercado por doce lobos, por los cuales iba ya a ser devorado, no se turbó en situación tan espantosa. Invocó al Señor con gran confianza diciéndole: «Dios mío atiende a mi socorro. Señor, ayudadme prontamente». Apenas hubo pronunciado estas palabras las cuales fueron oídas por Dios, cuando los lobos le dejaron y siguieron su camino.

Un soldado teniendo levantado el brazo sobre la cabeza de san Martin para dividírsela de un sablazo, y advirtiendo que no daba señales de temor, dijo al santo: «¡Que!, ¿no temes?». «¿Por qué he de temer?, —le contestó—, la muerte no es un mal, yo la miro como una victoria; lejos de temerla, la deseo».

Pasando Benito José de Labre por una de las calles de Roma, en donde se había reunido gran número de jóvenes de la ínfima plebe, le saludaron con silbidos y gritos y le hicieron otros muchos ultrajes; pero él no se daba por entendido. Le siguieron por algún tiempo tirándole piedras, y no por eso aceleraba el paso. Una de ellas le hirió en una pierna haciéndale salir sangre; pero el siervo de Dios no retrocedió ni hizo ninguna demostración que indicase se hallaba herido.

Preguntaron al abad Teodoro, varón de una virtud eminente, si no tendría miedo, suponiendo que oyese de repente un ruido espantoso. «No, —dijo él—, aun cuando el mundo entero se hundiese, y el cielo se juntase con la tierra, Teodoro no temblaría».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo no pierda el valor en ninguna adversidad; os diré entonces muchas veces: «Señor, venid a socorrerme, daos prisa para prestarme vuestros auxilios».

24 de octubre | Confianza

«El que enteramente se pone en los brazos de la divina providencia y todo lo deja a su cuidado, camina como en carroza sin sentir el peso de las cruces que tenga. Pero el que obra de diverso modo, camina a pie y se fatiga mucho». (San Basilio).

Había en una ciudad de Italia una joven muy pobre, que por sus grandes enfermedades se veía siempre obligada a estar echada de un mismo lado sobre una mala cama. Las personas que por caridad la iban a visitar, quedaban muy edificadas al verla siempre contenta y sin quejarse. Un día que se dijo en su presencia que la Italia estaba amenazada de una gran carestía, no dio muestras de afligirse por lo que había oído. «¿Cómo, —le dijo entonces una de las personas que estaban junto a ella—, cómo podréis estar tan tranquila y tan contenta entre tantas miserias?». A lo que contestó la enferma: «Todos mis pensamientos están puestos en Dios; yo soy como un ave pequeña bajo las alas de la divina providencia ¿qué he de temer, y por qué me he de turbar?».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, yo me arrojo en los brazos de vuestra providencia paternal y me abandono enteramente a vuestro cuidado. ¡Ah, qué dulce es, en medio de las más violentas tempestades, el descansar en vuestro corazón!

25 de octubre | Confianza

«El siervo de Dios no debe temer nada en el mundo, ni aun a los demonios. Cuando estos conocen qué se les desprecia, quedan sin fuerzas, y viene uno a ser superior a ellos. Si el Señor es todo poderoso y los demonios son sus esclavos, ¡qué mal podrán hacer a los que son siervos de un Rey tan grande!». (Santa Teresa).

Esta santa era naturalmente muy tímida, pero considerando un día que es una gran locura el temer otra cosa que ofender a Dios, siendo un Señor tan grande y tan poderoso que lo gobierna todo, y que ella deseaba ardientemente servirle, no pretendiendo otra cosa que agradarle y hacer su voluntad, se dijo entonces a sí misma: «¿Qué temes tú?, ¿de qué tienes miedo?». Y habiendo tomado después una cruz, se puso a desafiar a los demonios diciéndoles: «Venid ahora, venid todos, yo soy la sierva del Señor; quiero ver lo que me podéis hacer». Y desde este momento no temió más la santa, y no hacía más caso de los demonios que si fuesen moscas. Así se explica la misma santa.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, Vos sois mi Señor, y un Señor infinitamente bueno y poderoso. Os amo como si no os temiera y no temo sino el ofenderos. En cuanto a los hombres y aun a los demonios de ningún modo los temo, pues no podrán contra mí sino lo que sea de vuestro agrado.

26 de octubre | Confianza

«Por grandes y multiplicados que sean los pecados que se han cometido, jamás se debe desconfiar de la salvación ni perder la confianza en Dios; porque la divina clemencia es infinitamente más grande que la malicia humana». (San Juan Crisóstomo).

San Bernardo estando muy enfermo fue tentado de la desesperación. «Yo nada he hecho, —decía—, para merecer el Cielo». A fin de desechar este pensamiento, siempre presente a su espíritu, se dirigió a Dios y le dijo: «Oh, Dios mío, reconozco que el paraíso no me es debido por mis obras, yo me considero indigno de esta gran dicha; pero dos cosas me hacen esperar de que vos Señor me daréis allí un lugar: soy vuestro hijo, y Jesucristo ha muerto por mí».

«Tened confianza, —decía un sacerdote a un pecador que desconfiaba de Dios—, tened confianza. Jesucristo está continuamente delante de su Padre, ocupado en interceder por nuestra salvación, todas las veces que manchamos nuestros corazones con malos pensamientos y deseos criminales Él le ofrece en expiación su Corazón el más puro. Todas las veces que cometemos algunos pecados de acción, Él le ofrece sus manos traspasadas. No cometemos jamás ningún pecado, sin que Él no busque al punto con que aplacar a su Padre, a fin de que si nos arrepentimos sinceramente obtengamos el perdón».

Un moribundo que al recuerdo de los grandes pecados que había cometido cayó en la desesperación, rehusaba obstinadamente el confesarse; san Vicente Ferrer fue momento a visitarle, luego que llego a él le dijo: «¡Querido hermano, sabed que Jesucristo ha muerto por ti, y desconfiáis de su misericordia! ¡Ay,

qué ultraje hacéis al amor que os tiene! Este desgraciado dio una respuesta que el demonio no hubiera dado. «Yo quiero condenarme, —dijo—, para desagradar a Jesucristo». «Y yo, —replico al punto el santo—, para agradarle quiero que os salvéis». Y volviéndose hacia los circunstantes, les invitó a rezar el rosario a fin de obtener por la intercesión de la Madre de Dios, la conversión de un pecador tan obstinado. Las oraciones que se hicieron no fueron inútiles. María manifestó el gran poder que tiene después de Dios, el corazón de aquel pecador endurecido se ablandó y convirtió perfectamente. Este hombre que tocaba en la impenitencia final, se confesó con el santo y murió con la muerte de los santos penitentes.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, espero en Vos aunque nada he hecho para merecer el cielo. Espero en Vos porque sois mi padre y yo soy vuestro hijo. Porque Jesucristo ha muerto por mí y os ofrezco sus méritos. El mismo os ofrece por mí su Corazón purísimo.

27 de octubre | Confianza

«He aquí el modo de consolar a las almas fervorosas que padecen sequedades y tentaciones; un solo propósito de no pecar en este tiempo, pesa más en la balanza del Señor, que mil actos hechos con mucho fervor en el tiempo de las consolaciones». (Juan de Ávila).

Santa Catalina de Sena muy importunada por horribles tentaciones, se veía ya al borde del precipicio y se imaginaba que su corazón no estaba unido a Dios más que por un hilo muy delgado y pronto a romperse, y sin embargo, entonces más que nunca era el objeto de las complacencias del Señor.

San Francisco de Sales padeció por algún tiempo asaltos violentos por parte de una pasión que le traía molestado cuando se dejaba dominar de ella, y escribió así a santa Juana Francisca: «Yo me siento vivamente tentado, me parece que no tengo las fuerzas necesarias para resistir, y que si la ocasión estuviese presente caería, pero cuanto más débil me hallo, más se aumenta mi

confianza en Dios y estoy bien seguro que en presencia de los objetos mismos. Dios me dará una fuerza tan grande que devoraré á mis enemigos como si fuesen corderos».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os diré continuamente desde el interior de mi corazón: «Ni por todos los bienes del universo quiero cometer el menor pecado». La muerte, mil muertes antes que desagradaros.

28 de octubre | Confianza

«El Señor os envía las tentaciones para vuestro bien; y esto es señal de que tiene un especial cuidado de vosotros, todo lo cual os debe ser un motivo de confiar en Él». (San Juan Crisóstomo).

Una persona piadosa que casi siempre se hallaba afligida por alguna gran tentación dijo a un sacerdote ilustrado y de mucha experiencia: «¿Por qué Dios permite que yo siempre me halle tentado?». El ministro de Jesucristo alentó su confianza hablándole de la misericordia con que el Señor acude entonces hacia sus siervos y después se explicó de este modo:

1.° «Las tentaciones son útiles para probarnos», dice san Jerónimo. En tiempo de paz no se puede asegurar si la fidelidad que se manifiesta a Dios es efecto de una verdadera virtud, pero el que siendo combatido por la tentación, persevera, da a entender claramente que es fiel a Dios porque le ama.

2.° «Las tentaciones son útiles, —dice san Bernardo—, para adquirir la humildad». La humildad es una virtud muy necesaria, y que atrae muchas gracias. El que, como san Pablo, está a cada instante en peligro de caer, palpa en todo, como con la mano, su propia debilidad, se humilla y reconociendo la gran necesidad que tiene de auxilios de Dios, no cesa de recurrir a Él.

3.° «Las tentaciones son útiles para purificarnos de nuestras imperfecciones y defectos», dice el piadoso Gerson. Cuando el mar esta agitado por la tempestad arroja de su seno las inmundicias que había recibido, así acontece al que es tentado, pues se libra de muchos defectos por los cuales

estaba manchado y satisface las penas que habla merecido, entonces pasa su purgatorio.

4 . ° «Las tentaciones son útiles para fortificarnos», dice el abad Nilo. Cuanto más agitado es un árbol por los vientos, tanto más se extienden sus raíces si tienen la suficiente resistencia. El apóstol san Pablo pidió al Señor con instancia le librase del ángel de satanás que le hacía padecer de un modo tan peligroso como humillante, y el Señor le dijo que la virtud se perfeccionaba en la enfermedad.

5.° «Cuando resistimos a las tentaciones, se nos aumentan los méritos, y nos hacernos dignos de una corona más brillante», dice san Gregorio. En efecto, ellas nos hacen practicar muchos actos de virtud que son muy agradables a Dios.

Habiendo expuesto S. Doroteo a su maestro que era importunado por muy grandes tentaciones, este se movió a compasión, y le dijo que, si quería, pediría al Señor se las quitase. «No, —respondió—, lo que pido es esto: que me alcancéis más bien de Dios la paciencia y la gracia de salir siempre victorioso de este combate violento. Estas tentaciones me hacen padecer mucho, pero reconozco que me son muy ventajosas, ellas hacen que recurra a Dios por la oración y que practique la mortificación».

Un piadoso personaje, faltándole una tentación por la cual había sido mucho tiempo acometido, se quejó así amorosamente a Dios porque le había librado de ella: «Señor, ¿ya no soy digno de padecer más y de ser afligido un poco por vuestro amor?».

San Efrén, en sentir de san Juan Clímaco, viendo que se hallaba muy tranquilo después de haber sufrido muchas tentaciones, rogó al Señor le permitiese tener con el enemigo de la salvación nuevos combates, a fin de tener ocasión de alcanzar en el Cielo una mayor recompensa, dándole las más gratas pruebas de su amor.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, creo que es para mi bien el que me enviéis tentaciones, haced que adore vuestros juicios y todas las tentaciones que tenga sirvan para humillarme, purificarme y hacerme merecer alguna cosa.

29 de octubre | Confianza

«No se debe discurrir en varias tentaciones y mucho menos en las que son contra la pureza y contra la fe. Cuando el demonio acomete a ciertas personas, sabe muy bien que ellas están lejos de consentir en lo malo y pretende al tentarlas, hacerles tomar las armas y venir a las manos con ellas. Esto es para él una especie de gloria de la cual espera sacar ventaja. Es necesario despreciar la tentación y al tentador, aplicando prontamente su espíritu a otra cosa sin turbarse y sin afligirse». (San Juan Crisóstomo).

Este santo dice que el demonio hace como un perro grande que ve a un viajero, a quien no conoce. Desde luego el perro le ladra, pero si el viajero le mira con complacencia y le enseña el pan, el perro se aproxima y le hace tantas caricias que le obliga a darle alguna cosa. Si el viajero le arroja algunas piedras y huye, el perro ladra más y más, y sigue al que parece temerle, pero si le deja ladrar sin alterar el paso y manifiesta no tener miedo y se hace el desentendido, deja al punto de ladrar y no le sigue más. «Así es, —continúa el santo—, como vosotros debéis comportaros en la tentación: no os detengáis en ella con complacencia ni procuréis el combatirla directamente, pero después que os hayáis entregado a Dios de todo vuestro corazón ocupaos interiormente en otra cosa, y haced con tranquilidad vuestras obras, como si no hubiereis sido tentados».

Benito José de Labre habiendo conocido que una persona muy virtuosa era violentamente tentada la dijo: «Aunque seáis afligida por las tentaciones, no temáis tanto, tened buen ánimo: Dios no abandona jamás a los que esperan en Él, ni permite que caigan aquellos que se apoyan en Él».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no permitáis que yo sucumba a ninguna tentación. En ellas no me turbaré ni me afligiré, esperaré en Vos, porque confío en Vos.

30 de octubre | Confianza

«Las tentaciones os serán ventajosas si las resistís desde el principio, y sí recurrís entonces a Dios con mucha confianza y humildad». (San Jerónimo).

«El que no combate la tentación está ya medio vencido si es que no lo está enteramente», dice este Santo Padre. «Viene a ser la tentación como una chispa de fuego, si cae sobre los vestidos es fácil apagarla e impedir que haga mucho mal en ellos, y si no se tomaran los medios de evitar sus consecuencias, ¡qué funestos progresos no haría si al punto no se apagase!».

«Es necesario en el tiempo de la tentación recurrir a Dios, orar poniéndose en sus brazos, en su seno, haciendo, —dice el abad Juan—, como el que, estando bajo de un árbol corpulento, ve venir hacia él muchas bestias feroces y se pone en seguridad subiendo al mismo árbol. Ahora reflexionando sobre lo que dice la sagrada escritura, que el Señor está entonces a nuestro lado para darnos sus auxilios, ahora considerando, que el Señor nos mira y observa el modo con el cual combatimos».

Cuando san Agustín era tentado, se humillaba mucho delante de Dios, y le decía: «Señor, yo soy débil como el polvo, si vos no me protegéis poniéndome bajo vuestras alas, un ave de rapiña me arrebatará». Otras veces se figuraba ver al Señor que tenía sus ojos fijos en él, exhortándole a que tuviese valor, levantando una mano para socorrerle y teniendo en la otra una brillante corona para recompensarle si salía victorioso.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, luego que sea tentado, me arrojaré con confianza en vuestro seno y os diré amorosamente: «Padre amoroso, tened piedad de mí, salvadme, que perezco».

31 de octubre | Confianza

«Algunas veces os será muy útil, cuando la tentación dura mucho tiempo, manifestarla a vuestro confesor y contentaros con mirar amorosamente al Señor como a vuestro padre. (Caglíari).

Santa Juana Francisca, siendo violentamente tentada y teniendo grandes aflicciones de espíritu, hizo presente el estado en que se hallaba a san Francisco de Sales su director, escribiéndole así: «Padre mío, estoy oprimida por horribles tentaciones y aflicciones de espíritu que son extremadas y no encuentro en ellas otro remedio ni alivio sino el dirigir de continuo una simple mirada hacia Dios poniéndome sencillamente en sus brazos. Aun cuando no siento más esta entera resignación, esta dulce confianza y este horror hacía el pecado que sentía otras veces, me parece, sin embargo que por esta simple mirada, estas mismas virtudes vienen a ser más sólidas y más fuertes que nunca. Cuando quiero fortalecer mi alma con discursos, renuncias, y otros actos semejantes me expongo entonces a nuevas tentaciones y aflicciones, y al contrario, mientras que más me detengo en dirigir hacía Dios una simple mirada, menos agitaciones y aflicciones siento».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, si Vos permitas que el enemigo de mi salvación me asalte, no permitáis que salga victorioso. ¡Oh, padre amantísimo, yo os amo y no dejaré de amaros siempre!

NOVIEMBRE

Caridad

Este es el mayor, y el primer mandamiento: amarás al Señor lu Dios de lodo tu corazón; el segundo semejante es a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Hoc est maximun, et primum mandatum: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo; secumdum autem simile est huic. Diliges próximum tuum sicut te ipsum.

(Math. 22. 38.)

1 de noviembre | Caridad

«Oh, mi Señor y mi Dios, qué, ¿era necesario que me dieseis un precepto para amaros? ¿No sois el más amable por vuestras infinitas perfecciones? ¿Y no merecéis vos todo nuestro amor por el amor infinito que tenéis por nosotros? ¿Cómo es posible que se encuentre alguno que no os ame? Si hay algunos que no os aman, es porque no merecen conoceros. Un alma que conoce a Dios no puede menos de amarle y le ama más a proporción que le conoce mejor». (Santa Teresa).

San Felipe de Neri decía muchas veces: «Señor, yo no os he amado porque no os conocía».

Un gran siervo de Dios abrasado todo en amor, padecía una especie de martirio en el tiempo de carnaval viendo a tantos cristianos regocijarse en ofender a Dios. Y así exclamaba: «El amor no es amado el amor no es amado; no es amado porque no se le conoce».

Una persona muy piadosa manifestaba de este modo los sentimientos de su alma al que la dirigía en la piedad: «Un gran fuego se enciende en mi alma cuando el Señor me hace ver en la oración cuánto merece ser amado a causa del grande amor que nos manifiesta. El Señor nos ama con el mismo amor que Él se ama a sí mismo, como nos lo muestra:

1. ° Por las grandes cosas que ha hecho y por las que hace continuamente por nosotros.

2 ° Por el gran deseo que Él tiene de que le amemos. Y este deseo le ha llevado hasta lo que se puede llamar el *extremo de amor*. Ahí el Señor no pide sino el hacerse conocer con el fin de hacerse amar, y no halla entrada en nuestros corazones, porque están mal dispuestos.

3.° Por la paciencia con que sufre la ingratitud de tantas criaturas que no quieren corresponder al grande amor que tiene por ellas, Él las sigue continuamente para ser amado y ellas huyen por no amarle.

«Cuando yo hago estas reflexiones, —añadía—, me penetro, más veces de admiración: ¡Un Dios puede sufrir que las criaturas a quienes ha dado un corazón para amarle no le amen, y que amen hasta el exceso a las otras criaturas! Quisiera tener entonces un Corazón de serafín para amar a mi Dios. Sí, yo estoy

vivamente afligido, estoy desconsolado al considerar que hay muchos que no aman a Dios, y que ha habido un tiempo en que yo no le amaba. El dolor que siento se acrecienta más cuando considero que no amar a Dios es despreciar su poder, su sabiduría, su caridad, su bondad, todas sus perfecciones, y todos los misterios de Jesucristo. Después suplico a la infinita bondad de mi Dios que se haga conocer con el fin de hacerse amar y me ofrezco de todo mi corazón a Él para encender en los corazones el fuego de su amor. Tales son los sentimientos de los cuales estoy animado muchas veces en la oración por la misericordia de Dios, y procuro conservarlos en mí durante el día.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, ¿cómo se podrá hallar gusto en hacer lo que os desagrada y os ofende? Dadme un corazón de serafín para amaros y para hacer que os amen. Servíos de mí para iluminar las almas sobre la necesidad de amaros y para encender el fuego de vuestro amor en todos los corazones.

2 de noviembre | Caridad

«Cuando alguno ha llegado al punto de poner enteramente su corazón en Dios, no tiene afecto alguno a las cosas de la tierra, no le deslumbran el resplandor de los honores, ni la brillantez de las riquezas; ni halla consuelo, ni seguridad, sino en Dios solo». (Santa Teresa).

Cuando san Bernardo experimentaba algún placer ocasionado por cualquiera cosa creada, se confundía y decía gimiendo: «El amor que tengo a mi Dios no es muy ardiente, pues si lo fuese, yo no gustarla nada fuera de Él».

La bienaventurada santa Catalina de Génova abrasada de amor por su Dios, exclamaba: «No, de aquí en adelante no más adhesión al mundo, no más afecto por lo que el mundo ama. Si fuese señora de mil mundos, los renunciaría enteramente para que Dios fuese perfectamente dueño de mi corazón».

En el corazón de san Ignacio de Loyola no había sino solo Dios, el deseo de agradarle y de ganarle almas.

Se decía del P. Pedro Juan Cayron, cuya edificante vida fue escrita por el padre Seranne, que este Santo religioso no tenía otra pasión que amar a Dios, y hacer que fuese amado por su prójimo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, os entrego mi corazón; todo es vuestro; haced que no tenga adhesión a las cosas terrenas, ni reciba placer por las cosas creadas, ni tenga otra pasión que la de amaros y hacer que os amen.

3 de noviembre | Caridad

«Ah, no tenemos todo el amor que necesitamos tener, quiero decir, que debiéramos tener un amor infinito para amar a nuestro Dios tanto como merece, y sin embargo, ¡qué miserables somos! Nosotros prodigamos a las cosas viles y despreciables el puro amor del que somos capaces como si hubiéramos de vivir siempre en esta vida». (San Francisco de Sales).

Este gran Santo se explicaba así: «Si supiese que había en mi alma un solo hilo de afecto que no fuese de Dios, ¡oh, por Dios!, le corlaría en el mismo instante. Querría mucho mas no existir, que existir no siendo todo de Dios sin excepción».

San Felipe de Neri decía algunas veces: «¿Cómo es posible que aquel que cree en Dios pueda amar a otra cosa que a Dios, o a lo menos que no sea sino por el amor de Él?». Desfalleciendo este Santo de amor por su Dios, le dirigía esta queja: «¡Oh, mi Dios! Vos sois tan amable y me mandáis que os ame, ¿pues por qué no me habéis dado más que un corazón solo y este tan pequeño?».

San Agustín se animaba a amar a Dios hablando así a su alma: «¿Qué hay en este mundo que pueda agradarle y satisfacer tu amor? A cualquiera parte que mires no ves otra cosa que el cielo y la tierra, y si ya en el cielo, ya también en la tierra hallas cosas que arrebatan tu amor, ¿de qué amor, pues, no será digno el que ha hecho estas mismas cosas? Pregúntales, ya que te agradan, quien es su autor, y admirando la obra ama al que la hizo. No te aficiones a lo que ha sido creado tanto que olvides a Dios que es su Creador. ¡Oh, Dios mío!, vos sois

digno de ser amado infinitamente más que todo lo que hay sobre la tierra y en el cielo. Renuncio a todo lo que es perecedero por temor de perder vuestro amor».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Dios mío, ¿por qué me habéis dado un solo corazón? Si tuviera cien mil, os los entregaría todos. ¿Por qué me habéis dado un corazón que no puede amaros tanto como merecéis, un corazón que puede dejar de amaros y adherirse a la vanidad? Dignaos llenar de vuestro amor este corazón que quiere ser todo vuestro.

4 de noviembre | Caridad

«Basta al que ama a Dios, como deberíamos amarle, el saber que una cosa es de mayor perfección y que el Señor seria glorificado en ella para ejecutarla al momento y sin trabajo, con el intento de agradarle y de manifestarle su amor. ¡Oh, mi Dios!, ¡qué fácil lo hacéis todo para los que os aman ardientemente y que lo abandonan todo por vuestro amor! (Santa Teresa).

Esta Santa deseaba con ardor la nueva reforma con el fin de apartarse de todo y de seguir más perfectamente su vocación; sin embargo, la deseaba de tal modo, como ella misma dijo, que si el Señor le hubiera hecho entender que quería que la dejase enteramente, hubiera cesado en el mismo instante de trabajar en ella sin que le causase sentimiento alguno. Para llevar a cabo el gran deseo que la abrasaba de no hacer sino lo que más agradase a Dios, se obligó por voto a hacer siempre lo que conociese ser más agradable al Señor. Sería una gran temeridad para las almas el obligarse a esto por voto; pero la Santa, obrando de este modo, no hizo sino lo que sabía bien que era inspiración divina; jamás traspasó este voto en ningún punto.

La Iglesia da a entender en la oración por la cual invoca a san Ignacio de Loyola, que el carácter propio y distintivo de este Santo era de hacerlo todo por la mayor gloria de Dios y Dios le había elegido para propagarla.

¿A qué excesos de humillaciones y de austeridades, a qué fatigas y peligros no se entregó con el mayor placer Benito José por agradar a Dios que le había hecho conocer que esta era su voluntad? Este pensamiento: «Dios lo quiere», allanaba todas las dificultades y le hacía hallar suave todo lo más difícil. Se animaba pronunciando continuamente estas palabras qué eran como su divisa: «Dios lo quiere».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, deseo hacer por vuestro amor todo lo que sea más perfecto y lo que yo sepa que os es más agradable. Nada quiero hacer sino para mayor gloria vuestra.

5 de noviembre | Caridad

«Cuando el amor de Dios se hace dueño de un alma, produce en ella un deseo infatigable de obrar en obsequio de aquel a quien ama. Todo lo que entonces haga por Dios, y cualquier tiempo que emplee en su servicio, le parece nada y no cesa de afligirse de lo poco que hace por su Dios. El Amor le enseña lo que Él merece y ve al resplandor de esta luz todos los defectos e imperfecciones de sus obras, se penetra de la más viva confusión, conociendo cuán indigna es de no obrar de una manera perfecta para un Dios tan grande. En este estado está muy ajena de complacerse en sí misma y de condenar a las demás». (San Juan Crisóstomo).

San Vicente de Paul, que no cesaba de hacer grandes cosas por su Dios, a fin de serle agradable, se tenía no solamente por siervo inútil y perezoso, sino también por siervo malo. Algunas veces no comía al medio día y se privaba de todo alimento hasta la tarde, teniendo presente aquellas palabras del Apóstol que se aplicaba, aunque a é1 ciertamente no le aplicaban: «Aquel que no trabaja no come».

San Carlos Borromeo tenía un gran deseo de hacer que se honrase a Dios y buscaba todas las ocasiones de formarle verdaderos adoradores y para mejor hacerlo ¿a cuántos trabajos penosos no se entregó? La alternativa de ejercicios

molestos era su descanso, y sin embargo se le oía decir que no hacía nada y que merecía como el siervo ocioso, ser condenado a los abismos eternos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

¡Oh, Dios mío, que indignidad el no obrar siempre por Vos y hacerlo del modo más perfecto! ¡Ay, de mí, pues no hay más que defectos en todas mis obras! Tened piedad de este siervo malo, de este siervo inútil, que quiere comenzar a amaros con ardor.

6 de noviembre | Caridad

«El que ha llegado al perfecto amor de Dios, no es movido ni por la gloria ni por la ignominia, sale victorioso en las tentaciones y adversidades con solo despreciarlas, pierde el gusto y el deseo de toda otra cosa fuera de Dios. No hallando ninguna tranquilidad, ninguna consolación, ningún reposo en todo lo que no es Dios, no hace otra cosa que buscar a su bien amado; de modo, que sea que trabaje o que coma, sea que vele o que duerma, sea que obre o que converse, todos sus pensamientos, toda su ambición es hallar al que ama. Dios es su tesoro, en él pone su corazón. En una palabra, se le puede comparar a un hombre vivamente apasionado, que no suspira jamás sino por una criatura que es el objeto de su pasión». (San Juan Crisóstomo).

Preguntó uno a un santo religioso: —¿A dónde vais y que buscáis?
—Voy a Dios, y busco a Dios, —respondió—, y no me detendré hasta haberle hallado.

El Bienaventurado Raymundo Lulio, fue preguntado de este modo: «¿A quién pertenecéis?, ¿de dónde venís?, ¿a dónde vais?, ¿quién os ha conducido aquí?» Y contestó así a estas preguntas: «Pertenezco al amor, soy del amor, voy al amor, el amor es el que me ha conducido aquí».

San Vicente Ferrer tenía siempre el corazón y el espíritu llenos de Dios, pensaba siempre en Dios, no hablaba jamás sino de Dios o con Dios; caminando o estando sentado, estudiando o conversando estaba gozoso al ver que se hallaba en Dios y se unía estrechamente con Él.

Los ardores del amor divino obraron cosas que parecen increíbles si se refiriesen, en un san Luis de Gonzaga, en una santa Catalina de Siena, en un san Pedro Alcántara, en una santa Teresa, en un san Felipe de Neri, en una santa Magdalena de Pazzi, en un san Francisco de Paula y en otros muchos Santos.

Un Embajador de san Luis Rey de Francia, encontró en Tolemayda a una mujer que iba por las calles de esta ciudad y llevaba en su mano derecha un vaso de agua, y en la izquierda una mecha encendida; y suspirando exclamaba: «¡Oh, Dios!, ¡oh, Dios!, ¿es posible?» El embajador la detuvo y le preguntó que quería significar con aquello. «Yo quisiera, —respondió—, yo quisiera, si fuese del agrado de Dios, apagar el infierno con esta agua, y abrasar el mundo con esta luz para que Dios fuese amado puramente por sí mismo».

Había una religiosa que tenía costumbre de contestar cuando se le preguntaba qué hora era: «Es la hora de amar a Dios».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, yo no quisiera suspirar sino junto a Vos. Haced que no vea otra cosa sino a Vos, que no tenga otro afecto sino a Vos, ni guste sino de Vos, ni piense, ni hable, ni obre sino por Vos. Vos sois mi tesoro, haced que mi corazón descanse del todo en Vos.

7 de noviembre | Caridad

«El perfecto amor de Dios no consiste en los gustos, en las lágrimas y en los sentimientos de devoción que deseamos algunas veces tener, sino en una gran determinación de evitar aun los pecados más pequeños y de poner los medios para ello, con un ardiente deseo de agradar a Dios en todas las cosas y de procurar su gloria». (Santa Teresa).

Santa Juana Francisca escribió a la superiora acerca de una religiosa que se tenía por una alma llena de amor de Dios, porque experimentaba consuelos extraordinarios: «Esta buena hija tiene necesidad de ser desengañada, se persuade estar muy elevada en el amor de Dios y es necesario que sea sublime en virtudes. Soy de parecer que estos ardores y estos movimientos que

experimenta son efectos de su naturaleza y del amor propio. Es necesario decirle que la solidez del amor de Dios no consiste en gustar los consuelos divinos sino en ser muy exacta en observar las reglas y en practicar fielmente las verdaderas virtudes, es decir, en humillarse, en amar su propio desprecio, sufrir las injurias y las adversidades, negarse a sí misma, y amar a Dios de modo que no desee el ser conocida sino de Dios solo, tales son las señales infalibles del verdadero amor. Dios nos preserve de este amor sensible que nos deja vivir por nosotros mismos, porque el amor propio conduce a la muerte».

Se dice de santo Tomas de Aquino que tuvo siempre su alma pura y limpia como la de un niño de cinco años, este tenía el amor perfecto.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo os amo y porque os amo, no quiero hacer cosa que os desagrade, quiero hacerlo todo por agradaros y para hacer que los demás os amen.

8 de noviembre | Caridad

«El amor de Dios es el árbol de la vida colocado en medio del paraíso terrenal, tiene como todos los demás arboles seis cosas diferentes a saber: raíces, un tronco, ramas, hojas, flores y frutos. Tengamos este árbol en nuestro corazón bien adornado en todas sus partes». (Santa Teresa).

Esta Santa describe de un modo interesante e instructivo este árbol santo:

«Las raíces son las virtudes por medio de las cuales se adquiere este amor, y se hallan en él nueve principales. 1.ª La verdadera penitencia y la frecuencia de sacramentos 2.ª La observancia de los mandamientos y de las reglas. 3.ª El temor de Dios. 4.ª La mortificación de las pasiones y deseos. 5.ª El temor y fuga de las ocasiones. 6.ª El examen de conciencia. 7.ª La obediencia. 8.ª La humildad. 9.ª La misericordia para con el prójimo.

El tronco del árbol es la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios.

Las diversas ramas son: 1.ª Una fe viva que nos hace ver de cerca al sol de justicia sin ser deslumbrados. 2.ª Una gran confianza en la protección de Dios

que impide que nos dejemos abatir en medio de las adversidades. 3.ª Los ardientes deseos, los firmes propósitos y demás actos interiores que son el camino por el cual se llega al verdadero amor. 4.ª La constancia que hace que se descanse sobre este árbol.

Las hojas son las gracias que se dan principalmente por la salvación de los demás, los consuelos interiores y los raptos. Se da a esto el nombre de hojas como sirviendo de adorno al árbol y poniendo a cubierto los frutos en su sazón. En el invierno de las sequedades y tribulaciones, estas hojas caen y no se experimentan estas alegrías espirituales, pero el amor de Dios queda plantado en el corazón.

Las flores son las obras y las virtudes heroicas que el alma produce abrasada de amor.

Los frutos son los trabajos, las aflicciones y las persecuciones que el alma sufre con paciencia cuando Dios permite que sucedan o cuando ella misma se los procura por mejor servir a Dios y padecer a imitación de Jesucristo».

Tal es el árbol que santa Teresa nos invita a plantar profundamente en nuestra alma.

Una santa religiosa consideraba el amor de Dios como una planta muy hermosa plantada en buena tierra, y que era muy abundante en flores y en frutos de buenas obras. «Uno de los principales frutos, —decía—, es el amor del prójimo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dignaos arraigar profundamente en mi corazón vuestro divino amor. Haced que este amor no sea estéril, sino que produzca en todo tiempo frutos de vida eterna.

9 de noviembre | Caridad

«Algunos se inquietan en buscar los medios de hallar el arte de amar a Dios y no saben que no hay otro arte ni más medios que amarle, es decir, hacer lo que le es agradable». (San Francisco de Sales).

San Vicente de Paul llegó a tan alto grado de amor por la exactitud admirable en observar la ley de Dios. Velaba continuamente sobre sí mismo, era mortificado en sus pasiones, recto en sus pareceres, circunspecto en sus palabras, prudente en su conducta, puntual en las prácticas de piedad y perfectamente unido a Dios. La caridad de que su corazón estaba animado era la que gobernaba todas las potencias de su alma y arreglaba todos sus movimientos y todas sus obras. Se puede decir que su vida fue un sacrificio continuo que hacía a Dios, no solamente de todos los bienes del mundo, sino aun de todo lo que había recibido de la liberal mano del Señor su Dios, de todas sus luces, de todos sus afectos y de todos sus deseos. No deseaba otra cosa sino que Dios fuese conocido y glorificado perfectamente, que su voluntad fuese cumplida en todos los lugares, en todos los tiempos y por toda suerte de personas. A este único fin es a quien dirigía todos los proyectos que formaba, todas las palabras que hablaba y todas las acciones que hacía.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no cesaré de hacer por vuestro amor, todo lo que yo sepa que os es agradable. Quiero estar siempre unido a Vos con el alma y con el corazón a fin de no obrar sino por vuestra gloria.

10 de noviembre | Caridad

«Una persona adquiere el amor de Dios por una firme resolución de obrar y padecer por Él, y de abstenerse siempre de todo lo que le desagrada, poniendo en práctica al mismo tiempo esta resolución en las diversas ocasiones que se presenten, siendo muy fiel en las pequeñas cosas, para poder salir mejor en las grandes». (Santa Teresa).

Esta Santa aun cuando tuvo muchos obstáculos que vencer en las diferentes fundaciones que hizo no se desanimaba, antes bien se gloriaba de tener mucho que padecer. Tomaba siempre consejo de personas sabias para no hacer nada contra la obediencia y no tener nada de que arrepentirse delante de Dios, diciendo que dejaría la fundación de mil monasterios, antes que cometer la más pequeña imperfección.

San Vicente de Paul, desentendiéndose un poco de la simplicidad y caridad podía haber evitado muchas peticiones indiscretas y otras muchas repulsas y afrentas que le hacían, pero el santo rehusó hacerlo así, no dando señal alguna de impaciencia cuando tenía más que padecer y obrando siempre con la mayor dulzura y la más perfecta tranquilidad.

Exigiendo de san Juan Crisóstomo la emperatriz Eudoxia que permitiese a los herejes, en lo cual no podía convenir el Santo obispo sin faltar a su ministerio, se resistió abiertamente. Irritada la princesa por esta repulsa amenazóle por medio de sus ministros con el destierro y la muerte si no obedecía a sus órdenes. «Id a decir a la Emperatriz, —respondió entonces—, que Crisóstomo no teme sino una sola cosa, que es el pecado».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que no tema sino el pecar. Ponedme en disposición de abstenerme de todo lo que os desagrade, de no obrar sino por Vos y desear padecer para manifestaros mi amor.

11 de noviembre | Caridad

«Un excelente modo de ejercitarse en el amor de nuestro Señor, es acostumbrarse a tenerle siempre presente en el espíritu. He aquí tres medios:

1.° antes de hacer alguna acción, representaos el modo con que Jesucristo obraba cuando estaba en la tierra de una manera visible, tened las mismas intenciones que Él tenía y procurad imitarle por lodos los medios posibles.

2.° Considerad muchas veces que os mira desde lo alto del cielo y que derrama sobre vosotros la abundancia de sus gracias.

3.° Que la fe os muestre la persona de Jesucristo en todos aquellos con quienes tratéis y veáis.

Obrando así, haremos con más facilidad y perfección todas nuestras acciones y evitaremos muchos defectos como la inquietud y la impaciencia; además, sirviendo al prójimo, mereceremos tanto como si sirviésemos a nuestro Señor». (San Vicente de Paul).

Este Santo practicaba los consejos que daba y no emprendía nada, ni hacia acción alguna sin haber pensado en Jesucristo, recordando lo que había dicho, y lo que había hecho, de aquí proveía aquel modo de explicarse que edificaba mucho: «Jesucristo ha dicho esto, Jesucristo se comportó así». El tiempo que vivió en casa de M. Gondí, honraba a nuestro señor en la persona de Gondí, a la Santísima Virgen en su esposa, a los Apóstoles en los sacerdotes que allí había, y a los discípulos de nuestro Señor en las demás personas, y decía que esta práctica le había sido muy útil.

Una persona que deseaba pensar continuamente en Jesucristo, tomó la costumbre de considerarle como jefe superior entre los que tienen alguna autoridad; como sacerdote, entre los sacerdotes; como pobre, entre los pobres; como paciente, entre los que están afligidos; como infante, entre los infantes; en fin, nada había que no le recordase a Jesucristo. Viendo el sol, decía: «Jesucristo es el sol de justicia«. Viendo una luz: «Jesucristo es la luz del mundo». Si veía un cordero, decía: «Jesucristo es el cordero de Dios que quita los pecados». Si el pan: «Jesucristo es el pan vivo bajado del cielo». Si un libro: «Jesucristo es el libro de los escogidos».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, adorable salvador, deseo teneros siempre presente en mi alma por la memoria de vuestras perfecciones, de vuestros misterios y de vuestra caridad. Que estéis siempre en mi corazón por los santos afectos y por el deseo de agradaros. Haced que hable vuestro lenguaje y que viva de vuestra vida.

12 de noviembre | Caridad

«Queréis conocer cuanta es la extensión de vuestro amor para con Dios, examinad que deseo tenéis de padecimientos y humillaciones. Una alma crece en el amor divino a proporción que desea más padecer y ser humillada. Estas son las señales ciertas de este fuego celestial, todo lo demás no es más que humo». (San Vicente de Paul).

San Juan de la Cruz pedía a nuestro Señor en recompensa de los trabajos y persecuciones que había sobrellevado por su amor, el sufrir más, y ser humillado más y más. «Padecer y ser despreciado por vos», decía.

Santa Matilde oyendo cantar estas palabras del evangelio: «Simón hijo de Juan, ¿me amas más que estos?», quedó como arrobada en Dios. En su éxtasis le pareció que Jesucristo le decía: «Matilde, ¿me amas más que todo lo que hay en el mundo?». Y respondió: «Vos sabéis, Señor, que os amo». El señor añadió: «¿Me amas de modo que estéis dispuesta a padecer todo género de trabajos tormentos y humillaciones?». Y contestó: «Vos sabéis que no hay ninguna cruz que pueda separarme de vos». Volvió a decirle el Salvador: «Pero, sí .estos tormentos fuesen horrorosos, los sufrirías voluntariamente y con alegría por mi amor?». «Sí, ¡oh, Dios mío!, yo estoy pronta para todo: me tendría por muy dichosa en tener que padecer por Vos que habéis padecido por mí; todo me parecería poco, considerando que vos habéis querido ser por mi amor un varón de dolores».

Benito José de Labre manifestó claramente por su conducta que estaba como ansioso de padecer y de ser humillado, el amor que tenía a Jesucristo era el origen de este desees tan ardiente. Una de sus oraciones jaculatorias era: «Oh, Jesús mi amor!, yo os doy mi corazón. ¡Oh, Salvador infinitamente amable!, poned vuestra pasión en mi corazón».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme vuestro amor y el deseo de las humillaciones y padecimientos, no permitáis que haya adversidad alguna que pueda separarme de Vos. Imprimid fuertemente en mi corazón la pasión de mi Salvador Jesús, a fin de que me haga dichoso cuando tuviere alguna cosa que padecer por Él.

13 de noviembre | Caridad

«Cuantos menos deseos, tanto mayor es la caridad. El que no siente en si ningún deseo, posee entonces la caridad perfecta». (San Agustín).

San Francisco de Sales decía algunas veces a ciertas personas a quienes hacia participantes de sus disposiciones interiores: «Quiero pocas cosas y quiero muy poco aquello que quiera. No tengo casi ningún deseo y si volviese a nacer no querría tener ninguno».

Santa Teresa estaba tan persuadida que el amor perfecto excluye todo deseo terrestre que exclamaba: «¡Oh, Dios, mi amor! Vos me amáis más que lo que yo me puedo amar a mí misma y más que lo que puedo comprender. ¿Por qué he de desear más que lo que Vos me queréis dar?».

Un director de las almas dijo a una persona que le pedía consejos saludables: «Conservad bien esto, es necesario que estas palabras "Yo quiero, yo no quiero, yo amo mejor", jamás salgan de vuestra boca, es preciso que los afectos que estas palabras expresan nunca se hallen en vuestro corazón».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo no deseo ni las riquezas, ni los honores, ni los placeres del mundo; no deseo ni la estimación de las criaturas, ni la salud, ni la vida, no deseo nada terrestre, sólo deseo a Vos y que se cumpla vuestra divina voluntad.

14 de noviembre | Caridad

«Por el amor que se tiene al prójimo, se conoce mejor que por ningún otro medio, si se ama a Dios. Estos dos amores jamás están separados el uno del otro. Se hacen más progresos en este a proporción que se aventaja más en aquel. Esta regla es segura: ved qué amor tenéis por Dios. Si el primero es perfecto el segundo también y lo habéis hecho todo, pero es preciso no ser de aquellos que dicen quieren hacer mucho por el prójimo y no ponen jamás la mono a la obra». (Santa Teresa).

Refiere Tertuliano de los primeros cristianos que se amaban tan tiernamente que los paganos se admiraban y decían: «Considerad como estos cristianos se aman los unos a los otros, cómo se prestan para hacerse todo género de servicios y estar prontos y dispuestos a morir los unos por los otros».

San Juan Evangelista, según dice san Jerónimo, no pudiendo caminar a causa de su edad avanzada, se hacía llevar en los brazos de sus discípulos a las asambleas de los cristianos y como la debilidad de su voz no le permitía hacer largos discursos, se contentaba con decirles estas palabras: «Hijos míos, amaos los unos a los otros». Los que le oían, admirados y cansados, quizás porque jamás les decía más que aquello, le preguntaron: «¿Por qué nos hacéis siempre esta misma advertencia?». Y les dijo una respuesta digna de él: «Es precepto del Señor, si le observáis, os basta».

Santa Juana Francisca, deseando que todas las acciones de sus hijas procediesen del espíritu de caridad, hizo escribir en la pared del corredor por el cual pasaban muchas veces, las cualidades que san Pablo da a esta sublime virtud: «La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no piensa mal, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta». Si acontecía que alguna de sus hijas faltaba a la caridad, la enviaba a leer otra sentencia que llamaba *el espejo del monasterio*. Ella misma la leía muchas veces en su presencia y volviéndose después hacia ella, decía con un semblante lleno de fuego: «Aun cuando yo hablase el lenguaje de los ángeles, si no tengo caridad nada me aprovecha, y aun cuando entregase mi cuerpo a los tormentos y al fuego y no tuviere caridad, ¿de qué me aprovecharía todo esto?».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero amar al prójimo por Vos, porque pertenece a Vos; deseo ver siempre a Vos en él, rodar por él y hacerle todo el bien que pueda por respeto a Vos.

15 de noviembre | Caridad

«El que nos ha mandado amar al prójimo nos ha prescrito el modo como debemos amarle. Debemos amarle como a nosotros mismos. He aquí la regla, no podemos quebrantarla sin hacernos culpables Es tan esencial el amar así a nuestro prójimo, que amándole de otro modo no le amaríamos suficientemente». (San Francisco de Sales).

El santo Rey Wenceslao empleaba una gran parte de sus riquezas en comprar niños, cuyos padres fuesen paganos, con el fin de hacerles bautizar y educarles en la religión católica.

Un buen cristiano tenia costumbre de hacerse esta pregunta cuando un pobre le pedía limosna o alguno le rogaba le hiciese cualquier servicio: «Si yo estuviera en lugar de esta persona y ella en lugar mío, ¿qué querría yo que ella hiciese por mí?». Y concluía: «¡Hagámoslo, pues, por el amor de Jesucristo!».

Un digno prelado, teniendo a su mesa un personaje de consideración el cual hablaba muy mal desacreditando a otro; para dar una lección saludable al que así hablaba, mandó a uno de sus lacayos fuese a buscar prontamente a aquel cuya reputación se quitaba; el que murmuraba quedó sorprendido de la orden que oyó dar. «Le hago llamar, —le dijo el señor Obispo—, a fin de que él responda, pues sería injusto condenarle sin escuchar sus razones».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que por vuestro amor me porte con todos los que vea en desgracia como yo quisiera que ellos se portasen conmigo, si yo ocupara su lugar y ellos ocupasen el mío.

16 de noviembre | Caridad

«La caridad para con el prójimo es una señal de predestinación, pues que muestra que somos verdaderos discípulos de Jesucristo. Esta es la virtud divina que le obligó a pasar una vida pobre y a morir desnudo en una cruz, y por esto, cuando nos hallamos en las ocasiones de padecer por la caridad, debemos bendecir a Dios». (San Vicente de Paul).

Un hombre muy instruido llamado Eulogio cuyas delicias eran el estudio de las ciencias, tomó una firme resolución de consagrarse enteramente al servicio de Dios. Al efecto distribuyó entre los pobres todo lo que tenía y pidió después con instancias al Señor que le mostrase que género de vida quería que abrazase. El Señor se lo dio a conocer un día cuando, hallándose en una plaza

pública, vio á un leproso que estaba sin pies ni manos. Movido de compasión al verle se obligó delante de Dios a cuidarle y suministrarle por toda su vida cuanto necesitase esperando que haciéndolo así el Señor usaría con él de misericordia. Habiendo conducido a su casa a este leproso le hizo, por espacio de quince años, todos los servicios que pudo. Desde este tiempo el leproso que hasta entonces se había mostrado reconocido, vino a hacerse ingrato. Tentado violentamente, no cesaba de injuriar a su caritativo bienhechor. «Sin duda, —le decía—, que habéis cometido muchos y enormes crímenes, pues que se os ha condenado a hacer tal penitencia, yo no quiero habitar más en esta casa, volvedme a la plaza, al sitio en donde me tomasteis, las liberalidades de los ricos me suministraran para alimentarme a mi gusto, y a lo menos tendré la satisfacción de verles cuando pasan». Eulogio padecía mucho y sin embargo, lejos de impacientarse, redoblaba las atenciones y no cesaba de rogar al Señor mudase el corazón del pobre que le era tan querido; un avaro no siente más el perder su tesoro, que lo que él sentía el separarse de su leproso. No sabiendo ya que hacer para apaciguarle y retenerle, le vino al pensamiento ponerle en un navío y conducirle a san Antonio. Este santo hizo conocer al pobre (de quien la Providencia había cuidado y que era bastante ciego para no conocerla) toda la indignidad de su conducta, y les descubrió que era una tentación, y que no les restaban más que cuarenta días de vida. «Ya tenéis poco tiempo el uno y el otro para usar de paciencia, —les decía—, ¿queríais por cuarenta días que habéis de estar en este mundo separaros y renunciar la corona que os espera?». Al oír estas palabras el leproso quedó libre de la tentación, Eulogio se consoló y habitaron de nuevo en la misma casa, no cesando de bendecir a Dios. Al tiempo señalado la profecía del santo se cumplió: los dos murieron en el mismo día y Eulogio falleció el primero. ¡Que recompensa tan abundante ha obtenido!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, por vuestro amor quiero hacer a mi prójimo todos los servicios que pueda. Y seré dichoso cuando tenga que padecer alguna cosa por su parte.

17 de noviembre | Caridad

«Jesucristo ama tanto a nuestro prójimo que ha dado su vida por él. Este Dios Salvador se alegra cuando hacemos algún sacrificio por hacerle bien. Todos los servicios que hacemos al prójimo en su presencia y para manifestarle nuestro amor, le son muy agradables. ¡Ah, si comprendiésemos bien cuán importante es la virtud de la caridad para con el prójimo, qué celo no tendríamos en hacer estos actos!». (Santa Teresa).

Santa Magdalena de Pazzi tenía costumbre de decir que miraba como perdido el día en que no había ejercido de cualquier modo la caridad para con el prójimo.

San Vicente de Paul hacia lo mismo, no perdía ocasión alguna de practicar esta virtud.

Una señora joven que había vivido siempre en el estado de la inocencia, tomó la resolución de manifestar lo más frecuentemente que pudiese su amor a Jesucristo en la persona de los pobres. Era pobre y por consiguiente no podía hacerles grandes limosnas, pero sabía coser, y ponía todas sus delicias en componer sus pobres vestidos, los cuales pedía con instancias para este efecto; esta fue su ocupación ordinaria por muchos años. Estando un día sola en un camino encontró un pobre que jamás había visto y que fue buscado después inútilmente. Se aproximó a ella y después de haberla saludado con mucho respeto le dijo: «Señora, os voy a dar una noticia: bendecid al Señor, pues moriréis dentro de seis días». Lo más sorprendente es que estas palabras lejos de turbarla y de entristecerla le agradaron. Se dio prisa para ir a referir a su hermano mayor en edad y a sus padres lo que se le había anunciado. No se omitió nada para persuadirla que no debía tener ningún cuidado de lo que le hablan dicho, siendo así que gozaba entonces de tan buena salud. «¿Qué pierdo, —respondió—, en prepararme para morir? Será esto lo que Dios quiera, no se me quitará del pensamiento que este es un aviso de lo alto que se me ha dado, por lo que bendigo a Dios». Esta joven hizo todo lo que debiera hacer si hubiera estado enteramente segura de que era Jesucristo el que había hablado por medio de este pobre como ella suponía. A los seis días murió con los más grandes sentimientos de piedad, gloriándose de lo mucho que había amado a los pobres.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme un grande amor para con los pobres; un amor que me haga ver a Jesucristo en cada uno de ellos y que me mueva a hacerles todos los servicios que pueda, ya por mí mismo, ya por medio de otros.

18 de noviembre | Caridad

¡Oh, cuán grande debe ser el amor que el Hijo de Dios tiene para con tos pobres! Él ha elegido, el estado de pobre, ha querido ser el Señor de los pobres y mira como hecho expresamente a si mismo todo lo que se hace a sus pobres, importa, pues, amarles con un amor muy especial, considerando en ellos a la persona misma de Jesucristo y haciendo todo el caso que Él hacía de ellos». (San Vicente de Paul).

Este Santo, de quien se puede decir que llevaba en su corazón a todos los pobres, sabiendo en una ocasión que amenazaba una gran carestía, dio un profundo suspiro exclamando así: «Cada vez que pienso en ello me aflijo con la mayor viveza no tanto por nuestra compañía como por los pobres. Nosotros saldremos de nuestra casa para pedir el pan y si no se nos da haremos el oficio de Vicarios en las parroquias, pero los pobres, ¿qué harán?, ¿a dónde irán?».

La caridad de Mr. Dorfeo, Obispo de Limoges, para con los pobres era tan grande, que decía de él que (si fuese posible) se volvería voluntariamente pan para socorrerles

Mr. Denisiot, muy digno sacerdote de la Diócesis de Auton, que murió hace pocos años, se obligó con motivo de una gran carestía a no tomar para su alimento y manutención, sino lo menos que pudiese, con el fin de poder aliviar a los pobres de su parroquia. Se contentaba con la sola comida que hacía de alubias cocidas con agua y sal y de pan moreno, añadiendo algunas veces para postres nueces secas. Su alimento no le costaba al año sino cuarenta y cinco o cuarenta y ocho francos. Entonces era cura de san Furseo, pero habiendo renunciado su beneficio un sacerdote lleno de caridad para con los pobres por consejo del superior del seminario, que fue encargado de arreglar las condiciones de la renuncia, su salud que parecía del todo perdida se restableció. La providencia le llamaba a Auton y aceptó por obediencia el curato de san

Quintín y por espacio de doce años que le sirvió fue el centro de la indigencia, y el más grande recurso de los pobres de esta ciudad y sus alrededores. Con solo hablar sobre el amor para con ellos, abría las bolsas de las personas caritativas. Su caridad ingeniosa le puso en estado de tener un almacén de vestidos de hombres, mujeres y niños, para dar a todo género de pobres y poder distribuir el pan necesario a todos los que no pudiesen ganarlo, sus delicias eran el ir a las cárceles para consolar y aliviar a los que estaban allí encerrados, y de hallarse en los hospitales con los pobres enfermos, a quienes daba todos los socorros espirituales y corporales que podían esperar de su inmensa caridad. Y hubiera deseado el poder estar siempre con ellos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, Salvador mío, que habéis querido ser pobre y que amáis tanto a los pobres que recompensáis lo que se hace por ellos, como si se hiciese a Vos mismo, concededme un grande amor para con ellos y no permitáis que sea un amor estéril.

19 de noviembre | Caridad

«Es muy agradable a nuestro Señor el visitar a los enfermos y consolarles, pues Él mismo nos recomienda de muchos modos esta obra de misericordia, más para hacerlo con celo y más mérito es preciso mirar la persona de Jesucristo en la persona enferma, porque el mismo Jesucristo asegura que Él mira como hechos a sí mismo, los Servicios que se hacen a los enfermos». (San Vicente de Paul).

Santa Magdalena de Pazzi mostraba a todas las enfermas de su monasterio una caridad increíble. Las servía en todo lo que dependía de ella, únicamente por el amor de Dios las miraba ya como a templos del Espíritu Sonto, ya como a hermanas de los ángeles, y ya como al mismo Jesucristo.

San Luis Rey de Francia, les servía de rodillas y con la cabeza descubierta. Veía en ellos los miembros de Jesucristo que estaban unidos a su divino Salvador y clavados como Él en la cruz.

El V. Berchmans hallaba una satisfacción indecible en estar entre los enfermos, tenía el don natural de hacerles estimar y amar el estado en que se hallaban, acostumbraba a hacerles una pequeña lectura de piedad y les decía siempre alguna cosa para animarles a la devoción hacia la santísima Virgen, consuelo de afligidos.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, inspirad en mí lo que deba decir a los pobres, a los enfermos y a los afligidos, para estimarlos, amarlos y santificar su estado.

20 de noviembre | Caridad

«Para amar al prójimo según que nuestro Señor nos manda, es necesario tener un corazón bueno, caritativo y obsequioso, aun en el tiempo mismo que sintamos para con él alguna repugnancia por algún defecto natural o moral, porque esto es amar verdaderamente por respeto al Salvador. La máxima de los santos era que amando y haciendo bien jamás se debe mirar a la persona a quien se sirve, sino a Aquel por cuyo amor se sirve». (San Francisco de Sales).

Santa Juana Francisca manifestaba un afecto singular a las personas a quienes veía defectos, o que le habían dado motivo de resentirse. «Es necesario padecer alguna cosa, —decía—, nuestro Señor nos ha dado una ley fundamental para sufrir al prójimo, pero si este no tuviese defectos, o no nos hiciese mal, ¿en qué le sufriríamos?».

Cierta religiosa de su orden sentía una gran dificultad en sufrir las imperfecciones de una persona con quien estaba obligada a vivir y le escribió: «Hija mía, reflexionad de cuando en cuando estas palabras del Evangelio: “Jesucristo nos ha amado y lavado con su Sangre”, considerad que no aguardó a que estuviésemos purificados de nuestras manchas para amarnos, sino que nos amó cuando éramos criaturas viles e inmundas, y así es que después de habernos amado, nos ha purificado. Amemos, pues, sin examen a nuestro prójimo lleno de defectos, y tal como él es, y ya que nos es imposible lavar sus imperfecciones con nuestra sangre, deseemos a lo menos darle hasta la última gota para esto».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dadme para con mi prójimo un corazón caritativo y obsequioso, yo deseo amarle por respeto a Vos, considerándoos en su persona. No olvidaré que Vos habéis hecho una ley fundamental mandando socorrer al prójimo.

21 de noviembre | Caridad

«Guardémonos de quejarnos y de hablar mal de los que están descontentos con nosotros y se manifiestan desaficionados a nuestra vista, que se oponen a nuestro modo de pensar, nos persiguen, nos injurian, nos hacen algún agravio y nos calumnian. Antes bien tratémoslos con amor, mostrándoles estimación, hablando siempre bien de ellos, haciéndoles beneficios, sirviéndoles en las necesidades y aun haciendo caer sobre nosotros la confusión y el desprecio por salvar su honor cuando esto sea necesario». (San Vicente de Paul).

Dijeron a este santo que muchos se oponían por envidia a los ejercicios espirituales que él mandaba hacer a los que aspiraban a las órdenes y respondió al misionero que le hablaba así: «Estos ejercicios excitan su emulación más que su envidia. Ellos tienen buena intención y por esto nosotros no debemos de cesar de tener para con ellos estimación y respeto. Y aun debemos creer con ellos que somos indignos de tal empleo y estar persuadidos que ellos desempeñarían esto mejor que nosotros. Aprovechémonos de lo que nos dicen, para darnos a Dios de todo corazón y servirle fielmente».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, jamás me quejaré ni hablaré mal de nadie; miraré a mis enemigos como a mis bienhechores, considerando que me dan ocasión de merecer la gracia y el cielo.

22 de noviembre | Caridad

«Debemos amar a nuestros enemigos y manifestarles nuestro amor. 1.° Para vencer el mal por el bien, como el Apóstol nos lo recomienda. 2 .° Porque los que son opuestos a nosotros, en vez de ser adversarios, cooperan a nuestro bien ayudándonos a destruir nuestro amor propio que es nuestro mayor enemigo». (San Vicente de Paul).

Diciendo uno a san Francisco de Sales que lo más dificultoso que encontraba en el cristianismo era, según su parecer, el amar a los enemigos. El santo dijo al que así pensaba: «Yo no sé de qué temple es mi corazón, sin duda que el Señor por un efecto de su amor hacia mí me lo ha dado en un todo diferente del que da a los demás, porque el cumplimiento de este precepto no me es difícil y aun, os confieso, que si Dios me hubiera prohibido el amarlos, me sería difícil el obedecerle». El hecho siguiente prueba que pensaba como hablaba: Había en Anecy un abogado que aborrecía al santo Obispo, sin poder saber por qué. No cesaba de ridiculizarle, calumniarle, y buscar ocasión de manifestar su odio. El santo que estaba instruido de todo, habiéndole encontrado, le saludó con afabilidad y tomándole por la mano le dijo todo lo que juzgó ser capaz de hacerle entrar en razón, pero viendo que sus palabras no producían ningún buen efecto, añadió: «Sé muy bien que me aborrecéis y no puedo sospechar qué es lo que os ha indispuesto contra mí, pero estad seguro que aun cuando me arrancaseis un ojo, os miraría con el otro como si fuerais el mayor de mis amigos». ¡Cosa bien sorprendente!, pues que tales sentimientos no pudieron ablandar su corazón. Muchas veces tiró varios pistoletazos a las ventanas del palacio episcopal y llegó este frenético hasta tirar uno al santo mismo un día que le encontró en una calle de la ciudad, mas no fue herido el Santo y sí el sacerdote que le acompañaba. Apenas el Senado de Chamberi lo supo, cuando le puso en prisión y al punto le condenó a muerte, aunque el santo obispo nada perdonó para impedir que se ejecutase la sentencia. Todo lo que pudo lograr fue que la ejecución se difiriese y era su objeto el dirigirse al Soberano, a quien hizo tantas instancias, que le concedió la gracia que solicitaba con todo empeño como si se interesase en favor del mejor de sus amigos, o dé un pariente el más cercano. El santo obispo, habiendo logrado lo que deseaba, se dirigió a la prisión, no dudando ganar el corazón de su enemigo y le notificó la gracia que le había alcanzado, suplicándole depusiese para siempre todo sentimiento de odio. ¡Quien lo creyera!, en lugar de ver correr de los ojos de

este infeliz lágrimas de arrepentimiento y de gratitud, no recibió el santo de su parte más que injurias y se puso más furioso viendo a su bienhechor a sus pies, pidiéndole perdón como si él fuera el criminal. ¿Qué hizo entonces el santo obispo? Se despide de este hombre tan execrable y le deja las cartas de gracia que tenía y le dice: «Yo os he librado de las manos de la justicia humana y no os habéis convertido, pues caeréis en las de la justicia divina y no podréis libraros de ellas». Estas palabras fueron una especie de profecía, porque este monstruo pereció poco tiempo después muy miserablemente.

Una religiosa llena de caridad verdadera, tenía costumbre de ir ante el Santísimo Sacramento cuando había recibido alguna mortificación por parte de alguna de sus hermanas y decía a Jesucristo: «¡Oh, Salvador mío!, yo la perdono de todo mi corazón por vuestro amor y os ruego le perdonéis por mi amor todos los pecados».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, amo a mi prójimo porque Vos le amáis, deseo que él os ame, emplearé todas mis fuerzas para que así lo haga.

23 de noviembre | Caridad

«Esforcémonos en manifestarnos muy compasivos para con los pecadores. El que no tiene compasión de ellos ni los trata con caridad, no merece que Dios use de misericordia con él». (San Vicente de Paul).

Este santo no se sorprendía jamás porque se cometieran faltas. «Es propio del hombre el pecar, —decía—, porque ha sido concebido y nacido en pecado. De este conocimiento que tenía de la gran miseria del hombre, procedía la compasión que tenía para con los pecadores, y la dulzura que les manifestaba para que se convirtiesen.

San Francisco de Sales tenía tan gran ternura por los grandes pecadores que decía algunas veces: «Yo amo a los hombres malos y ninguno, excepto Dios, les ama más que yo». Buscaba todas las ocasiones de trabajar para convertirles; era para él un manantial de alegría el verlos venir a arrojarse a sus

pies, para confesar sus iniquidades, lloraba por ellos, movido vivamente por el deplorable estado de su alma. Raras veces se resistían a sus exhortaciones acompañadas siempre de la unción de la gracia que alcanzaba con sus fervorosas oraciones. Un gran pecador que se acusaba de enormes delitos como sí refiriese una historia, al ver que el Santo lloraba le dijo: «¿Por qué lloráis, padre mío?». «Lloro porque vos no lloráis», le contestó el Santo; estas palabras dichas con un celo paternal inspiraron en el alma de este pecador los sentimientos de que él debía estar penetrado.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme un grande amor para con los pecadores. Estos son los pecadores que vino a llamar nuestro Señor Jesucristo. ¿Podré yo no amar a los que Él ama? Dadme para con ellos un amor que me llene de celo para convertirlos.

24 de noviembre | Caridad

«Entre los que están comprendidos bajo el nombre de prójimo no hay ninguno que merezca más llamarse así que nuestros familiares, porque estos están más cerca de nosotros, viven en una misma casa y comen del mismo pan, y así deben ser los principales objetos de nuestro amor. Practiquemos, pues, con estos todos los actos de una verdadera caridad. Esta no debe estar fundada en la carne o sangre, o en las cualidades personales, sino que debe estar fundada toda en Dios». (San Francisco de Sales).

Sería de desear que todas las señoras cristianas imitasen el modo admirable con que se conducía una señora con respecto a su marido, a sus hijos y domésticos. Esta era muy, virtuosa, en su piedad no había nada de aspereza ni repugnancia y nada que no fuese agradable; el fin que se proponía en todo lo que obraba y decía, era hacer amar y practicar la piedad por amor de Dios que era el Señor de su corazón. No cesaba de ofrecerle por las manos de la Santísima Virgen, a quien tenía una gran devoción, su familia que le era muy amada.

Cuando estaba sola con su marido, le decía algunas veces: «Nosotros tenemos una gran carga, debemos trabajar, en nuestra salvación, sobre todo procurando la santificación de los que se nos han confiado, no les debemos de dar sino buenos ejemplos y rogar mucho por ellos».

A la hora señalada para levantarse, ella misma los despertaba. «Bendigamos a Dios, hijos míos, —les decía—; dad vuestro corazón a Dios que es vuestro padre, levantaos pronto con la más grande modestia, pedid la gracia para hacer bien vuestra oración, y pasar cristianamente el día; pronunciad los santos nombres de Jesús, María y José; tomad el agua bendita con devoción y arrodillaos para adorar a vuestro Creador». Después hacía con ellos la oración de la mañana a la cual mandaba que asistiesen los tres domésticos que tenía. Concluida la oración hacia leer un punto de meditación para enseñarles a meditar sobre las grandes verdades de la salvación. Hecho a Dios el ofrecimiento de las obras del día, cada uno era invitado a aplicarse a su deber en la presencia del Señor. Manifestaba indistintamente mucho afecto a sus dos hijas a quienes hacia cantar de cuando en cuando los cánticos del padre la Torre que les habla hecho aprender, e igualmente a sus dos hijos que estudiaban el latín; también encomendaba continuamente a estos que huyesen de aquellos condiscípulos que sabían eran de malas costumbres. No pasaba semana alguna que no les dijese: «Aunque os estimo mucho, desearía más veros muertos que, el que cometieseis un pecado mortal». Tenía cada día un rato prefijado para la explicación del catecismo, y otro después de rezar el, rosario, en el que se tenía lectura espiritual. Otra práctica excelente por cuyo medio inspiro a todas las personas de su casa un gran temor de Dios, era hacer rezar en voz alta, después de la oración de la tarde, la *Aceptación de la muerte*, compuesta por un religioso de la Trapa, que se halla en el libro titulado *el Cristiano santificado*. ¡Cuán bien servido seria Dios, si todas las madres fuesen tan cristianas!

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Dios mío, llenadme de un santo celo, para la santificación de los que están a mi cargo. Les enseñaré sus deberes y los excitaré a cumplirlos sobre todo con mi buen ejemplo y no cesaré de rogar por ellos.

25 de noviembre | Caridad

«Dios da a algunas personas cierta concordia y un amor tierno para con el prójimo. Este es uno de los más grandes y excelentes dones que su divina bondad hace a los hombres». (San Francisco de Sales).

Este santo había recibido de Dios este precioso don. Hablando a uno de sus íntimos amigos le decía: «Creo que no hay una alma en el mundo que ame más cordial, más tierna y amorosamente que yo. Así quiso Dios formar mi corazón».

El santo sacerdote Bernardo tenia para con su prójimo tan tierno amor que le llenaba de celo por su salvación. Cuando tenía que hablar con alguno, suplicaba interiormente al Señor le hiciese conocer lo que debía decirle para su santificación, y después le hablaba de Dios con una efusión tan grande del corazón, que era preciso estar muy endurecido para no sentirse vivamente movido al oírle.

Una persona virtuosa que quería hacer frecuentemente actos de amor al prójimo, jamás saludaba a ninguno sin saludar al mismo tiempo a su ángel de la Guarda, suplicándole ardientemente le iluminase, guardase y dirigiese.

Concluido de meditar el punto, se dirá esta oración:

Dios mío, concededme tan grande amor para con mi prójimo que a todos desee su saltación, ruegue interiormente por ellos y los encomiende a su santo Ángel de la Guarda

26 de noviembre | Caridad

«El amor verdadero, meritorio y durable es solamente el que se funda en la caridad que nos hace amar a nuestro prójimo en Dios y por Dios, es decir, porque Dios quiere que nosotros le amemos, o porque el prójimo es amado de Dios, o porque Dios está en él. No es malo amarle por otros motivos honestos, porque nos hace bien, porque vemos en él algunas bellas cualidades, con tal que le amemos más por Dios que por estos motivos humanos; y así cuanto menos

nos muevan a amarle sus cualidades naturales, tanto más puro y perfecto será el amor que le tengamos. Este amor puro no impide el que podamos amar a ciertas personas, como nuestros padres, bienhechores, y a los que son más virtuosos que los demás, cuando esta preferencia nace de la más grande semejanza que estas personas tienen con Dios, o porque Dios así lo quiere. ¡Oh, que extraordinario es este amor!». (San Francisco de Sales).

Este santo consideraba siempre a Dios en su prójimo y a su prójimo en Dios. De aquí era el respeto y amor que tenía para con todos, lo que le hacía ser muy exacto en los actos de urbanidad. Se podía decir que, haciéndolos, hacía otros tantos actos de religión. Escribió a la superiora de un monasterio: «Tened muy recta la balanza con vuestras hijas, cuidando de distribuir entre ellas vuestros afectos y gracias según sus cualidades naturales. ¡Cuántas personas no se conforman con nuestro genial y son muy agradables a los ojos de Dios! La caridad considera las verdaderas virtudes y la belleza del alma, y se difunde sobre todos sin parcialidad».

Una de las principales prácticas de san Vicente de Paul era el no mirar sino a Dios en todos los hombres y honrar en ellos sus divinas perfecciones. Esta consideración excitaba en su corazón un amor lleno de respeto para con todos y especialmente para con los eclesiásticos, porque veía en ellos una imagen perfecta del poder y de la santidad del Creador.

Santa Magdalena de Pazzi no amaba a las criaturas, sino porque Dios las amaba. Se alegraba del amor que él las tenía y de la perfección que les comunicaba. Decía poco antes de morir que aunque ella hubiese tenido un gran amor a todas las religiosas del monasterio, este amor jamás había tenido otro motivo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, amo a mi prójimo en Vos y por Vos, porque queréis que le ame, es amable a vuestros ojos y Vos estáis en él. Deseo que todos los actos de urbanidad que le haga, sean otros tantos actos de religión.

27 de noviembre | Caridad

«¡Oh!, ¿cuándo llegará el día en que nos veamos todos llenos de dulzura y amor para con nuestro prójimo? ¿Cuándo será el momento en que veamos las almas de nuestros hermanos en el Sagrado Corazón de Jesús? Cualquiera que mira al prójimo de otro modo, se expone a no amarle ni pura, ni constante, ni igualmente. Más, ¿quién no le amará en este horno de amor?, ¿quién no llevará y sufrirá con paciencia sus imperfecciones?, ¿quién le hallará poco digno de su amor, considerando que este divino corazón se abrasa de amor por todos?». (San Francisco de Sales).

Este santo Obispo era para con todos tan dulce, tan afable, tan paciente, y compasivo, porque veía a su prójimo en el Corazón de Jesús. Un día que M. Obispo de Belley se quejaba amigablemente de los grandes honores que él le hacía le contestó: «¡Oh, que estimación no hace de vos Jesucristo! Yo le honro en vos».

«Yo no debo juzgar, —decía San Vicente de Paul—, de un pobre aldeano, de una pobre mujer del campo por su exterior y capacidad natural, hay algunos tan terrestres y groseros que apenas se conoce en ellos la figura y el espíritu de una criatura racional, pero si los miramos con la luz de la fe, los hallaremos gravados en el corazón del hijo de Dios tan profundamente, que no dudó derramar por ellos su sangre y dar su vida por cada uno. ¡Oh, Dios!, ¡cuán útil es ver a nuestro prójimo en Dios mismo, para hacer el mismo aprecio que Jesucristo ha hecho de él!

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, buen Jesús, quiero ver unida con vuestro Sagrado Corazón el alma de mis hermanos. No hay uno por quien no hayáis derramado vuestra preciosa sangre. Ni tampoco hay por quien no esté pronto a dar mi vida.

28 de noviembre | Caridad

«Luego que Raguel vio al joven Tobías exclamó: "¡Cuán parecido es este mancebo a mi primo hermano!" Y sabiendo después que era hijo de Tobías su

pariente le abrazó con la mayor ternura y le dio mil bendiciones, derramando sobre él lágrimas de amor. ¿Por qué le amó desde entonces tan tiernamente? No por sus buenas cualidades personales, pues que las ignoraba, sino porque además de ser hijo de una persona que merecía por su gran virtud el ser amada, se le parecía mucho. Ved aquí lo que hace el amor cuando es verdadero. Si amásemos verdaderamente a nuestro Dios, amaríamos mucho a todos aquellos que se hallan comprendidos en el nombre de prójimo: estos son todos los hijos de Dios y aquellos que se parecen a él». (San Francisco de Sales).

Habiendo resuelto en su cólera el emperador Teodosio tomar venganza por el ultraje que el pueblo de Antioquia había hecho a la emperatriz Flacila echando por tierra su estatua, San Macedonio que era obispo de esta ciudad, rogó a uno de los de la Corte dijese en su nombre al emperador: «Príncipe, tenéis razón en castigar a los hombres que han sido insolentes hasta el exceso, pero os suplico consideréis que estos, si son culpables, son también vivas imágenes de Dios; temed, si sois cruel para con las imágenes del Señor, atraer sobre vos los golpes de su furor. Si os habéis irritado por la injuria que se ha hecho a una esposa a quien amáis, ¿no encenderéis la cólera de Jesucristo que os debe juzgar y no se vengará de todo lo que hagáis a sus imágenes que le son tan amadas, que para rescatarlas ha derramado toda su sangre?». Estas palabras causaron al Emperador mucha impresión.

Santa Teresa decía que cuando estaba afligida, le bastaba encontrarse con alguno para consolarse al momento, porque veía en aquella persona la imagen de Dios a quien amaba.

Un Santo religioso tenia puesta por escrito esta resolución: «Amaré a Dios por sí mismo y serviré a sus imágenes (a los hombres) por su amor. Consagraré mi corazón a Dios y mis manos a mis hermanos para que ello tengan una gran unión con el Señor».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, tomaré la misma resolución: «Amaré a Dios por sí mismo y al prójimo por Él». Le serviré por Vos, viendo en él vuestra imagen.

29 de noviembre | Caridad

«Un cristiano debe tener siempre tres corazones encerrados en uno solo: el primero para Dios, el segundo para el prójimo y el tercero para consigo mismo». (Benito José de Labre).

Este gran siervo de Dios de quien se puede decir que tenía al Espíritu Santo por maestro, se expresaba de un modo admirable sobre los tres objetos de la caridad cristiana que son Dios, el prójimo y nosotros mismos. «Es necesario, —decía—, que el primer corazón que debe ser para Dios, sea puro y sincero, que dirija todos sus movimientos hacia Dios, que no respire más que amor para con Él y fervor para servirle, que abrace tiernamente todas las cruces con las cuales se sirva Dios visitarle. Es necesario que el segundo corazón, que debe ser para el prójimo sea generoso, no temiendo el trabajar y padecer para hacerse útil; que sea compasivo, dirigiendo continuamente oraciones a Dios para la conversión de los pecadores, el alivio de las almas del purgatorio y el consuelo de los demás afligidos. Es necesario que el tercer corazón que es para consigo mismo, sea firme en sus resoluciones, que aborrezca todo pecado, que sea mortificado hasta vivir de sacrificios y abandonar su cuerpo a las austeridades de la penitencia». El siervo de Dios Benito José practicaba a la letra todo lo que decía. De aquí es que llegó a tener una caridad tan perfecta y hacerse conforme a Jesucristo.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme para con Vos el corazón de un niño dócil que ama tiernamente a su padre. Concededme para con el prójimo el corazón de la mejor de las madres. Concededme para conmigo mismo el corazón de un juez lleno de rectitud.

30 de noviembre | Caridad

«El que se ama verdaderamente aborrece el pecado y no le puede sufrir un solo instante en su corazón. Si tiene la desgracia de cometer alguna falta no difiere el acercarse al remedio establecido por el Salvador, ni omite nada para

recibirle con fruto. Muchos cristianos van al infierno por las confesiones mal hechas». (Santa Teresa).

Benito José recomendaba mucho a los que hablaban con él que se confesasen a menudo, advirtiéndoles al mismo tiempo: «Pero es necesario hacer bien las confesiones, porque una multitud de cristianos se precipitan en el infierno porque no las hacen bien. Entre los pecadores que se confiesan hoy tres géneros de penitentes. Hay penitentes verdaderos, imperfectos y falsos. Al apartarse del confesonario se dividen y forman como tres procesiones, cada una de las cuales toma un camino muy diferente.

La primera procesión se compone de los verdaderos penitentes, es decir, de aquellos que antes de llegarse al santo tribunal han escudriñado con cuidado en el fondo de su corazón todos los pecados de que se han hecho culpables, han hecho de ellos una confesión sincera penetrados de un dolor muy amargo de haber ofendido a un Dios infinitamente perfecto el más tierno de los padres, y se determinan a satisfacer enteramente en esta vida a la justicia divina, añadiéndose una penitencia considerable, además de la que les ha sido impuesta y esforzándose por obtener la remisión de las penas temporales debidas a sus culpas, por la aplicación de las indulgencias de la Iglesia. Si estos santos penitentes perseveran, se elevarán al cielo en el mismo instante de su muerte y serán puestos al puntúen posesión de la felicidad eterna. Bien pocos son los verdaderos penitentes.

La segunda procesión se compone de penitentes imperfectos, estos son también en pequeño número. Nada esencial ha faltado a su confesión ni al examen que ha sido formal, ni a la acusación de sus pecados que ha sido humilde, sincera y entera; ni a la contrición que ha sido sobrenatural y profunda; pero flojos y poco celosos por acabar de purificarse por reiterados actos de contrición y de amor, por las mortificaciones y otras buenas obras, por la aplicación de las indulgencias, mueren en la amistad de su Dios sin poder aun gozar de su presencia, porque aún tienen que satisfacer a la justicia divina. Su alma separada del cuerpo suspira con ansia por el cielo, pero como nada manchado entra en los divinos tabernáculos, este cielo hermoso en donde les espera un lugar, está cerrado a sus deseos y van al purgatorio para lavarse con las llamas de las manchas de que hablan podido purificarse con tanta facilidad sobre la tierra.

En fin, la tercera procesión se compone de falsos penitentes, ésta es la clase más numerosa; el remedio ha sido para ellos, por su falta, un veneno mortal; todos estos cristianos sacrílegos van a parar al infierno por el camino que debía conducirles al cielo. Allí gemirán eternamente por haber hecho servir a su condenación lo que podía ser para ellos un medio de salvación. Gritarán por todos los siglos: "¿por qué yo no me examiné seriamente, ni me acusé sinceramente, ni me arrepentí verdaderamente y rehusé el satisfacer suficientemente?"».

Ved aquí lo que decía este virtuoso pobre en Jesucristo lleno de celo por obligar a los demás a hacer bien sus confesiones. Es muy edificante el modo con que se disponía para recibir el sacramento de la penitencia y todos debieran imitarle.

Bien convencido de la gran necesidad que tenia de las luces del Espíritu Santo le pedía encarecidamente presentare a su memoria, no solamente sus pecados y sus diversas circunstancias, sino aun el verdadero estado de su alma, sus hábitos y sus inclinaciones. Después, en el examen que hacía de su conciencia, recorría con distinción y por orden los mandamientos de Dios, las virtudes que corresponden a cada uno de ellos, y las acciones diarias, pensando en los lugares en donde había estado, las personas con quienes había hablado, las tentaciones que había tenido y el modo con que habla obedecido a las gracias con que había sido favorecido. Después de dicho examen pedía a Dios de nuevo la contrición de corazón y se ejercitaba para ella largo tiempo por todos los medios que inspira la religión; gemía sobre todo por haber pecado, porque pecando había ultrajado a un Dios que es el más tierno de los padres, y el Ser infinitamente perfecto, así corno a Jesucristo su salvador que había derramado su sangre por la expiación de los pecados de que él se había hecho culpable. Se llegaba, después con la más profunda humildad al ministro de Jesucristo pidiendo interiormente al Señor iluminase su espíritu y desapasionase su corazón, para que pudiese darle consejos muy saludables y que sus palabras estuviesen acompañadas de la unción de la gracia. Postrado a sus pies con todo el respeto posible, viendo al mismo Jesucristo en la persona de su ministro, le manifestaba sus faltas con mucho orden, gran sencillez y un vivo dolor. Todas las palabras del confesor eran para él oráculos que se gravaban profundamente en su corazón. Al tiempo que el sacerdote pronunciaba las palabras de la absolución, este verdadero penitente estaba como anonadado en sí mismo; los

sentimientos de la Magdalena llorando sus pecados a los pies de Jesucristo, eran los sentimientos de este gran siervo de Dios. No buscaba de ordinario sino a los sacerdotes que sabía eran instruidos y tenían una gran virtud. Y aunque sabía que no se le ocultaba ningún defecto esencial en sus confesiones ordinarias, sin embargo de tan buenas disposiciones, hacia a menudo examen de su vida pasada. Se sabe que hizo cinco a seis confesiones generales.

Muchos cristianos van al infierno por las confesiones mal hechas.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no permitáis que convierta el remedio en veneno, es decir, que mis comuniones, en vez de purificarme, me manchen más y más, y que halle mi condenación en donde podría hallar la salvación.

DICIEMBRE

Conformidad con la voluntad de Dios

No como yo quiero, Señor, sino como Tú.

Non sicut ego volo, *Domine*, *Sed sicut Tu*.

(Math. 26. 39.)

1 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«El fin de todas las virtudes es de ponernos en posesión de la unión con Dios, de la cual depende toda nuestra dicha en este mundo, ¿mas en que consiste propiamente esta unión? En una perfecta conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, de modo que la nuestra no esté jamasen contradicción con la de Dios, que amemos siempre lo que Él ama, y que todo lo que le desagrade nos desagrade a nosotros». (San Juan de la Cruz).

San Bernardo dice de la Santísima Virgen que ponía constantemente todo su cuidado en agradar a Dios y que se conformaba siempre con su divina voluntad, con mucha prontitud y amor. Tomémosla por modelo.

Santa Teresa dando cuenta a su director del estado de su alma, le decía: «Mi voluntad me parece está de tal modo conforme con la de Dios, que lo que Él hace en ella me parece ser hecho por ella. Todo lo que acontece me parece ser un manjar delicioso que Dios mismo me ha preparado. Yo no sabría desear otra cosa, y esta es la razón por la cual no hallo jamás nada amargo ni áspero». Un día que una de sus religiosas se acusó en su presencia de no conformarse con la voluntad de Dios, la santa vio tan claramente cuan bueno, justo, útil y necesario es el querer lo que Dios quiere y no querer otra cosa que esto, que quedó por algún tiempo inmóvil de admiración. No comprendía como una criatura que no es delante de Dios sino nada, no pudiese amar la santa y amable voluntad de su creador.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, nada deseo con más ardor que él estar unido íntimamente a Vos por una perfecta conformidad de mi voluntad con la vuestra. Haced que ame siempre todo lo que Vos amáis, y que me desagrade, todo lo que no sea de vuestro agrado.

2 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Es engañarse groseramente el hacer consistir la unión con Dios en los éxtasis, arrobamientos y consolaciones espirituales. Consiste únicamente en no pensar ni decir, ni hacer sino lo que es conforme con la voluntad de Dios. Esta unión es perfecta cuando nuestra voluntad está apartada de todo y no está adherida sino a Dios, de manera que no respire sino el solo y puro querer de Dios. Esta es la unión verdadera y esencial que deseo ardientemente y pido siempre al Señor». (Santa Teresa)

Esta santa se hallaba en una admiración continua por la gran dicha que el hombre tiene de poderse unir a su creador y por el gran deseo que este Señor tiene de vernos unir a Él.

San Francisco de Sales no cesaba de admirar la perfecta conformidad de la voluntad de san Juan Bautista con la voluntad de Dios. «El santo Precursor vivió 24 años en el desierto, —decía el santo Obispo—, y Dios sólo sabe el grande amor que tenía al Salvador desde que fue santificado en el vientre de su madre y el deseo que tenia de gozar de su presencia, sin embargo permaneció aplicado a su deber por hacerla voluntad de aquel a quien amaba tan ardientemente sin abandonar ni una sola vez el lugar en donde le había colocado por verle. Y después de haberle bautizado no le siguió, sino que continuó en el ejercicio del ministerio que le había sido confiado. ¡Oh, Dios, qué es esto sino tener su espíritu desasido de todo y adherido a Dios solo, para hacer su voluntad! Este ejemplo me encanta y me pasma por su grandeza».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quiero averiguar lo que os agrada para conformarme en ello con vuestro amor. No quisiera pensar, ni decir, ni hacer sino lo que Vos queréis y porque Vos lo queréis. Nada me es más agradable que el cumplir vuestra voluntad.

3 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«La unión con Dios se verifica de tres maneras: por la conformidad, uniformidad y deiformidad. La conformidad es una entera subordinación de

nuestra voluntad con la voluntad divina en todas nuestras obras, y en todos los acontecimientos, queriendo y aceptando todo lo que Dios quiere a pesar de todas las repugnancias de la naturaleza. La uniformidad es una unión estrecha de nuestra voluntad, con la voluntad divina, que hace que no solamente queramos todo lo que Dios quiere, sino también que lo queramos únicamente porque Dios quiere, alegrándonos de todo lo que Él quiere por razón de que esto es agradable a Dios. La deiformidad es una transformación que hace que nuestra voluntad no sea otra jamás sino una misma con la voluntad de Dios: en este estado la voluntad humana casi no siente en sí más que la voluntad divina y nada más quiere que lo que la voluntad increada después de haber sido transformada en ella». (P. Cagliari)

Los sentimientos de santa Magdalena de Pazzi sobre este asunto son admirables. Decía que se arrojaría sin titubeará los tormentos más horrorosos, si conociera que era voluntad de su Dios el que obrase así. En una de las fiestas de Pentecostés, decía que deseaba ardientemente recibir el Espíritu santo, porque sabía que este Dios de amor quería comunicarse a ella. Suspiraba por el cielo, pero ambicionaba aún más el hacer amorosamente la voluntad de Dios y trabajaba de continuo a fin de poder decir del modo más perfecto estas palabras: «Hágase tu voluntad».

Una señora virtuosa se presentaba muchas veces al día a su Dios dirigiéndole estas palabras de la Santísima Virgen: «He aquí la sierva del Señor; cúmplase todo lo que vos exigís, y deseáis de mí»

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo quiero todo lo que Vos queréis, me complazco en hacer lo que os agrada. Haced que no tenga con Vos sino una misma voluntad.

4 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«La conformidad con la voluntad de Dios es un medio muy poderoso para triunfar en todo género de tentaciones, para corregirse de toda especie de imperfecciones y para conservar la paz del corazón. Es al mismo tiempo un

remedio muy eficaz para los males y el tesoro de un cristiano. Esta conformidad contiene eminentemente en si la mortificación, la abnegación, la indiferencia, la imitación de Jesucristo, la unión con Dios, y generalmente todas las virtudes; pues si son tales, es porque son conformes con la voluntad de Dios que es el principio y la regla de toda perfección. (San Vicente de Paul).

Este Santo amaba tanto a esta virtud que se puede decir que ella fue su virtud propia y principal, y la que difundía sus influencias sobre todas las demás, la que daba movimiento a todas las potencias de su alma, el primer móvil de todos sus ejercicios de piedad, de sus más santas prácticas, y de todas sus acciones. Así es que si se ponía en la presencia de Dios antes de sus actos, era para decirle como san Pablo, «Señor ¿qué queréis que yo haga?». Si era fiel en consultar y escuchar a Dios, y si procuraba con tanto cuidado el discernir los movimientos de la gracia y de la naturaleza, era para conocer la voluntad de Dios y ponerse en disposición de cumplirla. En fin, si aborrecía las máximas del mundo y estaba adherido fuertemente a las del Evangelio, si practicaba tan admirablemente la renuncia de sí mismo, si abrazaba con tanto afecto todas las cruces que el Señor le enviaba, y si quería hacer todo y sufrir todo por Dios, era siempre para conformarse con toda la perfección de que era capaz con todos los designios de Dios para con él y obtener la gracia de no querer jamás sino lo que Él quería.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo jamás quiera sino lo que Vos queráis y que procure conocer vuestra voluntad para cumplirla con el fin de agradaros.

5 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Los ángeles hallan tanta satisfacción en hacer la voluntad de Dios que si este Señor mandase a algunos de ellos que bajasen a la tierra para ocuparse en separar la cizaña del buen grano, o en arrancar de un campo las malas hierbas, dejarían al momento aunque fuera el paraíso y se aplicarían con gusto y muy voluntariamente a lo que el Señor pidiese de ellos». (Enrique Susón).

Este Santo deseaba siempre muy ardientemente hacer la voluntad de Dios; y decía que prefería ser el último de las criaturas si esto era la voluntad de Dios, antes que ser un serafín por su voluntad propia.

Santa Magdalena de Pazzi pronunciaba muy a menudo estas palabras: «Voluntad de Dios, voluntad de Dios», y experimentaba entonces una satisfacción indecible. Decía de cuando en cuando fuera de sí misma: «¡Oh, cuán amable es la voluntad de Dios! ¡Oh, cuán amable es!».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, creo que no hay cosa mejor que el cumplir con gusto y por amor vuestra voluntad. ¿Qué queréis de mí? Pronto estoy a todo.

6 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Un alma verdaderamente sumisa a la voluntad de Dios, no se aficiona a ninguna cosa creada, conoce que todo lo que es fuera de Dios no es más que vanidad y nada y así no tiene otro objeto ni otro fin, que morir a sí misma y resignarse actualmente y siempre en todas las cosas». (Enrique Susón)

San Vicente de Paul sobresalió en esto pues que vivía tan desasido de todas las criaturas y de sí mismo. Su atención continua era conformarse con el buen agrado de Dios y adorar con amor las disposiciones de Su Providencia.

Santa Teresa escribía en estos términos a su director: «El estado actual de mi alma es que yo no quiero sino lo que Dios quiere. El querer de Dios y su voluntad están de tal modo dentro de mí, y tan unidos con mis deseos e inclinaciones que no deseo otra cosa y aun me parece que no puedo desearla y esto es lo que quiero única y perfectamente. Tengo esta disposición grabada en lo íntimo de mi corazón. No tengo necesidad de producir ni multiplicar los actos de sumisión a la voluntad de Dios, amo todo lo que Dios quiere y me glorío de esto en sumo grado».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, adoro vuestra divina voluntad, me someto a ella, la amo, me regocijo en cumplirla y no deseo otra cosa.

7 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Como el Señor conoce lo que es bueno y útil a cada uno de nosotros nos da a todos lo que puede contribuir más a su gloria, a nuestra salvación y al bien de nuestro prójimo. Es pues engañarnos, y consultar mal a nuestros intereses el no conformarnos enteramente con lo que quiere hacer de nosotros». (Santa Teresa).

Estando enferma de peligro la esposa de san Francisco de Borja a quien este amaba mucho, el Señor le dio a elegir el que viviese o muriese de aquella enfermedad, y respondió: «Señor, ¿por qué dejáis a mi elección lo que está únicamente en vuestro poder? Lo que más me importa es cumplir en todo vuestra voluntad, ninguno sabe mejor que Vos lo que me es más ventajoso: haced pues lo que os agrade, mas no solamente de mi esposa sino aun de mis hijos y de mí. Hágase tu voluntad».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced todo lo que sea para vuestra mayor gloria y provecho mío. Sólo os pido lo que sea de vuestro agrado.

8 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Nos debemos someter a la voluntad de Dios y contentarnos en todos los estados en que le agrade el ponernos. Jamás debemos salir de allí mientras que no se conozca que Dios quiere que dejemos el puesto que ocupamos». (San Vicente de Paul).

El P. Dupon decía a uno de sus amigos que se alegraba mucho de los defectos naturales que tenía y en particular de que no podía hablar con claridad, y añadía, que igualmente se alegraba de todas las tentaciones y demás miserias

que experimentaba, porque era la voluntad de Oíos que las tuviese. «Si fuese la voluntad de Dios, —decía también—, que yo viviese mil años abrumado de todo género de enfermedades y en las tinieblas más espesas yo estaría muy contento con esto mientras que no le ofendiese».

Santa Isabel, sabiendo que su marido había muerto en el ejército, al punto se dirigió al Señor y le dijo: «¡Oh, Dios mío!, bien sabéis que yo preferiría su presencia a todas las delicias del mundo, pero por cuanto ha sido vuestro agrado el arrebatármele, me someto de todo corazón a vuestra santa voluntad. Si no fuera necesario más que arrancar un cabello de mi cabeza para volverle la vida, yo no lo haría si esto se opusiese a vuestra voluntad».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo me alegro de todo lo que me acontece, porque así lo queréis. Todo lo que os agrada, es de mi agrado, porque esto es lo que os place.

9 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«No creáis haber llegado a la pureza que debéis tener, mientras que no estéis constante, entera y alegremente sumisos a la santa voluntad de Dios en todas las cosas, aun en aquellas que más repugnan». (San Francisco de Sales).

La congregación de san Vicente de Paul había tenido una perdida muy considerable de bienes, por cuyo motivo el santo escribió así a uno de sus amigos: «Debo haceros saber, como a uno de nuestros más íntimos amigos, la perdida que hemos tenido, no como un mal que nos ha acontecido, sino como un favor que hemos recibido de Dios, para que nos ayudéis a rendirle acciones de gracias que le son debidas. Llamo a las aflicciones que el Señor nos envía favores y beneficios, sobre todo cuando son bien recibidas de nuestra parte. Su bondad infinita ha ordenado esta perdida y nos la ha hecho aceptar con una resignación perfecta y entera, y me atrevo a decir con la alegría que hubiéramos tenido si nos hubiera enviado alguna gran prosperidad».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo amo tanto la adversidad como la prosperidad, porque Vos sois El que enviáis así lo adverso como lo próspero. Os doy gracias por todo.

10 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Un acto de resignación con la voluntad divina en todo lo que se oponga a nuestras inclinaciones, vale más que cien mil sucesos conformes a nuestro placer». (San Vicente de Paul)

El bienaventurado Juan de Ávila se explicaba del mismo modo poco más o menos. Escribiendo a una persona que se hallaba en la aflicción, la invitaba a bendecir a Dios como Job y para más obligar, le decía: «Estas palabras, "sea Dios bendito", dichas en tiempo de adversidad, valen más que decir "os doy gracias Señor", en tiempo de prosperidad».

San Francisco de Sales decía a las personas afligidas:

«1.° Adorad mil y mil veces los decretos de la divina providencia. Arrojaos en los brazos del Señor y en su corazón diciéndole frecuentemente: *Amen. Así sea*.

2.° Unid a cada instante vuestra cruz a la de Jesucristo considerando que la vuestra comparada con la suya es muy pequeña y ligera.

3.° Humillaos delante de Dios, diciéndole con sencillez: *Señor, si vos lo queréis yo lo quiero, y si no lo queréis vos, tampoco yo lo quiero*.

4. ° Haced muchos actos de devoción hacia la Santísima Virgen y santos, en quienes tenéis más confianza, usando de oraciones jaculatorias y palabras de amor.

5.° Imaginaos que el amable Niño Jesús está sentado en vuestro corazón, y que descansa allí para consolaros.

6.° Tomad en la mano vuestro crucifijo, mirad con amor la imagen de vuestro Salvador clavado en la cruz, besad con mucho respeto esta imagen santa, levantad después los ojos al Cielo, y colocad el crucifijo delante de vuestro pecho para que este Dios consolador reciba vuestros suspiros».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, con vuestra gracia estoy resignado a todo, a la luz y a las tinieblas, a los consuelos y a los trabajos, a la prosperidad y a la adversidad, a la vida y a la muerte.

11 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«La perfecta resignación no es otra cosa que un anonadamiento moral de sus pensamientos y afectos. Se adquiere entregándose enteramente a Dios para ser dirigido según su santa voluntad». (Enrique Susón)

Santa Catalina de Génova llegó a este santo anonadamiento. No tenía ni deseo, ni afición por las cosas de la tierra deseando que Dios hiciese de ella y en ella todo lo que quisiese, estando bien resuelta a no oponerse a Dios jamás. Decía en cierta ocasión: «Sea que coma o que beba, que hable o que calle, que duerma o que vele, que camine o me pare, toda soy de Dios y estoy pronta a obedecerle».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, dirigidme según vuestro beneplácito, haced en mí y de mí todo lo que queráis, Vos sois mi dueño, siempre os diré que hacéis bien todo lo que hacéis.

12 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«¿Cuándo será el día en que gustemos la dulzura de la divina voluntad en todo lo que nos acontezca no considerando sino el buen agrado de Dios? Es cierto que por su voluntad nos vienen así las adversidades como las prosperidades, nos hace participantes de estas como de aquellas para nuestro bien porque nos ama». (Santa Juana Francisca)

Estando enfermo de peligro uno de los primeros compañeros de san Vicente de Paul, escribió en estos términos el santo a uno de sus amigos sobre la perdida que la compañía iba a tener: «Parece que nuestro Señor quiere

disminuir en parte nuestra pequeña compañía, toda es de él, como me atrevo a esperarlo y así es justo que disponga de ella según su voluntad. Por lo que a mi toca, el mayor deseo que tengo es no desear otra cosa que el cumplimiento de la voluntad divina».

En las diferentes enfermedades que tuvo este mismo santo y especialmente en el último año de su vida, en el cual el gran número de sus enfermedades le hacía sentir que llegaba a su fin, se le vio siempre perfectamente indiferente entre el alivio de los dolores y la muerte, se podía decir que esto era para él una misma cosa y deseaba, además de esto, que en todo se cumpliese en él el buen agrado de Dios.

San Juan Crisóstomo no cesaba de repetir estas palabras que se pueden mirar como su divisa: «Glorificado seas señor por todo».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que experimente en todo lo que acontezca, la dulzura de vuestra divina voluntad. Vuestra voluntad, vuestra voluntad, no deseo sino el cumplimiento de ella; ¡cuán amable es vuestra voluntad!

13 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Ponerse en las manos de Dios es darle su voluntad propia. Cuando un alma puede decir con verdad. Señor, yo no tengo otra voluntad que la vuestra, no está en sí misma, sino que está muy unida a Dios». (San Francisco de Sales).

EI P. Dupon había prometido a Dios cumplir en todo tiempo su santa voluntad cuando la conociese y le manifestaba muchas veces el deseo de ser fiel a su promesa dirigiéndole esta oración: «Señor, que vuestra divina voluntad se cumpla en mí, de mí, por mí, acerca de mí, y en cuanto a todo lo que me pertenece del modo que os agrade a cada instante y mientras la eternidad».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo me pongo en vuestras manos y os doy mi voluntad. Que la vuestra se cumpla sobre mí, en mí, por mí, en todas las cosas y siempre.

14 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Hay muchos que dicen a Dios, "yo me entrego todo a vos sin reserva alguna", pero son pocos los que abrazan la práctica de esta resignación. Esta consiste en una cierta indiferencia de recibir de la mano de Dios todo género de accidentes según el orden de la divina Providencia». (San Francisco de Sales).

San Vicente de Paul mostraba por la dulzura de sus palabras y la serenidad de su rostro que miraba los diversos sucesos como si hubiesen sido todos los mismos y así es que no perdía de vista su gran máxima: «Nada acontece en el mundo sino por orden de la divina Providencia». Se ponía en sus brazos y se entregaba enteramente a ella.

Un digno prelado lleno de admiración al ver que nada era capaz de turbarle decía: «Monseñor Vicente es siempre Monseñor Vicente».

Sabiendo el santo que se quería formar proceso para apoderarse de los bienes de muchas de sus casas, tenía costumbre de contestar a los que le hablaban de los medios que se tomaban para salir bien: «Nada acontecerá sino lo que agrade al Señor, Él es el dueño de todos nuestros bienes, que disponga de ellos como a Él le agrade».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Señor, disponed de mis bienes, parientes, amigos y de mí mismo como os plazca, yo os bendecirá, pues que hacéis bien todas las cosas.

15 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Si os entregáis al ejercicio de la santa resignación haréis muchos progresos. Os acontecerá lo que sucede a los que navegan en alta mar con viento

favorable, los cuales se ponen al cuidado de un buen piloto». (San Francisco de Sales).

La oración que hacía a Dios santa Gertrudis le debía ser muy agradable, la cual decía con fervor estando en la postura más respetuosa: «Señor, os ruego que me concedáis el que no tenga adhesión a mi voluntad, sino únicamente a la vuestra. Haced en mi lo que Vos sabéis debe contribuir más a vuestra gloria y lo que me es más necesario. No tengo otro deseo que el de tener y ser lo que Vos queréis que tenga y sea. ¡No, amabilísimo Jesús mío, no haga yo mi voluntad sino la vuestra!».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo no quiero tener sino lo que Vos queréis que tenga, ni quiero ser sino lo que Vos queréis que sea, en fin, no quiero sino lo que Vos queréis.

16 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Uno de los principales efectos de la santa resignación en Dios es la igualdad de espíritu en los diversos accidentes de esta vida. El modo de mantenerse en esta igualdad es, a imitación de los pilotos, el mirar continuamente al polo, esto es, saber la voluntad de Dios, para estar allí siempre asido a ella». (San Francisco de Sales).

«Jamás he tenido un día malo, —decía un santo pobre todo cubierto de llagas—, jamás me ha acontecido nada desagradable. Yo no temo ni el hambre, ni la sed, ni el frio, ni el calor, ni las enfermedades, ni los desprecios, porque lo recibo todo de las manos de Dios con mucho gusto desde que me he puesto en los brazos de su divina voluntad, con la cual me es muy delicioso el conformarme. Estando estrechamente unido a la humanidad de Jesucristo por la humildad, y a su divinidad por el amor, ¿en qué estado estaré yo mal mientras que esté con mi amable Salvador que ha querido padecer por mí? Yo soy verdaderamente Rey, mi reino se halla en mi alma, porque esta ayudada de la gracia de Dios, yo soy Señor de mis sentidos tanto interiores como exteriores, y de todas mis pasiones a quienes trato como a esclavas. Así es que por medio

del recogimiento, de la meditación, y de la unión con Dios he llegado al punto de reinar sobre mí mismo. He experimentado que no podía hallar reposo fuera de Dios, mas desde que me he entregado a él, disfruto continuamente de una paz inefable, y me entrego a él, renunciando a todo afecto a las cosas de la tierra».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, yo me entrego todo a Vos, hacedme dueño de todos mis sentidos interiores y exteriores, y de todas mis pasiones. ¡Oh, buen Jesús, haced que esté enteramente unido a vuestra humanidad por la humildad y a vuestra divinidad por el amor!

17 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«De esta santa resignación nace la libertad de espíritu con la cual se regocijan las almas perfectas. En esta libertad hallan toda la felicidad que se puede desear sobre la tierra, porque no temiendo ni deseando nada de las cosas del mundo, lo poseen todo». (Santa Teresa).

San Francisco de Sales parecía y estaba siempre verdaderamente contento, corno si todo sucediese conforme a sus deseos. En una gran persecución que se suscitó contra él y su instituto escribió a la madre de Chantal: «Someto a la divina Providencia estos grandes vientos que se levantan. Que soplen o que cesen como agrade a Dios. La tempestad y la calma me son igualmente queridas. Si el mundo no se opusiese a nuestros designios, no seriamos siervos de Dios».

El Emperador Fernando II hacia todos los días a Dios esta oración: «Señor, si vuestra gloria y mi salvación piden que yo llegue a ser más grande y más poderoso que lo que soy, elevadme, yo os glorificaré. Si es para vuestro honor y para mi salvación que permanezca en el estado en que estoy, os pido me conservéis en él y os glorificaré, pero si las humillaciones deben contribuir a vuestra alabanza y a mi bien abatidme, humilladme, y os glorificaré».

Cuando se presentaban a la memoria del P. Álvarez estos pensamientos: *¿Qué te acontecerá? ¿Qué vendrás a ser algún día?*, decía al punto: «Será lo

que Dios quiera». Y dirigiéndose a Él le decía: «Señor, yo no quiero sino contentaros y satisfaceros».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, elevadme, humilladme según vuestra voluntad. Yo os glorificaré en todo tiempo, no deseo sino agradaros y complaceros.

18 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Oh, cuan bueno es ver a una persona despojada de todo apego, pronta a practicar la caridad y todo género de virtudes, dulce con todos, indiferente en todo ejercicio, de una igualdad perfecta así en las consolaciones como en las tribulaciones, siempre muy contenta con tal que se cumpla la voluntad de Dios». (San Francisco de Sales).

Este Santo se dibujó a sí mismo sin querer en la descripción sobredicha, acerca de la conformidad con la voluntad de Dios. Él no estaba adherido a las cosas creadas ni aun por medio de un hilo y le hubiera corlado en el mismo instante, como él mismo dijo, si hubiera conocido en si la menor adhesión desordenada. Persuadido de que el tiempo no se le había dado sino para hacer actos de virtud, aprovechaba todas las ocasiones de practicarlas todas y sobre todo la caridad que era su virtud favorita. Aunque fue naturalmente muy vivo no se le oyó jamás pronunciar ninguna palabra áspera y todas sus conversaciones eran animadas de la dulzura más grande, velando mucho sobre sí mismo para no fallar en nada a esta virtud que es tan rara en aquellos que están sobrecargados de ocupaciones. Decía que le importaba muy poco el hacer esta o la otra cosa con tal que hiciese lo que Dios quería. ¿Cuándo esta alma fuerte se dejó abatir por las tentaciones, persecuciones y aflicciones? Su igualdad de genio, su dulzura inalterable, su inmensa caridad para con el prójimo, su unión continua con Dios a quien estaba siempre muy sumiso, a quien amaba tiernamente y a quien deseaba que los demás amasen, le hicieron amado de Dios y de los hombres.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que ni aun de un hilo esté adherido a las cosas de la tierra. Renuncio a todo afecto desarreglado. Haced que desasido perfectamente de todo lo terreno, haga siempre con alegría todo lo que Vos queráis.

19 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«¿Cuándo nos pondremos enteramente en manos de la voluntad de Dios, sometiendo, sin reserva alguna, nuestra voluntad y todos nuestros afectos a su dominio? Entonces nuestras almas estarán de tal modo unidas a Dios que podremos decir como aquellos cristiano que fueron muy perfectos: «Yo no vivo en mí, sino que es Jesucristo el que en mi vive». (San Francisco do Sales).

Este santo muchos años antes de su muerte no quería, ni amaba, ni veía más que a Dios en todas las cosas. «No, no, —decía—, nada hay en el mundo que pueda satisfacerme, Dios sólo puede contentarme». Otras veces se le oía exclamar todo absorto en Dios: «Señor, ¿qué hay en el Cielo y que quiero en la tierra sino a Vos? Vos sois mi porción, mi patrimonio por toda la eternidad». Su gran máxima era: «Todo lo que no sea Dios, nada es para mí».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, Vos sólo podéis satisfacerme, no deseo ver ni amar sino a Vos en todas las cosas.

20 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Cuando alguno quiere unirse a Dios es necesario que examine si hay entre su alma y Dios alguna cosa que impida la unión, si él no se busca a sí mismo en ninguna acción y si el Señor es verdaderamente el Dios de su corazón». (Enrique Susón).

El V. Berchmans después de un serio examen de su corazón no halló en él ningún afecto desarreglado. Después de su muerte se encontró el cuaderno depositario de los sentimientos de su alma y tenía escrito: «No estoy aficionado

a ninguna cosa terrestre, ni tengo nada a que me parezca pueda estar aficionado».

San Vicente de Paul ganó para Dios a un gentil hombre de gran distinción que había vivido muchos años en la Corte gobernándose según las máximas del mundo y le aconsejó hiciese frecuentemente examen de los deseos de su corazón. Y fue fiel a esta práctica, bien convencido por su celoso director que estaría tanto más unido a Dios, cuanto estuviese más desprendido de las criaturas y examinándose sucesivamente si no estaba adherido sino por Dios a sus padres y amigos, y si estaba verdaderamente desprendido de los bienes, de los honores, de las comodidades de la vida y de todo lo que él poseía. Llegó por los diversos sacrificios que hizo a una alta perfección. Un día que dijo al Santo, que habiendo sacrificado a Dios la única cosa a la cual le parecía tener alguna adhesión, el Señor había recompensado en el misino instante este sacrificio que le había costado mucho, con una libertad tan grande que no tenía más afecto a ninguna cosa perecedera.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, si hay en mi corazón alguna cosa que impida la unión que deba haber entre Vos y mi alma, os suplico la arranquéis de él, sólo Vos me bastáis.

21 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Cuando el sol está sin nubes necesariamente entra en la habitación que está enfrente de él con tal que las ventanas de dicha habitación estén abiertas, lo mismo Dios, no puede menos de comunicarse a un alma, que quiere estar libre de todo afecto a las criaturas, a un alma que nada tiene en su corazón sino lo que Él quiere que tenga». (San Juan Crisóstomo).

Un joven se puso a los pies de san Bernardo, rogándole con instancias le recibiese en el número dé sus religiosos aunque era demasiado joven: «Estaréis muy contento conmigo», le dijo. El santo, movido por su buena voluntad, lo levantó con mucho agrado dirigiéndole estas palabras en un tono paternal: «Hijo mío, llegaos al Señor con un corazón vacío de todo, para que Él os lo llene».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haré muchas veces el examen de los deseos de mi corazón, a fin de renunciar al punto a todo afecto de cosas de la tierra.

22 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Un alma que está adherida a cualquiera cosa, si esto no es por Dios, jamás llegará a la libertad de la divina unión. Importa poco que un ave esté prendida por una cuerda o por un hilo, mientras que no rompa los lazos de cualquier naturaleza que sean, no podrá volar libremente. ¡Ah, cuántas almas que se podrían comparar con los ricos navíos porque están cargadas de buenas obras, de ejercicios espirituales y de virtudes, no obstante no llegarán jamás a tierra o al puerto de la perfecta unión con Dios, porque no tienen valor para romper las ligeras cadenas!» (San Juan Crisóstomo).

«La muerte, o el amor de Dios, —exclamaba santa Teresa—, el cielo o la caridad por la cual los Santos son inflamados en el cielo. ¡Ah, mientras dure esta vida mía tal estaré inclinada hacia la tierra y no amaré a mi Dios sino imperfectamente. ¿Debo pues desear otra cosa que Dios? La vida es una muerte de la cual nos libra la misma muerte, que yo muera, que yo muera para no amar sino a mi Dios y para amarle perfectamente. Yo muero de pesar de no poder morir». Esta Santa se alegraba cada vez que oía el reloj: «Dios sea bendito, —decía—, ya tengo una hora de menos para estar en este lugar de destierro. Ya me acerco a mi patria, mansión pura y perfecta».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, Vos sois el Dios de mi corazón, no deseo sino a Vos. Suspiro por el cielo, porque sólo en el cielo es en donde se os puede amar perfectamente.

23 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«La razón por que después de tantas comuniones no nos santificamos, es porque no permitimos que el Señor reine en nosotros como Él desea. Viene a nosotros y halla nuestros corazones llenos de deseos, de afectos y de pequeñas vanidades. Esto no es lo que Él desea sino que quisiera hallarlos enteramente vacíos para hacerse dueño, Señor absoluto de ellos, y gobernarlos». (San Francisco de Sales).

San Luis Gonzaga no hacia ninguna acción en la semana que no fuese o para dar gracias a Dios por la comunión que había hecho el Domingo precedente, o una preparación para la comunión que debía hacer en el siguiente.

El V. Palafox, viviendo aun en el siglo, se proponía en todas las comuniones que hacía o el adquirir una virtud, o el corregirse en alguno de sus defectos. Por este medio consiguió desarraigar todo lo que en él había de vicioso y hacer grandes progresos m la piedad.

La bienaventurada Águeda de la Cruz se preparaba para la comunión sacramental haciendo cada día muchísimas veces la comunión espiritual. Santa Teresa se disponía para esto mismo ofreciéndose a lo menos cincuenta veces al día a Jesucristo, pidiéndole dispusiese de ella como a Él le agradase.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, os ruego que purifiquéis mi corazón de toda vanidad y afecto a las cosas perecederas, a fin de que Vos seáis el dueño absoluto de él y que yo tenga la dicha de agradaros.

24 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«El medio más eficaz y más breve para llegar al desasimiento universal a que nos invita el Señor y sin el cual no podríamos llegar a la perfecta unión, es una gran mortificación de los sentidos y de las pasiones». (San Juan de la Cruz).

Este Santo mortificaba sus sentidos privándoles muchas veces de lo que les lisonjeaba con el designio de manifestar su amor a Jesucristo paciente. Mortificaba sus deseos, eligiendo siempre lo más penoso, más difícil y más

desagradable. Nada podía saciar su ardiente deseo de «mortificaciones ya interiores ya exteriores. «Oh, Jesús crucificado por mí, padecer y ser despreciado por amor a Vos». Tal era su divisa, y así, ¡cuán íntima no fue la unión que tuvo con Dios!

San Francisco de Borja rogaba frecuentemente al Señor le hiciese desagradables todas las comodidades de esta vida y venían a serlo por las mortificaciones con las cuales él las sazonaba. Por este medio vino hacerse un hombre de oración, que nada hallaba que no le fuese agradable y delicioso en todo lo que el Señor le pedía.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, concededme la gracia necesaria para mortificar continuamente mis sentidos y mis pasiones a fin de llegar al desasimiento universal con que Vos me invitáis.

25 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Si deseáis llegar a la unión con Dios la cual hace que se busque el agradarle en todas las cosas, es necesario que vuestro modo de vivir y de conversar no os haga perder el recogimiento, entrad las más veces que podáis en vos mismo, no perdiendo nunca de vista a Dios que está presente y precisándoos a que arrojéis de vuestro corazón todo lo que hubierais visto y entendido. Entonces vuestro mismo corazón se dilatará y correréis en el camino de los mandamientos del Señor y tendréis vuestras delicias en cumplir su voluntad». (Enrique Susón).

Mostrándose algunos días el P. Álvarez todo recogido en sí mismo, le preguntaron que le pasaba: «Trato de vivir, —respondió—, como si estuviera en los desiertos de África y quisiera estar tan desasido de todas las criaturas como si realmente habitase allí».

Santo Tomas de Aquino no podía pensar sino en Dios, ni hablar sino de Dios, ni quería oír hablar sino de Él. Si en las conversaciones en que se hallaba hablaban de otras cosas, no tomaba parte alguna y se veía que entonces estaba

él ocupado interiormente de Dios. La sola recompensa que deseaba, era poseer a Aquel a quien únicamente quería agradar.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que me recoja a mi interior y allí os tenga siempre presente, sin cesar de ofreceros sacrificios y adorándoos en espíritu y en verdad.

26 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Sed invariable en la resolución de manteneros en la simple presencia de Dios por medio de un entero abandono de vos mismo en los brazos de la voluntad divina y todas las veces que halléis vuestro espíritu fuera de esta amable mansión, volved a recogerle con mucha dulzura». (Enrique Susón).

Santa Juana Francisca era naturalmente muy viva. Para reprimir la viveza de su natural escribió sobre un papel los actos de fe, de esperanza, de amor, de ofrecimientos, de peticiones etc. etc. Después colocó este papel en el pecho cerca de su corazón y dijo a Dios que todas las veces que aplicase la mano al papel ya fuese de día o ya de noche era su intención hacer todos los actos que en él se contenían.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, quisiera estar siempre pensando en Vos y diciéndoos que os amo. ¡Oh, si pudiera deciros de lo íntimo de mi corazón, «Yo os amo», cuantas veces respiro!

27 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Lo que Dios quiere de nosotros son las obras y así es necesario suspender los ejercicios de piedad cuando la obediencia o la caridad del prójimo exigen que los omitamos, las acciones que Dios nos pide entonces conducen más prontamente a él que la más alta contemplación». (Santa Teresa).

La bienaventurada Clara de Monte Falco, se entregaba con mucho gusto a todo lo que había de más penoso en el monasterio y tenía costumbre de decir que así se perfeccionaba en el don de la oración.

Cuando santa Magdalena de Pazzi estaba en el noviciado, su directora sabiendo que era muy inclinada a la oración, le permitió muchas veces se retirase en particular orar mientras que las demás estaban empleadas en el trabajo de manos, ella sin embargo jamás usó de este permiso y decía: «Haciendo los ejercicios que las demás hacen y obedeciendo, estoy cierta de hacer la voluntad de Dios; y haría mi voluntad, haciendo otros ejercicios por santos que fuesen».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, no permitáis que yo haga jamás mi voluntad. La vuestra es la que quiero cumplir en todo tiempo con amor. Yo no estoy sobre la tierra sino para esto.

28 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«La propia voluntad es la que daña y corrompe todas nuestras devociones, trabajos y penitencias». (San Vicente de Paul)

Este Santo no emprendía nada sino después de haber consultado con Dios, para no obrar jamás sino con arreglo a su divina voluntad.

M. Denisiot, cura de san Furseo, el cual no había recibido su beneficio sino por obediencia, le dejó después que su director le hubo dicho que le renunciase. Habiendose restablecido su salud que estaba quebrantada, se le propuso el curato de san Quintín, y no le aceptó sino cuando su Obispo y el director le intimaron la orden de aceptarle. Murió el limosnero del hospital y este digno sacerdote hizo entonces sus veces y habiéndole manifestado que deseaban lo fuese en propiedad, respondió: «Esto depende del Señor Obispo, por mi parte no pondré obstáculo alguno, luego que sepa su voluntad, dejaré en el mismo instante mi curato para retirarme hospital». El gran bien que hizo, se puede atribuir en parte a estas disposiciones tan admirables y extraordinarias.

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que yo jamás obre sino a impulsos de vuestra divina voluntad. A fin de hacer vuestra voluntad y no la mía, os diré muchas veces: «Señor, ¿qué queréis que haga?».

29 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Todos los santos han deseado con ansia morir por ver a Dios en el Cielo, en donde se hace siempre la voluntad divina». (San Alfonso).

«Muera yo. Señor, a fin de veros», decía san Agustín.

Cazando en un bosque un Gentilhombre, oyó la voz de una persona humana que cantaba con mucha dulzura, la buscó y halló a un hombre todo cubierto de llagas y próximo a morir.« ¿Sois vos el que cantabais?, —le dijo—, ¿cómo podéis cantar en el triste estado en que os veo?». «Sí, yo soy el que canto, —le respondió—, estoy contento en padecer porque Dios quiere que padezca y me alegro de que, muriendo mi cuerpo, tendré bien pronto la dicha de ver a mi Dios».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, haced que desee con alegría que mi cuerpo empiece a disolverse considerando que estaré bien pronto libre de ofenderos y que tendré la dicha de veros en el cielo.

30 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Es necesario que estemos siempre dispuestos a morir cuando y como Dios disponga». (San Alfonso).

Santa Gertrudis subió en cierta ocasión a una colina, de la cual cayó sin poderse detener hasta el pie de ella y por un efecto de la divina providencia no murió ni aun quedó gravemente herida. Sus compañeras le preguntaron después

si había temido el morir sin haber recibido antes los últimos sacramentos. «No, —respondió la santa—, es cierto que deseo mucho recibirlos a la hora de la muerte, pero deseo más que se cumpla la voluntad de Dios. Estoy persuadida que esta es la mejor disposición en la que uno puede hallarse para morir santamente».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Dios mío, acepto la muerte, porque Vos queréis que muera. Haced que muera en vuestro amor; os doy gracias porque queréis que muera así.

31 de diciembre | Conformidad con la voluntad de Dios

«Para hacer siempre la voluntad de Dios y adquirir la perfección, el mejor medio es el no perder de vista a Jesucristo, que se nos ha dado a sí mismo por modelo. Será uno más dichoso a proporción que le imite mejor. Jesucristo es el libro y el espejo en que es necesario considerar continuamente para saber lo que debemos evitar y lo que debemos hacer». (San Vicente de Paul).

Esta era la practica ordinaria y continua de este santo. No había circunstancia alguna de la vida del Salvador, ni máxima suya que no supiese y tuviese siempre presente en su espíritu. Las acciones de Jesucristo eran la regla de las suyas, le consultaba antes de todas sus empresas y de todas las decisiones que tenía que dar. Antes de hablar y de obrar decía: «¿Qué diría y que haría Jesucristo si se hallase en las circunstancias en que yo me hallo?».

Concluido de meditar el punto, se dirá la oración siguiente:

Oh, divino Salvador, Vos sois mi libro y mi espejo. Os consultaré siempre para aprender de Vos que es lo que queréis que evite y que haga. Deseo que todas vuestras acciones sirvan de regla para hacer las mías. Concededme esta gracia que os pido por la intercesión de María Santísima, de los ángeles y de los santos. Así sea.

AUN CUANDO TODOS LOS HOMBRES ABANDONEN A DIOS, NO LE ABANDONES TÚ.

AUNQUE NINGUNO TRABAJE EN ADQUIRIR LA PERFECCIÓN, ESFUERZATE TÚ PARA ADQUIRIRLA.

Modo de vivir continuamente en unión con nuestro Señor Jesucristo y hacer en poco tiempo grandes progresos en la virtud.

El modo es proponerse a nuestro Señor Jesucristo por modelo en todas las acciones. Nada puede hacerse más agradable a Dios, ni más útil al cristiano. Voy a declarar la práctica de este ejercicio tan saludable.

Al despertar por la mañana representaos a Jesús Niño que al punto que despertaba se ofrecía en sacrificio a Dios su Padre. Ofreceros a Dios con Él y como Él, protestando que no queréis pensar, hablar, obrar, ni respirar sino por agradar a Dios.

Cuando oráis, representaos a nuestro Señor orando con devoción y fervor infinito. Desead llenaros de su espíritu.

Cuando trabajáis, pensad en nuestro Señor Jesucristo que se entregó a las mayores fatigas por vuestra salvación. Aceptad lo penoso de vuestro trabajo a fin de imitarle.

Cuando os mandan alguna cosa, obedeced prontamente, pensando en Jesús sumiso y obediente a María y a José. Si lo que os mandan es muy difícil, obedeced imitando a vuestro Divino Maestro, que fue obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.

Si os hablan con aspereza y os dicen injurias, o sabéis que os han calumniado, sufridlo todo con resignación, tened entonces mucha paciencia recordando que Jesucristo sufrió sin quejarse tantas calumnias, tantos oprobios y tormentos.

Mientras el santo sacrificio de la misa, ofreceos con Jesucristo que se sacrifica sobre el altar por la gloria de su eterno Padre y por la salvación de las almas.

Cuando padeciereis hambre acordaos que Jesús ayunó en el desierto y sufrió un hambre cruel; y en vuestras comidas pensad en la modestia y frugalidad con que Él tomaba su alimento. Si os sirven manjares que no sean de vuestro gusto, haced el sacrificio de vuestra sensualidad, considerando que Jesús gustó la hiel que le dieron cuando estaba clavado en la Cruz.

En vuestras conversaciones uníos con Jesucristo, cuya conversación era tan dulce y edificante. Si oyereis que se ofende la virtud de la caridad o de la castidad, manifestad mucho desagrado considerando que el Corazón de Jesús está traspasado de dolor cuando se ofende a su Eterno Padre.

Si cantáis u oís cantar las alabanzas del Señor alegraos en Dios, representándoos a Jesucristo cuando manifestaba a su Eterno Padre su reconocimiento en el himno sagrado que cantó con sus apóstoles después de haber instituido el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Cuando deseéis excitaros a la contrición de vuestros pecados para confesarlos, desead llorarlos como Jesucristo los lloró con lágrimas de sangre.

En las sequedades y aflicciones espirituales figuraos que estáis en el jardín de los olivos al lado de nuestro Señor Jesucristo, puesto en agonía y triste hasta la muerte.

Cuando seáis tentados imaginad que oís a Jesucristo que os dirige estas palabras: «¿Queréis dejarme por servir a vuestras pasiones y al demonio?». Y le responderéis al punto: «No, morir mil veces, antes que seros infiel. ¿Qué es lo que me podrá separar del amor de Jesucristo? ¡Vuestra gracia, oh, Salvador mío, vuestra gracia, daos prisa, venid a socorredme!».

Sean vuestras delicias el recibir a Jesucristo en la comunión, considerando cuan estrecha es la unión que produce la santa Eucaristía entre Jesucristo y el que la recibe.

Cuando recéis el rosario, pensad en Jesús, que manifiesta su amor a su Santísima Madre, de modo que esta reflexión haga que os dediquéis con la mayor vehemencia al servicio de la Señora.

Al tiempo de acostaros representaos a Jesucristo tendido sobre la cruz, ofreced a Dios vuestro corazón y vuestra vida, pronunciando estas palabras del Salvador crucificado: «Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu».

Finalmente nada hay que a imitación de muchos santos no os eleve a Jesucristo y os conduzca a dirigirle una fervorosa oración. Viendo al sol, decid

a Jesús: «Oh, Sol de justicia, iluminadme». Al ver el pan, decid a Jesucristo: «Oh, Pan vivo bajado del cielo, alimentad mi alma».

Cuando veáis a un sacerdote llamad a Jesucristo, sumo sacerdote de la ley de la gracia para hacer con vosotros el oficio de mediador. Viendo aun pobre, pedid a Jesucristo que os libre de vuestras miserias espirituales. Al ver una cruz tened sentimientos de contrición, de reconocimiento y de amor.

Oración de Clemente XI

Para cualquier hora del día o de la noche.

Creo Señor, fortaleced mi fe; espero Señor, asegurad mi esperanza; Os amo, Señor, inflamad mi amor; pésame, Señor, aumentad mi arrepentimiento. Os adoro como a primer principio, Os deseo como a último fin, Os alabo como a bienhechor perpetuo, Os invoco como a defensor propicio. Dirigidme con vuestra sabiduría, contenedme con vuestra justicia, consoladme con vuestra clemencia y protegedme con vuestro poder, Os ofrezco, Dios mío, mis pensamientos para pensar en Vos, mis palabras para hablar de Vos, mis obras para obrar según Vos, mis trabajos para padecerlos por Vos. Quiero lo que Vos queréis, lo quiero porque lo queréis, lo quiero como lo queréis, lo quiero en cuanto lo queréis. Os ruego, Señor, que alumbréis mi entendimiento, abraséis mi voluntad, purifiquéis mi cuerpo y santifiquéis mi alma. No me inficione la soberbia, no le altere la adulación, no me engañe el mundo, no me prenda en sus redes el demonio. Concededme la gracia depurar la memoria, de refrenar la lengua, de recoger la vista y mortificar los sentidos. Llore las iniquidades pasadas, rechace las tentaciones futuras, corrija las inclinaciones viciosas, cultive las virtudes que me son necesarias.

Concededme, Dios mío, amor a Vos, odio a mí, celo del prójimo, desprecio del mundo. Haced que procure obedecer a los superiores, atender a los inferiores, favorecer a los amigos, perdonad a los enemigos. Venza el deleite con la mortificación, la avaricia con la largueza, la ira con la mansedumbre, la tibieza con el fervor.

Hacedme prudente en las determinaciones, constante en los peligros, paciente en las adversidades, humilde en las prosperidades. Haced, Señor, que sea en la oración fervoroso, en la comida sobrio, en el cumplimiento de mis deberes diligente, en los propósitos constante. Concededme que trabaje para alcanzar la santidad interior, la modestia exterior, una conducta edificante, un proceder arreglado.

Que me aplique con diligencia a domar la naturaleza, a corresponder a la gracia, a guardar vuestra ley y merecer mi salvación. Que consiga la santidad con la confesión sincera de mis pecados, con la participación devota de Cuerpo

de Cristo, con el continuo recogimiento del espíritu, con la pura intención del corazón. Dadme a conocer, Dios mío, cuan frágil es lo terreno, cuán grande lo celestial y divino, cuan breve lo temporal, cuan duradero lo eterno.

Haced que me prepare para la muerte, que tema el juicio, evite el infierno y alcance la gloria del paraíso. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Índice